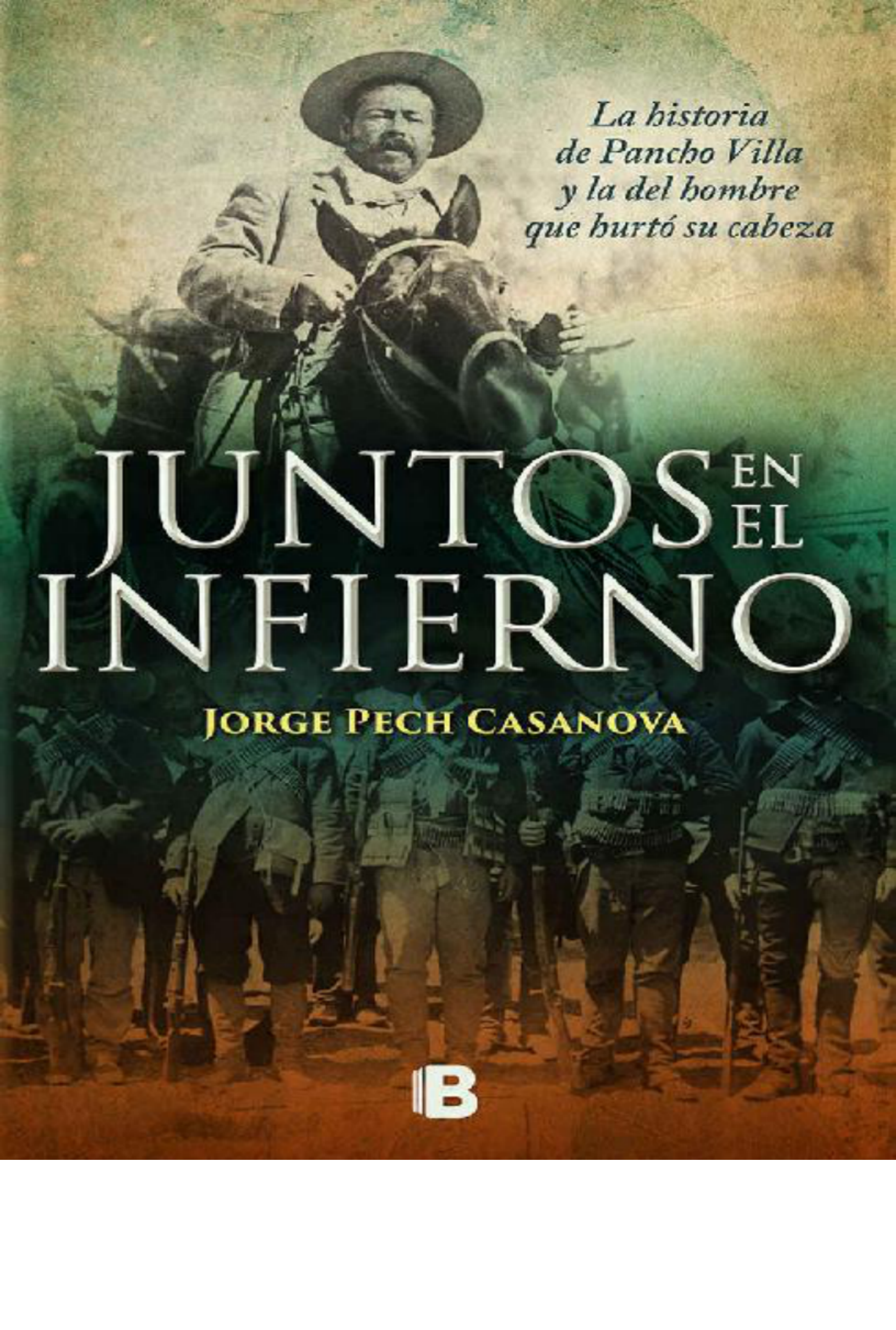
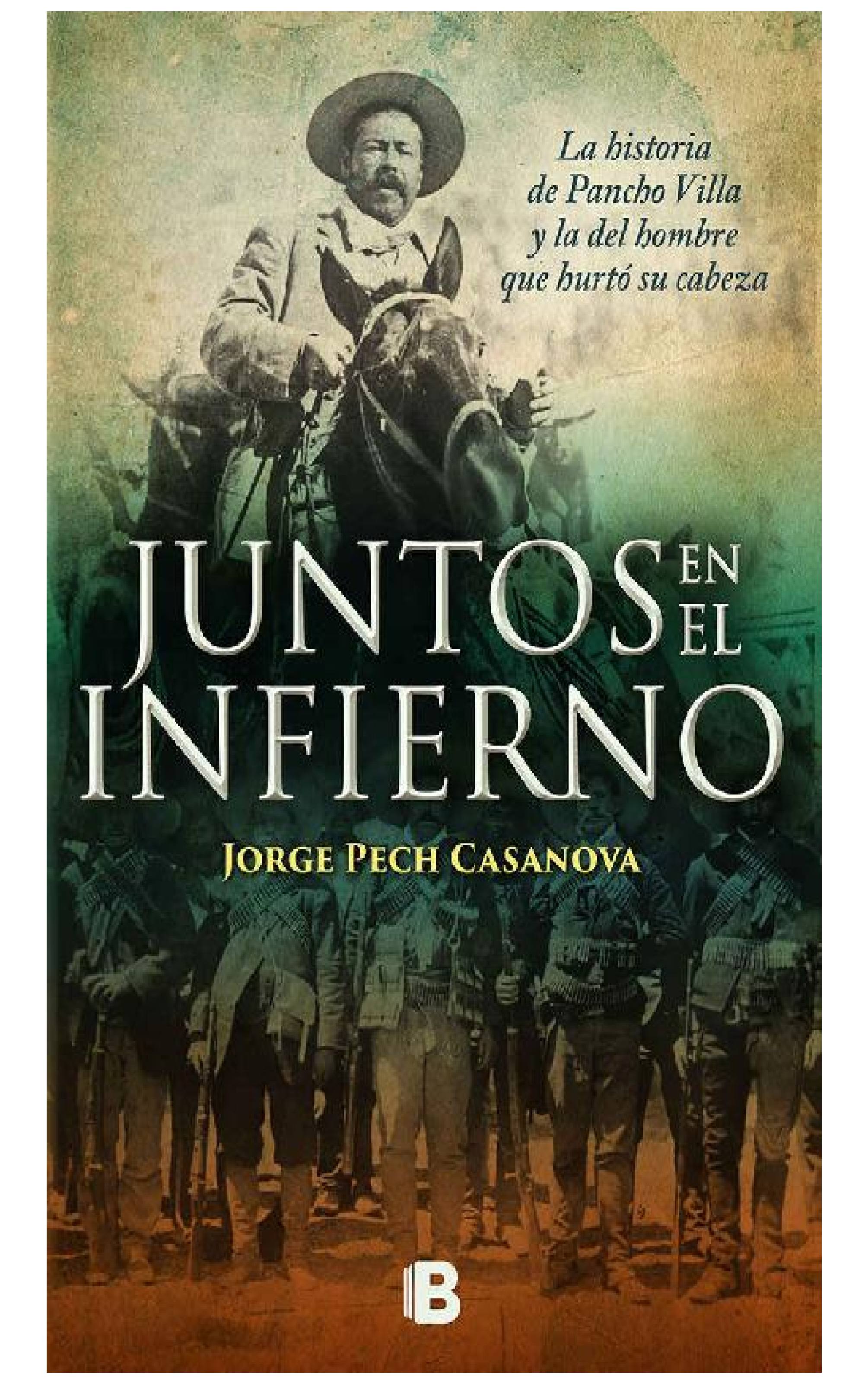
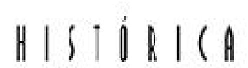

La historia
de Pancho Villa
y la del hombre
que hurtó su cabeza
JUNTOS EN EL INFIERNO
JORGE PECH CASANOVA
B


La historia
de Pancho Villa
y la del hombre
que hurtó su cabeza
JUNTOS EN EL INFIERNO
JORGE PECH CASANOVA
B

JUNTOS EN EL INFIERNO



JUNTOS EN EL INFIERNO

JORGE PECH CASANOVA



Barcelona · México · Bogotá · Buenos Aires · Caracas · Madrid · Miami · Montevideo · Santiago de Chile

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A Elsy Marbella y Jorge Renán, mis padres, y a mi tío Humberto Casanova, que poblaron mi infancia con historias de la revolución.

En qué momento las personas de estos osarios ingresaron a la famosa nación de los muertos para dormir con príncipes y consejeros, admitiría varias explicaciones. Pero quiénes eran los propietarios de esas osamentas, o de qué cuerpos están hechas esas cenizas, preguntas son que rebasan a los entendidos: no pueden ser respondidas por hombres, ni acaso por espíritus…

THOMAS BROWNE, *Hydriotaphia*

PRIMERA PARTE

COMO UNA MANCHA EN LA HISTORIA
ALMA PERDIDA



La comadrona dejó a Micaela Arámbula ese 5 de junio toda abrasada por dentro, helada por fuera, traspasado el vientre por mordiscos de dolor; sentía Micaela sus muslos en carne viva por las contracciones que los tensaron, comprimieron, punzaron, trituraron antes de que el niño asomara por fin la cabeza, el torso, los bracitos increíbles, las piernas, los piecitos pasmosos, el cuerpo sanguinolento, sucio de placenta, para al poco soltar su primer gemido en la madrugada, casi al tiempo que los gallos junto con los pájaros se ponían a cantar. Agustín Arango, el padre, escuchó el llanto con el pecho aún encogido de miedo; casi lloró a su vez, aunque él nunca lloraba, sólo padecía con semblante mustio los reatazos que la vida tuviera a bien descargarle. La partera salió por fin.

—Tienes un hijo muy impaciente —dijo—, no esperó a mi nalgada para soltarse a chillar, va a ser retencajoso. A tu mujer encárgale que se lo traiga al tiro. Ahora llévame a ver tus gallinas para arreglarnos. Tu mujer está bien, el niño está sosiego, ya pueden comenzar el jolgorio.

La vieja comadrona miró a Agustín con sorna al decir la última frase; ya no le dijo al padre, pero lo pensó: «Más bien ya puedes romperte mejor el lomo en los terreros para alimentar a esa boca chiquita. No pude verle fondo con la poca luz del jacal, pero no sólo por la penumbra: esa boca se va a tragar a estos cristianos». En cambio, apremió al hombre:

—Llévalo con el cura a la de aluego, no se vaya a malograr.

Ni bien Agustín Arango le entregó sus gallinas por el servicio, la mujer dejó a paso ligero aquel jacalón de La Coyotada, donde una boca más se quedaba a malcomer, a subsistir quién sabe cómo.

En Durango, a una legua de San Juan del Río, la Hacienda de Santa Isabel de Berros era enorme en 1878. Su amplísimo terreno abarcaba ranchos como el Río Grande, además de caseríos como La Coyotada: cinco o seis muy dispersos cajones de adobe sin ventanas, techados con tejas, que sus habitantes llamaban casas. La Coyotada estaba muy lejos, a casi una legua del rancho Río Grande, en aislamiento agravado por lomas. Sobre una de ellas se asentaba la casa de la familia Arango Arámbula, donde no había mayor cosa que hambre, fatiga, desamparo sin redención. Ahí fue a nacer el niño que primero llamaron Doroteo, aunque al registrarlo en la iglesia, con nada de prisa pese a la admonición de la partera, le pusieron José Doroteo. No tuvo que preocuparse Agustín Arango demasiados años por lo que sus hijos comerían; se murió joven Agustín, de hambre, de agotamiento, de enfermedades nunca atendidas. Dejó viuda a María Micaela con todos sus hijos, con toda su hambre en el jacal de adobe arrinconada. En el cementerio donde enterraron al señor Arango, su familia no lloró ni

sollozó siquiera cuando el sacristán, llegado con dos días de atraso al velatorio, salmodió:

—Dios padre, aloja en tu reino a Agustín, que ahora está en un sitio mejor.

—Y nos quedamos, en el peor lugar, tus demás hijos —murmuró una voz con mal encubierta envidia entre los dolientes.

—Que Dios nos saque de penas y nos lleve a descansar —añadió el rezandero sin fijarse en que había alterado el propósito de la oración fúnebre. Él también sentía cierta apetencia por dejar este mundo.

Huérfano de padre, muy mocito, Doroteo se habituó en la vida familiar a compartir estrechez con penuria, agobio con desesperanza. Doroteo, pequeño al principio, hambriento sin falta, se hizo recio en labores de campo, en cosechas de maíz, en tareas diversas, desde llevar encargos de leña, carbón o maíz, hasta lidiar con mulas, reses o cuacos. Años después juraba que ni un solo día fue a la escuela; pero sí asistió: en San Juan del Río, ocho días. El primer día el profesor recibió a un alumno azorado, tímido, cuyas ropas luidas no se veían muy limpias. Al cuarto día el niño, con la misma vestimenta, bromeaba entre sus compañeros, acaso con demasiada confianza, pensó el profesor. El octavo día tuvo que reprender a Doroteo: lo sorprendió muy entretenido en tallar un pedazo de madera con una navaja oxidada que le arrebató de las manos encallecidas, aunque menudas.

—Alumno Arango, haga el favor de pasar a la pizarra para sintetizar lo que estoy diciéndoles —ordenó mientras examinaba la vieja hoja herrumbrosa.

El niño, dolido por la navaja perdida, azorado por la lección que no se preocupó en retener, volvió la vista hacia el pizarrón pero se quedó rígido en su asiento. A la mirada perentoria del mentor, al fin dijo:

—No sé qué es *sin tizar*, maestro.

Fatigado, el hombre fue hacia el niño, lo levantó de su asiento jalándole la oreja izquierda, lo obligó a colocarse de pie junto a la pizarra, tras plantarle en la cabeza unas orejas de burro hechas con trapos mugrosos.

—Ahí te quedas, por distraído.

La sentencia casi quedó ahogada por las risas de los demás alumnos. El hombre sintió lástima pero no podía rectificar su sanción. Doroteo aguantó las burlas de sus compañeros al abandonar el salón tras el castigo. Se le veían las lágrimas pugnando por saltar a su tez arrebolada. El maestro sólo atinó a despedirse con pesar:

—Ya no seas tan descuidado, debes escuchar, aprender.

Esa tarde el reprendido se fue del salón sin decir nada. No miró hacia atrás. El profesor se quedó en la puerta contemplando al triste pupilo que se perdía en el camino al caserío de La Coyotada. El noveno día de clases el niño Doroteo no volvió al saloncito donde aprendían, todos revueltos, grandes y chicos; al décimo día el niño Arango Arámbula, Doroteo, tampoco retornó, ni al siguiente ni en los demás días.

Doroteo se hizo mayorcito en el trabajo, en los arreos del campo, en la cosecha que debía recoger para entregarle la mitad al patrón, porque los Arango Arámbula eran medieros de los dueños de la hacienda, los López Negrete. Como a tantos jornaleros del campo, a Doroteo se le desarrollaron los músculos, aunque bien poco podía nutrirse. Como tantos más, sólo podía añadir, a su cuerpo fatigado, frijoles, tacos de sal con chile, té de zacate o agua del arroyo. Sin embargo, tragaba cuanto podía para evadir el destino de su padre.

No sólo Doroteo adelantaba y espigaba. Su hermana Martina también iba dejando las formas infantiles en su paso a la pubertad, a ser mujer tiernita con güesitos que tronaban, como intuyó Agustín López Negrete, el hijo del patrón, cuando fue un día a la casa y se quedó nomás mirando a la Martina. Doroteo, aún chamaco, se malició que tanta fijeza en la mirada del joven dueño no podía ser buena. Lo mismo pensó su madre Micaela. Para remediar el infortunio, la viuda Arango fue a darle dos bofetadas a Martina, repitiendo:

—No me vas a andar de cuzca, condenada.

Lloró Martina, se amuinó Doroteo, la madre se quedó impotente: veían la sombra de don Agustín amagando el jacal de los Arango pero no sabían cómo espantarla. Era una mancha negra marcada a fuego por el sol, por la inopia de los medieros bajo la opulencia de los amos.

Doroteo fue a pedir ayuda a sus tíos, a sus primos, a sus demás parientes de La Coyotada. Todos se disculparon.

—No hay para donde moverle, es el hijo del patrón —le espetó un tío.

—Tú, sosiego: estas cosas luego se olvidan, al cabo todas las viejas de aquí pasan por la casa grande —le advirtió un primo.

—Ya la Martina está llenita, no hay caso en querer guardarla —le retobó un primo hermano.

Doroteo volvió a su casa preocupado; en el camino la preocupación se le hizo rabia: «¡Pinches parientes agachones, pero yo no me dejo ni del patrón!», iba diciendo para sí.

Así que el día en que oyó alboroto en su jacal, llanto de Martina con voces de hombre burlón —*¡'Tate sosiega, pendeja!*—, corrió para encontrarse con don Agustincito arrimado a su hermana, estrujándola para inmovilizarla, metiéndole mano entre las piernas. Doroteo miró

que el joven patrón no se cuidaba de nada más que de Martina, se le llenó de sangre la cabeza y se fue corriendo para el jacal de un tío donde colgaba a mano una pistola vieja. Volvió Doroteo a la carrera, el arma en la diestra; encontró a don Agustín aún en lidia con su hermana, a la joven ya casi vencida por su brioso asaltante, a la madre llorando, el desamparo de fijo en la casa de los Arango Arámbula. Un velo de sangre en la mirada, un jalón en su mano, el dedo ansioso del gatillazo: uno, dos, tres tiros salieron de la pistola para morder a don Agustín. De los tres balazos, dos atinaron a las piernas del violador. El tercero por poco no alcanzó a Martina. Ahora el patroncito se anegó en lloriqueos —*¡Me mataron, me mataron!*—, como el maricón que era. A los plañidos acudieron los mozos, hasta parientes de los Arango, para castigar al atrevido chamaco, al «creminal». Cuando tuvieron a Doroteo desarmado, trabado entre cuatro peones, aturdido a manazos, don Agustín dejó los alaridos para berrear: «¡Déjenlo vivo, yo mismo me lo voy a quebrar!». Luego se desmayó. Los peones soltaron a Doroteo para levantar al amito mientras clamaban: «¡Ya lo mataste, ya lo mataste!». Doroteo no se quedó a averiguar lo que seguía, salió del jacal, montó un caballo de los mozos, cabalgó hacia la sierra de Gamón para no volver a su jacal. Se alimentaría de yerbas o de bichos en los días siguientes; bebió agua de charcos, cuando los encontraba. Se murió de sed otros días con sus noches. La cosa era perderse de vista mientras en La Coyotada todos gemían por don Agustincito y en Santa Isabel de Berro don Agustín López bramaba por su hijo.

Doroteo, todo hambriento en su escondite, hubo de salir a buscar en las cercanías vacas desperdigadas, cuyos trozos de carne, después de matarlas, arrancaba casi con un machete que tomó del penco robado antes de soltarlo en la sierra. La ropa del muchachito eran jirones ya, sus teguas se rompieron; andaba a pie desnudo sin saber a dónde dirigirse. Llegó a San Juan del Río, donde ya tenía orden de captura. Preso, le repasaron ante la celda los cargos:

—Chamaco pendejo, el amito está grave, se va a morir. El amo López ordenó cobrarte este crimen con la vida. Te vamos a llevar a Santa Isabel para que respondas por tus delitos.

Doroteo pensó: «Cuando me lleven los rurales me van a matar en el camino, si bien me va, o si me llevan a Santa Isabel, me van a enterrar en un hormiguero de arrieras». Esta posibilidad atroz lo puso en guardia. En cuanto lo sacaron a moler un barril de nixtamal como castigo, Doroteo usó la mano del metate para descontar al guardia que lo acompañaba. Se peló de nuevo a la sierra. No tenía ni dieciséis años cumplidos, pero hubo de mantenerse en los montes él solo, robando vacas, con trueques de cuero y carnes, atento a los rurales que lo buscaban por toda la región. Ni agua podía tener segura en esa vida de fugitivo. Dos años se mantuvo así entre las peñas.

Andando entre las montañas se topó Doroteo, en 1897, con la gavilla de Ignacio Parra y Refugio Alvarado, cuatreros cuyos nombres conocían todos en la frontera de Durango con Chihuahua. Famélico, sediento, en harapos, Doroteo pidió a Parra, a Alvarado, hasta a sus monturas, admitirlo de mozo o lo que fuera.

—De lo que sea, pues'n —le dijo Ignacio Parra—. Cuida a mi caballo, prende la lumbre, haz café, consíguete mercancías.

—No tengo dinero —respondió Doroteo.

—¿Quién te dijo que pagues por ellas, pendejo? —se carcajeó Parra.

Trajinando con estos salteadores aprendió Doroteo a reconocer las huellas de carretas, de caballos, de víboras, de otras fieras menos sañudas que los rurales. Aprendió a guiarse con las estrellas en la noche, a sentir el aire que traía nubes cargadas de lluvia, para no pasar sed. Dándole un arma, le dijeron:

—Aprende a tirar.

—Ya sé tirar —dijo él.

Parra se carcajeó:

—No sabes tirar si no le has puesto dos plomos a un cristiano.

—Le disparé tres veces a mi patrón —porfió Doroteo.

—¿Lo mataste? —reviró Parra.

—No, pero quedó grave —insistió Doroteo.

—Entonces no cuenta. Si tiraste tres veces, al segundo tiro debiste dejarlo tieso, pendejo, porque cuando te balaceas con un fulano, si no lo matas a él, te mata él a ti.

Así que Doroteo aprendió a tirar, en escaramuzas contra rurales que los perseguían o rancheros a quienes sus vacas les importaban más que sus vidas. Doroteo supo que tener puntería no es lo mismo que tener tino; hace falta aguantarse las ganas de correr mientras las balas vienen a buscarte, tirar con calma para que quien te busca encuentre nomás tu plomo. Aprendió Doroteo, por último, a compartir lo que caía en los robos con la gente de los alrededores, para cerrarles la boca si los rurales llegaban a preguntar.

Al principio Doroteo se resistía, pero Parra le dijo:

—Por no gastar unos pesos vas a acabar colgado de un árbol, no seas mísero, al fin ni es tu dinero, y hay más de donde viene éste.

Doroteo comenzó a tener tanto dinero que hasta a su madre le envió pesos para que viera lo buen hijo que había resultado. «Fugitivo, sí, pero pesudo», le mandó decir a la familia con un arriero. No tardó en volverse más desprendido que los jefes de la gavilla, siguiendo el consejo que Parra le dio. Entretanto, vagaban de Durango a Chihuahua, de Chihuahua a Sinaloa, otra vez a Durango, después a

Jalisco, hasta llegar a Mazatlán, donde había menos vacas pero estaba el mar. Doroteo nunca lo había visto. Se quedó admirado con el estruendo de las olas, con tanta agua que hacía parecer el desierto como un terrenito. Por allí, también, el joven Doroteo tuvo un último atisbo de su humanidad cada vez menos dispuesta a la benevolencia. Se encontraron con un vendedor de pan por el camino a quien Parra le dijo desde su caballo:

—Qué buen pan ese de su canasta, paisano.

—Lo llevo a vender a la ciudad —respondió el caminante.

—Pues aligera tu carga. Un poco danos, compadrito —pi-dió Parra.

—No —contestó el vendedor desde el suelo—; si les doy, qué vendo luego.

—Ah, cómo serás pendejo —se exasperó Parra—, si no quiero que me lo regales, aquí está el dinero.

—No —reiteró el ambulante panadero—, lo necesito para mi venta en la ciudad.

—Entonces te vas a la chingada con todo y pan —escupió el forajido antes de pegarle dos balazos al vendedor, quien se murió sin comprender lo sucedido.

Doroteo protestó por la gratuita crueldad:

—Oye, le hubieras quitado el pan y ya, no tenías que matarlo.

Parra, con la pistola aún humeante en la mano, le puso al muchacho el cañón en la cara:

—A mí ningún cabrón chamaco me dice qué hacer. ¿O ustedes van a seguir a este pendejo en sus quejas? —amagó a sus hombres. Ninguno de ellos parpadeó en tanto Parra oprimía con el cañón de su arma al joven.

Doroteo tampoco movió una pestaña, mirando con altanería a su jefe. Calculó que su pistola estaba demasiado lejos para defenderse. Sólo podía esperar el disparo o dejar a Parra apaciguarse para responderle. Como Doroteo no se movió, después de unos segundos, Parra enfundó el revólver. El jovencito se le quedó viendo con insolencia mientras espetaba:

—Pos pa' que nadie se amosque, ahi nos vemos.

Parra escupió al piso antes de revirar:

—Ahi te lo haigas, morro.

Los demás gavilleros no fueron más ceremoniosos:

—Nos vemos, Teo —mascullaron antes de seguir su ca-mino. Lo observaron con lástima o desaprobación, a manera de despedida.

Doroteo se quedó un rato junto al camino, mirando al muerto, lamentando haber pasado por tantas cosas para acabar solo de nuevo.

Cuando Parra con los demás se había perdido de vista, Doroteo le dio una palmada a su cuaco para avanzar sin apuro. Al cambiar de ruta imaginó cambiar de vida. Necesitaba un nombre nuevo. Cavilando en el trayecto a Sonora, se acordó de un tío o algo así llamado Villa. Como en la familia le tenían un misterioso respeto, Villa decidió ser, con tal de borrar los tiempos del chamaco Teo. Villa, pues. ¿Y el nombre? Pancho no sonaba mal. Pancho Villa fue en adelante.

La ruta de Pancho Villa no fue diversa a la de Doroteo Arango: siguió robando vacas, caballos y mulas hasta ser aprehendido de nuevo. En la cárcel, sin embargo, lo obligaron a un nuevo destino: le dijeron que podía registrarse en el ejército para ir a combatir contra los yaquis en Los Mochis, o ser conducido a otra cárcel donde penaría bajo trabajos forzados.

—Pero el camino a ese presidio es curioso, los convictos casi siempre se mueren antes de llegar —le advirtieron.

Villa no lo pensó demasiado: mejor morir con un rifle en la mano, matando indios, no baleado por la espalda.

Pancho Villa era hombre ajeno a la vida militar. Demasiado toque de cornetas, demasiadas órdenes de oficiales sin valor, demasiado desierto, demasiados indios a quienes matar.

Un día de marzo de 1902, Pancho se descubrió disparando por puro placer a un viejo yaqui todo derrengado durante el arrasamiento de una aldea. Nadie le afeó su saña pero él recordó al vendedor de pan exterminado por Parra. «Ya soy como él, ya no tengo alma», se dijo Villa. Hubiera llorado pero sus ojos estaban secos desde años atrás. A la noche, cuando todos se iban a dormir, el comandante eligió a Villa para la guardia. Otros cinco centinelas acompañarían su desvelo, pero el joven sabía que todos, incluyéndolo a él, se iban a dormir en la madrugada. Esperó el momento de más silencio para tomar cartuchos, algo de comida, los pocos bastimentos de su pertenencia. A la escasa luz de las estrellas de marzo, se convirtió en desertor del glorioso ejército de Porfirio Díaz. Pensó que jamás volvería a ponerse uniforme. Durmió por la mañana en una cueva de las que no faltan en esas soledades. Soñó que no había perdido su alma.

POR LOS PIES DE MONTEZUMA

En la fila de hombres que se enganchaba al regimiento de Iowa el año de 1898, el muchacho de recia esbeltez, gran altura, cuya cabeza rubia alongada lo distinguía, sonrió al inclinarse sobre la mesita en que se anotaban los voluntarios a la marina de guerra.

—¿Tu papá sabe dónde estás? —le preguntó el reclutador, dudando si debía aceptar al muchachito de rostro aún cubierto de pecas. Le calculó dieciséis años. La sonrisa del joven se amplió aún más:

—No sólo sabe, ¡vino a acompañarme! Cuando tenía mi edad, él estuvo en *Cháputec;* todavía alcanzó a pelear en Charleston —el jovencito señaló a un alto individuo de barba canosa, con traje oscuro, a poca distancia de la mesa.

La referencia al castillo mexicano donde el propio sargento había comenzado su historial de guerra no disipó sus dudas, sobre todo al escuchar mal pronunciado el nombre.

—¿Qué sabes de Chapultepec, muchacho? —su tono fue retador.

—Mi papá dice que fue un gran paseo, en los salones de Montezuma, todo eso, ¡ya sabe usted, capitán! —el jovencito pronunció el grado, que no le correspondía al viejo, con tono admirativo—. Pero si tiene dudas, que mi pa le cuente —el jovencito llamó a gritos al individuo de traje oscuro—. ¡Pa, dile al capitán de cuando estuviste en México, en *Cháputec!*

El hombre llegó hasta ellos, se inclinó ante el viejo sargento para decir algo, pero el uniformado le hizo una seña con la mano para detenerlo; se volvió hacia el muchacho:

—Muy bien, Holmdahl, por los pies asados de Montezuma, ingresas al ejército —con un último escrúpulo, el sargento inscribió en el registro el nombre que el pecoso rubio le deletreó cuidadosamente:

—Emil Lewis Holmdahl, hijo de Montgomery Holmdahl —el alto hombre de traje oscuro no se inmutó al oír el último nombre; se hubiera dicho que no era el suyo.

Después, el joven se alejó en busca del cuartel del ejército, seguido por la alta figura a la que había llamado padre. Tras doblar una calle que los puso fuera de vista del sargento reclutador, el jovencito sacó

unos dólares de su bolsillo para entregarlos con frialdad al hombre de barba y traje.

—Bueno, aquí te quedas sin hijo. Ten lo que acordamos, nos vemos otro día.

El hombre se metió el dinero en un bolsillo del traje antes de hablar:

—Espero que no te maten los de España; si necesitas otra vez un padre, búscame.

Emil Holmdahl se cuadró ante él, chocó los talones con un juguetón salto, para enseguida irse corriendo al cuartel. En cuestión de horas, el rubio recluta ya se había ajustado el uniforme del 51º Regimiento de Voluntarios de Iowa.

Meses más tarde, en noviembre de 1898, Holmdahl se mareaba en los mares del sur rumbo a Manila, donde McKinley mandaba a su ejército contra los españoles, después de que Teddy Roosevelt se cubriese de gloria en Cuba. Sobre la cubierta del modesto buque *Pennsylvania*, el animoso Emil, verde por el mareo, se consolaba pensando que este malestar era preferible al aburrimiento insondable de la escuela, de donde desertó para enlistarse. Un renovado retortijón lo persuadía a concentrarse en la cosa ardiente, amarga, ácida que brotaba de sus intestinos para estallar en su boca. Un rato después, tirado al tenue sol en la cubierta del barco, aspirando con ansiedad la brisa de aquel mar tan taimado, alcanzó a pensar en los filipinos que iba a combatir. Luego se quedó dormido cuando una nube ocultó durante horas el disco tibio en el cielo, restando brillo o viscosidad a la mezcla de baba con humores aún adherida a la cubierta donde el joven había estado arqueado durante ingobernables minutos.

El 7 de diciembre avistaron el puerto de Manila los pasajeros del *Pennsylvania*, sobre cuya cubierta Holmdahl por fin había aprendido a lidiar con el mareo. El 51º Regimiento de Voluntarios de Iowa, sin haber desembarcado, recibió la noticia de que la guerra con los españoles había concluido; la isla estaba ahora bajo dominio de Estados Unidos. Sin poder bajar a tierra, los jóvenes voluntarios tuvieron que esperar al 24 de diciembre para enterarse de su nuevo destino: la isla de Panay, donde debían ocupar el puerto de Iloílo. Llegados en enero al nuevo destino, los voluntarios ya hartos de su travesía pensaron que entrarían en batalla al fin con sus carabinas Springfield, armas que forzaban al combate, pues su denso humo les impedía ocultarse luego de un tiro. Intentaron desembarcar en lar-gos botes de remos, pero las tropas de rebeldes filipinos en la costa eran tan numerosas que su oficial juzgó impracticable el atraque. De nuevo retornaron al buque de guerra, a ver la costa alejarse. Otro mes desesperante de navegación pasó antes de que al fin, a mediados de

febrero de 1899, los voluntarios del quincuagésimo primer regimiento de Iowa al fin chocaran con fuerzas filipinas en la isla de Luzón. A partir de ese día los voluntarios de Dakota del Sur, Iowa y Nebraska hubieron de sobrellevar una guerra de guerrillas en selvas, en pantanos, a veces amontonados durante días en sus barcos en me-dio de la calma chicha, inmóviles en un mar ardiente. De cuando en cuando un recluta enloquecido se arrojaba al mar; lo veían agitar los brazos por algunos minutos, luego aparecían, entre las olas, cuatro, seis aletas lustrosas en dirección al náufrago; poco después ya no había hombre, sólo una mancha roja desliéndose con cada ola. Otros días, instalados en el caliente invierno filipino, asediados por mosquitos o sanguijuelas en los lodazales, con las heridas fácilmente enconadas por la humedad hasta gangrenarse, los jóvenes soldados pronto se sumieron en el salvajismo, en atrocidades sin cuento. Cuando los relevaron al fin en septiembre de 1899, eran un ejército triunfante pero de honra muy menguada por su afición a la rapiña, al asesinato de civiles. Las noticias de esta ignominia llegaron con toda lentitud a Washington, donde al fin, en mayo de 1902, George Frisbie Hoar pronunció ante los senadores de la Unión un discurso para fulminar a los combatientes estadounidenses en Filipinas:

—Han devastado provincias. Han asesinado a incontables miles de personas a las que deseábamos beneficiar. Han establecido campos de concentración. Los generales vuelven a casa con una cosecha de poleas con que remolcan a otros miles de enfermos, heridos, locos, quienes llevarán vidas míseras, arruinados no sólo en cuerpo, sino en alma. Han convertido la bandera de Estados Unidos, a los ojos de un pueblo numeroso, en emblema del sacrilegio cometido dentro de iglesias cristianas, de la quema de moradas humanas, del horror de la tortura con agua. Pienso que… ¡No! Estoy seguro de que en general sus oficiales, sus soldados, son humanos. Pero en algunos casos han hecho la guerra mezclando el ingenio americano con la crueldad castellana.

Los ocho meses de infierno en la selva no disuadieron a Emil Holmdahl de continuar la campaña en el lejano territorio. La mayoría de sus compañeros de regimiento retornó a Iowa en cuanto los desmovilizaron; el ya curtido Emil se abstuvo de embarcarse a su patria. Por aquellos días la emperatriz Tzu Hsi había encomendado al mercenario Edmund F. English reclutar un ejército para combatir diversas rebeliones contra el imperio chino. Se suponía que los hombres reclutados por English serían la Guardia Imperial de la Orden de los Dragones. Les ofrecían paga espléndida, sake, opio, geishas a placer. Emil Holmdahl con entusiasmo firmó para ser uno de esos guardianes extranjeros; emprendió el viaje a China junto con los demás soldados de fortuna, en un lento sampán. Pudo ver muchos tiburones entre las olas, pero al menos nadie enloqueció lo suficiente

para arrojárseles de carnada. Al llegar en 1900 a territorio imperial, los aventureros hallaron un país totalmente en contra suya, con el nacionalismo exasperado por un antiguo grupo rebelde: la secta del Justo Puño Armonioso. Desde mediados de 1840, los europeos habían identificado este levantamiento de nacionalistas chinos con el nombre mucho menos digno de *boxers* o peleadores a mano limpia. Edmund English se vio rechazado junto con sus mercenarios por los del Puño; la emperatriz Tzu Hsi se abstuvo de recordar el llamado que les hizo en época menos comprometida; cada mercenario hubo de buscar cómo embarcarse de vuelta a Filipinas por cuenta propia, sin haber recibido los al-tos salarios que auguraban, defendiendo sus vidas de los muchos pobladores hostiles a todo extranjero. Holmdahl, afortunado, tenía el dinero suficiente para pagar su boleto de retorno. Llegó vivo al muelle, abordó la nave, vio de nuevo alejarse otra costa donde no era bienvenido.

Los tiburones acompañaron de vuelta al navío desvencijado que transportaba al joven americano, cuyas esperanzas de esplendor se habían ido por la borda. Emil se entretuvo con placer malsano en observar las aletas cuando aparecían en las aguas. En la tripulación, mayoritariamente amarilla, ninguna cabeza bullía con impaciencia. En algún momento, aburrido de ver las aletas lustrosas, se dijo que él mismo no sería mala carnada. Antes de que pudiera arrojarse al mar, la modorra de a bordo lo venció. Muchas noches soñó que era un tiburón de cacería bajo los mares del sur. Llegó a Filipinas sin novedad en 1901. En cuanto desembarcó, pudo observar la fuerza del movimiento insurgente de Emilio Aguinaldo contra los estadounidenses. Si ya habían echado a los españoles, pensaban Aguinaldo y sus hombres, por qué tolerar a los descoloridos soldados de Norteamérica. El ejército invasor respondió con carteles en inglés que ofrecían quinientos dólares a cada soldado que batiera a los patriotas filipinos. Sin tardanza, Holmdahl sopesó esa oferta. En cuestión de minutos estaba ante el reclutador del 20º Regimiento de Infantería para firmar su contrato; una hora después recibió un moderno rifle danés de cerrojo Krag-Jørgensen, con cinco cartuchos calibre 30-40 en el cargador, cuya pólvora sin humo superaba el demasiado humoso fulminante empleado durante las campañas con carabinas Springfield.

Holmdahl se convirtió en un experto tirador con su rifle danés, capaz de atinarle a un enemigo a quinientos metros de distancia. En sus asignaciones, Holmdahl cumplió la orden de su comandante Jacob W. Smith; éste insistía en no tomar prisioneros, en aniquilar a quien fuera apto de portar armas. Smith les dijo a sus soldados que un filipino era capaz de matar desde los diez años de edad, así que Holmdahl, junto con los demás francotiradores, se habituó a matar

niños tanto como adultos. Otras tareas endurecieron al extremo a los tiradores del vigésimo regimiento: las torturas aplicadas al enemigo, la «cura de agua», alternada con la «cura de cuerda». Holmdahl, no menos que sus compañeros, aplicaba con impasible asiduidad, con eficacia sin tregua, esos métodos para obtener información. Obligaban a los prisioneros a beber agua hasta casi reventarlos, o los ataban con cuerdas que luego retorcían mediante palos al grado de estar a punto de romperles los huesos. Para atizar la barbarie, los oficiales relataban por las noches historias de norteamericanos capturados por el enemigo. Eran las preferidas en noches febriles: a Thomas Kilby y Kenneth Truncheon, de Iowa, los habían enterrado junto a un hormiguero; antes de acabar con el par de infelices, las hormigas les devoraron los ojos, las lenguas.

—Yo los escuché gritar durante horas, ¡horas! Todavía escucho los alaridos —machacaba el capitán a su tropa.

A Timothy Danfrey, el más viril de los fusileros de aquel regimiento, lo perdieron en acción. Recuperaron su cadáver días más tarde. Los guerrilleros lo colocaron atravesado en una armazón de varas de bambú, sólo el torso con la cabeza, horriblemente traspasado por agujas de madera ensangrentadas; los brazos y las piernas que le amputaron estaban puestas en los sitios equivocados, como un monstruoso muñeco desmembrado, vuelto a armar con inepta perversidad; en la boca del soldado dejaron los guerrilleros incrustado el propio pene de Timothy. Cuando Holmdahl prestaba demasiada atención a los gritos de algún torturado, si comenzaba a cuestionar la razón de su conducta, recordaba a Danfrey; entonces los gritos le sonaban a redoble de tambores. Apretaba con más fuerza las ligaduras, vertía lodo en el embudo incrustado en la boca de su víctima como si estuviera derramando agua bendita.

En 1902 los Estados Unidos enviaron al comisionado William Howard Taft para concluir la guerra en Filipinas. Taft declaró el fin de las hostilidades para regresar triunfante a Estados Unidos, si bien los filipinos mantuvieron su beligerancia durante otros diez años. Al final de esa insurgencia tan larga, veinte mil patriotas habían muerto en combate; otros veinte mil perecieron de hambre o por los abusos de los soldados. Entre los estadounidenses hubo cuatro mil muertos, además de tres mil bajas por heridas o enfermedad. Holmdahl logró mantenerse fuera de esta cuenta, combatiendo con asiduidad, torturando casi con la misma frecuencia. A veces algún compañero, harto, le recordaba:

—¡La guerra ya se terminó!

Emil lo miraba con fastidio antes de arrancar un nuevo bramido a su víctima:

—¡Díselo a este puto amarillo que no deja de atacarnos!

DOS CRÍMENES

Una mañana de 1905 en el centro de Parral, Chihuahua, cobijado del bochorno por el techo alto de su expendio de pasturas, Rosendo Ramírez despachaba maíz al niño Emeterio Medina, oyéndolo contar que el grano era para los puercos de su tía la Baja Diablos. María «la Baja Diablos», entendía Rosendo, conoció al tío de Emeterio mientras lo llevaban forzado al ejército, lo siguió por todas las guarniciones del norte a donde lo tuvieron peregrinando; al fin habían recalado de nuevo en Parral, cuando el tío fue liberado del servicio militar. Allá se ocupaba doña María de criar marranos junto con otros animalitos; por eso Emeterio estaba recibiéndole un paquete de maíz al dueño de La Equitativa, como Rosendo le puso a su negocio. En ese momento la alta figura del forajido Pancho Villa oscureció la entrada a la tienda. Con el mostrador a sus espaldas, Ramírez no pudo replegarse, sólo vio la faz salvaje del cuatrero que llegaba con frecuencia a vender vacas o caballos a ciertas carnicerías de la ciudad. La vestimenta del joven rufián eran andrajos mugrosos por tanto cabalgar, fugarse, malvivir. Rosendo descubrió que el abigeo llevaba la pistola en la mano, pero apenas se enteró de que sus días terminaban al oír el trueno del arma, con ecos que sacudían el umbroso establecimiento.

Para cuando el silencio se restableció, Ramírez estaba tirado en el piso, muerto de seis balazos. Muy cerca del cadáver estaba en pie el niño Emeterio, paralizado, con el paquete de granos de maíz roto por el filo de una bala que al fin se había ido a alojar, como las otras cinco, en el cuerpo del tendero. Por la rotura del envoltorio se escapaban los granos de maíz sin hacer ruido al golpear el suelo, pues los amortiguaba la sangre espesa que manaba del caído. El pistolero se quedó un rato mirando al muerto, al niño que temblaba incapaz de huir, al humo desprendiéndose del cañón de su revólver para dispersarse en volutas por el almacén. No dijo una sola palabra el bandolero mientras estuvo allí; al minuto siguiente estaba afuera. Enseguida Emeterio Medina escuchó el galope de un caballo que se alejaba, pero pasó todavía un rato con los ojos fijos en el cadáver tirado cerca de los granos de maíz que caían para hundirse en el charco de sangre, formando un lodo extraño en el piso de tierra. Al fin, Emeterio pudo moverse para salir gritando de La Equitativa. La

cara del hombre que exterminó a don Rosendo se le quedó grabada junto con varios violentos recuerdos más de su existencia en Parral.

Luego de ese crimen, de otros muchos cometidos en sus calles, Parral comenzó a convertirse en una ciudad con aficiones muy gringas, como el beisbol, practicado por los niños en la calle o en solares como el que los parralenses despejaron en las afueras de su población en 1907: un gran terreno donde construyeron el barrio de San José. Allá se instalaron algunos vecinos, muy escasos, como el señor Celso Jáuregui con su familia. Se les sumó la familia de Claro Reza, más un arrimado de éste, Apolonio Durán, con esposa e hijos. A esos terrenos apartados llegaban muchos individuos en sus monturas, armados, que trajinaban con hatos de mulas, jumentos, caballos, vacas. Empistolado también, Claro Reza tenía tratos con todos esos fulanos misteriosos que sin poseer ganadería mercaban reses, y sin ser soldados ni gendarmes portaban pistolas, máuseres, hasta algún wínchester de las guerras con los apaches.

—¡Ta chulo tu wínchester! ¿No lo truecas por una vaquilla? —se oía entre los andrajosos jinetes de vez en cuando.

—Ni por un máuser me separo de él.

—¿Qué tal un máuser más la vaquilla? —tentaba el admirador del rifle.

—Pos… —vacilaba el dueño del fusil, mirando de reojo al tentador, mientras a su memoria acudían olvidados gritos en un idioma áspero que nunca quiso entender, ecos de descargas cerradas, inclusive olor a pólvora que permanecía adormecido en sus fosas nasales—. Pos… ¿pa' qué quieres un rifle viejo si tienes uno más nuevo?

—Y tú, ¿qué ganas con tener un rifle viejo si te ofrecen uno mejor?

—No es cosa de novedad. Este cañón, este gatillo, me han salvado la vida cinco veces.

—Te creo. Por eso, ¿no lo cambias? Te conviene. Yo voy a tierra de yaquis; me imagino que tú ya no irás a esos rumbos.

—Pos, ¿quién puede saber? Pero vamos a tomar un sotol allá en la sombra, allá platicamos.

Aglomerado junto al arroyo de la fábrica de cajas propiedad de Emiliano Enríquez, bajo el sol, quedaba el ganado que esos jinetes arreaban. Allá podían poner las cabezas a la venta sin más concurrencia que la de adictos compradores.

A alguna distancia de los hatos, los tratantes se iban a beber el incendiario licor bajo un árbol solitario hasta que el wínchester y el máuser cambiaban de manos. O también podía ocurrir que de pronto el ganado se alborotara por un par de detonaciones cercanas. Luego

todo volvía a estar como antes, excepto que el dueño del máuser regresaba a buen paso, salta-ba a su cuaco con un revólver en una mano, en la otra aferrando a la vez el máuser con el wínchester; ya sobre su montura, picaba los ijares del caballo hasta perderse de vista en el campo. El montón de reses no se rebullía, aunque allí cerquita quedaba tirado un cadáver aún tibio, ya sin armas.

Asiduo a ese baratillo era Pancho Villa, el mismo que unos años antes entró al expendio de Rosendo Ramírez para abatirlo a balazos por motivos que nadie pudo averiguar. El temible abigeo era muy amigo de Claro Reza.

La gente de Parral murmuraba que Claro Reza era el se-gundo jefe de la acordada, es decir de la tropa de cuatreros que con vacas ajenas (a veces hasta con caballos, mulas o asnos) surtían a los carniceros de la ciudad.

—Ahi va el segundo jefe —susurraba un ocioso a sus espaldas.

—Jefe de qué —averiguaba, desganado, otro ocioso.

—De la acordada —aclaraba el primero con aire de entendido.

—No me digas —el tono del curioso se animaba.

—Velo, pues: vive en el arrabal pero trai sombrero con galones, trai caballo, trai armas —el lento despepitar del chismoso rezumaba envidia—. Pa' que no te quede duda, ahistá su traje de charro, aunque ni casa propia tiene: *¿ladrónde* tanto lujo?

Desde los tiempos de Juárez el traje de charro portado por un cristiano con facha de peón era un distintivo del bandidaje. Lo usaron los plateados de Michoacán y Morelos hacía cincuenta años; lo seguían usando los abigeos de la frontera entre Chihuahua y Durango a principios del siglo XX. Claro Reza, al que nadie le conocía oficio ni propiedades, gastaba el traje elegante. Se ataviaba con él hasta para ir diariamente a la carnicería de José Alcalá, uno de los establecimientos modernos que el gobernador Luis Terrazas había mandado instalar en la zona principal, cerca de la estatua de su antepasado Joaquín Terrazas, también gobernador, que en tiempos de la intervención francesa le dio asilo a Benito Juárez para después dedicarse a concluir la guerra con los apaches. La carnicería de Alcalá destacaba, además de por su prominente ubicación o sus modernos aparejos, por la procedencia sospechosa de sus filetes, apetecidos por muchos a causa de sus bajos precios.

Por entonces todos los niños del rumbo iban a la escuela primaria 128, junto a la quinta Siqueiros. Los hijos de Claro Reza (María y su hermano menor, llamado igual que su papá) iban a ese colegio junto con otros niños, como los fifíes Óscar Flores, Ernesto Costemall e Ignacio Siqueiros, o como el hijo de obreros Emeterio Medina Márquez.

Al mediodía, el 8 de septiembre de 1910, los niños salieron de clases para dirigirse a la Calle 20 del barrio El Chamizal, donde vivían Claro hijo y, en una casa vecina, Emeterio. Detrás de ellos iban Óscar, Ernesto e Ignacio, hijos de ricos del pueblo. De pronto, Óscar les dijo a sus acompañantes:

—Miren lo que le hago al hijo del cuatrero.

Sin avisar, se dio vuelta hacia Claro para darle un manotazo en la nariz, pero el niño se hizo a un lado. El golpe alcanzó en la boca a Emeterio.

—¡Oye, pendejo, mira lo que haces! ¡Me partiste el hocico!

—Pues si no te parece, ven a que te lo parta de nuevo. Yo quería darle a este otro, pero te atravesaste.

Claro chico no dijo nada. Se lanzó contra Óscar, le puso dos puños con toda la fuerza en la cara, lo vio caer de espaldas y enseguida le plantó una tanda de patadas en las nalgas, sin que Ernesto o Ignacio trataran de impedírselo. Óscar quedó tirado bocarriba, gimiendo.

—¡Le voy a decir a mi papá! ¡Vas a ver cómo le va al cuatrero de tu padre!

Claro chico había pasado su brazo sobre los hombros de Emeterio e iba alejándose ya en dirección a su casa. Con un mo-vimiento vertiginoso se desprendió de su amigo, llegó en tres zancadas a donde yacía el fifí magullado, le asentó un puntapié en la cara, mantuvo su pie un rato sobre la cabeza del caído mientras observaba desafiante a los dos amigos de Óscar. Al fin decidió que era suficiente. Con mirada fría le dijo a la boca sangrante de Óscar:

—Ahora sí, ve a acusarme con quien quieras. Pero antes Emeterio también se va a cobrar tu golpe.

—Ya, Claro —lo apaciguó Emeterio, todavía sobándose la cara con ambas manos—. El papá de este putito es regidor del ayuntamiento, mejor no le buigas. Vámonos ya —se dejó de frotar la boca para tomar del brazo a su amigo, jalándolo hacia El Chamizal. Pero se volvió para lanzarle una sonrisa de coyote al fifí, a quien sus amigos levantaban de la calle.

Al acercarse a la carnicería de José Alcalá, Emeterio, al igual que Claro hijo, vio bajar por la Calle 22 a tres jinetes. Dos de ellos se quedaron calle arriba; el tercero hizo avanzar a su montura al paso hasta quedar frente a la carnicería de Alcalá. En el interior del expendio estaba sentado Claro Reza, a su lado una 30-30. Hacía poco había delatado a algunos de sus compinches con la esperanza de que los rurales les aplicaran el mátalos-en-caliente sin averiguatas, como preferían los adictos a don Porfirio.

Los niños que iban para sus casas vieron al jinete que venía de la

Calle 22 desmontar rápidamente, pistola en mano, comenzar sus disparos antes de entrar al expendio de carne Alcalá. Los muchachitos corrieron a guarecerse de alguna bala perdida. Asomados detrás de una pared, observaron a Claro Reza salir tambaleante de la carnicería, como si se dirigiera a cruzar el arroyo de Guadalupe. A medio tramo pareció que un ser invisible le metió el pie a Claro, porque el hombre se derrumbó. «Como un costal de piedras», pensó Emeterio Medina, espiando tras la pared protectora. Detrás de Claro caminaba sin apuro quien lo había herido, llevando en la mano la carabina que el agredido no tuvo tiempo de usar. Tirado en el suelo, Claro jadeaba, desangrándose por los tiros de revólver. Con toda calma el pistolero se detuvo sobre su víctima, descerrajando la 30-30 para dispararle la carga al yaciente, hasta dejarlo quieto. Desde el fondo de la calle, los dos jinetes que habían llegado con el verdugo sólo fumaban cigarros de hoja al contemplar la venganza de su compinche. Éste se dio la vuelta para ir por su caballo hasta la puerta de la carnicería, donde el propietario esperaba temblando a volverse también cadáver. El pistolero ni miró al cobarde, montó su penco, aseguró la 30-30 del difunto en la funda de su propia silla; con una orden corta, seca, enfiló al cuaco hacia donde lo esperaba el par de jinetes. Los testigos del asesinato vieron desaparecer a los tres montados por la avenida Zarco, nada escasos de risas o de cigarros. En la ejecución, el jinete no llegó a dilatarse ni quince minutos.

Quedó en la calle el cadáver baleado, al que se lanzó llorando Claro hijo para abrazarlo. Emeterio Medina miraba compungido el desastre sin decir nada. Al sitio llegaron Ernesto, Ignacio, el revolcado Óscar, para descubrir aterrados lo que es un muerto, junto con más curiosos atraídos por el alboroto. Se mantuvieron así más o menos una hora hasta que llegó el comandante de policía, Antonio Piedras, a levantar acta.

Piedras se ufanaba de ser amigo personal de Porfirio Díaz, pero la piochita que según él engalanaba su mentón hacía que nadie lo tomara en serio. A sus espaldas le decían «el Chivo Padre». Cuando el comandante se encaró con el niño Emeterio para interrogarlo, al colegial le costó trabajo no reírse en su cara. Sólo el espanto, la pena frente al difunto llorado por su hijo, contuvieron la risa de Emeterio. A las preguntas de Antonio Piedras, el muchachito respondió varias veces:

—Pancho Villa le disparó, le vació la pistola encima, como a don Rosendo.

Al Chivo Padre le costó trabajo desenmarañar la declaración de Emeterio por su insistencia en mezclar al crimen presente el recuerdo de aquel otro muerto tan viejo. Finalmente envió al presidente municipal un oficio donde el nombre de Pancho Villa quedaba ligado

a dos homicidios «de acuerdo con el dicho del testigo Emeterio Marqués, vecino de esta ciudad de Parral». El padre de Óscar Flores, regidor de Justicia, examinó el parte de Piedras, lo colocó sobre una pila de legajos contenedores de otras tantas relaciones sobre muertes violentas, e impidió que alguien más volviese a ocuparse de aquel asesinato, alegando que antes había otros casos que resolver. Tampoco por esos hizo nada para castigarlos durante los veinte años que mantuvo la regiduría de justicia en sus manos.

MOROS SIN CRISTIANOS

En las islas del mar de Sulú, en la parte más extrema del sur de Indochina, vivían pirateando los moros, pueblo islámico habituado desde el siglo XVII al saqueo, a las matanzas, a la embriaguez con alcohol y opio. Toda clase de crímenes se acumulaban en las historias de esta nación diseminada por las islas de Sulú. No hubiese sido raro que las primeras noticias acerca de ellos fuesen las aportadas por el náufrago Alfonso Ramírez, quien narró a Carlos de Sigüenza y Góngora cómo se trasladó de Veracruz a Filipinas, donde era capitán de un navío del rey hasta que, mal de su grado, hubo de acompañar a Indochina a unos piratas que lo esclavizaron, sometiéndolo a humillaciones, a descalabros, hasta abandonarlo junto con otros españoles en un barquichuelo con el que puso rumbo a la Nueva España, no sin aparejo de cañones, municiones, velas, mercaderías, más otros haberes sospechosos para un hombre que se dijo desposeído por los bucaneros cuando su nave al fin encalló frente a costas de la Capitanía General de Yucatán en 1690. Desde entonces asolaban los moros la zona del mundo asiático donde la fatalidad los puso en contacto con la ávida tropa estadounidense en 1903.

Holmdahl, dedicado a matar indistintamente hombres o niños filipinos, a robar pueblos indefensos acusados de alojar a rebeldes, a violar a las mujeres *conquistadas*, les decía a sus amigos que era aburrido no combatir con auténticos enemigos. Un compinche de la tropa le habló entonces de los moros.

—Son como osos grizzli; les disparas, les disparas y les disparas sin que caigan. Los más temibles son «los juramentados», unos fanáticos que han hecho la promesa de acabar con los cristianos. Yo y un amigo nos encontramos en un pueblo con uno de ésos; estaba esperando a que aparecieran cristianos; cuando nos vio, se lanzó con su bolo sobre nosotros. Su cara era espantosa. Yo pensé: ya estoy muerto, pero mi amigo me jaló, corrimos por las calles hasta meternos a un billar donde esperábamos que el tipo se detuviera; él entró dando gritos, saltó sobre las mesas, hizo trizas los tacos, nos lanzó bolas de marfil (creo que mató a dos clientes de los golpes), casi partió una mesa con un tajo de su bolo que no me alcanzó porque Dios no lo quiso. En esa confusión tuvimos tiempo de cargar nuestros revólveres, ansiando que

allí lo detuviesen. Otra vez salimos corriendo a la calle, armas en mano. ¿Crees que se nos ocurrió disparar? Vimos que todos huían de la zona. Ambos íbamos exhaustos, jadeantes: me dieron ganas de darme un tiro, terminar esa carrera extenuante, tan ridícula. De pronto una mesa de billar salió dando tumbos por la puerta hasta romperse en pedazos. Yo me aterré, me cagué, no me da pena decírtelo. Creo que mi compañero también. Vimos al juramentado como un demonio salir de la oscuridad del billar, entre gemidos de los clientes. Te juro que la cara del moro era de carbón al rojo. Estaba yo paralizado cuando mi amigo gritó junto a mi oreja: «¡Dispárale, dispárale!», mientras el moro crecía frente a nosotros. No supe cómo, de pronto mi revólver soltó la carga: seis tiros, luego clic, clic, clic, clic, no podía soltar el gatillo. Mi amigo también agotó su cargador. El moro sólo se detuvo cuando sonó el último disparo. ¡Le atinamos con todas las balas pero sólo la número doce lo derribó! Tenía el bolo apretado en la mano, su filo cortaba con sólo mirarlo. El juramentado abrió los brazos como para dar el golpe; sin embargo, se fue de espaldas. Rodó levantando polvo mientras el bolo chasqueaba al golpear el piso, lanzando reflejos de sol. Polvareda y centellas. Mi amigo lloraba, de pie; yo me senté en la tierra, creo que las lágrimas me impedían ver. Me dejé caer de espaldas para decir: ¿Dios mío, por qué permites que los monstruos vivan aquí? Un filipino salió de no sé dónde para tenderme la mano. Al ayudarme a levantar me dijo con dureza: «Los españoles tardaron ochocientos años en expulsar a estos negros de su país, no vas a alejarlos con llanto». Ese día fui a suplicar mi cambio a Manila.

Holmdahl escuchó la historia sin ocultar cómo lo conmovía la cara de susto de aquel mercenario. Al terminar el relato Emil abrazó al soldado, dándole muchas gracias por la advertencia. A la hora, Holmdahl estaba en la oficina de la comandancia militar reclamando que lo enviaran de patrullaje al mar de Sulú. El oficial a cargo le dijo dos veces que no tentara a la suerte, pero la insistencia del muchacho creció hasta obtener del militar una comisión en tierra de moros. Holmdahl pasó los tres años siguientes enfrentándose a los piratas musulmanes, tipos robustos, sin miedo, con el orgullo cifrado en sus turbantes, en sus vestimentas coloridas, en sus arracadas. Su valor lo sostenían con sus bolos, machetes cortos que blandían con destreza pavorosa; sus afiladísimas *barong,* espadas capaces de cortar cabezas de un solo tajo, más los *kris,* puñales de hoja ondulada que al herir destrozaban carne y órganos más allá de toda reparación. Otras armas temibles eran sus *lantakas* o cañones de bronce portátiles. Algunos se revestían con unas cotas tejidas de alambre metálico, incrustadas con cuerno de búfalo. Desde los tiempos en que la lucha de los piratas era cuerpo a cuerpo, habían aprendido a disparar toda clase de armas de

fuego; ahora tenían rifles Remington y Snider, capturados al ejército español.

Contra ese enemigo tuvieron que vérselas los oficiales y soldados del vigésimo regimiento. Bajo las órdenes del capitán John J. Pershing y del mayor Hugh Scott, el cabo Emil Holmdahl arremetió contra los moros en numerosas batallas. Tras invadir una enorme trinchera donde esperaban encontrar puros muertos pero acabaron recibiendo puñaladas de kris que les enterraron por la espalda los supuestos cadáveres, las tropas de Estados Unidos se volvieron más cautelosas. Optaron por arrasar a cañonazos los bastiones musulmanes, enseguida barrían con fuego de ametralladora aquellos escombros; sólo entonces lanzaban a la infantería para rematar a los últimos heridos que se debatían, desangraban o convulsionaban entre maldiciones a sus verdugos. El ejército estadounidense usaba las ametralladoras diseñadas por Hiram Maxim, un noble inglés que halló la manera de sustituir los múltiples cargadores de la pesada Gatling con un solo dispositivo de carga que aumentó la velocidad de los disparos, evitando problemas de atascamiento. Puesto que Holmdahl era buen tirador, le asignaron una Maxim Hotchkiss para allanar el camino de los infantes. Con todo, no faltaban emboscadas donde los invasores probaban el amargo sabor de las balas moras. Al mayor Hugh Scott le tocó recibir varias andanadas que le arrancaron un dedo de la mano izquierda, más dos de la derecha, cuando cayó en una trampa, si bien sobrevivió al ataque. Emil y sus camaradas lo vieron reaparecer lisiado, con más odio que nunca hacia el enemigo.

En 1905, el cabo Holmdahl participó con sus hombres en un combate cuerpo a cuerpo contra los moros que, a las órdenes del caudillo Datto Pala, habían tomado Jolo. Luego del choque de bayonetas, fusiles, barongs, bolos, krises, Pala quedó muerto junto con doscientos cincuenta de sus leales. Al ufanarse de sólo siete bajas en ese encuentro los invasores yanquis, entre los locales cundió la certeza: los vencedores masacraban a prisioneros inermes.

En el mar de Sulú, a la mitad de diciembre de 1905, Emil Holmdahl recibió el rango de sargento por sus servicios en la tercera campaña de esa zona, cuando tenía sólo veintidós años de edad. En febrero de 1906 aceptó por fin que lo devolvieran a su país junto con el vigésimo regimiento, en el barco de tropas *USS Sheridan*. La travesía duró poco más de un mes. Al atracar la nave, una banda militar les dio la bienvenida a los veteranos con *Home, sweet home* y *When Johnny comes marching home.* Holmdahl escuchó esas melodías como en un sueño. No podía creerlo: estaba de vuelta en la confortable América.

DESERTORES DE LA ESCUELA

Años pasaron en Parral hasta que la Escuela 139 se cambió de su local en la calle Victoria a la esquina de Ojinaga con avenida Ocampo. Ya muchacho, Emeterio Medina asistía a ese colegio, donde conoció a los hermanos Miguel y Antonio Trillo. Los Trillo vivían con su papá, el doctor Procopio, a una cuadra de distancia del sitio donde debían ir a clases. Muchas veces vio Emeterio el triste cuadro de Miguel cargando sobre sus espaldas a Antonio (un mozalbete con retraso mental) para llegar a la escuela. Ni Antonio ni Miguel disfrutaban el colegio, pero el hermano sin taras llegó a ser conocido porque podía copiar el dictado muy rápido con letra cabal. Un día Emeterio no halló en las clases a Miguel ni a Antonio. Pasó otro día, más otro; se acumularon los días sin que los Trillo volviesen al aula. Menos de una quincena después, el periódico *El Pobre Diablo* dio la noticia de que los dos alumnos ausentes de la escuela 139 andaban con Pancho Villa, antiguo abigeo, ahora cabecilla de la revolución. Emeterio, en cuanto oyó esta noticia, fue a tocar a la puerta del doctor Trillo. Después de un rato le abrió el médico, en cuya faz pudo notar zozobra: un hondo golpe le llenaba los ojos con el agua terca del desamparo. Luego de un apresurado «buenas», el muchacho le dijo al facultativo:

—¿Es cierto que Miguel y Antonio se fueron a la bola? Eso dicen en el periódico.

—Así que ya todos lo saben —dijo el médico sacudiendo la cabeza —. Pues sí, Miguel se llevó a Antonio con esos pistoleros. Me mandó decir que ahora es el escribano del tal Pancho Villa.

—Yo he visto dos veces a Villa matando, aquí, en Parral. ¿Se acuerda de don Rosendo el de La Equitativa y de Claro Reza el de las carnicerías? Yo vi cómo los mató.

—Conque fue Villa... Pues Dios quiera que mis muchachos estén bajo su protección. Aunque sea un asesino.

—¿Y si Miguel se vuelve capitán?

—Si regresa vivo será suficiente para mí. Y el pobre Antonio, ¿cómo la andará pasando con esos rufianes? Mi único consuelo es Alfredito, que al menos se quedó en la casa. Hijo, tú no vayas a irte con ellos. Nada bueno les va a dejar esa vida.

—¿Pues viera que a mí ya me están dando ganas de dejar la escuela? Pero si usted lo dice, ahi me quedaré, creo. Cuando sepa de Miguel o de Antonio, haga el favor de darles mis saludos, ¿sí? Cuídese, doctor.

Emeterio dejó al doctor Trillo de un humor sombrío, do-lido. Para todos en la ciudad, Miguel Trillo era ya una fiera más en el cubil de Villa, ese matón. Emeterio, en cambio, comenzó a ver distinto al personaje. «Yo también podría escribirle sus cartas a Panchito Pistolas», se dijo Emeterio con añoranza.

SAN FRANCISCO EN LLAMAS

Emil Holmdahl descendió del *USS Sheridan* el 6 de marzo de 1906 a la ciudad de San Francisco, para hallarse con un emporio de más de cuatrocientos mil habitantes, la novena más grande del país. Para el joven oficial, como para muchos otros, San Francisco era una leyenda, desde su fundación en tiempos de la fiebre del oro californiana, en 1849. Era la ciudad del vicio, de la inmensa riqueza. Durante sesenta años se había amansado hasta devenir el centro financiero, comercial y cultural del Oeste, gracias sobre todo al activo puerto marítimo por el que entró Holmdahl de vuelta a su nación. Los altos edificios que el joven oficial miraba por todas partes preludiaban los rascacielos que en décadas posteriores iban a cubrir el panorama de Estados Unidos. La leyenda de Frisco abarcaba también al exótico Barrio Chino donde, contra todos los obstáculos que ponían las autoridades, habían puesto residencia miles de inmigrantes del país en el que Holmdahl intentó convertirse en guardia imperial. Chinatown era el enclave de las bandas Tong, famosas por su violencia como por sus misteriosos rituales; el barrio conservaba aún el recuerdo de la famosa Ah Toy, primera prostituta china que prosperó en Frisco hasta que los Tong la forzaron a abandonar el negocio. Holmdahl escuchó en las calles que la ahora respetable, rica dama, seguía viviendo cerca de la ciudad donde amasó su riqueza. Los burdeles, las casa de juego, las cantinas recibieron con su rijosa aglomeración al sargento. Luego fue asignado con su regimiento a Monterey, el puerto donde los españoles ubicaron la capital de la Alta California, sin soñar la venta de ese territorio que Santa Anna haría después a sus captores, bajo amenaza de fusilamiento.

Apaciguada su ansia de güisqui, de mujeres, de apuestas que terminaban en golpes, Emil se sintió más confortable al retomar la disciplina del cuartel. Durante las guardias escuchaba a lo lejos el mar golpeando la costa, en cuyas aguas los pescadores cargaban sus redes hasta agobiar los barcos. Pasaban los días. El cuerpo magullado, extenuado del joven oficial se fortificaba hasta tensarse con la sal del aire, la comida saludable, el rigor balsámico de sus rutinas. En la apacible distancia, Emil comenzaba a observar con impaciencia un futuro sin sobresaltos, cuya regularidad lo angustiaba. No más

batallas, no más asaltos, no más embates contra enemigos feroces. ¡Si tan sólo quedaran algunos apaches en pie de guerra!

Llegó el mes de abril tan acuciante como el anterior, por su monotonía. Emil sólo se sentía bien mientras conducía los ejercicios diurnos o algunos nocturnos que arreglaba en los días más tediosos. Sus hombres que nunca habían visto los mares del sur, se intrigaban ante el joven que parecía considerar la extenuación como un premio. Lo admiraban por las historias que circulaban sobre su servicio en Filipinas, sin estimarlo, porque Holmdahl parecía seguir esperando que lo visitaran los diablos amarillos o negros de aquel territorio.

El 18 de abril Emil Holmdahl estaba levantándose de su catre. El sueño aún lo mantenía en esa zona de pugna que, para él, se disipaba más rápido que para los reclutas habituados a no abandonar su país. De pronto el catre lo derribó, o más bien, un enorme animal salvaje le saltó encima para tirarlo al piso. Así lo sintió. Abrió mucho los ojos para saber que sucedía. Nin-gún ser ante él, sólo algo invisible sacudiendo las paredes, el techo, todo. La tierra bajo sus pies temblaba con sordo rumor que creció en segundos hasta convertirse en trepidación, en estruendo que venía del suelo. Ensordecido, Emil sólo había sentido algo similar cuando el proyectil de una lantaka golpeaba cerca de sus trincheras, pero este sacudimiento no paraba. Intentó levantarse. Sus piernas no podían afirmarse en el suelo, como en el peor acceso de mareo que hubiese sentido en su primer viaje sobre el *Pennsylvania*. Al fin el estruendo circundante comenzó a apaciguarse, mientras el aire se llenaba de gritos alarmados, de algunos alaridos. Sin ponerse más que los calzones, tomando su revólver siempre a mano, el sargento salió al patio de maniobras para hallarlo hormigueante de hombres como él, apenas vestidos, algunos en cueros, desconcertados todos. Las pocas mujeres que vivían en el cuartel también estaban en el patio, envueltas en cobijas; algunas de ellas, sólo en llanto.

Un teniente que llevaba años en la zona fue llamado a calmar los ánimos. Su voz trataba de sonar firme, rutinaria. Fue un terremoto, aquí son frecuentes. Su palidez desmentía la tranquilidad que intentaba aparentar. Al fin, la franqueza le ganó: creo que algo muy grave acaba de pasarnos, hay que prepararse para otro temblor. El comandante del cuartel no le permitió seguir. Ordenó a todos vestirse, ocupar puestos, formación de combate. Una patrulla salió del cuartel a explorar los alrededores. Esta alarma, extrañamente, le sentó bien a Emil. Estar alerta ante el peligro lo situaba en otra rutina, placentera. No más ejercicios sin sentido, *This is the real thing!* Su exclamación lo sorprendió, por lo entusiasta.

Por la tarde el regimiento salió del cuartel hacia el puerto de Monterey. Los embarcaron en varios pesqueros con la orden de apoyar

al regimiento de San Francisco. Al amanecer avistaron la entrada a la bahía, la Puerta de Oro que conducía a la riqueza. Holmdahl creyó que se repetiría la magnífica vista de un mes antes al volver a su patria. Para su sorpresa, la costa aparecía muy llana. Sobre el horizonte se levantaba una oscuridad demasiado densa, cargada de un olor acre. No olía así en marzo, cuando Emil tocó tierra allí por primera vez.

El barco en que el sargento iba con su tropa tuvo dificultades para atracar en alguno de los numerosos muelles. En varios había barcos que parecían haberse echado sobre las escolleras. Al fin, un rompeolas maltrecho fue descubierto libre porque un vapor sobrecargado de gente salió a toda prisa. En ese puesto atracó al fin el pesquero para depositar a los soldados en suelo de Frisco. Holmdahl dispuso rápidamente a su tropa en camino a la comandancia de puerto, pero no la halló. Mientras caminaban podían observar que los edificios, antes tan firmes, eran sólo escombros. Al cruzar las calles de los atracaderos podían ver a lo lejos una enorme, anchísima columna de humo que se elevaba al cielo como un muro fantástico, cuya superficie ondulaba, resplandeciente en la base. Ninguno de los uniformados podía creer que esta devastación fuese Frisco, la ciudad de las putas a montones, de los casinos, de las cantinas pródigas.

Vagando con su contingente por las amplias calles de los muelles, viendo los destrozos del sismo extendidos hacia el interior de la ciudad, todos los soldados sintieron la impotencia, la furia, la depresión punzante de no poder combatir. Al fin, la tropa se reunió con otras desembarcadas, en medio del desorden creciente impuesto por los fugitivos. Todas las fuerzas quedaron bajo las órdenes del general Frederick Funston, a cuyo mando estaba habituado Holmdahl. Funston consultó con el alcalde lo que habían de hacer sus muchachos. Recibió órdenes tajantes: detener los cientos de incendios que arrasaban la ciudad, limpiar de escombros los terrenos, abrir pasos donde fuera preciso, matar a los saqueadores. Había veintiocho mil edificios de todos tamaños quemándose tras el terremoto, con nuevos incendios surgiendo cada vez que reventaba alguna cañería de gas. El agua se agotaba, pese al mar que se abría más allá del muelle. Los soldados intentaron crear cortafuegos poniendo a trabajar a todo mundo en la remoción de escombros, pero pronto quedó claro que el método era lento e ineficaz. Los ingenieros militares decidieron que lo mejor era dinamitar edificios arruinados para acabar pronto con este segundo desastre. A veces no calculaban bien las cargas, cuya explosión daba paso a más incendios. De todas maneras, los soldados, hasta los oficiales, tomaban las palas para cavar, enterrar, desbrozar terrenos, abrir calles. Extenuados, comenzaron a echar mano de todos los que pasaban por los sitios en problemas. A veces lograban rescatar

a personas vivas debajo de los escombros, otras sólo desenterraban cadáveres. En algunas zonas hubo tantos que no pudieron más que ir lanzando los cuerpos a un incendio cercano para evitar que la descomposición originara enfermedades.

Mientras se fatigaba en la interminable excavación, Holmdahl, junto con sus hombres, vio llegar uno de esos días cierta carreta con cuatro pasajeros más un montón de cajas adentro. Los individuos estacionaron el carruaje cerca de un edificio particularmente arruinado, cuyos restos parecían a punto del colapso. El cuarteto empezó por descargar un curioso artilugio que colocó sobre el suelo, frente a la edificación, una especie de trípode. Enseguida alzaron una gran caja para colocarla sobre esa base. Holmdahl pasó de la extrañeza al enojo cuando los cuatro sujetos comenzaron a colocar aditamentos a la caja, en cuyo frente había un tubo, o quizás un cañón. El sargento se apresuró a detenerlos:

—¿Qué hacen aquí con ese artefacto, no saben que está prohibido saquear?

Los hombres lo miraron con azoro.

—No estamos saqueando, estamos filmando el terremoto, somos de la Pathé.

Holmdahl se irritó más.

—¿Qué tiene que ver el paté con esta desgracia? ¿Qué cosa traen en esa caja?

Los hombres se rieron.

—¿No conoces las cámaras de cine?

Holmdahl, rojo de ira, comenzó a gritarle a sus soldados:

—¡Arresten a estos hijos de puta, fusílenlos enseguida!

Los hombres de la cámara palidecieron. Discutieron con los de uniforme.

—¡Dice que no conoce las cámaras! ¡No puede ser!

Uno de los subordinados que estaba enterado de la prolongada ausencia de Emil, al fin tuvo una inspiración. Se acercó a Holmdahl para retirarlo a corta distancia mientras le hacía un comentario.

—Sargento, estos hombres están haciendo una película, es un invento nuevo que se exhibe en los teatros. En Filipinas… ¿no fue usted al cinematógrafo?

Holmdahl miró al soldado con desconfianza, volteó a ver a los hombres que su tropa había rodeado, miró con detenimiento la cámara. Al fin, se volvió hacia los arrestados:

—¿Cómo funciona esa cosa?

El operador se acercó al aparato para colocar la manivela que

estaba colgando de un lado, le explicó que adentro estaban las bobinas de película, cómo al girar la manivela iba registrando el movimiento de afuera, le pidió mirar por el objetivo. Pasaron un rato entre explicaciones, hasta que Holmdahl se relajó.

—¿Puedes sacarnos una foto? —dijo.

El camarógrafo asintió vigorosamente con la cabeza.

—Fórmense ante el edificio, los filmo.

Holmdahl organizó a sus hombres; al tenerlos agrupados, les dijo:

—Ahora, quietos. Miren al pajarito.

El camarógrafo se rio.

—¿Dónde ha estado viviendo, en una cueva? ¡Tienen que moverse, por Dios! Agiten la mano o algo… Así, en movimiento —de pronto el edificio crujió, se derrumbó atrás de ellos, Todos saltaron hacia adelante mientras la polvareda cubría la calle. El camarógrafo tosía mientras se carcajeaba—: ¡Muy bien, eso es moverse!

La ciudad continuó rompiéndose por todas partes. Holmdahl miraba la manivela del aparato girando al impulso del camarógrafo. Atrás de él la polvareda caía como una lluvia blanca sobre la calle.

Junto con sus hombres, Emil combatía al inesperado enemigo con rabia. Un enemigo sin cuerpo que incendiaba, demolía, rompía las calles con enormes grietas. Ninguna batalla en Filipinas había sido tan extenuante, tan desalentadora. Pese a que no perdió ni uno solo de sus soldados, Emil sintió la derrota total. Eso no impidió que los pusieran a trabajar de sol a sol, y aun de noche. El principal problema eran los saqueadores, a los que atraparon por decenas. A veces Holmdahl se dejaba llevar por la rabia; él mismo disparaba contra los grupitos de hombres o mujeres que trataban con desesperación de conseguir alimento, ropas, algún objeto que cambiar por comida, o simplemente, llevarse lo que ahora estaba a disposición de todos. Los soldados no hicieron distinciones; como la orden del alcalde fue matar a los saqueadores, lo mismo fusilaron a ladrones que a madres desesperadas por llevar migajas a sus hijos, a padres de familia que unos días antes jamás hubiesen pensado en tomar lo que hallaran a mano. No faltaron niños hambrientos en estas matanzas. Holmdahl ordenó a sus guardias aplicar la misma despiadada nivelación que aprendió en Filipinas. Sólo en una ocasión dejaron que el saqueo prosperase, porque los saqueadores eran miembros del vigésimo segundo regimiento. Holmdahl estuvo mirando el pillaje de sus compañeros uniformados sobre unos cajones de los que extrajeron cajas con zapatos de tacón, femeninos. Irritado, el oficial recorría las humaredas circundantes, las casas arruinadas. De pronto se fijó en una fotografía incólume, abierta, no lejos de allí. Fue a sacar al dueño con su cámara, lo plantó en medio de la calle, le dijo: «Tómales fotos a esos. Quiero que recuerden

este día toda su vida». Uno de los involucrados descubrió la maniobra. Se plantó enfurecido ante Holmdahl, quien le cortó el paso hasta la cámara.

—Tú, ¿vas a negar que saqueaste casas en Filipinas? —gritó el ladrón.

—Eso fue en un país con el que estábamos en guerra. Aquí estamos en nuestra casa, en medio de un desastre —al decir esto, Holmdahl echó mano a su sable.

El saqueador descubrió frente a él a los soldados de Holm-dahl, apuntándole. Maldijo a todos antes de volver con sus compinches. Cuando el fotógrafo terminó sus placas, Emil le ordenó:

—Haga copias para distribuirlas entre la gente, llévelas a la comandancia cuando haya una en pie. ¡Conserve esas fotos!

Ante ellos se desplegaba la vergüenza: un cajón de madera con su contenido de cajas de zapatos femeninos regado en la ancha calle, a un lado de los carriles del tranvía; la humareda como un telón opacando las casas a ambos lados; los uniformados absortos en apoderarse del botín sin soltar sus carabinas ni perder los sombreros.

Así se fueron los días, hasta que la ciudad quedó apaciguada en su destrucción. Para Emil la tranquilidad estaba lejos. En cuanto acabaron con las tareas de limpieza, a su tropa le encomendaron proteger la Subtesorería de los Estados Unidos, edificio donde se guardaban los fondos de la ciudad. Por seis días, Holmdahl, con sus subordinados, estuvo ante el edificio sin apenas tener tiempo de dormir. A su alrededor humeaban los escombros, se pudrían muchos cadáveres aún por exhumar; el hambre, la miseria, la enfermedad proliferaban. En cuanto la policía pudo hacerse cargo del depósito del tesoro, Emil, su tropa y el resto del ejército asumieron la tarea siguiente: construir casas en los once campamentos para refugiados que rodearon a San Francisco. En los días siguientes, con la asistencia de carpinteros, más cientos de damnificados, los oficiales con sus soldados llenaron el aire de martillazos, sones de serrucho, pases de lista, gritos de ordenanzas y canciones obscenas, mientras ponían en pie cinco mil seiscientas casetas de madera de secuoya o abeto para alojar a dieciséis mil personas. El gobierno le cobró a cada familia de dos a seis dólares mensuales para ocupar las casitas con techo de dos aguas, todas pintadas con el color verde olivo del ejército. Algunos de los moradores se quedaron durante dos años en esos refugios, pero la mayoría estaban desocupadas para 1907. Por allí fueron a reconstruir su barrio los emigrantes chinos, cuyas viviendas se habían desmoronado por miles en Chinatown. Ocupados en recuperarse del desastre, los egoístas blancos de Frisco le dieron un respiro a la nación amarilla, cuyas muchedumbres hallaron cobijo en esos campamentos.

Pasado más de un siglo, en 2014, aún quedaban treinta casetas en pie de aquellas cinco mil seiscientas construidas por el ejército a un costo de cien dólares la mayoría. Un abogado compró una de las sobrevivientes de mayor tamaño: pagó seiscientos mil dólares por la estructura de catorce metros de largo, hecha mediante el empalme de cuatro casetas. Otro recuerdo conservado de esos días fue una placa de vidrio que el fotógrafo arrastrado por Holmdahl imprimió: aún preserva, nítida, la escena de los uniformados absortos en robar zapatos de mujer.

Exhaustos del trabajo de rescate, Holmdahl y sus hombres retornaron al cuartel hacia agosto. Después del horror aspirado, deglutido, vuelto a deglutir a diario en Frisco, Emil ya no sentía la nostalgia de antes por los campos de batalla. Reconciliado con las rutinas de la guarnición, halló solaz en el béisbol practicado con el equipo del regimiento. Se convirtió en buen lanzador. En esas distracciones le llegó su dispensa militar el 31 de enero de 1907.

DIOS NUNCA MUERE

Benito Juárez dijo cuando andaba a salto de mata por medio México que si alguna religión podía impulsar el progreso en la nación desgarrada por diferencias de credos, sería la entonces llamada protestante. En el norte, donde Juárez trabajó en toda clase de oficios, desde enrollar puros hasta ser presidente de la nación, muchos le tomaron la palabra a él o a los ministros que desde Estados Unidos frecuentaban las industriosas ciudades próximas a la frontera. En Parral, Chihuahua, el coronel Ignacio Orozco estableció desde 1884 la Iglesia protestante, que para 1887 tenía sus homólogas en Cusihuiriachi y en San Isidro, donde crio a sus hijos el matrimonio de Pascual Orozco Orozco y su esposa de origen vasco, Amada Vázquez. Desde niño, Pascual chico escuchó palabras hirientes sobre su religión, casi tan insistentes como las admoniciones sobre la superioridad de su fe en labios de su madre:

—Pascualito, nosotros somos el pueblo de Dios, aunque los herejes por todas partes nos miren feo. Nosotros seremos el progreso de México, como dijo el presidente Juárez; haremos que este país sea tan grande como nuestro vecino, donde la verdadera creencia es aceptada por la mayoría. Un día borraremos esta frontera para que el Dios auténtico reine sobre todos los mexicanos. A ti te tocará verlo. ¿No te parece maravilloso?

Ni Amada ni nadie preservó lo que le parecía a Pascualito el pronóstico de su mamá. Sin embargo, no le ha de haber disgustado. Al crecer, Pascual Orozco Vázquez persistía en la fe evangélica frente a los demasiados católicos que lastraban a su tierra natal, favorecidos por el dictador Díaz. Pascual había aprendido a detestar meticulosamente las imposiciones de los curas, cuyas cuotas para esto o aquello eran solapadas o aun impuestas por los reyezuelos nominados por don Porfirio para expoliar Chihuahua. Aunque a Pascual sus padres le habían inculcado la admiración por los Estados Unidos, nada admirable hallaba el joven en que unas cuantas compañías mineras —la American Smelting and Refining Company, entre esas pocas— acaparasen la riqueza del territorio que su abuelo, luego sus padres, ahora él mismo, habían atraído a la verdadera fe.

Dueño de un hato de mulas, Pascual se empleó en la conducta de

mineral para la familia Sánchez, durante tres años que al joven le parecieron tres siglos. Iba de la mina Sánchez a Lluvia de Oro, volvía de esa Lluvia más bien seca, polvorienta en extremo, a la mina Sánchez. Tras casarse, antes de cumplir los veinte años, dejaba a su esposa en el pueblo minero, la perdía de vista largos días, hasta semanas. Al llegar a su casita, le relataba con palabras precisas sus andanzas, sus esperanzas, sus resentimientos en las solitarias corridas con sus bestias:

—Ya ves, mujer, que este oficio de mulero es muy bueno si sabes medir el riesgo. De suerte, me conocen por poner la bala donde pongo el ojo; así, menos gandules se atreven a medir mi puntería. Nomás en este viaje puse quietos a tres, uno tras otro. Cuando acabó la balacera pasé frente a los difuntos: tenían la mirada muy fija, como si no creyeran que las balas terminan por matarte. Se me escapó un solo rufián, no te lo niego, pero a estas horas han de estar quitándole el brazo, porque antes de que se fuera echándole pelos a su cuaco, clarito vi cómo mi bala le aventaba hacia atrás el brazo. Con decirte que me hallé su pistola en el camino, una Smith and Wesson que merqué por este vestido tan catrín que se te va a ver muy medido.

La mujer admiró la vestimenta tratando de olvidar los tres muertos cuya sangre había costeado la prenda. No le remordían las muertes acumuladas por su marido, sino la posibilidad de que alguno le hubiese atinado a Pascual.

—Sí te voy a decir —continuaba Pascual— que por más suerte que me acompañe, no me deja de amargar Joaquín Chávez con sus hijos, sus mulas. Me sigue aventajando. Esos dizque bragados no serían tan gallitos si los Creel no les solaparan sus despojos, sus trampas a la hora del acarreo. Bien dicen: «Dios los hace, el robo los junta». Verdá de nuestro Señor, un día me daré el gusto de pasar una soga por el cuello de ese don Joaquín. ¡Cuatrero habían de llamarlo, no jefe político!

—Ya, Pascual —cortaba su esposa—. Olvida a esos Chávez, no te hagas mala sangre. Recuerda, el Señor ha dicho: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Quieras o no, los Chávez son prójimos, aunque canallas. Mejor demos gracias a Dios por traerte a salvo conmigo. Me duele pensar que si alguno de esos infortunados hubiese tenido mejor puntería, ahora podría estarle diciendo a otra mujer algo similar a lo que me cuentas, Dios no lo quiera. Puede que hasta el mismo trapo le estuviese regalando.

Abrazados, la señora Orozco pensaba en ahorrar unos pesos para conseguirle a su marido más mulas, a ver si dejaba de envidiar a esos truhanes de los Chávez. Pascual, acariciando los cabellos de la mujer, aguardaba en lo más hondo de sí la oportunidad de ponerse frente a

frente con Joaquín Chávez para llenarlo de plomo.

Otros días Pascual se demoraba en casa de su primo Daniel Rodríguez, quien le convidaba en su sala traída de Marsella buen güisqui o brandi, opíparas cenas a la mesa del comedor tallado enteramente en nogal, buena plática, buen dominó o mejor póquer en la biblioteca de la cual a veces tomaba el primo Orozco algún libro de título escandaloso o intrigante: *Leviathan*, *La democracia en América*, *La anarquía*. Le gustaba asimismo cambiar con su primo quejas contra el gobierno. Ambos detestaban a Joaquín Chávez, a los Creel, al lejano don Porfirio cuya mano de hierro oprimía sus ambiciones. Daniel Rodríguez iba más lejos, para envidia de Pascual. Era miembro del club antirreeleccionista de Chihuahua, con tal energía que el presidente del grupo, Abraham González, lo distinguía entre los inconformes. Daniel, sin embargo, no se conformaba con eso.

—¿Puedo decirte algo a lo macho, Pascual? Necesito que me jures no repetirlo —dijo una tarde de dominó el rubicundo Daniel, examinando con demasiada concentración la ficha que su oponente dejara en la mesa.

—¿Pues qué puede ser tan grave? —asintió Pascual, mi-rando con extrañeza la ficha, luego a su pariente. Tras unos segundos se llevó una mano al corazón—. Nuestro Señor no permita que mi boca o mis acciones puedan perjudicarte.

—Yo estoy harto de soportar a los Creel, a los Chávez, a Díaz —Daniel se puso de pie, comenzó a pasearse frente a Pascual—. De veras, no cabemos todos en esta tierra. Sólo hay una forma de aliviar ese encono que siento. Tú lo sabes. ¿No has soñado con colgar de un árbol a don Joaquín?

—No sólo sueño con ello. Lo tengo aquí en la mente, siempre. Qué diera yo por quitar de en medio a ese cabrón viejo con todos sus hijos. Pero no tengo con que hacerles frente. Me hacen falta rifles para volarles a todos la cabeza, no podría esperar a buscar un árbol de donde colgarlos.

—Rifles hay, lo que hace falta son güevos para usarlos —de pie, Daniel miraba a Pascual como si quisiera perforarlo.

—No me chingues, no me alcanza el dinero para las balas, menos para las armas —Pascual se alzó del asiento para que sus ojos quedaran a la misma altura que los de su anfitrión.

—¿Y si pudieras obtener las armas? Digamos, con amigos hartos de la gente de Díaz —Daniel lo invitó con un gesto a sentarse de nuevo.

—Pues serían amigos muy generosos. Y con muchos güevos. ¿Dónde hay de esos?

—Te aseguro que no faltan.

—Si los conoces, preséntamelos. Yo le daría buen uso… a su amistad.

—Hace falta más que eso. Necesitamos más… amigos con recursos.

—¿De a cuánto es la amistad?

—Más de lo que puedes aportar ahora. Pero ellos son pa-cientes. Cuando estés listo, te recibirán con gusto —sentados ambos, Daniel observó a su primo con fijeza desafiante. Pascual le sostuvo la mirada.

—Veré cómo lograr lo que sea necesario. Tú diles que me aguanten un rato, porque tengo que superar a los Chávez antes de que los cuelgues del árbol que gustes. Digo, si quieres esperar a eso.

—Te digo que contamos con algo más que sogas. Esperaremos a que tú puedas sumarte. Por ahora, andas tan desguarnecido como tu mula de cuatros —dijo Daniel, cerrando el juego con una ficha que tenía el cuatro y el seis.

Después los primos se tomaron unas copas más de brandi, charlaron de otras amistades, se les hizo tarde comentando un periódico clandestino, *Regeneración*, que les llegaba de la capital de Missouri, publicado por los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, conjuntamente con sus camaradas Librado Rivera y Manuel Sarabia. A Daniel le había llegado el ejemplar más reciente, que le ofreció en préstamo a Pascual. Él se lo llevó con gran deseo de conocer lo que podían decir individuos tan audaces como para llamarse anarquistas, una palabra que vagamente hacía resonar en la imaginación de Orozco bombas, asonadas, rebeliones.

En los siguientes días Pascual devoró los artículos de *Regeneración*, inclusive en sitios públicos. No faltó quien notara su absorta lectura, sobre todo porque nadie había visto semejante publicación en las calles de Chihuahua, con lo que pronto llegó a oídos de la policía la indebida atención que Orozco le prodigaba a un panfleto sospechoso. El jefe político lo mandó traer a su presencia, obligándolo a entregar el periódico prohibido. Don Joaquín se estremeció de placer por la oportunidad que Orozco le daba de humillarlo: le enjaretó una diatriba en que la palabra «subversión» iba pegada al epíteto de «traidor» o de «insensato», se solazó rompiendo el impreso en la cara de Pascual para enseguida bailar sobre los pedazos, los cuales ordenó recoger para quemarlos en una cubeta, todo ante la mirada rencorosa de su competidor. Don Joaquín, luego de la meticulosa afrenta privada, colmó el odio de su víctima enviándolo a una celda por dos semanas con gran publicidad, además de hacer correr por el pueblo la noticia de que su clemencia libraba al temerario del fusilamiento.

Un sábado, al salir del calabozo, amarillo de cólera, quebrantado, Pascual Orozco se fue a su casa, de donde no salió en seis días. Al séptimo retomó su trabajo de arriero, disminuidos sus clientes por la

mala fama de su arresto. Le llevó muchos meses recobrar su clientela, haciendo en todas partes profesión de lealtad al viejo presidente Díaz. Por esa conducta, su primo Daniel dejó de recibirlo.

Orozco logró, con jornales que otro hubiese eludido, obtener la riqueza largamente acaparada por los Chávez. El jefe político miró con enojo creciente la fortuna de su rival, pero como nada en sus acciones suponía desacato a los preceptos de don Porfirio, el cacique hubo de conceder al arriero la bonanza en sus negocios.

En 1909, con el pretexto del 5 de Mayo, Pascual organizó con su esposa un banquete para agasajar a los ricos de los alrededores. Don Joaquín Chávez, con su familia, se excusó de asistir por un viaje forzoso a la capital del estado. En su casa, Abraham González Casavantes, el soltero y rico presidente del club antirreeleccionista, recibió una invitación que hubiera rechazado también. Pero al abrir el excesivo sobre lacrado en que le llegó el convite, antes de poder verlo siquiera, observó dentro de la funda un inesperado periódico. Al tomar don Abraham el ejemplar de *Regeneración* que venía en el paquete, cayó al suelo el pase para el festejo de los Orozco. González lo tomó, para quedarse luengo rato examinando los impresos. Decidió aceptar mientras leía un recado escrito por Pascual:

> Por este periódico fui a la cárcel. No pude ni siquiera darme el gusto de conservarlo para recordar la causa de mi desgracia. Pero he sabido reponerme sin olvidar la razón de mi infortunio: la dictadura del general, de sus esbirros. Ahora que tengo motivos para festejar, con suficientes recursos para hacerlo, le ruego acuda a mi casa para que platiquemos cómo estrechar una amistad que deseo sostener más que nada.

En casa de los Orozco el convite del 5 de Mayo fue tremendo. Los invitados salieron más que complacidos, casi inconscientes de la casa del antiguo arriero, ahora propietario de una mina. Los asistentes a la comilona alabaron mucho un concierto ofrecido antes de la comida en honor a la esposa de don Porfirio, cuyo inicio fue el vals *Carmen*. Embelesados por la orquesta que tocaba las piezas de Juventino Rosas, Felipe Villanueva, Rodolfo Campodónico, Ángel Garrido y Francisco Cárdenas, los invitados apenas percibieron cuando el anfitrión se llevó aparte a Abraham González para sostener una larga conversación. En la biblioteca de la casa, González escuchó a Orozco mientras ambos bebían un coñac Rémy Martin, importado de la Gran Champaña por el nuevo minero.

—Don Abraham, le envié ese periódico que usted ha de conocer bien porque mi primo Daniel me comentó hace unos años que hay… amistades dispuestas a cambiar nuestro orden de cosas. Yo quisiera

sumarme a esa amistad. Estoy listo para contribuir con mi fortuna, la cual no es despreciable, como usted mismo ve.

—No entiendo para qué necesita usted más amistades que las que reúne en su casa, a las cuales, por cierto, yo no miro con simpatía.

—En eso coincidimos, aunque no lo crea. Pero en estos tiempos hay que ser discretos para lograr lo que nuestro corazón anhela, don Abraham. Inclusive hay que mostrarse contrario a los propios deseos en ocasiones como ésta. Pero a gente como usted hay que sostenerles las palabras con hechos. Si me permite, hay un hecho, o más bien, varios, que deseo poner a su consideración, antes de que la orquesta concluya esta pieza —en ese momento escuchaban los primeros compases del vals de Francisco Cárdenas *Viva mi desgracia*—. Traiga, por favor, su copa si desea. Acompáñeme por acá.

Los dos hombres salieron de la biblioteca para dirigirse por una puerta posterior hasta una troje donde cuatro mulas estaban casi inmóviles, como suelen estar esos animales cuando los liberan de los fardos que acostumbran imponerles sus dueños. Pascual se acercó a la más lejana de ellas para jalarla del ronzal.

—A ver, muévete, Firia —le dijo al equino. Enseguida, tomando un tridente para limpiar la paja y los cagajones regados en el suelo, Orozco se volvió hacia su invitado—. Acérquese; sólo tengo que levantar unas tablas… Así… —usando el tridente como palanca, el minero quitó un par de tablas, extrajo otro par, otro más, hasta que dejó al descubierto una fosa como para enterrar un ataúd. Adentro había unas cajas de madera cerradas con candados. Pascual se aplicó a abrir una con llaves que extrajo de su bolsillo. Levantó la tapa para dejar a la vista de González el contenido: varias carabinas máuser nuevas—. Tengo ya seis cajas de éstas, con seis piezas cada una, más el parque. En cada compra he señalado que es para proteger mi veta, aunque usted sabe que no da para tanto. En El Paso o en otras ciudades, quienes venden esta mercancía nunca me han hecho más preguntas.

—Mucha mercancía, es cierto. ¿Tanto teme usted a los ladrones? —se concretó a comentar don Abraham, mirando con desconfianza a Orozco.

—A los que están en el gobierno, sí. Me dan harto temor. Pero ni con esto podría atajarlos. Yo espero más bien contar con amistades que compartan mi recelo, que sean hombres valerosos para hacer frente a quienes nos despojan todos los días. Supongo que usted conoce gente así.

—Y si los conociera, ¿qué espera usted de ellos?

—Más bien quiero hacerles saber qué pueden esperar de mí. Me comprometo a proporcionar estas sesenta armas si me brindan su

amistad. Si me lo piden, hasta más.

—¿Pero cómo piensa usted usar tantas armas? Hacen falta hombres que las manejen.

—En esos caminos de Dios donde tanto he trajinado, no faltan buenas personas que tienen algún agravio contra los Chávez, los Creel, contra Díaz mismo. Le garantizo que para accionar estas cosas no faltará gente. Pero se necesitan más. Yo pongo en ciento veinte fusiles mi límite. Lo menos que se necesita son quinientos.

—Espero que entienda usted el compromiso que significa una acción así. ¿No le da miedo que yo lo delate?

—Miedo me daría de que se vaya usted sin decir nada. Yo confío en su honor, don Abraham, además de que somos parientes, aunque lejanos.

—¿Cómo parientes?

—Daniel Rodríguez, mi primo, es familiar suyo, ¿no? Por ahí puede rastrear el parentesco. Sirve de paso que le diga que ya puede estar tranquilo sobre mi conducta. Yo no he dejado de pensar como antes de que me metieran al bote. Sólo se ha afilado mi odio a los tiranos, aunque ahora esté agasajando a sus compinches. Día vendrá cuando les haga beber sangre en vez de güisqui.

—Yo espero que en las elecciones del próximo año podamos evitar ese extremo. No me agrada la idea de derramar sangre.

—¿No me diga que le falta valor para tomar la oportunidad?

—Le digo que la idea no me agrada. Si no hay otro recurso, veremos lo de las armas. Le pido esperar a las elecciones. Mientras tanto, cuente usted con mi amistad, con mi discreción. Pronto convocaré a los amigos. Le quedo en deuda por su confianza.

—Don Abraham, yo le garantizo que lo seguiré en las votaciones, en la batalla o a donde usted diga. Aquí estoy a su disposición. Por ahora, será mejor que sigamos escuchando el concierto. Pedí que el cierre de gala fuese *Dios nunca muere*, título absurdo pero vals de primera.

Cuando los dos hombres reaparecieron en la sala, nadie les prestó atención. La concurrencia escuchaba, absorta, las armonías logradas por Macedonio Alcalá para su vals.

Las elecciones de 1910 dejaron chasqueados a todos los antirreeleccionistas, incluyendo a Pascual Orozco, el miembro más nuevo del club que se había vuelto partido político. Al llamar Francisco I. Madero al levantamiento contra la dictadura en 1910, Orozco fue un entusiasta partidario del Plan de San Luis. Por la iniciativa de las armas, llegada pronto a oídos de Madero, el caudillo revolucionario asignó a Orozco el mando de tropas, a lo que él

respondió con una campaña tan intensa como eficaz. A fin de año ya había ganado la mayor parte de la entidad para la revolución. En esas batallas se le unió un proscrito de nombre Pancho Villa, cuyo valor pronto le valió un grado militar. El retorno triunfal de Pascual con Pancho a la capital chihuahuense fue saludado por treinta mil partidarios ahítos de sotol o mezcal, sudorosos, tan enardecidos por los tiros al aire como por los sombreros agitados y aventados por cientos de manos.

Madero distinguió a Orozco desde el principio de la lucha al nombrarlo coronel; al año siguiente lo ascendió a general de brigada; Orozco le heredó el grado de coronel a Pancho Villa. En mayo, con la ayuda de éste, Orozco tomó Paso del Norte, donde Madero estableció su gobierno para coordinar a los distintos rebeldes que vencían a las tropas federales en todos los frentes. Porfirio Díaz renunció al fin a la presidencia el 25 de mayo de 1911, para embarcarse en el *Ypiranga* e irse a París.

Ya en la presidencia de la república, Madero comenzó a organizar su gobierno con un gabinete sin sitio para Pascual Orozco, postergado en el ministerio de Guerra a fin de darle paso al general porfirista Eugenio Rascón. Después de sus numerosas victorias (entre ellas la fundamental de Ciudad Juárez), Orozco creía que aquel ministerio le correspondía. Sin embargo, acató el desaire para irse a su estado natal a buscar la gubernatura. Por mal cálculo o por indignación, el caudillo de Chihuahua aceptó postularse por un partido de antiguos porfiristas que repudiaban a Madero. Al fin, las reconvenciones de los revolucionarios le hicieron desistir a Orozco de esa campaña. Una vez más, aceptó perder un puesto seguro para complacer al presidente. La molestia del chihuahuense, no obstante, aumentó con las medidas que Madero tomaba para reorganizar el país, ninguna de las cuales satisfizo a los ricos de entonces ni a los campesinos que arriesgaron sus vidas para apoyar la revolución.

ARTILLERÍA LIGERA

Durante su agitada vida, Emil Holmdahl llevó un diario que comenzó a escribir poco antes de embarcarse para su retorno a América. Durante casi sesenta años, el mercenario relató con escuetas frases, a veces crípticas, sus peripecias. Algunos hiatos son notorios en ese diario, quizás a causa de la agitación de ciertas temporadas. La más duradera de estas lagunas en la historia personal de Emil aparece en su diario en 1907, para terminar un poco antes de 1910. En el inicio de ese lapso de tres años, el autor del diario sólo apuntó que se había contratado como mecánico en Oakland. Luego viene un apunte incomprensible: «En el negocio del vodevil, acto de imitación animal gran éxito en el circuito Orfeo» (*In the vaudeville business, Imitation Animal Act greatest hit on the Orpheum Circuit*). El circuito Orfeo fue una cadena de teatros, ampliada para abarcar cines, gran negocio para sus dueños hasta 1927. Cerca ya de inventarse el cine sonoro, la empresa fue anexada a un consorcio mayor para convertirla en la Radio Keith Orpheum o RKO, productora de películas que alcanzó enorme éxito. Pero en 1907, 1908, o incluso en 1909, ¿qué haría Emil Holmdahl sobre aquellos escenarios con un «acto de imitación animal»?

Después de esa experiencia en los teatros, el rastro de Holm-dahl en su propio diario se pierde durante tres años. Ese pe-riodo incierto está, por otra parte, nutrido con historias de mercenarios que se fueron a pelear a Centroamérica, quienes años después celebraban el valor, la puntería de Holmdahl con ametralladoras Maxim, como oficial de artillería ligera. Como sabían los jefes de tropa, las máquinas Maxim «tenían su temperamento»; necesitaban hombres con especial habilidad en su manejo, nada abundantes en una Centroamérica donde las armas usuales eran el machete, la escopeta, sin que el mosquetón o aun arcaicas pistolas de mecha fuesen rarezas.

Cuando los legionarios a sueldo de las guerras centroamericanas estaban vivos, circuló entre ellos la historia de que Holmdahl estuvo bajo las órdenes de Lee Christmas (el general mercenario más hábil), sirviendo al presidente hondureño Manuel Bonillas en su guerra contra el mandatario nicaragüense José Santos Zelaya.

Hombre de ideas nacionalistas, Zelaya había intentado crear la

Unión de Centroamérica para unir a Honduras y El Salvador con Nicaragua, bajo la idea de construir un canal que atravesara la zona en competencia con el paso naviero que los estadounidenses estaban construyendo en Panamá desde 1903. El gobierno de los Estados Unidos rechazaba los planes de autonomía centroamericana; el presidente Howard Taft aprovechó que el canal proyectado por Zelaya debía atravesar territorio hondureño para fomentar la guerra entre el nicaragüense con su hasta entonces aliado Bonillas. Al mismo tiempo, Taft favoreció un golpe de Estado en El Salvador que dejó a Zelaya sin su segundo aliado. Para guardar las apariencias, Estados Unidos evitó mandar tropas a Nicaragua; en cambio, impulsó la acometida del maquinista de ferrocarril Lee Christmas, quien creó un ejército de legionarios a sueldo en Honduras. Al presidente Bonillas, Taft le recomendó con amplitud los servicios de Christmas con su ejército, en el cual marchaban sobre todo matones prófugos de la justicia estadounidense o canadiense, más un selecto grupo de antiguos oficiales del ejército de la Unión con experiencia de guerra en Cuba o en Filipinas. Mezclados con este ejército de rufianes destacaron por su habilidad militar individuos como Sam Dreben, Guy Malone o Edward O'Reilly, de Estados Unidos los tres, a la par que Tracy Richardson, canadiense. Todos expertos en el manejo de ametralladoras Maxim. Sin que se conserve registro documental específico, entre esos especialistas en sembrar la muerte circuló por entonces el nombre de Emil Holmdahl, otro experimentado operador de la Maxim.

A Dreben, cuando un periodista le inquirió por sus experiencias como mercenario, la modestia lo llevó a declarar:

—Claro, yo estuve en la guerra de Christmas, pero sólo hacía mi trabajo lo mejor que podía. Para artillero de verdad letal, mi colega Emil Holmdahl. Él conseguía la mayor destrucción con el menor parque posible. Pregúntale, si lo hallas, a Trace Richardson. Los dos competían en las ametralladoras; como Trace es un caballero, te dirá que sólo unas cuantas veces pudo superar al buen Emil. Cuando se vayan al infierno, seguramente los dos competirán por ver quién llega primero. Habrá bastantes almas en pena que les den un empujón.

Bonillas recibió todo el apoyo clandestino que los estadounidenses pudieron darle para armarlo con ametralladoras, dotarlo con tiradores casi infalibles, hinchar sus tropas de voluntarios yanquis. Éstos fueron llamados a defender el honor de su patria al caer dos mercenarios de Christmas fusilados por el ejército de Zelaya, para ser enseguida convertidos en héroes por el gobierno de Taft. En 1909, ante el empuje de los mercenarios más una revuelta interna, Zelaya tuvo que renunciar a su gobierno para exiliarse en Estados Unidos, donde le ofrecieron asilo si desechaba sus planes para el canal de Nicaragua.

Mientras Zelaya se embarcaba para Nueva York, al parecer

Holmdahl junto con otros mercenarios tomaba pasaje en un barco a Nueva Orleáns, viendo que las guerras en Centroamérica continuarían durante demasiado tiempo con muy pocas ganancias. Las noticias siguientes sobre Holmdahl lo han situado en un navío contrabandista cargado de municiones para su venta en Sudamérica, a donde quizá nunca llegó. En cambio, se embarcó en una aventura de frontera que lo plantó en el corazón de la extensa Revolución mexicana.

Un manuscrito autobiográfico que dejó el mercenario entre sus papeles se titula: «Soldado de fortuna y filibustero en México». Apenas cubre once páginas mecanografiadas, pero sus detalles permiten reconstruir cómo ingresó Holmdahl a la revolución.

Convertido en contrabandista de armas, el aún joven aventurero respondió en Los Ángeles a un anuncio en el periódico que solicitaba «un hombre con experiencia militar, que tenga ánimo y sea soltero». Holmdahl escribió que un misterioso grupo de desconocidos, tras citarlo en varias ocasiones e interrogarlo otras tantas, le entregó un billete de cien dólares para preguntarle enseguida si sería capaz de comprar armamento con municiones para contrabandearlos a México, actuando como un falso inversionista en minas. En realidad, es más probable que Holmdahl acudiese al grupo de conspiradores para ofrecer sus servicios como traficante de armas. No le importó saber si el grupo que lo contrató era parte de una avanzada magonista alimentada con dinero de los *wobblies* o miembros de la Internacional de Trabajadores del Mundo. Por el modo en que Holmdahl cooperó con estos conspiradores, cobrando grandes sumas por proveerles armamento, es más probable que se tratara de ricos norteños incubando una de tantas sediciones que, sumadas, conformaron la Revolución. Los seguidores de Flores Magón eran obreros anarquistas continuamente acuciados por problemas de dinero, no siempre capaces de pagar el transporte, siquiera, de sus agentes en misión. Mucho menos tendrían lo suficiente para enganchar a un traficante como Holmdahl, quien aseguró en su autobiografía que sus empleadores le entregaban dinero en abundancia. El mercenario, además, pasaba informes de las turbulencias mexicanas a sus antiguos compinches del ejército reclutados por la Oficina de Investigaciones de la unión norteamericana (antecedente de la FBI), que actuaba también como agencia de espionaje. Entre los papeles del mercenario se conservan algunos de los numerosos reportes que habrá cruzado para ganar dinero como soplón internacional.

El mercenario llegó a Nogales, Arizona, para tomar el tren con destino a Culiacán, en Sinaloa. Allí compró un caballo, más una carga de tortillas con carne seca, que era todo lo que comería en su viaje, para recorrer cien kilómetros por la llanura hasta el puerto de Mazatlán. En ese trayecto devoraba sus tortillas con la carne,

entremezclando sorbos de agua, la cual tuvo que medir cuidadosamente. Por las noches tomaba unos sorbitos de la garrafa de mezcal que le habían dado sus patrocinadores. Si bien el mezcal le ocasionaba más sed al día siguiente, de noche en el desierto, a la luz de las estrellas, mientras el viento corría con un triste aullido por la oscuridad, el destilado calentaba su garganta, luego su estómago. Era un lujo esa reanimación en medio de la oscuridad donde sólo tenía por compañero al ulular del viento.

Holmdahl estuvo un mes en el puerto haciendo contactos, con lo que su precario español filipino-bananero mejoró bastante. De allí se trasladó a Hermosillo, donde se presentó como inversionista en busca de minas nayaritas ante el general Luis Emeterio Torres, quien alternaba su cargo de gobernador de Sonora con el de prefecto militar de Baja California, el de jefe de la Zona Militar en Yucatán, e influía en la política de Sinaloa, Nayarit y Chihuahua.

En la oficina de Torres, sentado frente al gobernador en un sillón forrado en cuero negro con fornituras de bronce, Holm-dahl pudo recorrer con la mirada, además de un retrato de don Porfirio, los títulos que en las paredes daban testimonio exagerado de la habilidad del militar en la administración pública. Sobre el escritorio de macizo nogal, del lado derecho, había una pila de carpetas abultadas con papeles; en el centro destacaba un gran tintero junto a una batería de manguitos de marfil para puntillas de diferentes grosores; del lado izquierdo, un extraño ídolo de piedra se erguía dentro de una urna de cristal. En la pared, cercanos a la silla del gobernante, resplandecían la caja y el auricular de un teléfono de manivela, el cual ponderó el general:

—¿Qué le parece? ¡Directo de los talleres del señor Edison! Tengo el orgullo de haber establecido en el estado los servicios de telegrafía y telefonía, con la ayuda de sus compatriotas. Lo mismo hice en todos los territorios que el señor presidente Díaz me ha confiado civilizar. En Ensenada inclusive establecí la primera imprenta, aunque la gente piensa que sólo soy un soldadote sin educación. Ahora, míster Dollan —dijo el gobernante en tono cálido al mercenario, quien se había presentado como Frederic Dollan—, siempre es un placer poder colaborar con inversionistas que confíen sus recursos a la industria local. Créame que su contribución rendirá muy buenos frutos en Nayarit, tanto para usted como para los ciudadanos… Si nos sabemos entender, claro está.

—En mi país hay muy buenas referencias sobre sus minas —concedió el rubio en tono untuoso.

—No le han mentido. Nayarit es tierra de excelentes minerales. Además, tenemos otros caudales. Nuestros puertos son pujantes;

nuestra agricultura, bondadosa. Sólo tenemos una desventaja: los indios que obstaculizan con su salvajismo nuestro desarrollo.

—Pero esa escultura que tiene sobre su escritorio, me parece que es un ídolo de indios… —aventuró el visitante, escrutando con suspicacia la figura pétrea.

—Así es, un ídolo maya. Me lo traje de las selvas yucatecas, a donde me envían cada cierto tiempo para garantizar que los indios rebeldes sigan bajo control.

—¿Son los que han estado en guerra durante medio siglo?

—Estuvieron, míster Dollan. Desde 1902, gracias a la bravura de nuestros generales Ignacio Bravo y Victoriano Huerta, los metimos al orden. Tuvimos que exterminar a decenas de esos salvajes. A muchos sobrevivientes los enviamos a cumplir trabajos forzados a Cuba. Al pacificar la zona, ganamos un buen sitio de escarmiento para los indios rebeldes de por aquí. A todos los yaquis que se alborotan, los aplaco enviándolos a las plantaciones de Yucatán; propiamente, al infierno. Usted pensaría que la selva es un premio comparada con nuestros desiertos, pero le aseguro que todos esos bárbaros preferirían sudar bajo nuestro sol que en esa península aniquiladora.

Holmdahl se imaginó a los desdichados peones yaquis consumiéndose en las haciendas yucatecas, de cuyos horrores le habían llegado noticias cuando peleó en Centroamérica. El pensamiento lo hizo sonreír: entre los indios podría reclutar soldados para la rebelión. Su sonrisa fue tomada por el gobernador como una muestra de estima.

—No estaría de más —retomó el funcionario— que mientras me pone usted al corriente de sus proyectos disfrutemos de la vista allá afuera. Como hombre que vela por su pueblo, me es muy grato poder mezclarme cuando puedo con el pelada… los ciudadanos. Ahora que tengo un breve espacio entre mis tareas, me gustaría enseñarle nuestra plaza de armas.

—¿Veremos un desfile militar?

—¿Por qué? Ah, no, no me refiero a eso. Plaza de armas le llamamos a nuestra plaza central. Todavía seguimos la usanza española en esos detalles.

Minutos después, el falso minero se paseaba junto al general por la plaza de la capital, saludando con galantería a las señoritas de sociedad que allí se pavoneaban los domingos. Mentalmente, Emil se despidió de aquellas escenas de tranquilidad, pues en sus cálculos estos lugares pronto sufrirían una interminable batalla. Cuando dejó la oficina del gobernador, llevaba una carta suya para el prefecto político del territorio federal de Tepic, Mariano Ruiz Montañez.

El falso Frederic Dollan se sorprendió del lujo impreso en el

despacho del prefecto Ruiz. El mobiliario abundaba en molduras doradas, sin demora presumidas por el cacique: «Oro auténtico de nuestras minas». Inclusive las molduras de los muros destacaban por franjas resaltadas con pan de oro. A Ruiz le encantaba ostentar la riqueza adquirida a partir del último mes de 1904, cuando lo habían puesto a cargo del territorio federal creado en 1884. En las paredes, además del retrato de Porfirio Díaz, destacaba una foto del antiguo Teatro Calderón, que el funcionario había mandado rehabilitar en 1907 para cambiarle el nombre por el de su protector Díaz; en marco dorado resaltaba una foto del ferrocarril eléctrico, construido en sociedad por el propio Ruiz junto con la familia del prefecto anterior; otra foto ilustraba un orgullo personal del jerarca: los automóviles Napier, introducidos a su capital en 1905. Además, en un sitio destacado del recinto descansaba un mueble favorito del cacique: una hermosa nevera con revestimiento de madera tallada, en cuyas molduras asomaban tersas líneas de oro. Junto a ella había una vitrina con botellas de gaseosa, otro «adelanto de la civilización» que Ruiz presumía haber introducido al territorio.

—¿No gusta usted un refresco bien frío? —fue el saludo del provinciano caudillo a su visitante.

—Con mucho gusto. No me imaginé que Tepic estuviese tan adelantado. En San Francisco apenas hace un par de años que se conocen estas cosas —mintió el espía con la solemnidad de quien cita la Biblia.

—¿Ah, sí? —el prefecto se puso radiante—. Pues me alegra que compartamos el progreso en nuestras ciudades. Ya ve usted, somos una ciudad con avances: teatro remodelado, ferrocarril, automóviles, bebidas gaseosas. También estamos aumentando la cantidad de domicilios con teléfonos. Todo, gracias a nuestras minas.

—Precisamente eso quiero tratar con usted. Necesito su consejo para colocar un capital… *How do you say?*… *Very strong*, muy bastante en uhm… una mina segura.

La conversación del mexicano con el falso inversionista se demoró, no tanto en datos mineros, como en la ostentación que el general hizo de sus propiedades tepiqueñas, todas adquiridas en los primeros años de su cargo. No dejó de alabar la potencia de las locomotoras de *su* tren, ni la magnificencia de las obras públicas que había mandado construir. A cada jactancia, Holmdahl encarecía al general, insinuándole que buscaría convertirlo en socio de sus proyectos. Había averiguado que el militar era afecto a adquirir propiedades. Para arreciar sus lisonjas, comentó:

—Me han dicho que tiene usted un ojo particularmente agudo para los terrenos. Cuando tenga oportunidad, me gustaría poder recibir

algunas lecciones sobre adquisición de predios, si es que tiene usted a bien favorecerme con su experiencia. Nada me agradaría más que ser un día vecino suyo.

—Modestamente, cuando vine a gobernar el territorio me propuse convertirme en un vecino de él —haciendo una pausa, el general extrajo de su cajón un estuche de puros cubanos que ofreció al falso Dollan, advirtiéndole—: Habanos de verdad, no como los que enrollaba en otro tiempo el difunto presidente Juárez en Paso del Norte —al estar ambos echando humo, pormenorizó—: Desde 1905 comencé por afincarme en Ahuacatlán, aprovechando un crédito que me abrió el licenciado Antonio García, quien por cierto es mi notario. Luego adquirí a la señora viuda de López y a su hija mi rancho El Ocotillo, a menos de diez leguas de aquí. Antes de que finalizara el año el padre Valdez de Ahuacatlán me hizo el favor de ayudarme a ampliar mi propiedad de allá con un predio que me vendió, también a crédito. Ya después he ido adquiriendo franjas de terreno por necesidad, para las vías férreas de la compañía en que soy socio.

—Como le he dicho, general, me sentiría honrado de tomar su consejo para empezar a… ¿Cómo dice usted? Hincarme en esta tierra.

—Será cosa de ir un día por tren a revisar. En mi tren, por supuesto. ¿Sabe, míster Dollan? Me cuadra su modo. Ponga de su parte y de mi cuenta corre que usted sea pronto un ciudadano de Tepic, como lo soy yo mismo.

A tal grado se ganó el espía la confianza del gobernador, que el porfirista no sólo le reveló el número de defensores o las armas con que contaba su zona, sino que inclusive le confió que alojaba más armamento en un depósito secreto.

—Un día lo llevaré para que vea de qué hablo. Se va a usted a sorprender, Dollan.

Días más tarde, los federales capturaron a un grupo de «subversivos» a quienes fusilaron a la vista de la población. Tras esas muertes, Holmdahl se apartó durante nueve días de las oficinas del gobernador con el pretexto de buscar sitios para astilleros en la costa. En realidad estuvo examinando parajes donde desembarcar sus cargamentos de armas.

De vuelta a Tepic, Holmdahl se dirigió al hotel de la Bola de Oro, donde firmaba el libro de huéspedes como Frederic Dollan. En la estación del tren, sin embargo, al salir a la calle se le pegó a la carrera un niño:

—Míster *Dólar*, un amigo le espera en el café La Parroquia. Le urge verlo allá antes de que pase a su hotel. No vaya a ningún lado sin hablar antes con él. Le espera en una mesa sobre la que tiene un paquete con moño verde —tras este mensaje, el niño se alejó

corriendo.

Holmdahl, sosteniendo su maleta con una mano crispada, lo vio desaparecer a lo lejos. Pidió un coche cerrado, le ordenó dirigirse a la plaza de armas, se bajó del carruaje en el portal Vázquez para subir enseguida a la planta alta donde el café lucía poco concurrido. No tardó en localizar con la mirada a un hombre de traje pardo que leía un periódico, el cual ocultaba su semblante. Sobre la mesa destacaba un paquete rectangular envuelto con papel blanco, encintado con un moño de tela verde. El espía se detuvo ante esta mesa, le dio al hombre los buenos días antes de sentarse e inició un interrogatorio.

—Soy Fred Dollan. No tengo el gusto de conocer a usted pero me encantaría saber…

—El jefe Ruiz ya sabe quién eres. Van a arrestarte en el hotel en cuanto te aparezcas por allá. Este regalito te servirá para que puedas ocultarte un rato. Si quieres pasar por tus cosas, úsalo con cuidado, pero sería mejor que te vayas por donde viniste. Puedes cambiarte en el baño, me encargaron que te acompañe. Te veo en la plaza. La gente del partido te manda saludos.

Holmdahl le dio secamente las gracias al hombre. Le encargó su maleta, tomó el paquete sobre la mesa para emprender enseguida el camino al baño. Una vez allí, abrió el envoltorio. El moño verde era inusualmente largo. Lo enrolló para conservarlo. Bajo la envoltura halló dentro de una bolsa de viaje un taje gris usado, una boina, una navaja, una peluca negra con larga patilla, un fajo no muy grueso de billetes de a cinco pesos. Como llevaba el cabello corto, sólo tuvo que afeitarse un poco para que el postizo le quedara sin problema. Se ajustó el traje, se caló la boina, guardó la navaja con el moño en un bolsillo y ocultó el paquete lo mejor que pudo. Tras abandonar el baño, fingiendo sorpresa, se detuvo un minuto para saludar al parroquiano que le había dado el paquete. Minutos después estaba en la calle sin que nadie hubiese prestado atención a su persona.

En el café, el enviado de los conspiradores pagó la cuenta. Tomó la maleta de Holmdahl al marcharse, después de encargar al mesero que lo disculpara con su amigo que seguía en el baño, porque no podía esperarlo. El empleado ni se cuidó en dar el mensaje, luego de esperar un buen rato sin que nadie volviese a salir del reservado.

En la plaza de armas el conspirador esperó a Holmdahl para entregarle su maleta. El espía yanqui tomó su equipaje, agradeció al cómplice su labor. Tras asegurarle el éxito de la misión, el disfrazado se dirigió con sus dos bultos al hotel de la Bola de Oro, pero en vez de ir a la recepción se coló a las caballerizas para planear su fuga. Dejó allí su maleta, guardó lo que pudo en la bolsa de viaje, dejó ensillado un caballo, volvió al exterior para, ahora sí, acudir a la recepción del

hotel. Notó a un trío de policías que trataban de ocultarse al fondo del recibidor. El infiltrado se acercó a la recepción, pidió al encargado una habitación en el mismo piso en que estaba alojado, pagó su cuarto e insistió en que un empleado lo acompañara para cargarle su bolsa de viaje. Una vez a solas, Holmdahl buscó en su equipaje una ganzúa, luego se pegó a la puerta para escuchar los ruidos del pasillo. Cuando sintió que podía salir, el fugitivo fue presuroso a su anterior alojamiento. Una vez en él, tomó todo lo que necesitaba, incluyendo un revólver de seis tiros con un cargador adicional lleno, hizo un paquete que pudiera caber en su bolsa, se mantuvo de nuevo escuchando tras la puerta a que afuera cesara todo movimiento. Ya en el nuevo cuarto guardó su paquete en la bolsa prestada; mientras se decidía a salir de nuevo al pasillo, observó por la ventana a una tropa de rurales rodear su edificio.

Emil pensó que podría escapar sin problema saltando por la parte trasera del hotel, revólver en mano, pero fue descubierto por un solitario gendarme apostado en la calle posterior, quien le disparó con errático tino; la puntería del fugitivo, en cambio, demolió al policía. Holmdahl corrió por el techo trasero, saltó a la caballeriza donde reposaba el caballo ensillado, salió al galope mientras los rurales lo perseguían, intentó escapar de sus balas metiéndose entre una muchedumbre que avanzaba por la calle. Los rurales siguieron disparando a pesar de los muchos inocentes con quienes se mezcló el prófugo. Dejaron el sitio sembrado de heridos, con no pocos muertos. Le siguieron tirando hasta que se perdió de vista por un camino que lo condujo a un rancho.

El mercenario sentía que su montura aflojaba el galope cada vez más. Al llegar al rancho se apeó para revisar a su corcel, cuya velocidad decrecía. Una bala había alcanzado al animal en un flanco. Holmdahl corrió hacia el establo del rancho, cuyos peones andaban ocupados lejos de la casa principal, aunque había algunos niños y mujeres que, si bien repararon en el fugitivo, no lo detuvieron; éste, en la cuadra, ensilló a un penco, lazó a otro, provocó una estampida para salir en medio de una gran confusión. Ya venían tras él los rurales en sus cabalgaduras.

Entrando a una zona de bosque denso, el gringo se escabulló. Cuatro días anduvo en la fuga, hasta que decidió echarse a dormir un rato cerca del pueblito cuyas casas postreras se erguían a lo lejos. Del sueñecito lo despertaron a culatazos unos rurales que se lo llevaron, atado del pescuezo, al pueblo de Rosamorada. Tras exhibirlo en las calles como ejemplo de lo que les sucedería a los opositores al gobierno, lo arrojaron a una celda, atado de manos, para pasar luego a interrogarlo en presencia de un sacerdote. Lo instaron a delatar a sus cómplices. Holmdahl se negó a confesar, e inclusive le soltó al cura

una patada en el estómago cuando éste le preguntó cuál era su religión. Los guardias lo pusieron quieto de un culatazo en la cabeza, más varios en la espalda, en los riñones, en las piernas. Al despertar, el mercenario sentía el cuerpo destrozado, pero percibió con claridad a un guardia dejándole en el piso de tierra un plato con frijoles, en los que nadaba un trozo de masa agria. Como un cerdo, el maniatado prisionero se arrastró al plato para devorar la comida. El guardián lo contemplaba en silencio hasta que el preso ya no pudo masticar nada en el plato. En ese momento el celador le susurró:

—Hiciste bien en no confesar. Si lo hacías, te fusilan. Ahora duérmete. En la noche nos vemos.

Holmdahl estaba sorprendido, pero había notado que entre los pobladores había algunas personas que lo miraban con lástima, mientras las mujeres no disimularon su llanto. Sabía que en casi todas partes el pueblo era tan enemigo del gobierno como los rebeldes.

En la madrugada el guardia amigable abrió su celda, se inclinó sobre el preso magullado para cortar sus ligaduras, lo incorporó para darle a beber un calabazo del cual Holmdahl esperaba agua, pero era mezcal de Zacatecas, el mejor del norte. Reanimado por el alcohol, Emil siguió en la oscuridad a su salvador hasta donde los esperaban dos caballos ensillados. Al paso primero, enseguida al trote, se alejaron de Rosamorada, después de Nayarit, hasta que Holmdahl estuvo de nuevo en territorio estadounidense. Su bienhechor se quedó en Paso del Norte. Antes de que el joven gringo partiera, el mexicano le dijo:

—No se olvide de las armas, las vamos a necesitar prontito.

—*Prontito* —repitió el mercenario como una promesa cariñosa.

El gringo abrazó a su desconocido liberador, quien nunca le dijo su nombre. Olía a sudor agrio, pero a Holmdahl se le quedó grabado que era el aroma de la generosidad.

Pocos meses tardó el traficante en retornar a México. Por su afán para ingresar al país donde lo buscaban para fusilarlo, es probable que lo enviase el gobierno de su nación como espía entre los revolucionarios.

GRINGO MEDIO INDIO

En 1913, Holmdahl escribió una carta a un funcionario del ejército para especificarle: «Entré a México por la costa suroeste, nueve meses antes del alzamiento de Madero, como espía para la junta revolucionaria». Las líneas parecen el informe de un infiltrado para sus auténticos jefes, no un comentario casual o una disculpa. Quizá por ser agente del gobierno estadounidense, Holmdahl pudo conseguir un nombramiento de capitán entre los rurales, al mando del coronel Emilio Kosterlitsky. Hijo de un oficial cosaco, Kosterlitsky se convirtió en agente encubierto de los Estados Unidos mientras combatía a los apaches en Sonora; llegó a ser hombre de confianza de Porfirio Díaz, cazando insurrectos en la frontera norte. Al caer la dictadura, Kosterlitsky fue prisionero de guerra durante la revolución; liberado, se instaló en California, como traductor del servicio postal, empleo donde bien pudo continuar sus labores de espionaje. El hijo del oficial cosaco terminó sus días como ciudadano estadounidense. Que Holmdahl haya tenido cabida en la tropa de espías y delatores del ruso se antoja imposible, a menos que entre ambos mediara la recomendación de un poder superior.

Como subordinado de Kosterlitsky, Emil fue puesto al mando de una brigada de doscientos jinetes que escoltaban vagones cargados con monedas de oro por territorio expuesto a salteadores. Hasta noviembre de 1910, Holmdahl cumplió con su misión de exterminar bandidos, cuyos cadáveres dejaba regados a merced de los animales en el desierto. En ese mes, luego de sufrir el robo de un centenar de sus caballos, la tropa del mercenario persiguió a los asaltantes hasta capturarlos. Cuando los interrogó, ellos le contaron que se llevaban las monturas para servir a la causa de Francisco I. Madero, quien llamaba a iniciar una revolución para liberar a los peones. Luego de escucharlos, Emil les dijo:

—No sólo los soltaré, sino que me uno a ustedes, a la causa de la revolución.

Para 1911, Holmdahl comandaba una banda de veintitantos alzados, con los cuales fue a sumarse a los casi tres mil seguidores del general Martín Espinosa. Bajo sus órdenes, Holmdahl participó en la captura de Rosario, en Sinaloa, para tomar enseguida Rosamorada,

donde el mercenario había escapado al fusilamiento. En este pueblo los revolucionarios ofrecieron liberar a los presos de la cárcel; Holmdahl insistió en que no podían soltar a los asesinos peligrosos. Durante sus años como verdugo en Filipinas, había dado en considerar el asesinato como medida reservada a los militares. Revisaron los libros de sentencias para averiguar que, de los setecientos prisioneros, poco más de cien configuraban una lista de matones.

El antiguo sargento yanqui propuso que un pelotón compuesto por oficiales se llevara en grupos a los acusados de homicidio para fusilarlos. Esa noche, varias remesas de presos fueron conducidas al cementerio, donde sufrieron la ejecución sin que la tropa se enterase. Al día siguiente, el más de medio millar de delincuentes comunes, con no pocos presos políticos, omitió averiguar sobre el centenar de compañeros faltantes, una vez dotados con cinco pesos más la advertencia de llevar una vida honesta de allí en adelante. De todos modos, escribió Holmdahl, varios de los liberados acabaron luego ante otros pelotones de fusilamiento. Para explicar dónde estaban los poco más de cien ausentes, los oficiales dijeron que los habían transferido a Acaponeta. Algunos truhanes ilusos comenzaron a pedir su admisión en Acaponeta. Fueron pronto disuadidos por Holmdahl, su voz terminante, uno a uno:

—Los de Acaponeta ya no podrán aprovechar sus cinco pesos. Vete a reformar. No pienses más en la mala vida. Sobre todo, olvídate de Acaponeta.

Las fuerzas de Martín Espinosa pasaron los primeros meses de 1911 arrasando los bastiones porfiristas. En marzo, Espinosa se sintió con capacidad suficiente para rebelarse contra Madero e hizo saber sus intenciones a los oficiales revolucionarios. Salvo siete de ellos, los demás aceptaron seguir al general. Los reacios, entre los que figuraba Holmdahl, huyeron a las montañas para unirse a tres centenares de indios coras leales al maderismo. Con arcos y flechas, los indios conducidos por los siete oficiales intentaron la toma de Rosario, con resultado desastroso. Sólo la tercera parte pudo volver a su refugio en la montaña. Holmdahl quedó herido por una granada que mató al hombre a quien tenía al lado.

El sobreviviente fue llevado a un hospital militar habilitado con precariedad por los revolucionarios, donde tardó algunas semanas en reponerse sin acostumbrarse a los olores a pus, a carne cauterizada, a penuria. Mientras convalecía, los contumaces de la milicia cora le avisaron que se habían puesto al cobijo de un tal Pascual Orozco. Le recomendaron hacer lo mismo.

—Ese Pascual es bueno pa' la bala, sabe de senderos ocultos, hasta puede curar mulas o cristianos. Sobre todo, odia a los pelones.

Holmdahl fue a ponerse a las órdenes de Orozco. No le sorprendió que el antiguo arriero portase mal el traje militar, aunque su porte desgarbado no carecía de aplomo, de cierta retadora firmeza más propia del soldado de carrera. Destacaba por sus ropas cuidadas entre el conjunto de sus oficiales, casi todos astrosos. El jefe de la división presentó al nuevo oficial a sus capitanes:

—Aquí míster Jómdal es un explorador de fiar, puede tratar con los indios, él mismo creo que ya es medio indio, ¿no, míster? —todos los oficiales se rieron. El aludido hizo lo mismo, para luego cuadrarse con gran seriedad ante el grupo.

—Teniente Emil Holmdahl, del cuerpo de artilleros. Me pongo a sus órdenes para toda eventualidad.

Uno de los revolucionarios de aspecto más salvaje, barbado, de ropas desgarradas, sombrero mugroso, con sonrisa jovial y algo insolente, le respondió:

—Capitán Pancho Villa, *teniente*. Le aceptamos en la ventualidá aunque sea medio indio y medio gringo —todos los oficiales volvieron a carcajearse. Al recién admitido la risa le salió con esfuerzo; se quedó mirando al mexicano mostrándole los grandes dientes blancos de su regocijo lobuno.

Después de la toma de Paso del Norte, Holmdahl quedó comisionado como capitán de la guardia rural de esa ciudad. Allí se encargó de aniquilar a los magonistas que oponían resistencia a las fuerzas de Madero. Ninguna frase de las que empleó para describir esas tareas refleja simpatía alguna por los anarquistas, quienes supuestamente lo introdujeron a las correrías de la revolución mexicana.

El ejército maderista en la región estaba al mando de un famoso general sudafricano, Benjamin «Ben» Viljoen. Paladín de las Guerras de los Bóeres, Viljoen acabó como granjero en el valle de La Mesilla, porque se negó a ponerse bajo las órdenes de los ingleses triunfantes en Sudáfrica. En Estados Unidos, el granjero Viljoen retomó sus actividades militares por encargo del gobierno de Nuevo México, que lo hizo mayor después de unos trabajos de exploración comisionados para avalar el ingreso del estado a la Unión Americana en 1908. Viviendo tan cerca de la frontera con Chihuahua —proveído de sus estrellas de mayor—, Viljoen se sintió atraído por las consignas revolucionarias de 1910. Se integró como asesor militar de Madero en cuanto el líder revolucionario llamó a las armas. En poco tiempo, Viljoen, al lado de su colega bóer Jack Malan, se convirtieron en los jefes de unidades de comando que, tras golpear a los federales, desaparecían para desesperación del ejército porfirista.

Con Díaz en el exilio pero muchos de sus resentidos partidarios en

México, Madero tuvo que afrontar en 1911 el alzamiento de su antiguo aliado Pascual Orozco. Viljoen fue llamado a tomar el mando de las tropas. Viljoen recibió entre sus oficiales al joven Emil Holmdahl para dirigirse a Guaymas, desde donde debían emprender la campaña de los maderistas en contra de los yaquis de Sonora.

—Teniente Emil Holmdahl se reporta, comandante.

—¿Eres de los que vienen de las colonias inglesas?

—De los Estados Unidos de América, señor —Holmdahl permaneció rígido tras chocar sus talones al hacer el saludo militar.

—Ah, de las colonias. Los prefiero a esos piojosos italianos, como Giuseppe Garibaldi —masculló el comandante—. Sólo porque es nieto de un héroe del siglo pasado, le dieron el mismo grado que a mí. ¿Te imaginas eso? ¿Qué te parecen los italianos, inglés?

—No los conozco, señor —Holmdahl mantuvo la vista al frente sin siquiera mirar de reojo al superior, quien se mantuvo a un lado del recién admitido—. Y soy americano.

—Ustedes los de las colonias, siempre con sus cosas, americano… Como si hubieras nacido en esta tierra.

—Nací en los Estados Unidos de América, señor.

—Sí, sí… en las colonias. Como yo. Y ahora estoy en esta tierra de salvajes llevándolos al matadero, mientras ese perro italiano se llena la boca con el nombre de su abuelo.

Holmdahl se mantuvo en silencio ante el comandante. Viljoen apreció el desapego del teniente, que confundió con miedo a su rango.

—Bueno, teniente, suerte para ti que estarás bajo mis órdenes, no a las de ese… italiano. Ahora ve a buscar una tienda, tus pertrechos, lo que tengan para darte en este ejército de salvajes. Te reportas ante mí a las seis de la mañana, ¿entendido, colono?

—Sí, señor —ladró Holmdahl—. Con su permiso, señor —dijo antes de encaminarse a la zona de bastimentos.

En Sonora, los experimentados guerreros debieron aprender a combatir contra el arcaico pero letal método de los indígenas: lluvias de flechas a las que seguían ataques sanguinarios con machetes, entreverados con cantos de guerra. Holmdahl recordó las escaramuzas con los juramentados, aunque las acometidas yaquis no le parecieron tan temibles. Se lo dijo a Viljoen, quien lo miró con desconfianza:

—Ustedes los colonos, creen que todo es Utah.

Los yaquis combatían con desesperación después de sufrir incontables atrocidades de los ejércitos porfiristas, cuyos oficiales intentaron exterminarlos. Cuando la revolución se impuso, los indígenas creyeron que podrían recuperar sus tierras arrebatadas por los porfiristas, dedicarse a sus siembras o a la cacería, vivir en paz. El

nuevo régimen los mantuvo sin reivindicaciones. Los yaquis seguían en guerra por eso. Viljoen negoció primero devolviéndoles terrenos, recuperando a algunos de los cientos de yaquis enviados a morir como esclavos en Yucatán, pero no logró convencerlos de abandonar las armas. El antiguo bóer tampoco pudo contener los ataques sorpresivos de los yaquis que aparecían de súbito para exterminar a sus patrullas, perdiéndose luego en el desierto. Fantasmas en guerra, los yaquis sembraban muerte, se ocultaban, surgían para cosechar otra cuota de cadáveres, desaparecían en espera de otro asalto. Viljoen, criticado por su incapacidad para frenar a los indígenas, renunció al ejército maderista. Holmdahl se quedó con los cazadores de indios. No veía nada mejor que hacer en esos días, de apuro cuando los yaquis aparecían, de tedio mientras les tocaba otra asonada.

En febrero de 1912, el imprudente corredor T. J. Beaudit emprendió en compañía de su mecánico, en un Cadillac, el cruce de Los Ángeles a la Ciudad de México. En Tepic —donde Holmdahl había tratado en vano de engañar al porfirista Ruiz, ahora suplido por un leal a Madero—, el mecánico del piloto cayó enfermo por beber agua sin hervir. Beaudit, luego de ser perseguido por yaquis, baleado por rebeldes, asaltado por bandoleros, se hundió en la desesperación, al punto de determinar su vuelta inmediata por barco a Los Ángeles. Mientras buscaba un boleto para embarcarse en Mazatlán, se encontró con Holmdahl en una cantina. Viendo al rubio miliciano acodado en la barra, el motorista se le acercó:

—¿Cómo estás? ¿Inglés? —aventuró el conductor.

—Americano. ¿Qué te trae a esta aldea? —respondió el mercenario.

—Un viaje imposible. Dios está en mi contra.

—¿Por qué? Casi todos los viajes son muy difíciles en este país últimamente.

—El mío era fácil, pero me han pasado demasiadas calamidades. Indios, tiroteos, persecuciones, mi mecánico en el hospital…

En cuanto el aventurero escuchó el relato del chofer, le propuso tomar el puesto de mecánico-guía. Enseguida solicitó un permiso a su unidad para acompañar al corredor durante los más de 800 kilómetros que lo separaban de la capital del país, aprovechando que en esos días los yaquis andaban lejos entre las montañas. En ruta, mientras Beaudit controlaba el volante de su Cadillac, a cincuenta kilómetros por hora, Emil se arrellanaba en el asiento del copiloto para solazarse en el veloz panorama. Recordaba con placer su cabalgata en el desierto hasta Mazatlán, ahora que simplemente recorría los caminos sin preocuparse de cargamentos prohibidos, revisiones peligrosas, andanzas entre asesinos. Beaudit no podía quejarse de su mecánico:

además de ocuparse del Cadillac, el parco sueco-americano tuvo ocasión de asombrarlo con su puntería al cazar en un par de ocasiones en que la comida escaseaba; otro día, al hacer un alto en el cual se alejó de la carretera, Beaudit se topó de improviso con una cascabel, lista para acometerlo; creyéndose perdido, el corredor vio de súbito volar la cabeza del reptil tras escuchar el estampido de un revólver. Al tornar la vista atrás, contempló a su mecánico enfundarse el arma con un movimiento tan despreocupado como elegante. Al fin, sin mayores percances, Beaudit llegó a la meta en compañía del militar. Luego de las fiestas que les hicieron en la metrópoli el primero de marzo, Holmdahl retornó a Sonora, donde sin ceremonias reingresó al exterminio de yaquis.

En 1912, el capitán primero del ejército federal fue transferido de su puesto en Sonora a Morelos, con el cargo de mayor, para que hiciera frente a los ejércitos rebeldes de Emiliano Zapata. Holmdahl pensó que era mejor cambiar de aires, dado su ascenso, pero la lucha en el estado sureño le reveló peores destinos que la región yaqui. Peleando contra los zapatistas, el joven gringo aprendió a respetar, a temer la bravura mexicana. A su madre le escribió una carta para decirle: «Me ordenaron marchar contra el hombre más duro de México. El general Emiliano Zapata es uno de los tipos más indómitos de aquí. No conoce el miedo. Pongo entre las misiones más difíciles que me han tocado en la vida, esta pelea en territorio de Zapata».

Para enfatizar esa etapa de su vida, Holmdahl conservó un recuerdo falsificado: un revólver Smith and Wesson de calibre .44, modelo ruso, con cachas de marfil talladas diestramente con un águila mexicana por un lado; por el otro, con torpeza, alguien más talló treinta y dos rayas sobre una inscripción llena de errores: «Emilio Zapata, general en jefe, Cuarvaca, Morales, Mex. Marzo 4 1911». La anécdota que Holmdahl solía contar respecto a ese revólver era tan falsa como la inscripción: el mercenario gustaba de narrar a su hijo que había arrancado esa arma al propio Zapata a punta de balazos, mientras lo perseguía después de una batalla.

SENTENCIADO POR HUERTA

Los ricos se quejaban con los embajadores extranjeros. El estadounidense Henry Lane Wilson y el alemán Paul von Hintze no sólo prestaban oídos a las quejas: convirtieron en parte de sus tareas diplomáticas una intriga para que Madero, bajo presión internacional, dejase el cargo. Ambos legatarios consideraban muy grande la presidencia de México para el menudo caudillo. El descontento popular, por su lado, se movió con mayor impaciencia. El 28 de noviembre de 1911, la mortificación de campesinos y obreros tomó la forma de una cólera beligerante bajo el Plan de Ayala, con que Emiliano Zapata se pronunció para deponer a Madero.

El mandatario, lidiando ya con motines de menor calibre más los reclamos de los embajadores Lane y Von Hintze por un restablecimiento del orden, acudió al confiable general Orozco para encargarle someter a Zapata. El miliciano, en vez de aceptar la encomienda, respondió con su renuncia al ejército; se fue a Chihuahua a reunir armas y hombres, como había hecho en 1909, pero esta vez, en febrero de 1912, se sumó al Plan de Ayala. Madero se halló con el problema adicional de combatir a su postergado adepto.

En el ejército maderista pocos militares podían compararse a Orozco. Uno de los más capaces era el coronel Francisco Villa, bien dispuesto con el régimen maderista. Desde antes de la negativa de Orozco a combatir, Villa había mandado un mensaje a Madero: «Don Pascual anda en malas compañías», escribió con la ayuda de un secretario; en cuanto estalló la revuelta, el antiguo bandolero hizo saber su lealtad al presidente, no obstante haber combatido lado a lado con Orozco. Madero, junto con su Estado Mayor, sopesó el riesgo de que los antiguos camaradas se unieran contra la federación si lanzaba a Villa contra su antiguo superior. Alguien del gabinete se acordó entonces de un general porfirista llamado Victoriano Huerta Márquez, aún activo dentro del nuevo ejército.

El colaborador del presidente le dijo:

—Huerta es uno de los pocos oficiales con un sólido historial de campañas. Sin embargo, es un personaje polémico.

—¿Por qué? —inquirió Madero.

—En tiempos de don Porfirio, Huerta se dedicó varios años a

aplastar rebeliones indígenas en el norte, luego en el sureste de la nación. Exterminó a yaquis, seris, mayas sublevados. La campaña contra los mayas de 1901, en especial, le dio fama a Huerta. Sus métodos fueron devastadores, pero acabaron con una sublevación que ya duraba medio siglo en la selva yucateca.

—Supongo que después de eso Díaz le ofreció un buen puesto en el Estado Mayor.

—Pues fíjese que no fue así, señor presidente. El general Huerta se distanció del dictador. Inclusive renunció al ejército para dedicarse a dar clases en el campo de su especialidad, la ingeniería. Huerta la pasó mal hasta que Bernardo Reyes, entonces secretario de Guerra, le dio trabajo en sus negocios de Monterrey, contra la opinión de don Porfirio. Luego, Reyes le consiguió a su amigo puestos de profesor en dos liceos. Cuando la revolución estalló, Huerta pidió su reingreso al ejército; Díaz no pudo negarse.

El informante no le dijo a Madero que, al abdicar, don Porfirio tuvo que resignarse a que el último de sus oficiales en rendirle honores, escoltándolo hasta el buque *Ypiranga*, fuese precisamente Victoriano Huerta. El dictador vencido no intentó ocultar su congoja por la guardia que le habían asignado. En cambio, Madero quedó impresionado por lo que le contaron de Huerta. Decidió que lo necesitaba en su ejército.

Tras la expulsión de Díaz, Huerta se empeñó en ser fiel al régimen de León de la Barra, el porfirista que había quedado en la presidencia para entregarla a Madero. Mientras asumía el poder, el caudillo revolucionario dispuso el fin de las escaramuzas federales contra las fuerzas de Emiliano Zapata y de otros aliados suyos, para ir asegurando la vuelta al orden. Fingiendo ignorancia, Huerta siguió lanzando ataques contra Zapata para dejar malquistado al caudillo campesino con el coahuilense, pero la protesta de Madero ante De la Barra detuvo las correrías del exterminador de indios.

Al asumir Madero la presidencia, Huerta obsequió de nuevo su renuncia al ejército. Le ordenaron mantenerse en espera de la reorganización del país. Por diferentes regiones estallaban motines o asonadas; en esas condiciones, a Madero le parecía inconveniente perder a un jefe militar experimentado. Aprovechando el desorden, Huerta no tardó en acercarse a la conspiración que Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, arregló para pronunciarse el 16 de octubre de 1912. En secreto, el pariente de Díaz viajó hasta Veracruz para ponerse al frente del vigésimo primer batallón de ese puerto. El día señalado, el sobrino del dictador lanzó su proclama; esencialmente, era una diatriba virulenta contra Madero, acompañada por la vaga propuesta de «imponer la paz por medio de la justicia». Siete días duró la

rebelión felicista, copada desde su inicio por las fuerzas federales. Sin más seguidores ni armamento que los soldados del vigésimo primer batallón, Díaz tuvo que rendirse ante la amenaza de cañoneo presentada por el ejército y los buques de guerra federales.

Sin resistencia, Díaz se entregó a las fuerzas presidenciales para ser conducido a la capital de la república. Allí, fue encarcelado junto con el amigo de Huerta, Bernardo Reyes, pues por su cuenta el exministro de guerra porfirista había conspirado contra Madero. La determinación inicial contra Félix Díaz fue fusilarlo, pero Madero prestó oídos a damas linajudas y otros personajes del Porfiriato que fueron a suplicarle, a la oficina presidencial, amnistía para el sedicioso. Como el general se había dado de baja del ejército un par de meses antes de su asonada, el abogado Rodolfo Reyes, hijo del general Bernardo, urdió una petición de amparo para el Sobrino del tío, arguyendo que Díaz era un civil al momento de su revuelta. Madero aprovechó ese recurso para pedir que prevaleciera la ley: en vez de corte marcial, Díaz tuvo un juicio civil que le aplicó una sentencia inocua. El antes condenado a muerte fue a dar a Lecumberri, sin padecer el trato malévolo que su tío aplicaba a los opositores encerrados en el temido Palacio Negro.

Victoriano Huerta se mantuvo discretamente al tanto de los conspiradores. Varios maderistas lo acusaban de ser parte de la sedición, e inclusive Gustavo Adolfo Madero acudió a su hermano Francisco para advertirle que el general era secreto cómplice de los rebeldes. Madero desoyó los reclamos de su hermano, pues Gustavo era intolerante a toda conducta que juzgara impropia. Sin oír más denuncias el presidente mantuvo al general en reserva.

La sedición de Orozco, mientras tanto, seguía amenazando seriamente al gobierno maderista. Ante la fuerza del movimiento, el ministro de Guerra tuvo la idea de colocar al frente del ejército federal a Victoriano Huerta, vencedor de yaquis, seris y mayas. Francisco I. Madero estuvo de acuerdo. Comisionó a Huerta para someter a Orozco en el norte, en tanto otros generales se enfrentaban a Zapata en el sur.

Huerta cumplió con gran eficacia su misión al crear un cuerpo táctico que denominó División del Norte, además de negociar con el gobierno estadounidense la suspensión de envíos de armas a Orozco. Copando a esas milicias mal pertrechadas, el exporfirista fue arrinconando a Orozco hasta expulsarlo del país. El rebelde quedó vencido en las batallas de Conejos, Rellano, Bachimba y Paso del Norte, derrota esta última que le dolió más que ninguna. En Ojinaga, Orozco fue herido. Tuvo que salir del país, precipitando el fin de su revuelta. En estos combates le fue de gran utilidad a Huerta el antiguo orozquista que permaneció fiel a Madero: el coronel Francisco Villa, cuyo aspecto no agradaba al militar de carrera. La antipatía de Huerta

fue en aumento con las victorias apoyadas por el antiguo abigeo; llegó al colmo cuando unos villistas tomaron un caballo del ejército federal. Huerta hizo comparecer a Villa.

—Coronel, sus hombres roban los caballos de mi División. Le exijo devolver ese animal.

—General, mis hombres son de esa División, de *nuestra* División —Villa encaró al militar de anteojos redondos, modelados en oro—. No creo que deban devolver algo que les corresponde. Con Orozco nunca recibimos ese trato.

—No me hable de tratos con el enemigo. O devuelve esos caballos o lo mando fusilar.

—El general Orozco nunca nos trató así.

—¡General mis güevos! Está usted arrestado por insubordinación. ¡Guardia, conduzca al preso al calabozo! Póngale grilletes. Ahora mismo dispongo que le formen corte marcial.

Villa se quedó viendo con odio a Huerta. El general clavó sus ojos espejuelados en el guerrillero: lo miró como a un animal dañoso que por fin hubiese metido a una jaula.

—El mismo trato le voy dar a su general Orozco cuando lo capture —Huerta paladeaba su discurso—. En Sonora me dijeron que los yaquis eran invencibles pero los reventé a cañonazos. En Yucatán me dijeron que los mayas eran demasiado feroces pero les quité la rabia con balas, con cuerdas, hasta con veneno. A los indios no los puedo ver. Si todavía está usted vivo para entonces, le dirá a su Pascual que a todos los indios les doy el mismo trato —ni Orozco ni Villa tenían sangre indígena. Huerta, en cambio, nacido en Colotlán, Jalisco, era hijo de una pareja de indios huicholes.

Las urgencias de la campaña impidieron la corte marcial de Villa, frenada también por varios oficiales, incómodos por la captura de uno de sus más eficaces guerreros. Al percibir la resistencia, Huerta temió por sus operaciones hasta entonces impecables. Como no quería soltar su presa, anunció a sus oficiales que el coronel Villa tendría la oportunidad de defender su causa en la Ciudad de México ante el Estado Mayor presidencial. Huerta contaba con que el reo no sabría escribir ni su nombre, pero por si las dudas lo embarcó en un tren precedido por un extenso memorial que insistía en cargos por insubordinación, multiplicando las recomendaciones de fusilamiento.

En la cárcel capitalina, el ingreso de Villa sorprendió a quienes conocían las batallas que había ganado para el nuevo régimen. Gustavo y Raúl Madero se apresuraron a visitarlo en su celda para escuchar las razones poco racionales del prisionero:

—Así es la bola: lo caido, caido, es la costumbre, ¿pus qué, no somos del mismo ejército? —junto con más retorcidas justificaciones.

A Gustavo y Raúl les cayó en gracia la mezcla de candor con cinismo de Villa (Raúl lo conocía bien, había sido su compañero en varias batallas durante la campaña contra Orozco en el norte). Ambos hermanos Madero, en cambio, desconfiaban del no tan antiguo porfirista Huerta: les repugnaba su orden para matar a un oficial que se había distinguido en la batalla de Conejos. Saliendo de la celda, ambos fueron a ver a su hermano el presidente.

—Francisco, no es justo que ese hombre esté encarcelado —dijo Gustavo, fijando su único ojo en el mandatario—, ni que lo vayan a ejecutar por las travesuras de sus reclutas. ¿Qué dirán nuestros seguidores si matamos a uno de los nuestros, a uno de los que comenzaron la lucha?

—¿Y qué dirán si dejamos que muera un revolucionario por orden de un lacayo de don Porfirio? No, Francisco, tú debes liberar a ese muchacho. Además, es tu tocayo —abogó Raúl.

El presidente estaba sentado tras de su escritorio ante una pila de informes urgentes más otra de reclamaciones que permitían adivinar el caos de la nación. Se levantó. Comenzó a caminar en una breve elipse mientras decía a sus hermanos sin mirarlos:

—Me piden ustedes que solape una insubordinación contra el salvador de Chihuahua. Saben que eso no es debido. No lo haré. Pero tienen razón en que sería un pésimo ejemplo matar a uno de los nuestros. Yo no voy a quebrantar la ley, pero si muchos me piden clemencia por un buen oficial, no me negaré. ¿Pueden encargarse de eso?

—Mañana te traigo una petición firmada por el ejército completo, menos por ese porfirista chaquetero —saltó Gustavo.

—Con cinco firmas basta, no estamos hablando de un enemigo —moderó el presidente.

—¿Y con eso lo sacarás de la cárcel? —alegó Raúl.

—Eso no puede ser. Lo eximo del paredón pero no puedo contravenir la ordenanza militar. Saben que la disciplina nunca ha sido abundante en nuestra gente, necesitamos comenzar a instituirla —la mirada de Madero al encarar a sus hermanos era de impotencia.

—Si lo dejas en la cárcel es como si te cagaras en nuestros partidarios —espetó Gustavo.

—El calabozo no es lugar para un peleador tan valiente —apuntaló Raúl, preparándose para relatar la batalla presenciada en Conejos. Enrojecía de indignación.

Madero fue a sentarse de nuevo, al percibir el convencimiento de sus hermanos. Comenzó a mesarse la barba. Estuvo un rato mirando al aire. Tomó la pluma fuente con que debía firmar los documentos

pendientes, escribió varios párrafos en una hoja con el sello presidencial. Cuando terminó, se la extendió a Gustavo.

—Éste es el perdón presidencial para el coronel Francisco Villa en consideración a servicios prestados a la nación. También ordena el traslado del prisionero a una instalación más saludable, más fresca. Por razones de salud. Supongo que tenemos algo así en Toluca o en Guanajuato.

—Pero… lo mandas de una prisión a otra —protestó Raúl.

—De México a Toluca o a Guanajuato hay un buen trecho. A veces es inevitable que algún prisionero se nos pele en un traslado así, ¿verdad? Como la ley fuga ya no se aplica… —Ma-dero les guiñó un ojo a sus hermanos.

—Pues sí. Magos no somos ni tenemos mil ojos para cuidar a todos los presos. Veré que se cumpla la orden de traslado del reo.

Gustavo sonreía. Anticipó la cólera de Huerta. Su amplia sonrisa estalló en una risa muy sonora. Raúl y Francisco tampoco se aguantaron las carcajadas.

LA MUERTE DEL VIEJO

El dictador desterrado, residente a la fuerza en el país que admiraba, en la urbe cuyo modelo quiso trasladar a la antigua Ciudad de los Palacios, recibía en su casa al novelista Federico Gamboa. El autor de *Santa* le llevaba al depuesto tirano chismes de otros mexicanos radicados en París. Destacaba al hijo del malogrado general Reyes, un escritor a quien todos estimaban, de nombre Alfonso. Contrastaba su atildamiento con la figura de un pintor muy feo, semejante a un sapo inflado, a quien celebraba la pandilla de pintores, prostitutas, poetas, marchantes, músicos, drogadictos, comediógrafos, carteristas, modelos y bailarinas de Montparnasse, un tal Diego *de* Rivera: su vida era un escándalo; su pintura, desconcertante, parecía compuesta por cubos, aunque el obeso pintor adoraba el arte del Renacimiento. Gamboa le contó al anciano cabizbajo de otro artista recién llegado de la Ciudad de México a la Ciudad Luz: se hacía llamar Atl, pero su nombre no era más que Gerardo Murillo. Además de pintar, había inventado sus propios óleos, si bien no valía como paisajista. Ése fue el comentario del joven Reyes que Gamboa dejó caer con alborozado desdén en el recibidor de los Díaz.

El envejecido confidente escuchaba al novelista con gesto melancólico; apenas reaccionaba a las exclamaciones, reprobaciones o sarcasmos del autor doctorado en putas. Pero de vez en vez, con una copita de coñac en la mano, don Porfirio salía de su lúgubre postura, miraba de reojo para asegurarse de que no escucharan Carmelita o alguna de sus hijas, para decirle con aire entre cómplice y retador a su visitante:

—¿Qué dicen sus *santas*, don Federico? Yo podría hacer con usted otro libro que trate de pirujas. A lo mejor hasta aprende usted alguna novedad —el viejo guerrero le dirigía una mirada de sorna a su demudado confidente, se carcajeaba en-tonces, satisfecho ante el sonrojo que ascendía sin falta a la cara de Gamboa.

Esos paliques cesaron a finales de junio en 1915, cuando el dictador sin patria cayó enfermo. El 2 de julio, amargado, nostalgioso, don Porfirio quedó yerto en su cama parisina. Lo enterraron en la iglesia de Saint Honoré l'Eylau, adonde fue a llorarlo Federico Gamboa al día siguiente. Cuando vio la iglesita en que lo habían

embutido, pensó que al viejo le hubiese gustado más un sitio en Montparnasse, el barrio donde alborotaba los puteros Diego *de* Rivera. Seis años después, persignándose sin parar, doña Carmelita Rubio fue a dejar con sus hijas, en una tumba del cementerio de ese barrio, los despojos de su marido. La breve capilla permanece en el panteón de Montparnasse, con su exiliado adentro.

UN AMABLE CARNICERO

Villa había pasado un año en la prisión militar de Santiago Tlatelolco. En ese tiempo, un abogado le había enseñado a leer y escribir para que pudiera defenderse del cargo que injustamente le enjaretó Huerta. Allá lo iban a visitar Gustavo Adolfo y Raúl Madero para entregarle cada quincena quinientos pesos que le enviaba el mismísimo jefe de la nación:

—El presidente Madero desea que usted tenga las seguridades de su amistad. Nos dijo que este dinerito puede servirle para comprar mejores alimentos que los de la cárcel. Si pregunta usted a sus custodios, ellos le dirán dónde conseguir esas viandas, que son algo caras. Pero cómprelas usted, para eso son estos pesos.

Villa, con ese dinero cuidadosamente oculto en sus ropas, comenzó a planear su escape. Desde su celda, cuyas rejas daban a la sala de trabajo, se fijó en dos detalles: un abogado que iba a trabajar a la cárcel dejaba todos los días su sobretodo y bastón en el perchero de la sala durante todo el día; otro abogado que acudía a ese sitio para quedarse largas horas en la sala era un joven evidentemente sujeto a penalidades. Casi nadie más se arrimaba a esa zona. Villa empezó a platicar con el joven para enterarse de su vida. Averiguó su nombre y sus apuros por falta de dinero. Villa comenzó a acariciar un billete de los que guardaba doblados como cuadritos. Uno de esos días, el preso le pidió a Carlos Jáuregui, el muchacho, hacerle un favor:

—Amiguito, le pido que me ayude. Vaya usted a un baile y cuénteme qué piezas tocan. ¿Me hace esa merced?

—Pero, coronel, cómo me pide eso.

—Pues como se lo pediría a un amigo. Si me da su mano, verá de qué hablo.

Jáuregui, al darle la mano al prisionero, sintió un roce. Villa le había pasado un papelito, muy apretado por los dobleces, que bien mirado era un billete de cincuenta pesos.

—Amiguito, ¿con eso me podrá usted hacer el favor que le pido?

—Pero… coronel, con esto alcanza para una orquesta.

—Yo no quiero a los músicos. Quiero que *usté* vaya y los escuche. Luego venga a contarme qué tal suenan. Usté es mi embajador de

pachangas.

Fue el primer billete de varios que Villa entregó al abogado. Conforme la confianza crecía, el preso le iba confesando cada vez más cosas a su inopinado embajador. Al fin, Villa le dijo:

—Tengo que salir de aquí.

—¿Qué necesita?

—Una lima. A ver si con esto le alcanza —el billete que le dio era de cien pesos.

Jáuregui fue a una ferretería esa tarde. Pagó los centavos que le pidieron por la lima. Al salir de la tienda, dudaba sobre qué hacer con el billete que Villa le entregó. Tras unas cuadras que ca-minó indeciso, se resolvió a guardarse los cien pesos. Serían una dotación extraordinaria para la embajada que el preso le había abierto en las pachangas. También serían una sorpresa para la mamá del joven abogado.

Cuando la lima se desgastó, Villa mandó por otra, y por otra, y otra más. Uno tras otro pasaron los billetes de a cincuenta, de a cien, por sus manos encallecidas a las menos rudas del escribiente.

Al completar el desgaste de los barrotes de su celda, Villa planeó con Jáuregui le acción decisiva. Jáuregui le pasaba al preso la ropa del abogado ausente, Villa caminaba con esa ropa dentro de su celda para habituarse a portarla, sobre todo para caminar sin embarazo apoyándose en el bastón.

Una vez que dominó esos instrumentos, Villa le dio una buena cantidad de billetes a Jáuregui al encomendarle:

—Vaya a comprarme dos pistolas, consiga un carro y me acompaña en el viaje. No tiene caso que se quede. En cuanto noten mi falta, a usted lo van a poner en mi lugar. Si le apura su familia, no se apene, podrá usted enviarles dinero en cuanto estemos lejos.

Ese día los concurrentes al juzgado vieron salir al joven Jáuregui en compañía de un abogado a todas luces distinguido, aunque ignoto, cuya manera de portar el sobretodo le daba un aire enérgico, si bien renqueaba al apoyarse en un bastón de aire curiosamente familiar. Algún funcionario comentó: «Ese bastón me recuerda al que usa el licenciado Pistorio». Con todo, nadie les prestó demasiada atención al abordar un automóvil de alquiler a las puertas del juzgado. Villa y Jáuregui llegaron a Toluca en ese auto, al cual le encargaron regresar por ellos para despistar a los perseguidores, quienes no tardarían en preguntarle al chofer por sus generosos pasajeros. Al bajar del coche, Jáuregui le dio al conductor doscientos pesos, para asombro de Villa. Cuando el evadido quiso reponerle al joven el dinero, Jáuregui se rehusó con una sonrisa:

—Es el cambio de unas limas que le debía a usted, coronel.

En Toluca, los fugitivos tomaron el tren hasta Guadalajara; luego siguieron rumbo a Manzanillo, donde se embarcaron para Estados Unidos.

Lejos de la capital mexicana, en territorio estadounidense, Villa retomó los negocios que tan bien desempeñaba antes de la lucha: introducción de ganado, manejo de carnicerías, si bien ahora reses y carnes eran suyas sin disputa. El antiguo bandolero tenía dinero suficiente para ser un auténtico comerciante, no un abigeo. Los hábitos, sin embargo, resultan duros de hacer a un lado, porque alguna cabeza de cuando en cuando llevaba un sello ajeno a los hatos del vendedor. Como cargaba pistola, nadie se ponía a discutir con él por esos defectos, corregidos con el oportuno destace de la res.

Desde su puesto en el norte, Huerta solicitaba informes del proceso a Francisco Villa en la lejana capital. Sentía que cada mañana añadida a la existencia del guerrillero era un insulto a su propia persona. Se enfureció al saber que Villa se había evadido mientras esperaba su traslado a Toluca. Las necesidades de la campaña, sin embargo, lo forzaron a desestimar el incidente. Como los gringos apoyaron sus peticiones de cortar suministros de armas a Pascual Orozco, Huerta logró arrinconar al rebelde hasta expulsarlo de México. Con su vuelta triunfal de la salida contra Orozco, Victoriano Huerta fue recibido como salvador de la república; Madero lo incorporó al ministerio de Guerra e hizo lo posible para que el militar olvidase la insumisión de Villa, empeorada con su fuga. Huerta dijo haber olvidado ya el incidente. En realidad, no dejó de averiguar quién había intervenido para la evasión del coronel. Al recabar con insistencia los nombres de Gustavo y Raúl Madero, Huerta se prometió cobrarse esa burla a su autoridad.

EL CADÁVER DEL MUERTO

Emil Holmdahl se hartó del sur mexicano cuando comprendió que el ejército en cuyas filas militaba jamás podría superar a los zapatistas. No era cuestión del mejor armamento ni de la cantidad de hombres, sino de la indignación que sostenía a Zapata, a sus campesinos. Los federales estaban muy lejos de entender cuánto abarcaba el lema de «Tierra y libertad» tantas veces escuchado en las batallas contra los morelenses. Holmdahl, por su lado, ansiaba estar cerca de los Estados Unidos para cumplir las encomiendas de espionaje que con regularidad le encargaba la Oficina de Investigaciones de su país. Quizás urgido por sus acicates personales, el joven mercenario pidió su cambio al frente de batalla del norte. En cuanto lo obtuvo se sumó a las fuerzas conducidas por generales mercenarios, contrabandeó armamento, espió para sus compatriotas tanto como para el ejército maderista; no sería raro que también lo hiciese en ocasiones para los orozquistas.

Holmdahl dejó el relato de un peligroso cruce que situó en mayo de 1912 en el territorio controlado por generales de Orozco. Según esa historia, Holmdahl se ofreció para rescatar al capitán Lorenzo Aguilar, primo de Madero, atrapado tras las líneas enemigas luego de la batalla de Rellano, particularmente desastrosa para los maderistas. En esta misión, aseguró Holmdahl, el «soldado de fortuna» se hizo pasar por periodista, se presentó como tal ante el ejército de Orozco, convenció a tres generales enemigos para que no lo fusilaran por espionaje, indagó entre testigos del pueblo de Pedracina si habían visto al capitán Aguilar, averiguó cómo el primo de Madero fue fusilado, y que enseguida tiraron su cadáver a una trinchera junto con los de varios prisioneros más. Holmdahl aseguró que halló la tumba sin nombre, la excavó, extrajo dieciséis cuerpos, identificó el del capitán, lo colocó sobre una mula e hizo el viaje de regreso con el difunto hasta incorporarse a su división. Los periodistas a quienes contó esta superchería la creyeron sin ambages.

En realidad, Holmdahl se dedicó a buscar un cadáver que tuviese rasgos similares a los del desparecido Aguilar, cuya foto portaba; se robó las insignias de otro capitán muerto en batalla, le puso los emblemas al primer cuerpo, esperó unos días a que la descomposición

desfigurase aún más los despojos, inclusive le pegó algunos tiros a la cara. Tuvo que ocultarse en un pueblito donde amenazó a los moradores para que mantuvieran en secreto su estadía. En una cuerva cercana el cadáver escamoteado, envuelto en un sudario, quedó irreconocible. Días más tarde, Holmdahl lo apretaló bien apretado sobre una mula, le ató un largo cordel a la bestia, asegurando el otro extremo de la cuerda a la silla de su montura. De esa manera llevó a Torreón aquella carga lastimosa para presentarla como «el infortunado capitán Lorenzo Aguilar». Aureliano Blanquet, el comandante de la ciudad, miró con escepticismo la entrega de Emil, pero ante el hedor del bulto renunció a cualquier reclamación.

—Lleven el cuerpo a la funeraria, que lo embalsamen antes de colocarlo en el ataúd —ordenó el general—. Tenemos que enviarlo a Monterrey por ferrocarril —se volvió hacia Holmdahl—. Mayor, en cuanto el féretro sea depositado en el vagón, escóltelo usted para hacerle entrega a la familia. Seis hombres lo acompañarán en esta misión. Todos deben portar el uniforme al bajar el cajón.

A fines de mayo, el desvergonzado capitán extranjero posó en una foto junto con el alcalde de Monterrey, más otros funcionarios que rodeaban el ataúd cubierto de flores del supuesto capitán Aguilar. El timador no perdió oportunidad para im-provisar un discurso fúnebre:

—Me presento con hondo pesar a devolver a la familia del señor presidente Madero el cuerpo de este valiente que fue de sus íntimos. Lamento no haber podido hacer más, pero estoy seguro de que me encontraré con el alma de nuestro oficial en el otro mundo. Entonces seguramente podrá decirme muchas cosas que por ahora han de permanecer en el misterio.

Para agosto de ese año, Holmdahl fue comisionado a la División del Norte organizada por Victoriano Huerta. Allí, el capitán estadounidense de treinta y un años pudo reencontrar de lejos al famoso bandido Pancho Villa, convertido en gran líder militar. El aún joven Emil tuvo ocasión de atestiguar el arrojo de los villistas en Casas Grandes, en San Andrés, en otras acciones de guerra donde recibió heridas mientras Villa recibía honores. Cuando la batalla de Paso del Norte puso en manos de los maderistas aquella ciudad, Holmdahl cruzó a El Paso, Texas, para festejar en los *saloons.* A los periodistas que lo saludaban, les fanfarroneó cómo había conducido la victoria en el gran combate.

Al poco tiempo, acosado por sus colegas que no le perdonaron esa baladronada, Holmdahl renunció al ejército mexicano. Emil presentó entonces una solicitud al cuerpo militar de su país, encareciendo su conocimiento de los caminos, fuentes de agua, escondites en trece estados de México. Recibió por respuesta una recomendación de

mantenerse a la espera. Aguardando esa ocasión, el mercenario se dedicó al tráfico de armamento en la frontera hasta mayo de 1913.

EL SOBRINO DEL TÍO

Henry Lane Wilson y Paul von Hintze continuaban buscando al hombre que se hiciera cargo del gobierno de México en reemplazo de Madero. Ambos pretendían que el nuevo presidente favoreciera a sus países con privilegios que don Porfirio les concedió a capricho; ambos tenían la instrucción de negociar con el caudillo mexicano más capaz los términos de una relación ventajosa, a cambio del apoyo para lograr esa mudanza, aunque fuese a costa de una pequeña guerra, una más en ese México de revoltosos y amotinados.

Félix Díaz y Bernardo Reyes, los sediciosos generales porfiristas, gozaban de muy buen trato en sus celdas de Lecumberri y Santiago Tlatelolco. A sus anchas, recibían visitas de jefes militares, de emisarios diplomáticos «interesados por su salud», de queridas, hasta de vendedores que les proponían cargamentos cuyo contenido, aseguraban, podría levantar a los muertos. Con todas estas facilidades ambos presos consiguieron afinar un nuevo golpe de Estado.

Félix Díaz, militar de opereta, desdeñado por todos los porfiristas como «el Sobrino del tío», reconocía en su celda que cualquier revuelta futura exigía un buen jefe militar, como Huerta, a quien había tratado de llevar a su asonada anterior sin éxito. Huerta era astuto: se olió que nadie seguiría al Sobrino del tío. Pero mediante sus pactos extracarcelarios, Díaz tuvo oportunidad de concertar un acuerdo con Bernardo Reyes, amigo de Huerta desde los días en que el converso héroe de la revolución había caído de la gracia de don Porfirio. Con el complicado sistema de recados conspiratorios, que pasaba por el ingeniero Enrique Cepeda y el médico Aureliano Urrutia, Díaz le hizo llegar a Henry Lane Wilson un mensaje para pedirle a Bernardo Reyes invitar a Victoriano Huerta a un golpe de Estado. Reyes hizo llegar la propuesta a Huer-ta con la mediación de Wilson. Tras de unos días, Reyes obtuvo un mensaje de su antiguo protegido que transmitió a Wilson, y éste, a Díaz mediante Cepeda: el compañero de armas se les unía.

Wilson era un feliz correo en este complot, además de un titiritero diestro. A su presidente Taft lo llenaba de informes sobre el desastre que era México en manos de Madero, al tiempo que recomendaba de manera incesante a Félix Díaz como un seguro aliado de Estados

Unidos. A Madero, Wilson lo inundaba de quejas por la inseguridad de los ciudadanos estadounidenses en México, quejas que nunca dejaban de contener una velada amenaza de intervención si las cosas empeoraban para el gobierno revolucionario. Los cuerpos diplomáticos establecidos en México, al reunirse para atemperar el fastidio de las continuas emergencias militares, escuchaban a Wilson describir el desorden mexicano con colores bien oscuros, con inclemencia en sus calificativos, con alarma insofocable.

—*Madero is a lunatic! Félix Díaz is taking the presidency since his revolution in Veracruz* —vociferaba en el paroxismo de sus arengas.

Los embajadores latinoamericanos en bloque le respondieron a Wilson, cuando él los sermoneó con las más severas advertencias en medio de un tranquilo salón extraterritorial, que sus simpatías estaban con el presidente mexicano.

—Míster Wilson —dijo el embajador cubano Manuel Márquez Sterling—, apreciamos su preocupación por lo que sucede en México, pero creo que debemos ser cuidadosos con la manera de exponer esta situación. He pedido al cónsul de mi país en Veracruz, investigar el triunfo de Félix Díaz, que usted amablemente nos hizo el favor de advertir. Mi colega está lejos de confirmar esa noticia. El príncipe heredero, quiero decir, el general Félix, está prisionero en San Juan de Ulúa. El gobierno de este país se mantiene firme. Nosotros, por ser hispanoamericanos, vemos al pueblo mexicano como parte del nuestro; en consecuencia, apoyamos a su presidente Madero.

—Lo que dice su excelencia Márquez es un sentimiento compartido por el pueblo de Nicaragua —terció con tono severo el legado de ese país—. Nuestro gobierno no aprueba las aventuras militares en esta región. Aún recordamos el caso del filibustero William Walker con sus conciudadanos… Quiero decir, los soldados de fortuna salidos de *su* país, míster Wilson, a depredar *nuestra* nación. Y menos lo olvidamos ahora que el mercenario Lee Christmas está acosando a nuestro presidente Santos Zelaya, con la complicidad del mandatario hondureño Bonillas. Pero claro, el gobierno de Estados Unidos no es responsable por lo que sus ciudadanos ambiciosos hagan en nuestro territorio…

Wilson tragó saliva a su pesar. Hubiese querido fulminar al nicaragüense. Lo contuvieron las miradas de los demás embajadores, que expresaban total aprobación hacia su colega de Nicaragua.

—Además —terminó por espetar Márquez Sterling— estamos convencidos de que el señor Félix Díaz es incapaz de conducir ya no un país, sino una simple columna militar. El príncipe heredero es sólo un fantoche. Madero prevalecerá, según todos los indicios.

Wilson optó por formar entonces una especie de club europeo

contra el maderismo, con el embajador británico Francis Stronge, el español Bernardo Cólogan, más el alemán Von Hintze. Acordaron que mientras los generales golpistas mexicanos deponían a Madero, los cuatro cuerpos diplomáticos iban a respaldar al nuevo presidente mexicano. Wilson no dudaba de que Félix Díaz era *el hombre*. Von Hintze apoyaba a Bernardo Reyes; sin demostrarlo, Cólogan respaldaba también a este último, su tocayo por casualidad. El británico Stronge no se interesaba por las cuestiones de la política local; estaba más entusiasmado con unas investigaciones sobre aves mexicanas, así que delegó en Wilson las decisiones sobre el asunto que el yanqui estimara adecuadas.

Los conspiradores planeaban declarar la subversión el 11 de febrero de 1913, pero alguien cometió una indiscreción. El 7 de febrero el gobierno mexicano estaba enterado del complot; Wilson urgió a Huerta a dar su parecer. El general declaró el 9 de febrero por la mañana un día idóneo para el golpe. Wilson dio aviso enseguida al general Manuel Mondragón, el único líder porfirista que no estaba en la cárcel.

SEGUNDA PARTE

LOS DÍAS DEL CHACAL



Luz se plantó a mitad del patio con su canasto de ropa, mirando alelada las cuerdas del tendedero ante el sol rijoso. Ya había colgado algunas camisas, calzones, pañolones sobre los cordeles, así que algunas gotas de agua corrían lentamente por las fibras humedecidas, relumbrando a la luz antes de evaporarse a toda prisa. A Luz le asustaba el calor de este desierto, aunque había crecido en otro muy semejante. Se quedaba absorta ante la velocidad con que el agua se consumía, si bien eso le facilitaba la tarea de lavar la ropa. En un rato, lo que tendía quedaba seco, ya fuera tela o carne salada, inclusive frutas que a veces le llevaba Pancho, adquiridas a un alto costo en El Paso. Aunque a Luz el costo de la vida ya no le preocupaba. Desde que se establecieron en la ciudad gringa, Pancho ganaba harto dinero con su carnicería, más las remesas que enviaba el señor Madero. Nada de andar a salto de mata como antes, cuando Pancho era bandido, o a la buena de Dios cuando lo puso preso aquel briago hijo de la gran puta. El dinero ya no era cosa de preocupo en casa de los Villa. Ahora a Luz la obsedía la distancia que los separaba de San Andrés, de Chihuahua, donde estaba toda su familia, toda su querencia. Pero no podían regresar, no todavía, no mientras el puerco marihuano de Huerta siguiera tan bien puesto con don Pancho Madero, salvador de la familia pese al ebrio.

Ahora que Luz Elenita ya se había logrado (en menos de tres semanas, el 25 de febrero de este 1913 malhadado, la nena iba a cumplir su primer año en esta tierra ajena a donde los había lanzado la inquina del borracho), ahora que Pancho se estaba quieto en su negocio, ahora que en su mesa no escaseaba la carne, Luz sentía el ardor de los desterrados por no estar en su casa, en sus calles, en su mero pueblo. Algo de ese quemante anhelo se mitigó con el contacto de una camisa chumbada, cuyas gotas murieron casi antes de tocar la terregosa arena del patio. Ya el sol quemaba aunque no eran más que las once de la mañana en El Paso, en la casa que Pancho Villa rentaba para alojar a su esposa Luz, a su hija Lucita. En la distancia sonaban las canciones de los vaqueros, con su melancólica melodía, sus acentos españoles. Ese canto refrendaba la pertenencia de ese desierto a los mexicanos, los dueños de estas extensiones antes de que Santa Anna las vendiera a los gringos. Luz quiso sentir que en esas voces recuperaba su terruño. Ahora sintió que en la cara le ardía el salpicadero de las gotas que soltaba la ropa que estaba tendiendo. Se le antojó llorar, pero el sol de El Paso le había secado los ojos.



Domingo, 9 de febrero.

Las puertas de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan se abrieron en la madrugada, a fin de darle paso al general Manuel Mondragón. En el patio, el oficial pasó revista a un grupo de cadetes para darles enseguida la orden de reunirse con el destacamento de Tacubaya, al mando de Gregorio Ruiz. Esta fuerza cruzó las calles solitarias, llegó a la prisión militar de Santiago Tlatelolco donde aguardaba, despierto, su liberación el general Bernardo Reyes. La columna de sublevados marchó enseguida a la penitenciaría de la ciudad, donde tuvieron que despertar a Félix Díaz para sacarlo de su celda. Con sus jefes al frente, los rebeldes se dirigieron a capturar al secretario de Guerra, Ángel García Peña, en Palacio Nacional.

La toma del palacio de gobierno resultó un fiasco porque el general Lauro Villar Ochoa descubrió muy temprano la conspiración. Cerca de Palacio Nacional, pasadas las tres de la mañana, al general lo levantó de su cama el insistente timbre del teléfono; le avisaron que poco antes la artillería y la caballería de Tacubaya habían salido de sus respectivos cuarteles con rumbo y propósitos desconocidos. Agobiado por la gota, con el peso de sus casi sesenta y cuatro años de edad, Villar se puso en pie para salir a averiguar las novedades. Detuvo un automóvil de alquiler en la calle, al que hizo dirigirse al palacio. Allí le cortó el paso un carro henchido de pertrechos militares, cuyos conductores, sin reconocerlo, le ordenaron alejarse. Oculto en el vehículo, Villar examinó la zona, calculando la capacidad de las fuerzas rebeldes. De allí se fue al cuartel de Teresitas, donde halló dormidos a los setenta reclutas del 20º Batallón de Caballería, sin sus oficiales. El general, aprovechando que conocía las posiciones así como el armamento de los sublevados, dio órdenes a este cuerpo:

—Soldados, vamos a recuperar el Palacio Nacional con un ataque por sorpresa. Comenzaremos por la puerta del jardín trasero. Luego nos apoderamos de todo el lugar.

Sin detenerse, pese al dolor intenso que la gota infligía a su pierna derecha, Villar fue caminando hasta el cuartel de San Pedro y San Pablo. En él, despertó a los sesenta reclutas del 24º Batallón de Infantería. Poco después llegó a sumarse a los leales el vicealmirante Ángel Ortiz Monasterio con sus tropas. Organizados todos en pelotones, se dirigieron a Palacio Nacional, en cuyas cercanías el batallón vigésimo aún buscaba un modo de acometer la fortaleza, pues consideraban riesgoso ejecutar el plan del general. Villar hizo cumplir su instrucción de romper con hachas la puerta del jardín trasero, por la cual ingresó con su contingente de reclutas hacia el interior del

palacio hasta sorprender a los insurrectos. Los rebeldes, concentrados en vigilar la plaza de armas frente a la sede de gobierno, no soñaban con un ataque por la espalda. Dueño del emplazamiento, Lauro Villar confinó a los prisioneros en los patios. Enseguida fue a liberar al secretario de Guerra y a Gustavo Madero, quienes salieron presurosos a Chapultepec para advertir al presidente de la sublevación. Villar, a cargo de la defensa, dispuso una línea de tiradores ante el palacio además de emplazar dos ametralladoras en la Puerta Mariana del recinto, con las cuales recibiría al grueso de la rebelión.

Sin saber que el palacio estaba bien defendido, Bernardo Reyes ordenó una carga de caballería con despliegue en la plaza de armas (el espacio después conocido como «Zócalo»). Con sus tiradores a cubierto, al ver acercarse a Reyes, Villar lo intimó tres veces a rendirse. El general regiomontano desdeñó las advertencias del maderista, a quien todos llamaban «el Rémington». Reyes avanzó al frente de sus cabalgaduras, dispuesto con temeridad a retomar el sitio donde antes despachaba como ministro de Guerra. La línea de tiradores junto a las ametralladoras en la Puerta Mariana respondió al ataque para dejar en cuestión de minutos a Reyes, más ciento quince de sus seguidores, derribados ante el palacio. De los defensores, cuarenta y tres murieron, en tanto Lauro del Villar quedó herido en el hombro. Otros seiscientos cuarenta muertos dejó ese ataque: transeúntes atrapados en la balacera, quienes se habían congregado ante el espectáculo de la caballería reyista. Félix Díaz miró aterrado a los muertos. Tuvo ganas de entregarse allí mismo, pero Manuel Mondragón lo contuvo con un plan desesperado: dirigirse a la fortaleza de la Ciudadela, donde se guardaban armas y municiones del ejército. Custodiaban ese polvorín los generales Rafael Dávila y Manuel Villarreal, intimados a rendirse en cuanto los golpistas estuvieron a las puertas del recinto. Ambos jefes de guardia se negaron, con lo que empezó un tiroteo nutrido hasta que el interior del depósito de armas fue asaltado a las 11:30 de la mañana. Los golpistas entraron a apoderarse del parque; luego, a cuantificar los daños. Hallaron herido, entre varios otros, al jefe defensor Villarreal. Sin ceremonias, un grupo de invasores dio de puntapiés al general hasta tenderlo bocabajo; enseguida le descargaron sus fusiles por la espalda. Los rebeldes tenían ahora a disposición veintisiete cañones, cien ametralladoras, ocho mil quinientos rifles, cinco mil obuses, veinte millones de cartuchos.

Desde las siete de la mañana el teléfono del Castillo de Chapultepec, donde Francisco I. Madero residía, timbraba cada cinco minutos para transmitir noticias del levantamiento. Como en los tiempos de la lucha contra don Porfirio, Madero fue decidido a la pelea. Sobre el caballo que le ensillaron a toda prisa, rodeado por

alumnos del Colegio Militar, el presidente cabalgó hacia Palacio Nacional en una procesión que con amargura se recordaría como la Marcha de la Lealtad. Madero galopó confiado, pese a la emergencia, tras enterarse de que Félix Díaz comandaba el ataque. De nuevo el mílite bravucón sería sometido por sus leales, pensó. Cuando la gente salió a su paso para aclamarlo, su confianza creció. Sin embargo, al recorrer la comitiva presidencial la avenida San Francisco, un destacamento de sublevados apareció de improviso por detrás del Teatro Nacional, defendiéndose a tiros de la tropa maderista que los perseguía. El contingente presidencial tuvo que desviarse por avenida Juárez para resguardar al mandatario en el estudio fotográfico Daguerre, edificio de dos pisos con balcones en los cuales Madero se apareció para saludar a los curiosos en cuanto las balas dejaron de circular. En ese punto aparecieron tres jefes de la tropa federal —Victoriano Huerta, Manuel Bonilla y Elías de los Ríos— para unirse a Madero. Flanqueado por estos tres, el caudillo revolucionario llegó cabalgando hasta Palacio Nacional para asumir el mando de la defensa. Madero, enterado de las graves lesiones de Lauro Villar, lo mandó al sanatorio, donde atendieron sus heridas durante semanas. El general sobrevivió a este episodio todavía una década, pues murió con setenta y cuatro años de edad en 1923, no sin distinguirse antes en diversas batallas de la revolución.

En su oficina de Palacio, Madero indicó a Huerta asumir el puesto de comandante militar, en reemplazo del valeroso Rémington. Enseguida, el mandatario hizo confluir a los batallones de Tlalpan, San Juan Teotihuacan, Chalco y Toluca para integrarlos en un movimiento de resguardo y punición.

Por teléfono se recibían contradictorias versiones de testigos que sólo sirvieron para entorpecer los planes defensivos. Al fin, el mayor Emiliano López Figueroa fue enviado al frente de la guardia presidencial a recobrar la Ciudadela, donde los rebeldes ya habían organizado la resistencia con enorme eficacia. Los leales al gobierno fueron recibidos por el fuego de francotiradores en las azoteas circundantes, o por ametralladoras con ubicación tan mortífera como abundante era su dotación de proyectiles. Para redondear el parapeto, los rebeldes montaron cañones en la glorieta de Bucareli y Atenas, al pie del Reloj Chino que el emperador manchú había obsequiado a la nación hacía apenas tres años. El reloj sobrevivió al fuego cruzado, relató Francisco L. Urquizo cuando ya era uno de los más vívidos novelistas de la revolución; él estuvo entre los atacantes maderistas de la Ciudadela que a duras penas salvaron la vida luego de que las balas destrozaran al destacamento de López Figueroa.

Ante el descalabro, Madero viajó a Cuernavaca por la tarde para requerir la ayuda del general Felipe Ángeles, destacado allí como

freno al alzamiento de Zapata. En tanto Madero pernoctaba en Cuernavaca, Huerta halló entre los detenidos en Palacio al general Gregorio Ruiz. El golpista miró con alivio la aparición del nuevo comandante de las fuerzas federales e hizo algún gesto de complicidad que alarmó a su aliado secreto. En cuanto se repuso, ya en su oficina, Huerta despachó una orden para ejecutar a Ruiz sin dilación, pretextando la gravedad de su falta. El jefe del cuartel de Tacubaya, al enterarse de su condena, mantuvo la esperanza de que el colega Victoriano detendría la ejecución en el último minuto. Mantuvo esa confianza hasta unos segundos antes de que los disparos del pelotón lo aniquilaran. Los fusileros, al ver la sonrisa altanera de Ruiz frente a los fusiles, sólo borrada cuando se escuchó el «apunten», creyeron ejecutar a un valiente, no a un incauto.

Wilson, en su embajada, convocó a todos los jefes de legaciones extranjeras residentes en la capital. Arriesgándose a que los acribillaran los bandos en pugna, los legatarios llegaron hasta la tranquila misión diplomática del yanqui (los contendientes se cuidaban de importunar la sede estadounidense). Wilson, personaje comúnmente ceñudo e irascible, recibió a sus colegas con inusual buen humor. Repartió güisqui entre sus invitados, antes de pedirles que apoyaran dos exigencias:

—En primer lugar, hay que demandar a Madero que prohíba la venta de *trago*. No debemos fomentar la ebriedad entre matones sueltos por todas partes, ¿no les parece?

Los diplomáticos asintieron. Dos o tres de ellos, aprobando la propuesta, animaron a los demás a sumarse. Los otros no tardaron en decir que sí. Después, Wilson les pidió brindar por el acuerdo. Enseguida volvió a hablar como un vendedor meloso:

—El segundo asunto urgente que debemos exigir a este gobierno de Madero es el retiro de las patrullas militares; la ciudad debe ser vigilada por la policía, no por uno de los bandos combatientes.

Manuel Márquez Sterling, embajador de Cuba, apartó su vaso de güisqui para preguntar:

—¿Qué hay de malo en que el ejército vigile las calles? Los gendarmes carecen de armas para contener el desorden creciente.

—Armas, ése es el problema —Lane Wilson alzó su vaso hacia el discordante—. Si dejamos el orden en manos de los que combaten, ¿a dónde llegaremos?

El cubano reforzó su objeción:

—Los soldados son la autoridad máxima del país. Los gendarmes fueron desarmados por obedecer al antiguo régimen. Y cuando tenían armas, asesinaban sin freno a los ciudadanos. Al menos, los soldados deben someter a sus prisioneros a la corte militar —los demás

invitados se quedaron viendo a Wilson con desconfianza.

—*Señor* Sterling, ¿usted cree que estos salvajes obedecen regla alguna? Apenas hace dos meses eran bandoleros; hoy son la ley —silabeó Wilson.

—Perdón, pero los que mataban presos sin juicio previo eran los gendarmes de Díaz —recordó Márquez Sterling.

—¿La ley fuga? ¿Habla usted de esa calumnia contra el general Díaz? —la voz de Wilson subió dos tonos. Márquez Sterling temió que perdiera el control. En el medio diplomático todos conocían a Henry Lane como «el Pequeño» por sus desplantes, dispuesto al pleito por la mínima contravención a sus opiniones, como si fuera un niño testarudo. Pero Wilson aprovechó las objeciones del embajador cubano para instar a los demás—. Acaban ustedes de pasar por emboscadas para llegar a esta legación. ¿Quieren cobijarse con un gobierno que no puede ni garantizar el respeto a sus sedes? —dirigió su mirada severa a Márquez Sterling—. Diga usted, *señor* Sterling, si su embajada está protegida.

El cubano se incomodó.

—Mi apellido es Márquez, *señor* Wilson. Y mi canciller ha ofrecido enviar una tropa de soldados desde La Habana para proteger la legación que custodio.

—Eso sería una invasión —dijo Wilson.

—Sería un acto de res-guar-do —silabeó Márquez—; el ministro Lascuráin está enterado de esta oferta. Inclusive le ofrecí que militares cubanos patrullen la capital.

Los demás legados observaron a Wilson con sorna. Si las formas lo hubiesen permitido, habrían aclamado a Manuel Márquez. Se limitaron a disfrutar en silencio el desafío del cubano, viendo que Wilson tardaba en recuperar el habla.

—*Señor* Sterling, nuestro querido presidente Teddy Roosevelt ya ha manifestado antes en Cuba su opinión sobre las intervenciones en suelo americano. Usted recuerda, ¿no? —la voz de Henry Lane era un estilete envenenado.

Manuel Márquez lo miró con rencor, enseguida adoptó un aire glacial:

—Su presidente venció a los españoles, *señor* Wilson. Le recuerdo que Cuba es hoy una nación libre. Pero estamos hablando de la seguridad en México.

—*Right! We talk about this hour!* —Wilson no se daba cuenta del idioma que empleaba, pero su siguiente frase fue en español—: Estamos de acuerdo entonces, señor Sterling: si algún ejército debe cuidar esta capital, no es el de Madero. Quizá tampoco deba ser el

hondureño, o el salvadoreño, sino la policía local, *don't you agree?*

El embajador cubano comprendió que el cambio de los soldados por la gendarmería garantizaba la acogida de la rebelión, pues los policías eran los mismos que había reclutado don Porfirio. Pero no podía amenazar a Wilson con el ofrecimiento hecho a Pedro Lascuráin, quien de todas maneras evadía aceptar. Al fin, Wilson obtuvo de cada asistente el apoyo pedido. Fue la última vez que los embajadores de América discutieron algo con Wilson sobre el gobierno revolucionario. Tras obsequiarles otra copa de güisqui, el díscolo embajador los acompañó a la puerta. No volvió a llamarlos ni cuando el usurpador de la presidencia le reclamó, semanas más tarde, asistencia diplomática a sus fiestas de Palacio Nacional.

En la Ciudadela, retirados los cadáveres de las fuerzas maderistas, el paso quedó libre para que las mejores familias de la capital enviaran a sus madres e hijas a repartir cigarros, pastelitos, dulces y chocolates entre los acuartelados. Algunas traviesas muchachas consiguieron botellas de licor. Sus alarmadas sirvientas, viéndolas empuñar las botellas, les preguntaban con voz entrecortada hasta dónde pretendían llegar en su atrevimiento. Las muchachas respondían:

—Son para esos pobrecitos cadetes amontonados en ese lugar tan feo, tan frío.

Llamadas por clérigos o por familiares de los mandos porfiristas, las damas de la alta sociedad fueron y vinieron sin sufrir la menor molestia por ese camino antes letal.



Antes de la primera luz de la mañana, Pancho Villa estaba en pie, listo para abrir su carnicería en El Paso. Librado del paredón, el coronel se sentía muy satisfecho de ver el sol cada mañana desde su huida de la Ciudad de México. En ocasiones acudía a su memoria el rostro de Victoriano Huerta; entonces su mano se crispaba en el mango del cuchillo si lo tenía empuñado, o su boca se llenaba de insultos para el beodo general que lo sentenció a muerte. Pasada la furia, Villa tornaba a observar los grandes cortes de carne a su alrededor, la más o menos limpia instalación de su expendio, su mostrador de recias placas surcadas por los tajos del filetero, los golpes del marro. Esa imagen daba paso a pensamientos agradables: la buena acogida de los güeros a su negocito, la tranquilidad un tanto fastidiosa del comercio ejercido sin revólver ni centinelas, la placidez de dólares contados a la vista de compradores y hasta de policías, a quienes en vez de balas les obsequiaba algún filete cada sábado, cuando estaba por cerrar el próspero establecimiento.

No fallaba el dueño de la carnicería en agradecer al señor Madero las remesas enviadas desde México; con ellas había comprado el local, los instrumentos, los muebles con todo el aparejo para la carne… Hasta le alcanzó para las primeras remesas de ganado antes de contar con recursos de su propia bolsa, con los cuales el expendio se mantenía boyante. De esa manera el sol asomaba frente a la carnicería, trazaba su lento arco por las horas de la mañana, ardía en las primeras capas de la tarde hasta enfriarse hacia la cinco, se ocultaba poco después de que el retirado bandolero echara llave a su comercio para irse a casa a valorar las buenas ventas. No era raro que en esas ocasiones le salieran aclamaciones a Madero:

—¡Mi presidente *don* Panchito Madero!



Lunes, 10 de febrero.

Ningún vendedor de diarios salió a perturbar el silencio viscoso de las primeras horas de la mañana, mientras las ambulancias de la Cruz Roja dejaban oír sus motores al ir y venir por heridos o cadáveres tirados en las calles. La comisión permanente del congreso federal, reunida desde la noche anterior, recibió el día con un edicto que concedió al presidente facultades extraordinarias en Hacienda y Guerra. Los propietarios de algunos edificios hicieron ondear en sus fachadas banderas extranjeras para intentar frenar ataques militares de uno u otro bando. Por las calles de Xochimilco y Tepepan apareció cerca del mediodía una fuerza de dos mil efectivos en cuyo frente iban, en el coche presidencial, Madero junto con el experto en artillería Felipe Ángeles. Primer presidente de un país en subirse a un avión, Madero traía consigo al estratega idóneo para derrotar a los mil quinientos rebeldes encerrados en la Ciudadela.

El ministro de Guerra, García Peña, a quien el Rémington Villar había rescatado de sus captores en el mismísimo Palacio Nacional, esperaba en el patio de la sede presidencial al contingente. Tieso y petulante como si nunca hubiera sido prisionero de sus cadetes, García miró con más preocupación que alivio destacarse, horas después, la confiada figura de Felipe Ángeles cabalgando junto al pequeño Madero. No le agradaba a García ese Ángeles, tan joven e inteligente, tan apegado a las reglas. Menos le agradó la cara de Madero sobre su montura. Junto al artillero, el presidente parecía por primera vez el jefe de la nación. García Peña, como casi todos sus compañeros del Colegio Militar, sentía vergüenza de estar a las órdenes de Madero, aunque el menudo hacendado *—¡Un chaparro, casi un zotaco!—* fuera el presidente ahora. Sólo soportaba su presencia porque esperaba que

en poco tiempo un general tomara el mando del país, como era necesario. Le dolía que el atrevido Reyes, a quien nada le valió el apoyo del pusilánime Sobrino del tío, hubiese fracasado en su golpe de Estado. Ahora Reyes estaba en un ataúd; el patético Díaz seguramente esperaba en algún escondrijo su vuelta a Lecumberri.

Felipe Ángeles echó una mirada de conmiseración al viejo ministro de Guerra, tan parecido a un soldadito de plomo, parado con rigidez en el patio de Palacio. Sin haberse habituado a mirar siempre a Porfirio Díaz en la silla presidencial, Ángeles simpatizaba con el hombrecito resuelto que había humillado a los ancianos uniformados como Ángel García Peña. El experto artillero, con su juventud, no dudaba que México necesitaba civiles en la presidencia, en vez de los generalitos de oropel que ahora estaban dando tantos problemas. Cuando descendió de su caballo, Ángeles sintió el deseo de aventarle las riendas a García Peña, como si el oficial fuese un caballerango, no un ministro. El viejo militar, notando esa idea en la mirada de su colega más joven, se puso aún más tieso.

Madero no dejó que esta escena, imperceptible para él, se prolongara. Llamó a su ministro a conferenciar en la oficina presidencial. Ángeles los siguió sin esperar indicaciones. Madero, al advertir que el joven artillero iba tras de él, lo invitó a caminar a su lado. García Peña se sacudió, incómodo, cuando el presidente pidió a su acompañante ingresar a la oficina.

—General García, conoce usted al general Ángeles. Le ruego otorgarle el nombramiento de comandante militar de Palacio —dijo Madero con entusiasmo.

—Señor presidente, usted mismo le dio ese cargo a don Victoriano Huerta —objetó con sorpresa el ministro.

—Ahora le pido que usted se haga cargo de la situación: releve a don Victoriano, dele el nombramiento a nuestro amigo —insistió el mandatario. Sus ojos se encendieron.

—Con el debido respeto, señor…, señor presidente, el escalafón militar marca el respeto al mérito; usted sabe quién es el general Huerta, sus servicios a la patria, no puedo relevarlo del mando: sería una falta al escalafón —en el apuro con que García Peña explicaba esto, Ángeles experimentó una secreta satisfacción. Se mantuvo impávido.

Madero hizo un gesto de fastidio, tomó al artillero por el hombro, dejando de hacer caso a García Peña.

—Amigo Ángeles, ustedes que son militares entienden mejor esas cosas del escalafón; yo creo en su competencia, pero si debemos respetar las formas, lo haremos. Ya habrá tiempo de organizarnos mejor cuando esta emergencia concluya —dijo con una sonrisa

cómplice a su joven subordinado.

Ángeles inclinó rápidamente la cabeza, luego sonrió. Se cuadró; enseguida, pidió permiso para irse a organizar su tropa. Madero y García Peña lo vieron alejarse.

—Entonces, Huerta sigue a cargo, general; encarézcale que no vuelva a sorprendernos el enemigo, ya no tenemos al buen Rémington para que nos saque del brete —expuso Madero con tranquilidad. García Peña, rojo, se cuadró antes de abandonar la oficina.

A esa hora, de Celaya y Teotihuacan salieron cuatro regimientos para sumarse al de Cuernavaca en la capital; más tropas avanzaron desde Querétaro. El objetivo era integrar una fuerza de seis mil hombres, lista por la tarde para marchar contra los mil quinientos rebeldes.

Esa mañana, sorteando los peligros de las calles, el embajador español Cólogan fue a conferenciar con Lane Wilson. En el despacho yanqui, el hispano suplicó a su colega abandonar la pasiva observación del conflicto.

—Debemos actuar. Intentemos concertar un acuerdo entre los dos bandos —propuso Cólogan.

—Me parece recomendable. ¿Cómo lo intentamos? —acep-tó con una sonrisa Wilson.

—Pedimos una tregua y vamos a visitar a Félix Díaz en la Ciudadela, le proponemos un pacto con Madero e intentamos detener esta carnicería —planteó el ibérico.

—*Excellent idea! Let's call the others* —repuso Wilson.

«The others» eran los embajadores de Inglaterra y Alemania. Desde la oficina de Wilson hicieron llamadas a la presidencia de la república anunciando que una comisión diplomática salía en ese momento a parlamentar con los rebeldes para enseguida reunirse con Madero en un intento humanitario por cesar la matanza. El automóvil de la embajada avanzó cautamente por las calles solitarias donde aparecían de trecho en trecho cadáveres amontonados. El hedor agredía las narices de los diplomáticos, pero no les impidió llegar a la Ciudadela e ingresar en ella como si fuesen a una oficina de gobierno.

Félix Díaz los recibió con grandilocuencia. Von Hintze y Cólogan, que habían apreciado las enérgicas maneras de don Porfirio, vieron ante ellos una caricatura del viejo dictador. Wilson, en cambio, se dirigió al sublevado como a un coloso para plantearle la conveniencia del acuerdo de paz.

—La seguridad de los extranjeros residentes en el país lo requiere —dijo el embajador—; mi gobierno espera que esto evite un costoso envío de tropas que garantice esa seguridad.

Díaz se deshizo en promesas de respeto para estadounidenses, alemanes, ingleses y españoles.

—Les anuncio —expuso el rebelde con fanfarronería—, que en breve me entrevistaré con el comandante militar de Madero, el general Victoriano Huerta, en busca del acuerdo que sus gobiernos solicitan.

La comitiva diplomática abandonó la Ciudadela para llevar la noticia a Madero. Una vez en la oficina presidencial, Wilson repitió las consideraciones que expuso a Díaz, ahora en tono perentorio.

—La seguridad de los extranjeros residentes en México exige el cese al fuego —varió el embajador—; mi gobierno está listo para actuar con sus tropas en pro de esa seguridad.

Madero escuchó al impertinente diplomático, intentó tranquilizarlo, pero ante la insistencia de Wilson en ofrecer invasiones militares, el presidente prefirió negarse a pactar con los amotinados en procura de negociaciones con William Taft.

—Les agradezco sus gestiones ante ese grupo tan nocivo, sus excelencias. El ejército mexicano ya está movilizado para resolver el incidente de la Ciudadela, de modo que en el transcurso del día podamos gozar de tranquilidad. Les agradezco infinitamente sus ofrecimientos de apoyo militar, pero les garantizo que no serán necesarios. El gobierno mexicano no negociará con los amotinados, ni necesita molestar al señor Taft con cuestiones de esos insurrectos.

—¿Llama usted «incidente» a una revolución? —destiló Wilson con la cara enrojecida.

—La revolución, míster Wilson, la hicimos y la sostenemos nosotros, el gobierno legítimo de México. Le repito que el incidente quedará atendido en el transcurso de este día. Dele usted las seguridades de esta medida a su estimable gobierno.

Wilson se despidió con frialdad del mandatario, mientras Cólogan abrazaba con turbación a Madero, deseándole la pronta victoria. En ese abrazo, el español puso toda la emoción que sentía al saberse culpable de conspirar contra el agobiado presidente. Von Hintze y Stronge, apenados por sus correspondientes conjuras, al retirarse le palmearon el brazo al antiguo hacendado de Coahuila.

Los legados casi no hablaron mientras recorrían el camino de vuelta a la calle. Al llegar a la puerta principal, Von Hintze, Stronge, inclusive Wilson, comentaron las señales que los disparos desde afuera habían dejado en el patio del recinto. Cólogan no dijo una palabra. En los muros del exterior los impactos eran innumerables. Von Hintze intentó contarlos, en vano. Ya en el automóvil que los llevó de vuelta a sus legaciones, Cólogan dejó salir los pensamientos en que se había reconcentrado tras su salida de Palacio Nacional:

—Me pregunto si hemos hecho bien en no advertirle a este hombre lo que pasa en realidad. Espero en verdad que logre resolver este lío. Sentiría mucho que este motín tenga un desenlace funesto.

—No entiendo la preocupación, su excelencia. Todo lo que hacemos, es por el bien de nuestras naciones… y claro, por el bien de los sufridos ciudadanos de esta república —adujo Wilson con enfado.

—Claro, mi estimado Wilson, pero ¿y si nos equivocamos? Si apoyamos al hombre incorrecto… —insistió Cólogan.

—Lo único incorrecto en este caso sería no ver por el interés de nuestras naciones. Aquí no se trata de incorrectos o correctos, sino de intereses. Lo que proteja nuestros intereses… quiero decir, los de nuestros gobiernos, no puede ser incorrecto —expuso Von Hintze con acento que traba de ser con-tundente.

—Desde luego, está el interés de cada nación, pero ¿y los intereses de los mexicanos? —atajó el español.

—Creo que los mexicanos no tienen intereses sino pasiones. Esos ojos oscuros que siempre están al acecho del asesinato no les dejan ver más allá de la mira de sus pistolas. Mientras en ellos domine la pasión en vez de la inteligencia, haremos mejor en cuidar los intereses de nuestros pueblos. Por ahora, tenemos que proteger a los mexicanos de sus pasiones —argumentó Stronge. Luego, el motor del automóvil mientras se alejaba fue todo lo que se escuchó en las desoladas calles.

Victoriano Huerta acudió al restaurante El Globo para *conferenciar* con Félix Díaz. Ante la mesa dispuesta para ellos solos en salón exclusivo, los dos se lamentaron de la muerte de Bernardo Reyes. Enseguida le mentaron la madre a Lauro del Villar por su eficaz contraataque. Después trataron el asunto principal: Díaz llevaba un plano de la fortaleza que lo cobijaba; le expuso a Huerta dónde podía el ejército federal descargar su artillería sin tocar a los sitiados. Repasaron la lista de la oficialidad fiel a Madero, contra la que sólo fingía serlo. Con ello pudieron disponer el envío de los leales en ataques suicidas contra la fortificación. Los simpatizantes del golpe, desde luego, fueron puestos en reserva. Huerta le confió a Díaz por último, que el general Aureliano Blanquet, jefe de tres mil soldados federales, aguardaba en Toluca órdenes favorables al movimiento. Por cierto, Blanquet encareció a Huerta manifestarle al querido Félix sus mejores deseos para que la salud del Sobrino se conservara robusta.

De la entrevista con Díaz, Huerta se dirigió a Palacio Nacional, donde convocó a consejo militar a su alto mando: Felipe Ángeles, Gustavo Mass, Eduardo Cauz, José María Delgado y Guillermo Rubio Navarrete. Dividido el ejército en cuatro columnas, se encargarían de atacar la Ciudadela: Ángeles, Mass, Delgado y Cauz, apoyados por los cañones de Rubio. Los generales se dispusieron a ejecutar el plan al

día siguiente con la confianza de que los mil quinientos del fuerte no podrían sostenerse frente a seis mil atacantes.



Los martes la carne iba saliendo a buen ritmo durante el día, hasta las dos de la tarde, hora de la comida. Entonces el trasiego de hígados, filetes, espinazos, trozos de lomo en cubos y tiras de vísceras empezaba a disminuir hasta casi detenerse al filo de las cuatro de la tarde, hora de comenzar la limpieza final de la jornada en previsión del ya cercano cierre. Villa vigilaba estas operaciones, cuyo mayor volumen encomendaba a sus dos ayudantes. Él despachaba también a los buenos clientes, dejando a los auxiliares el trato con los más modestos. Pero si de pronto algún anciano empobrecido, o alguna mujer morena de rebozo llegaba a regatear un trocito de retazo con hueso, algunas tripitas o unos cuantos huesitos «para un caldo por amor de Dios», entonces el severo dueño de la carnicería se llenaba la cara de sonrisas para despachar personalmente:

—Mi jefecito, jefecita, ¿no se le antoja un bistec bien jugoso? Hoy estamos de oferta, con sus retazos se lleva este filete pa' que su caldo tenga sustancia.

El cliente o la clienta se iban encantados con la milagrosa adquisición, mientras Villa le sonreía al sol menguante con sus dientes de lobo satisfecho, celebrando su nueva posición de dueño, recordando los tiempos en que junto con los abigeos de Ignacio Parra soltaba rollos de monedas en varias de las manos más humildes para hacerse amigo del pueblo. En esas ocasiones también recordaba los cientos de pesos enviados por Francisco I. Madero «al señor coronel don Francisco Villa, por los servicios prestados a la patria».



Martes, 11 de febrero.

A las 10:30 de la mañana los cañones federales dispararon un nutrido fuego contra la Ciudadela. Como Ángeles había hecho valer su experiencia de artillero, Huerta tuvo que proporcionarle cañones, pero en vez de obuses, al ingeniero militar le entregó metralla que se aplastaba contra los muros del reducto sin hacerle daño. Al jefe de artillería Rubio no le dio Huerta instrucciones precisas, sino disparar a discreción desde posiciones cuya línea de tiro no alcanzaba a tocar a los sitiados, causando en cambio enormes destrozos en viviendas de civiles. A Mass, Delgado y Cauz, cuya misión era atacar con caballería la fortaleza, la intensidad del cañoneo no los dejaba avanzar, pero

cuando al fin pudieron lanzarse al galope, las ametralladoras de los rebeldes los exterminaron. En la glorieta de Bucareli y Atenas, quedó hecho trizas el Reloj Chino, que había atestiguado el primer ataque. Francisco Urquizo, parte de la tropa que asedió la Ciudadela, comentó luego:

—Sólo siendo muy animal se podía creer que una fortaleza se toma montados a caballo o corriendo en un lugar barrido por ametralladoras.

Cuando Huerta pudo contar un buen número de muertos entre sus batallones, declaró inexpugnable la Ciudadela para ordenar enseguida el cese al fuego. Poco después, los asombrados centinelas que cerraban el paso por las calles próximas al depósito de armas recibieron la orden de permitir la entrega de víveres a los sitiados. A sus protestas les respondieron que el propio Victoriano Huerta permitía ese acceso por razones de humanidad.

Gustavo y Raúl Madero también escucharon esa noticia con asombro e indignación. Ante su hermano Francisco hicieron comparecer a centinelas que habían presenciado el incidente. En su oficina, Madero mandó llamar a su comandante para reclamarle el fallo de la acción, agravado por la introducción de provisiones.

—¿Por qué está apoyando al enemigo? —reclamó el presidente.

—Señor presidente, yo cumplo con la orden que me dio: controlar la situación. Creo que hay algún malentendido —re-puso Huerta con semblante serio.

Madero alzó ante los ojos del general un legajo con sellos. Luego le plantó otro ante la cara para decirle:

—Aquí tengo las declaraciones bajo juramento de los centinelas, con sellos, con rúbricas de los superiores. No creo posible malentender estos documentos —la voz de Madero era imperativa.

Entonces Huerta le expuso al presidente:

—Los rebeldes pueden salirse de la Ciudadela para extender el caos en otros rumbos. La entrega de víveres es un recurso para evitar esa expansión del motín. Allí recluidos los tengo a mi merced para acabarlos, mientras que dispersos por la ciudad serían muy peligrosos.

—Tengo al cuerpo diplomático ofreciéndome invadir Mé-xico para poner orden. Tengo a mil quinientos rebeldes haciéndome la guerra desde un fuerte. Usted tiene seis mil hombres con pertrechos suficientes. ¿Qué espera para acabar con esta sedición? ¿O debo ponerme de nuevo al mando del ejército para hacer su trabajo?

—Señor presidente, eso no será necesario —repuso Huerta con cuidadosa entonación—. Sólo necesito tiempo.

—Tiempo es lo que menos tenemos. Tenemos balas, tenemos

armas. Empléelas para cumplir con su deber. No me obligue a buscar a alguien que lo reemplace en la comandancia. Ahora, vaya a atender lo que urge —concluyó Madero.

Huerta se cuadró, chocó los talones y se dio la vuelta para abandonar la oficina presidencial.

Por la tarde el tiroteo entre sitiados y federales se reanudó hasta la noche. Bajo la oscuridad, ambos bandos se retiraron a atender a sus heridos, a descansar, a disponerse para la acometida de la siguiente mañana. Entre muertos y heridos, los leales a Madero contaron quinientas bajas. Adentro de la Ciudadela, nadie murió.



Los miércoles el trajín de la madrugada a la tarde era continuo, con El Paso ya bien adentrado en las faenas de la semana. Día de cambiante humor para todos, curiosamente al dueño de la carnicería Villa no le alteraba el ánimo. Los años pasados en el desierto huyendo, robando, huyendo, matando, huyendo, reponiéndose de heridas, golpes o enfermedades, lo habían habituado a mantenerse alerta todo el tiempo. Para Pancho Villa esos días eran como todos, con su misma carga de problemas con soluciones ridículas de tan fáciles, comparadas con las penalidades del páramo.

El propietario que antes de ser reo de muerte fue héroe y que antes todavía fue una vergüenza para su comarca, miraba este día tan apacible, tan tedioso como los otros. Para su propio asombro, en estos miércoles a veces se sorprendía añorando la sed, el hambre, la inmensa desolación de las arenas de Durango hasta Chihuahua y aún más allá.



Miércoles, 12 de febrero.

En cuanto salió el sol de esa mañana fría, un cañoneo intenso cayó sobre la cárcel de Belén. Los presos se amotinaron en procura de escaparse. Muchos cayeron muertos o heridos por la metralla, pero los que lograron fugarse se unieron casi todos al ejército rebelde cuyo ataque inutilizó el presidio. Otros evadidos no tuvieron tanta suerte, los capturaron para sumirlos en Lecumberri.

Pese a todas las reglas de estrategia, Huerta insistió en tomar la Ciudadela con cargas de infantería o de caballería. Al morir a montones, los rurales parecían confirmar una increíble eficacia táctica de los sublevados. Huerta se disculpaba ante Madero por la falta de recursos para concluir el sitio. Aunque toleraba mal las reprimendas

del mandatario, con cara de coyote acorralado, de dientes para dentro se reía porque tantos muertos hacían aparecer a Madero como un inepto.



El amanecer del jueves, como el del día previo, como el del siguiente, hallaba a Pancho Villa completamente despierto, listo para tasajear lomos, piernas, pectorales, panzas de las reses que colgaban en su expendio. Villa tomaba el cuchillo largo, afiladísimo; él mismo se encargaba de adelgazarlo en una piedra adquirida allí en El Paso, porque las leznas no le bastaban. Él quería un filo capaz de partir piedras, cuyo deslizamiento entre la carne fuese veloz, por si algún hueso se atravesaba, partirlo aprovechando el impulso que la hoja llevaba desde el principio del corte. Para la osamenta gruesa estaba la sierra, tan eficaz en las manos del pistolero; no en balde la había usado antes en barrotes, en rieles, en planchas de hierro, en cualquier otra materia tenaz que resguardara caudales o algún objeto valioso. También había usado la sierra para cortar cadenas o grilletes, cuando la fuga lo exigía.

Sobre esto, recordaba una noche lluviosa, llena de truenos estremecedores, cuando Ignacio Parra le contó algo sobre cortes con sierra: el forajido tuvo que emplearla en la muñeca de un compañero de escapatoria, pues iban a carrera tendida encadenados el uno al otro, pero al de al lado lo alcanzó una bala en la pierna, otra en el pecho, de modo que ya estaba por quedarse tieso. Sin esperar a verlo difunto, el bandolero ileso tomó la sierra cuyo uso preveía en la cadena, sujetó la mano del agonizante, después de noquearlo. Sin detenerse, sin pensar, cortó, cortó, cortó. En minutos estaba libre, bañado en sangre del moribundo ya despierto de nuevo.

—Ni modo, compadre —contó Parra que le dijo al compinche, echando a correr para alejarse de sus alaridos.

Toda la noche, después de escuchar esta historia, Villa tuvo en las orejas los gritos nunca atendidos de aquel infeliz. Pero hoy era jueves; los únicos huesos a serrar estaban inertes. Pancho Villa dormiría tranquilo esta noche.



Jueves, 13 de febrero.

La artillería de los amotinados, aunque poderosa, no había dado muestras de mayor eficacia hasta que esa mañana lanzó un obús bien enfilado a reventar la Puerta Mariana del Palacio Nacional. El impacto

dejó despedazado al comandante de la guardia, además de a seis centinelas. Después, las calles de Victoria, Morelos y Doctor Vértiz se llenaron con el estallido de tiros que hacían los de la Ciudadela en una salida desesperada. Llegaron hasta la iglesia del Campo Florido para apoderarse de su torre, donde colocaron francotiradores. Con grandes trabajos, a costa de varios muertos, los leales al fin los desalojaron del templo.

Madero padeció en la presidencia sendas quejas de los embajadores Wilson y Von Hintze porque granadas de esos combates reventaron en el club americano y en el club alemán. Wilson arreció el asedio a su presidente Taft con informes histéricos sobre la ineptitud de Madero para restablecer la paz. El embajador recomendaba el envío de tropas de su país a México. Mientras multiplicaba estos mensajes malévolos, al embajador le anunciaron la visita de Enrique Cepeda, su contacto con Huerta. Arregló mediante el enviado entrevistarse con Félix Díaz y con el fingido maderista para determinar cuanto debían hacer *los tres* hasta conseguir la dimisión del presidente.

Ni Madero ni sus partidarios sospechaban estos manejos. En esa coyuntura recibieron con satisfacción un cargamento de Veracruz con dos millones de cartuchos para rifles y cañones. Ahora sí, tenían para contestarles a los de la Ciudadela.



Los viernes a partir de las tres de la tarde estaba ya el expendio sosegado, los clientes todos en sus hogares dedicados a comer en ese día intenso, en tanto los carniceros recogían carcasas, osamentas, residuos diversos, con miras a despacharlos cuanto antes a la siguiente mañana. Villa colaboraba, calmoso, a resguardar la mercancía mientras paladeaba desde ese momento el caldo sustancioso, los filetes plenos de jugo, los tacos rezumantes dispuestos en su casa, de modo que a las cinco, apenas llegar, el dueño de las carnes pudiese masticar viandas a su antojo. Ese ritual admitía asimismo un par o tres jarras de agua fresca, pues Villa no bebía alcohol. Extrañamente, como su vida de privaciones no había admitido en mucho tiempo las tentaciones de la cerveza, del sotol, del tequila o siquiera del pulque, el feroz aventurero prescindía de los alcoholes tan comunes en otros de su calaña. Por no ofender, Villa se tomaría un tequila o una cerveza de puro compromiso, pero no había que insistirle en los brindis. Algún fulano le había neceado en hacerlo beber coñac alguna vez, aunque el convidado se negaba.

—Tómese una, mi Pancho —remachaba el impertinente.

—No, amiguito, así está bien —insistía el pistolero.

Después de tomarse tres refinos, el bebedor sintió un velo rojo ante las pupilas. Cuando el necio le ofreció un vaso más, el forzado sacó la pistola para reventar el vaso de un tiro, llevándole un par de dedos al dadivoso.

—¡Ya le dije que así está bien! —reclamó el tirador.

Apretándose la sangrante mano, el obstinado se fue a curar, sobrio de repente. Luego de esa proclama de abstinencia, no cualquiera se acomedía a ofrecerle a Villa un trago.



Viernes, 14 de febrero.

Nunca antes tantos generales hicieron tan poco para conquistar un reducto como la cúpula militar de Madero, cuando sus jefes se trasladaron casi en pleno hasta los alrededores de la Ciudadela, donde continuaba el asedio. El comandante militar de la plaza, Victoriano Huerta, debatía interminablemente con los generales José Delgado, Gustavo Mass, Felipe Ángeles, Aureliano Blanquet, Francisco Romero, Eduardo Cauz, Guillermo Rubio y Joaquín Beltrán. En eso estaban cuando les anunciaron que tropas de Oaxaca llegaban a sumarse a la lucha. Huerta, bebiendo coñac cerca de las maniobras, esperaba a esas fuerzas más que nadie. Las envió enseguida al combate, con el resultado de que dos compañías oaxaqueñas se pasaron a los rebeldes. Huerta se justificó ante Madero:

—Eso pasa por falta de fusiles y de tropa.

—¡Tiene usted seis mil hombres contra mil quinientos, más dos millones de balas! —le recriminó Madero.

—No bastan, señor presidente —respondió Huerta bajando la cabeza, cubriéndose el morro. Con ese gesto ocultaba una risita sardónica, además de su aliento alcohólico.

Al crecer los rumores de una intervención estadounidense, Madero despachó un telegrama al presidente William H. Taft para pedirle evitar cualquier traslado de *marines* a Veracruz. Taft contestó con otro cable: su país no enviaría ejército alguno a México. Madero estaba seguro de que la asonada iba a fracasar con los rebeldes copados en la Ciudadela, ignorando que Huerta los mantenía allí a propósito para resguardarlos de un combate frontal con las superiores fuerzas federales. Los soldados leales a la presidencia siguieron cumpliendo órdenes cuyo fruto era su reiterada aniquilación por la metralla del fuerte. Wilson transmitía a su gobierno: «El número de muertos en las calles aumenta sin que Madero sea capaz de contener la sublevación». En efecto, el fuego de artillería estorbaba la tarea de trasladar a los

muertos al panteón. La descomposición de los cadáveres estaba convirtiendo esas zonas en focos de contagio.



Los sábados en El Paso eran días de intenso ajetreo seguidos por tardes fiesteras, náufragas en noches de inexorable exceso. En su carnicería, Villa vigilaba el sol para ordenar a sus empleados, a las cuatro, el cierre del negocio. A esa hora, el antiguo bandolero se retiraba a su casa a echar cuentas. Una vez discernidas pérdidas contra ganancias, Villa asentaba las cifras en un laborioso cuaderno escolar cuyo cajón mantenía bajo llave, la cual sin falta insertaba en sus bolsillos (en el derecho, de preferencia). Ajustadas sus cuentas, Villa se vestía con un buen atuendo para salir a cabalgar por los alrededores de El Paso. Durante algunas horas rondaba por las soledades desérticas, paladeando el sabor del viento cuyo ardor iba amainando al ponerse el sol. De buena gana hubiese seguido cabalgando hasta volver a México, pero lo detenía siempre el regusto del filete saboreado horas antes en su mesa. A cuenta de qué echar al desierto la buena vida de propietario, si en la revolución de su país lo habían hecho a un lado por un envidioso ebrio.



Sábado, 15 de febrero.

El general Aureliano Blanquet tenía su base en Toluca, donde combatió al zapatismo al frente del vigésimo noveno batallón. Huerta lo había mandado apersonarse a la capital sin consultar a Madero, así que Blanquet mantenía sus tropas a la espera en los llanos de Tlaxpana, con la certeza de conquistar su objetivo sin un tiro.

Wilson continuaba su labor de zapa con los cuerpos diplomáticos y con quien sufriera escucharlo. Promovía al Sobrino del tío como nuevo presidente mientras declaraba a Madero torvo, incapaz, lamentable:

—Tiene a un gran general como Huerta pero ni así consigue pacificar la ciudad —ladraba el embajador.

Pedro Lascuráin, ministro de Relaciones Exteriores, había prestado atentos oídos a las amenazas mezcladas con difamaciones del estadounidense. Sin tardanza, transmitió esos conceptos a veinticuatro senadores añorantes del porfirismo, quienes en grupo se dirigieron a Palacio Nacional a plantearle al presidente su dimisión. En su oficina, Madero escuchó quejas, temores, hasta delirios de los aristócratas, con creciente enfado. Les hizo leer el telegrama de Taft, garante de la no

intervención estadounidense, para subrayar que seis mil efectivos del ejército tenían sitiados a los mil quinientos amotinados.

—Es cosa de dos días —les garantizó—, la pacificación de la ciudad. Pero no me extraña que vengan a pedirle su renuncia, al presidente elegido por el pueblo, los diputados que don Porfirio impuso en la Cámara —los increpó a modo de despedida.

En otra oficina de Palacio Nacional, Victoriano Huerta convocó a Aureliano Blanquet. Aprovechando la confusión, Huerta designó al comandante de las tropas de Toluca jefe militar del edificio donde se resguardaba el presidente con sus leales. Huerta se abstuvo de precisar a alguno de ellos el papel que Blanquet desempeñaba desde ese día.

Después de que el presidente desalojara a los senadores medrosos con el consejo de mantener su fe en la república, fue atacada la casa de la familia Madero en la esquina de las calles Berlín y Liverpool de la colonia Juárez. El ataque debió de ser planeado por uno o varios cobardes, pues la zona estaba muy lejos de los disturbios.

La hoguera en que se convirtió la casa de la familia presidencial no fue la única iluminando las sombras esa noche. En la zona de combate, al ser imposible trasladar los cadáveres amontonados frente a la Ciudadela, les prendieron fuego. El olor a carne chamuscada hostigó a los sitiados, pero los sitiadores mismos no se libraron de ese dulzón, sofocante recordatorio de la muerte. En otras esquinas, la basura reunida durante los días de combate también se abrasaba en hogueras. Finalmente, los vivacs de federales y rebeldes congregaron en torno a sus fogatas no sólo a soldados, sino a civiles que acudieron a apoyarlos. La ciudad relumbraba en confusión de hogueras.



Toda la semana trabajaba el carnicero Pancho Villa. Los domingos se levantaba antes de amanecer, como de costumbre, para aprovechar el medio día de ventas. Era un día particularmente alegre para él por el relajamiento de los compradores, amansados luego del servicio religioso dominical, la confianza de mu-chos en el descanso que les esperaba, o la resignación de otros por la jornada casi idéntica al resto de la semana. Para el carnicero, era un aliciente más la brevedad de su propio turno. A los compradores incesantes tras el mostrador les hablaba con jovialidad, encomiando sus cortes, la calidad de las reses que venían a colgar de sus ganchos, la sabrosura de los lomos, el jugo de los pectorales, la firme abundancia de las piernas, inclusive la excelencia de las tripas, mucho mejores en esta carnicería que en las demás, aseguraba. Al fin, hacia las dos de la tarde, la venta estaba concluida.

Pancho Villa no esperaba más para ponerle candado a la puerta,

subirse a su penco e irse al trote a la casa. La comida ya lo esperaba, humeante, sobre la mesa sencilla mas copiosa en carnes, en tortillas, en agua de frutas. Al terminar de comer, Villa revisaba sus cuentas. Luego salía a tumbarse en un equipal, fumando un cigarro de hoja en tanto escrutaba la lejanía donde lo esperaban Chihuahua, Durango, el desierto tantas veces recorrido que ahora lo mantenía a raya. Cuando ya no podía más con la nostalgia, montaba en su caballo de un salto, lo picaba con sus talones e iniciaba una larga cabalgata desierto adentro, con la tentación de México a duras penas rechazada luego de un par de horas de trote intenso. Mientras el sol declinaba a lo lejos, ya casi hundido en las arenas, en su casa veían al jinete regresar al paso, como si no quisiera volver a ese hogar perteneciente a algún gringo, no al mexicano Pancho Villa, vencedor y vencido de la revolución.



Domingo, 16 de febrero.

Federales y rebeldes pactaron desde las dos de la madrugada un cese al fuego durante veinticuatro horas. Al declararse la tregua, los civiles que estaban atrapados entre los dos bandos combatientes juntaron todo lo que pudieron de sus pertenencias para salir huyendo, a pie o en carretas. Por las calles se veía también a otros civiles portando banderas blancas para poder llegar hasta sus difuntos, a fin de llevárselos antes de que los quemaran ahí donde estaban tirados. El ejército leal a Madero recogía asimismo cadáveres de las distintas vías, que fueron a concentrar en la calle de Balbuena, donde incineraron decenas de cuerpos con el propósito de impedir alguna epidemia. En las calles de Balderas y Humboldt había otras decenas de cadáveres no identificados que, por mano de las brigadas de sanidad, ardieron donde los sorprendió la muerte.

No faltaron en las calles aledañas a la Ciudadela enviados de los ricos locales transportando hasta la fortaleza alimentos con otras diversas provisiones. Si los rebeldes esperaban la visita de las muchachas de sociedad que solían aparecer retratadas en los periódicos con el título de «gentiles damitas» (quienes habían acudido en el primer momento del sitio), se quedaron decepcionados. En esas horas de la mañana salieron algunos soldados de la fortaleza con la misión de emplazar ametralladoras en las cercanías. Este despliegue fue reforzado por el cañoneo al Palacio Nacional, previsto para soltarse al día siguiente, le explicó Manuel Mondragón a un Félix Díaz que a duras penas podía aguantarse las ganas de ser llamado presidente. Pese a la creciente certeza de su victoria, sus compañeros

de conjura lo seguían llamando general Díaz.

—Sólo general —lamentaba el Sobrino, cuyo ferviente de-seo de ser nominado presidente no se atrevía a manifestar ni a sus más dóciles ordenanzas.

Sin esperar a cumplir el plazo del armisticio, a las dos de la tarde los amotinados reanudaron el fuego de cañones. Un obús alcanzó la torre de la sexta demarcación de policía, cuya estructura se vino abajo. El estrépito de los ladrillos derribados, la polvareda de la argamasa reventada, se unió al humo de las vigas cuyo incendio comenzó a alimentarse con la parte no demolida del edificio. A ese nuevo escenario de devastación se aproximó un periodista estadounidense que había reseñado las atrocidades del porfirismo en un libro, *México bárbaro,* título que el autor detestaba pero que dejó muy satisfecho a su editor, Charles Kerr, quien publicó en menos de un año tres ediciones del volumen en inglés. El reportero perpetuaba con una cámara fotográfica el horror de la asonada cuando lo detuvo una patrulla rebelde. Temiendo que los defensores del porfirismo lo pasaran por las armas, John Kenneth Turner ocultó su nombre a sus captores para ser recluido como sospechoso de espionaje bajo un nombre falso, si bien Félix Díaz, con su talante pro yanqui, al enterarse de contar con un gringo entre sus prisioneros, ordenó tratarlo con el mayor comedimiento.

Frente a este panorama caótico, Madero reclamaba a su comandante militar ya no sólo su incapacidad de someter a los rebeldes, sino la violación que éstos cometieron al atacar antes de concluir la tregua pactada. Huerta nuevamente presentó excusa tras excusa:

—Todo es parte de mi estrategia —aseguró, pero no pudo evitar que le llovieran acusaciones de colaboración con el enemigo.

El asistente de Madero, coronel Rubén Morales, se quejó de Huerta:

—Impidió un ataque nocturno contra los sitiados que me esmeré en planear — gimió Morales al primer mandatario.

Juan Sánchez Azcona, secretario particular del presidente, denunció haber sorprendido a Huerta en reunión con dos connotados simpatizantes de la revuelta: los ingenieros Alberto García Granados y Enrique Cepeda. García Granados era tan feroz enemigo del maderismo como de los zapatistas. Había sido secretario de Gobernación en la efímera presidencia de Francisco León de la Barra; casi todo su tiempo en ese cargo lo dedicó a inútiles intentos de acabar con Zapata. El ingeniero no dudaba en recomendar a quien quisiera escucharlo:

—La bala que mate a Madero salvará a la república.

Enrique Cepeda se sumaba a borracheras con Huerta desde que lo había conocido en sus tiempos de profesor. Ambos compartían una afición a la crueldad que estaba por evidenciarse en los meses venideros mediante inauditas faenas de salvajismo. Por ahora, Cepeda destacaba sólo por su alcoholismo.

Por si la conjura de Huerta con estos personajes fuese poco, otro amigo de Madero, Alberto J. Pani, presentó al mandatario un informe para prevenirlo sobre posibles tratos del comandante de los federales con los sitiados. Pese a todas estas denuncias, Francisco I. Madero irritó a sus seguidores manteniendo a Huerta como su segundo en el alto mando.



Ese lunes Villa andaba distraído seleccionando unas reses para el diario tasajeo cuando llegó a visitarlo Carlitos Jáuregui con un periódico en la mano. Villa, poco habituado a leer tras su aprendizaje en el penal, intuyó en esos papeles sucesos que le concernían.

—Coronel —dijo el amigo de fuga—, oiga lo que dice el diario: «Las tropas federales no pueden desalojar a los rebeldes del general Díaz. Madero, indefenso para comandar un ejército fuerte».

—A ver, amiguito, deme acá ese papel —dijo Villa sacando el periódico de las manos de Jáuregui, para quedarse mirando las fotografías adjuntas a la noticia.

De entre las palabras en inglés sólo distinguía dos: Díaz y Madero. El tamaño de los titulares le indicaba que algo importante, quizá grave, relataba el diario. Le devolvió a Jáuregui el impreso para urgirle:

—Carlitos, cuénteme lo que dice allí.

Su amigo de la última cárcel comenzó a traducir la noticia; en tanto le descifraban los sucesos lejanos, a Villa el semblante se le descompuso. Al principio pensó que Porfirio Díaz regresaba a pelear por su silla perdida, pero al oír el nombre del Sobrino del tío su gesto fue de vilipendio, aunque no se tranquilizó. Jáuregui iba relatando las batallas inútiles frente a la Ciudadela, las cargas de caballería destrozadas, los ataques de infantería desperdiciados, la muerte de muchos civiles. La nota parecía redactada por Henry Lane Wilson, cuya existencia no sospechaban Villa ni Jáuregui; a no dudarlo, la publicación estadounidense reproducía algún informe del embajador. Eso no podían saberlo Villa ni Jáuregui, pero se lo maliciaron por otras notas sobre México leídas durante su destierro en El Paso. Jáuregui terminó de traducir para un Villa airado, cuyo gesto de resolución fue sustituido por uno de impotencia cuando le dijo al

confidente:

—Mi amigo el presidente, en apuros, y yo de pendejo, me-tido tras de un mostrador.



Lunes, 17 de febrero.

Por la mañana le llegó a Madero, en Palacio Nacional, un cable de William Taft. Los buques de guerra estadounidenses llegados al puerto de Veracruz el día anterior, le informaba, anclaron allí «sólo por precaución natural», sin orden alguna para desembarcar tropas. El presidente extranjero indicaba asimismo estar enterado de los sucesos en la Ciudad de México gracias a los informes de su embajador, Wilson. Madero se ensombreció, pero con el cable en la bolsa se propuso aquietar los rumores en aumento de que los gringos iban a invadir la nación. Poco más tarde, a la presidencia de la República llegó otra novedad alarmante: corría la versión de una propuesta del ministro de Relaciones Exteriores, los senadores porfiristas y el cuerpo diplomático encabezado por Henry Lane Wilson para entregarle a Victoriano Huerta la gubernatura general de México. Ese paso era el establecido en la constitución como precedente a la desaparición de poderes en la capital. Madero convocó al militar para pedirle cuentas por esta nueva denuncia. Con toda calma, Huerta le dijo:

—Estoy enterado de cuanto ofrecen esos señores, que se hincan si ven un chubasco. Pero créame, señor presidente, no me interesa aceptar esas cargas. En este momento estamos concentrados en la democracia.

El embajador Wilson fue recibido con honores por los rebeldes cuando ingresó una vez más a la Ciudadela. Llevaba instrucciones frescas de Huerta para facilitar los siguientes movimientos tácticos de Félix Díaz, apoyado en Manuel Mondragón. El complot estaba por redondearse para que Madero fuese depuesto.

—Señor presidente —le dijo Wilson a un Díaz radiante—, sus hombres en Palacio le mandan saludos junto con seguridades de victoria. Consideran que el viernes a más tardar podrá usted ocupar las oficinas presidenciales. Sus oficinas, *I mean*.

El Sobrino del tío, hinchado de vanidad, abrazó a Wilson. En ese momento recordó un pendiente:

—Por cierto, señor embajador, aquí tenemos en resguardo a un ciudadano de su país. Si me hace el favor, quisiera que lo entrevistara. Es un hombre muy reservado.

Wilson hizo un ademán como si fuera el emperador del mundo

antes de acomodarse en su asiento en espera del detenido. Cuando lo dejaron a solas con John Kenneth Turner, Wilson miró con curiosidad al atrevido autor que estaba en manos de sus enemigos.

—Yo conozco su libro, míster Turner; no lo he leído pero sé que hace usted en él acusaciones graves a esta nación —advir-tió con acento severo.

—Fui testigo de todo lo que narro, no me lo contaron —se defendió el periodista.

—Los testigos, míster Turner, se presentan en la Corte, no en papeles sin validez legal. Pero eso es cosa pasada. Yo le recomiendo, le encarezco se dé a conocer a estos caballeros. Seguramente apreciarán contar con un testigo de que el líder de este movimiento es el salvador de México. Identifíquese ante estos señores. Veré que le dispensen buen trato.

—Gracias, embajador. Temo lo que pueda suceder, pero si usted habla por mí, basta para que me sienta seguro. No sé cómo podré agradecerle.

—Guarde sus agradecimientos. Mejor evite escribir cosas que nos metan en problemas.

Al dejar al preso, Wilson fue a celebrar con Díaz y sus oficiales. No se emborrachó con ellos como hubiesen querido porque había que afinar los últimos detalles del cuartelazo. Antes de marcharse, el embajador recordó a su compatriota prisionero:

—Ah, por cierto, el reo de mi país tiene algo que decirles. Escúchenlo, por favor; luego dispongan de él a su conveniencia. Mi gobierno respaldará su decisión.

Díaz estaba por decir «libérenlo, denle mil pesos», pero las palabras del embajador le intrigaron. Al marcharse Wilson, Díaz le pidió a Mondragón acompañarlo a interrogar al gringo. Turner, confiado en su paisano, no sólo se presentó como periodista sino resumió brevemente, con frases muy cuidadosas, el contenido de *México bárbaro*. Díaz miró al escritor con desprecio, si bien dudaba qué decisión tomar. Mondragón, en cambio, resolvió con un grito:

—¡Este hijo de puta se va al paredón!

Turner se quedó helado. No sintió cuando lo devolvieron a su calabozo.

En Palacio Nacional, con su plan para traicionar a Madero marchando sin complicaciones, Huerta descuidó tanto sus artimañas que fue descubierto por Gustavo Madero y Jesús Urueta mientras pasaba informes a los sitiados. El hermano del mandatario sacó su pistola para empujar al comandante, encañonándolo, hasta la oficina presidencial.

—Este hijo de la chingada nos está vendiendo con Díaz —acu-só Gustavo.

—Señor presidente, le ruego modere a su hermano —la voz del general era una navaja helada.

—Que te diga qué tratos está haciendo con los sublevados —Gustavo no dejaba de agitar el cañón de su pistola en la cara de Victoriano Huerta.

El presidente, repuesto del pasmo, trató de evitar que su hermano le disparase al comandante militar:

—Gustavo, baja esa pistola, ¿me oyes? ¡Bájala enseguida! General, ¿qué significa esto?, ¿qué anda usted haciendo?

—Ya le he explicado, señor presidente: todos estos acercamientos y favores a los rebeldes son mi estrategia para agarrarlos confiados. Pero si su familia o sus amigos creen que pueden llevar una campaña mejor que un general de carrera, le pido de manera formal que me releve de la encomienda para que se me investigue. Con todo respeto, indíqueme en qué celda debo aguardar —Huerta se expresaba como si hubiesen insultado a Dios, a la patria, a su madre.

—Lo que debes hacer es mandar que cuelguen de un poste a este perro —exclamó Gustavo, con gran indignación ante la sangre espesa del porfirista.

—Gustavo, te suplico que te moderes. Soy el presidente de la república, estás hablando de mi comandante militar. Y usted, general, ya era tiempo de que hubiese terminado con esta revolución de pacotilla. ¿Con qué cara le digo a la gente que meteremos en cintura a estos rebeldes si usted se la pasa platicando con ellos? Deme una fecha, que sea definitiva.

—Señor presidente, le juro que soy inocente de estas acusaciones —Huerta decía esto enrojecido de furia ante la mirada severa de ambos Madero—. Pero atiendo a su reclamo. Me comprometo a que los rebeldes dejen de serlo en veinticuatro horas. Si no es así, renuncio para ponerme a su disposición.

—Para bien de todos, general, espero que haga lo que ofrece —ordenó el presidente.

—No le vas a dar más tiempo para que conspire… —co-menzó a decir Gustavo.

—Asunto concluido, Gustavo. General, en nombre de mi familia le pido comprender la tensión que nos causa este ataque. Le repito que espero resultados en el plazo ya dicho. Ahora, por favor, dense la mano. No empeoren nuestra emergencia con sus pleitos. Les suplico que mañana se reúnan a comer para solventar con calma estos malentendidos. Dense la mano, se los ruego.

Huerta extendió su mano hecha a golpear antes que a conciliar. Gustavo Madero lo miró con dureza por unos segundos antes de corresponderle. En el tiempo que sostuvo su diestra en el vacío, los labios apretados de Huerta, que formaban una línea recta, se fueron torciendo ante el desaire. Luego del leve apretón de manos, el militar se volvió hacia Francisco Madero para reiterarle:

—Señor presidente, prometo a usted que mañana todo ha-brá terminado.

Madero sólo inclinó la cabeza un par de veces; enseguida dio el permiso de retiro al general. Al quedar a solas con su hermano Gustavo, Francisco le pasó la mano por el hombro derecho para conducirlo hacia la biblioteca del palacio.

—Sé que todos ustedes desconfían de Huerta, pero este hombre pudo haberse aliado con Orozco. No lo hizo. Así que ayúdame con él. Invítalo a comer mañana, donde gustes.

—Sólo porque insistes. Yo lo fusilaría sin vacilar. Pero el presidente eres tú.

—Sí, el presidente soy yo —en la voz del mandatario no había el menor orgullo ni satisfacción, sólo el timbre de alguien que, exhausto, no puede librarse de una interminable tarea devastadora.

—¿El Gambrinus le acomodará? —dijo Gustavo con aire de vendedor que desea ganarse un cliente.

—Si tú pagas la cuenta, sí.

El descaro de Francisco hizo reír a su hermano. En los la-bios del presidente se esbozó una sonrisa ante la docilidad de Gustavo luego de su arrebato.

No fue la última denuncia contra Huerta llevada ante Madero ese día. Por la noche, Madero se sintió intrigado cuando un descontento conocido suyo, Alfredo Robles Domínguez, le solicitó una entrevista privada urgente. El visitante, a solas con Madero en la oficina presidencial, expuso:

—Todos saben cuánto nos hemos distanciado. No niego que, cuando me dicen maderista, escupo al suelo. No niego que a quien desee escucharme le he dicho que eres nocivo para nuestro país, un peligro para la república. Creo que por eso me han invitado a unirme a los rebeldes. Eso quizá no tenga relevancia: hay tanta gente que te desea el mal… Yo mismo, lo sabes, he pedido que en cuanto te depongan me llamen para celebrar. Lamento decirte cuánto me has decepcionado, Francisco. La-mento que en esta guerra no podamos combatir juntos. Pero te tengo afecto; nunca haré nada que te dañe. Eso no lo diré ante nadie más. Quizá porque nunca he reconocido ese apego que te guardo, hace poco se me acercaron los que te están combatiendo para preguntarme qué haría en caso de tu muerte. No

quise responder, no podía hacerlo. Sin tu presencia, no concibo a México. Los que me interrogaron tomaron mi silencio por pusilanimidad, así que, para animarme, me aseguraron que el propio comandante militar presidencial es uno de los conjurados. Vine a confiarte eso en recuerdo de la antigua amistad.

El presidente escuchó en silencio esta revelación. Se dijo que para mañana a las cinco de la tarde Huerta sería, o bien un héroe, o un preso más.

—Queridísimo Alfredo, te quedo en deuda para toda la vida. Realmente a los amigos se les conoce en la necesidad. Ni yo sabía cuánto necesito a un amigo como tú en esta hora. La información que me das me permitirá poner fin a esta traición. Te agradezco, te agradezco… —el mandatario se expandió largamente en agradecimientos. Al fin, se despidió de Robles Domínguez con un abrazo mientras le decía—: Me reuniré de nuevo contigo en cuanto la emergencia pase, no lo dudes.

A Madero, viendo alejarse a su inesperado benefactor, le consoló comprobar que, pese a los muchos promotores de su ruina, aún había hombres dispuestos a elegir la causa justa.

Afuera, en las calles solitarias, se acumulaban las huellas del desastre: cuerpos incinerados, incendios en curso o extinguiéndose, escombros desparramados, manchones en el piso cuya procedencia era mejor ignorar.



El martes, ya enterado de la sublevación, Pancho Villa no podía mantenerse tranquilo en su carnicería a pesar de las señales de prosperidad multiplicada entre las reses listas para el tasajeo. Los clientes llegaban en mayor número, aparentemente como si la borrascosa contienda en la lejana capital de México moviese un secreto ímpetu en los estómagos tanto de gringos como de inmigrados, impulsándolos a desear la carne más que antes, a devorar los filetes que escaseaban para los hambrientos en la Ciudad de México entre los estallidos de cañones, ametralladoras y fusiles mezclados en la batalla interminable contra la Ciudadela.

Villa terminó la venta por la tarde completamente agotado, sin saber bien cuál de las tareas le había robado sus fuerzas. Al montar su caballo para ir a casa, con el viento agradablemente fustigador, se sintió de súbito reanimado, con todo su cuerpo recordando el vértigo, la energía de las cargas contra el enemigo. La batalla… ¿Sería que su cuerpo estaba pidiendo meterse de nuevo en aquellas cabalgatas cuyo fin más probable implicaba la muerte?



Martes, 18 de febrero.

El día pasaba, rutinario, entre lejanos estallidos, o ecos de tiroteos. Después de la comida Madero reunió a su gabinete político para esperar el parte de Victoriano Huerta. Si bien ya no confiaba en que el jalisciense iba a presentarse de un momento a otro con el anuncio de que el Sobrino del tío estaba ya en el calabozo, ahora tenía un plan para responder a cualquier engañoso pretexto. En un saloncito contiguo al salón de acuerdos, hacia las tres de la tarde, Madero les planteaba a sus colaboradores José María Pino Suárez, Juan Sánchez Azcona, Jesús Urueta, el ingeniero Marcos Hernández y los capitanes Gustavo Garmendia y Federico Montes:

—Esta vez, ni el papa en persona me podrá convencer de que no pase por las armas a Díaz.

Los reunidos aplaudieron la decisión. Comenzaron a celebrar por anticipado la ejecución del sedicente. De manera inesperada interrumpió el conciliábulo un oficial que saludó cuadrándose, chocando los talones:

—Teniente coronel Teodoro Jiménez Riveroll reportándose en servicio, señor presidente. Me encarga mi general Blanquet informarle que llegó de Oaxaca el general Rivera a sumarse a los sediciosos. Mi general me indica comunicarle que es preciso que usted levante el espíritu a la tropa saliendo a arengarlos. Aquí viene la escolta para conducirlo.

Madero reaccionó con la desconfianza justificada que hasta entonces había evitado demostrarles a los militares. Los integrantes del gabinete también se sacudieron en protesta.

—Esto es altamente irregular —se quejó el mandatario—. ¿Por qué el general Blanquet no viene en persona a informarme? Teniente, vaya usted por el general, tráigalo a este salón, se lo ordeno. Rivera es leal, estoy seguro. No creo lo que me dice.

Quizás a Jiménez Riveroll le habían jurado que Madero era idiota y lo seguiría sin chistar. Ante su aplomo, el oficial se quedó mirándolo con desconcierto. Al introducirse un piquete de soldados del 29º. Batallón de Infantería con las carabinas al saloncito, Jiménez Riveroll fue a colocarse junto a ellos. El capitán Montes reaccionó ante el atropello ordenando:

—¡Pelotón, media vuelta! ¡Salgan de aquí!

Jiménez Riveroll, ante la indicación del capitán, se desesperó; sólo atinó a comenzar la ordenanza fatídica:

—Soldados, preparen, apunten…

Sin permitirle a Jiménez continuar, el capitán Garmendia lo derribó de un tiro mientras el ingeniero Hernández se interpuso entre los fusiles y Madero, justo antes de que un par de soldados dejaran salir sendos tiros. Hernández interceptó las balas con su cuerpo; empujado por las balas, tropezó con una silla para torcerse de manera increíble hasta quedar muerto en el piso. Entre los soldados desleales un mayor de apellido Izquierdo quiso asumir el mando, pero ahora fue el capitán Montes quien lo derribó de un balazo, como Garmendia hizo con Jiménez Riveroll. La reacción de los oficiales hizo concebir a Madero la esperanza de someter a estos nuevos desertores. No sabía que a las tres de la tarde en punto Victoriano Huerta había al fin desconocido su gobierno para ordenar al ejército la captura del gabinete presidencial. Cuando la comitiva del gobernante bajó al patio del palacio, se toparon con Aureliano Blanquet. Madero quiso confrontarlo:

—General, exijo me explique lo que está pasando con sus hombres. Acaban de atentar contra mi vida.

Blanquet, pálido, en vez de hablar, sacó su revólver. Le apuntó al caudillo:

—Dese preso por delitos contra la nación.

La indignación de Madero llegó al colmo. No le importó el arma que lo amenazaba, se le fue encima al general para asestarle una bofetada al tiempo que le gritaba:

—¡Es usted un traidor!

Blanquet se aguantó el golpe con los ojos bajos. Luego, sin alzar la mirada, le dijo al presidente:

—Es usted mi prisionero.

En la confusión del momento, Sánchez Azcona, Urueta y el capitán Garmendia se evadieron del grupo maderista. El mandatario y su vicepresidente Pino Suárez quedaron en manos de Blanquet; fueron encerrados en la intendencia de Palacio junto con el propio intendente, Adolfo Bassó. Una hora después, Felipe Ángeles, acusado de insubordinación por reclamar obuses para sus cañones, fue a reunirse en la celda con Madero y Pino Suárez.

Poco antes, Gustavo Madero había llegado al restaurante Gambrinus hacia la 1:30 de la tarde para reunirse con Huerta en un intento de reconciliación. El general no llegaba aún, pero el hermano del presidente no pretendía esperarlo más de media hora. Pidió un café. Apenas comenzaba a paladearlo cuando ante su mesa se plantó un grupo de veinticinco guardabosques cuyo jefe le dijo:

—Queda usted detenido por delitos contra la nación.

—¿Quién ordena semejante infamia? —reclamó el hermano del

presidente al ponerse de pie. Temió que los rebeldes hubiesen tomado el sitio. Al identificar a Gustavo el origen de su arresto, el jefe del pelotón le reveló la traición:

—Mi general Victoriano Huerta.

Luego de unos segundos de estupor, Gustavo Madero es-bozó una sonrisa de inteligencia. Volvió a arrellanarse en su asiento para seguir bebiendo su café con lentos ademanes, ante el pasmo de los soldados.

—Le digo que está usted detenido —se impacientó el jefe de la tropa, sin atreverse a tocar a su prisionero.

—No, oficial, le aclaro que ya estoy muerto, y ni usted ni nadie va a impedir que un muerto se tome el último buen café que tiene a mano. Considérelo mi última voluntad.

A Gustavo Adolfo lo llevaron a la Ciudadela, donde lo encerraron en un sótano junto con Adolfo Bassó, marino con sesenta y dos años a cuestas, a quien poco antes habían sacado a empujones de la intendencia convertida en calabozo del presidente y el vicepresidente de la nación.



El miércoles por la tarde, cerca del ocaso, la esposa de Pancho Villa lo miraba rebullirse en su butaca, a la puerta de la casa. Después de haberlo esperado por más de un año mientras lo tuvieron en la cárcel, la señora de Villa bendecía la forzosa quietud de El Paso, con su rutinaria libertad, lejos de balas, cañonazos o bayonetas asesinas, lejos de cabalgatas letales, de convoyes en riesgo o caminatas capaces de acabar con el más vigoroso vaquero. Luz Corral conocía ese desasosiego de su marido: no indicaba nada bueno, pese a que en El Paso con dificultad podría Pancho meterse en uno de esos combates a los cuales lo conducía el colérico flujo de su sangre. Luz decidió mejor no seguir observando a su esposo, no fuese la de malas y su mirada añadiera lumbre a ese hervor casi visible que era en ese momento la sangre de su Pancho. La mujer entró a la casa para hallarse de buenas a primeras con una imagen desoladora: las cananas con el wínchester de Villa cuidadosamente dispuestas en la pared, como para salir en cualquier momento a combate.



Miércoles, 19 de febrero.

De madrugada, una pandilla de veinte soldados entró a la celda que compartía Gustavo Madero con Adolfo Bassó. Los uniformados llegaron ebrios; se dedicaron a insultar al hermano del presidente:

—Tuerto hijo de la chingada, conque nos ibas a tronar, ¿no? A ver, *poca luz*, truénate ésta —dijo uno al soltarle un puñetazo en la cara.

Caído, Gustavo se quedó mirándolos con el ojo que conservaba del accidente en su niñez. Los veinte esbirros comenzaron a darle de bofetadas al preso. Se turnaban, puesto que eran tantos. Lo tumbaron al piso, le dieron de puntapiés en la cabeza y en la cara, en la espalda y el pecho, en el estómago, en las nalgas. Alguno se trajo un garrote para tundir mejor al caído. Bassó contemplaba con horror el ataque. Uno de los ebrios fue por una bayoneta, pinchó con ella el ojo sano de Madero. La sangre empapó al ciego.

—¡Milagro, ya no eres tuerto! —se carcajeaba el rufián.

—Pinche Melgarejo, ora sí te luciste —coreó otro sicario su malévola risa.

Bassó comenzó a suplicar:

—Por Dios, por su mamacita, ¡ya paren esto! —el viejo marino veía al herido avanzando a gatas por el piso. Por fin, el ciego logró ubicar dónde estaban sus agresores para hincarse ante ellos, tratando de ponerse en pie:

—¡Van a pagar por esto! —gritó, salpicando de sangre alrededor al intentar abarcar a todos con sus ojos inutilizados.

—A ti no te vamos a pagar una chingada, Ojo parado —di-jo uno de los canallas. Enseguida añadió, dirigiéndose a sus compinches—: Ahora es cuando, mis valedores.

Los sicarios sacaron revólveres para dispararle al ciego. A Bassó, quien hubo de presenciar a la fuerza este crimen, le ordenaron sin dilación pararse frente a una pared. En esa posición lo abatieron a tiros. Huerta recibió sin tardanza la noticia en clave siniestra:

—El tuerto ya no ve.

Esa mañana desayunaron con gran apetito todos los conspiradores, ya dueños del país. Enrique Cepeda tomó su desayuno en la embajada estadounidense, con Wilson, para darle cuenta de las detenciones de los Madero y sus pocos fieles. El mensaje redactado después por el embajador para William Taft declaraba: «Rebeldes derrotaron ejército federal. Aprehendido presidente Madero con vicepresidente Pino Suárez. Restablecido orden legal».

Fue un día de festejos en busca de disimular las tragedias de tantos. Victoriano Huerta, comandante en jefe de las fuerzas armadas, declaró una tregua para estudiar las condiciones de la capital. Los sitiados de la Ciudadela salieron a la calle a celebrar su victoria gritando: «¡Viva Félix Díaz!». En ese desfile, un grupo de felicistas se desvió hacia el periódico *Nueva Era,* proclive a Madero. Nada más llegar al taller de impresión, regaron las cajas tipográficas en la calle;

demolieron a martillazos las máquinas de imprenta; aventaron la tinta a las paredes o a las ventanas. En las resmas de papel los asaltantes aplicaron cerillos para iniciar un fuego, alimentado por las mesas de trabajo, por las sillas reducidas a leña. Toda la tarde hubo un revolotear de cenizas en esa cuadra mientras a lo lejos se oían las campanas de la catedral echadas al vuelo. El arzobispo José Mora y del Río saludaba así al salvador de la patria Victoriano Huerta.

Por las calles donde los tiroteos fueron más intensos comenzó a circular una romería de curiosos. Algunos se metieron a casas abandonadas para llevarse cuanto quedara en ellas. Durante las últimas horas de la tarde, Huerta estuvo preparando, junto con los amotinados, su acceso al poder. Von Hintze pidió una entrevista breve con el nuevo comandante en jefe del ejército. Ya en presencia del intrigante, le remachó que Alemania reconocía siempre las dotes de un buen militar:

—Uno que gana las batallas con la inteligencia, no con cañones, merece la presidencia de este país —expuso Von Hintze, colocando su mano derecha en el hombro del mexicano.

Huerta, sorprendido, sólo pudo contestar:

—¿Qué hay del general Félix Díaz?

—Con su perdón, general, yo estoy hablando de buenos militares. Claro, don Porfirio Díaz era un magnífico militar. Es una lástima que el talento marcial no sea hereditario.

—Su excelencia, le agradezco la observación. Pero los gringos, quiero decir, ¿nuestros vecinos del norte?

—Creo que el presidente Taft apreciará la noticia de cómo un hombre solo detuvo a todo un gobierno incompetente, mientras Félix Díaz se quedó encerrado en un fuerte destrozando casas de civiles a cañonazos.

—Me preocupa míster Wilson. Díaz es su gallo.

—A los gallos se les despluma para hacer caldo, ¿no le parece? Ahora se necesita un hombre fuerte en la presidencia.

—Cuente con él, su excelencia —Huerta despidió al embajador, extasiado. Hasta ese momento sólo aspiraba a ser secretario de Guerra en el nuevo régimen.

Félix Díaz Prieto, el sobrino del general, empezó entonces un insospechable descenso en la contingencia en la cual se creía triunfador. Huerta comenzó por deshacerse sorpresivamente de los felicistas en su gabinete; al poco tiempo, el propio Félix fue discretamente apartado al mandarlo en misión especial al Japón, a donde lo acompañó el escritor José Juan Tablada. Al poeta el viaje le sirvió para descubrir la literatura, el arte, la devoción de los japoneses,

adaptados prontamente al temperamento mexicano. A Díaz, la misión le redituó solamente la pérdida de sus privilegios.

A la embajada de Japón se apersonaron esa noche los padres de los Madero con las hijas solteras de la familia, seguidas por Sara Pérez Romero, la esposa del presidente derrocado, a quien desde entonces los reaccionarios llamarían con malevolencia *Sara P.* de Madero. La embajada japonesa era la única legación extranjera que no se sumaba a las intrigas de Wilson, por hallarse fuera del país su titular. Los Madero restantes aprovecharon ese resquicio de honorabilidad para obtener asilo político.

En su propia embajada, Henry Lane Wilson estaba radiante cuando recibió a las nueve de la noche al nuevo gobierno mexicano. Victoriano Huerta llegó puntual; entró seguido por Enrique Cepeda y el general Joaquín Maas Flores. Félix Díaz tardó un poco en presentarse, en compañía del general Fidencio Hernández y del abogado Rodolfo Reyes, hijo del difunto Bernardo. Reunidos ante un derroche de vino, coñac, champaña, güisqui, los compinches acordaron el desconocimiento de Madero y Pino Suárez como máximas autoridades; los sustituyeron con un gobierno provisional al mando de Huerta, quien integró enseguida su gabinete con los personajes allí reunidos más algunos ausentes. A Rodolfo Reyes le encomendaron redactar el documento que formalizaba ese convenio de truhanes, firmado por todos en cuanto el abogado lo puso en limpio. En ese momento lo titularon «Pacto de la Embajada», pero como el nombre apestaba a conjura, luego lo dieron a conocer como «Pacto de la Ciudadela», fingiendo que en esa fortaleza surgió el acuerdo. Aureliano Blanquet, quien permanecía a cargo de Palacio Nacional como general de brigada, fue ascendido a general de división.

En su celda, Francisco I. Madero, a la par que José María Pino Suárez, fueron presionados para firmar sus renuncias a la presidencia y vicepresidencia de la nación. Les prometieron que, si firmaban, en cuanto se estableciera el nuevo gobierno, los enviarían exiliados a Cuba. El mensajero los apremió aún más:

—Ya están por cerrar las taquillas para el siguiente viaje del *Morro Castle*. Háganme el favor de rubricar para que pueda ir por sus pasajes. El cónsul Márquez Sterling ha rogado conducirlos en persona al buque.

Madero, quien se había fiado tantas veces en la palabra de Huerta, ya no quería creer nada. Pino Suárez también desconfiaba de todos. Sin embargo, ahí encerrados no podían hacer nada. Lo pensaron un rato más; al fin, ambos estamparon sus rúbricas en el documento. El ujier lo presentó a Huerta; éste mandó llamar a Pedro Lascuráin, el

medroso ministro de Relaciones Exteriores. Al presentarse el funcionario, Huerta le aventó el papel a las manos:

—Mire, ya no tenemos presidente. Creo que la Constitución le concede a usted ese puesto, ¿no? Eso, claro, si nuestro honorable congreso lo refrenda. Yo cumplo con entregarle esta inapreciable acta. Usted sabrá lo que hace con ella. Buenas tardes, ministro. ¿O debo decirle señor presidente? —la sonrisa de Huerta era la de un lobo a punto de comerse a un borrego.

—Permítame pensarlo, general. No imaginaba que esto pudiera suceder. Le agradezco el gesto, pero le pido esperar un poco —tartajeó Lascuráin.

—No espere demasiado, señor ministro, ya ve qué les pasa a los que esperan —amagó Huerta con desdén.

Lascuráin sentía que el papel le quemaba no sólo las manos sino el estómago. ¿Qué iban a hacer ahora con Huerta a cargo del ejército? El poder real eran las armas. Lascuráin acudió sin tardanza a la Cámara de Diputados a entregarles las renuncias de Madero y Pino Suárez. Nadie allí fingió sorpresa ni pesar. Con velocidad pasmosa, la cámara baja llamó para el día siguiente a los diputados a fin de votar si se aceptaban las renuncias.



En El Paso, las noticias de la revuelta en la Ciudad de México continuaban transmitiendo pura incertidumbre a Villa: «El ejército federal no logra romper el sitio. Los rebeldes mantienen su moral bajo la metralla». Carlitos Jáuregui acudía más que de costumbre al expendio de carne para leerle los comunicados ya viejos de la prensa estadounidense. Agenciándose periódicos de ciudades cercanas como Houston o San Francisco, Jáuregui pudo distinguir el mismo artículo reproducido con días de diferencia en cada publicación. *The San Francisco Call*, por ejemplo, publicaba el martes la misma nota que *El Paso News* imprimió el lunes. En la comunicación de San Francisco, sin embargo, las fotografías no eran las mismas. Villa reconoció la vieja foto de una batalla del año 1912 a cuyo pie se leía: «El ejército federal atrapado en una azotea de la Ciudad de México». Villa respingó:

—¡Esa foto es de Bachimba, de cuando derrotamos a Orozco! ¿Están inventando todo eso de la rebelión, Carlitos?

Sin sorprenderse, Jáuregui le explicó al antiguo bandido:

—No, coronel, eso hacen los periodistas cuando no tienen material del suceso verdadero: le cambian el título a una foto para presentarla como *the real thing*.

—Hábleme en cristiano, Carlitos, que no se le pegue lo pocho —

demandó Villa.

—Bueno, como aquí nadie conoce ni le interesa conocer la verdad de lo que pasa en México, los periódicos publican lo que se les antoja; es como si a nosotros nos enseñaran una foto de Sacramento con el nombre de San Francisco… ¿Usted notaría el cambio? —expuso Jáuregui.

Villa se quedó viendo la foto con la falsa información. Luego de un rato, le soltó a Jáuregui su incredulidad:

—¿No será que todo esto es un cuento de algún gringo que detesta al señor Madero?



Jueves, 20 de febrero.

La votación en la Cámara de Diputados en la Ciudad de México sobre la sustitución presidencial fue efectuada a las 13:30 horas. El recuento de votos duró menos de treinta minutos. Hubo 119 votos a favor de la renuncia de Pino Suárez, 125 a favor de la dimisión del presidente, sólo ocho votos en contra. La misma votación sirvió para designar a Lascuráin presidente interino de la república.

Se hizo un receso para comer; a las 4:30 de la tarde se efectuó la ceremonia para investir del cargo a Lascuráin, quien comenzó a ejercer sus funciones ejecutivas a las 5:15. En cuanto ocupó la silla presidencial, Pedro Lascuráin leyó un documento con el que nombraba a su gabinete. Designó a Victoriano Huerta secretario de Gobernación. En los siguientes minutos, el presidente interino se la pasó dictando a un secretario otro documento. A las 5:50 convocó a su gabinete para leerles el papel. Era su renuncia a la presidencia, la cual ahora recaía en Huerta. A las 6:00 de la tarde Lascuráin se levantó de la silla presidencial que había ocupado durante cuarenta y cinco minutos. Huerta, sin esperar el refrendo parlamentario, anunció los nombres de sus secretarios de Estado. Enrique Cepeda fue nombrado gobernador de la Ciudad de México. A Alberto García Granados lo puso en Gobernación, con el encargo, ahora sí, de exterminar a Emiliano Zapata.



Los diarios en El Paso continuaban describiendo el golpe de Estado como un motín de ciudadanos a disgusto con el régimen tiránico e incompetente de Francisco I. Madero, «sangriento caudillo». Cuando Carlos Jáuregui le traducía a Villa esos calificativos, el carnicero se rebullía de indignación. En algún momento quiso ir a balacear a los

redactores del diario, pero por fortuna éste era de San Francisco, demasiado distante para tal arrebato. Jáuregui dejó de traducir noticias para calmar a Villa:

—Coronel, yo estoy seguro de que esa revuelta no tiene futuro. Usted conoce al Sobrino del tío. ¿A dónde puede llegar un pendejo como ése? En Veracruz dejó bien claro que no es don Porfirio. Además, perdone que se lo diga, ya vio que Victoriano Huerta es el comandante a cargo de acabar con la sublevación. No quisiera estar en el pellejo de Félix Díaz cuando lo arrase. Usted sabe la clase de bestia sanguinaria que es Huerta.



Viernes, 21 de febrero.

Mercedes González Treviño fue a visitar a su hijo Francisco a la intendencia de Palacio Nacional convertida en calabozo. Para poder conversar con su madre, Madero pidió que retirasen por unos minutos a Chema Pino Suárez y Felipe Ángeles, con quienes compartía el encierro. Unos celadores sacaron a los reos. Enseguida acudió la madre de Madero, vestida de luto, con la cara más desconsolada que su hijo le había visto desde el comienzo de la revolución. Tratando de aguantarse el llanto, la mujer le reveló a su hijo mayor cómo había muerto Gustavo Adolfo. Les habían entregado el cadáver hecho un amasijo, sin su único ojo porque, les afirmaron, se había peleado con unos presos.

Quizá Madero recordase el momento en que su bravo hermano le había llevado a Huerta para exigir su ahorcamiento. Y recordaría, quizá, cómo es que lo había enviado a la muerte al comprometerlo a la reunión con Huerta. Nada de esto le confesó a su madre; prefirió asegurarle que a él lo enviarían a Cuba junto con Chema. El embajador Márquez Sterling se estaba ocupando de ello.

— Todo va a estar bien cuando nos establezcamos allá. Don Porfirio, ya lo ves, se la pasa tan a gusto en París. Yo podría ir a París también —parloteaba el preso.

—Hijo, yo no puedo confiar en estos canallas. La manera en que te traicionaron… —la mujer fue sacudida por su llanto e indignación.

—Madre, calle usted, no piense en eso —la abrazó con fuerza. Ambos se pusieron a llorar. Rato después, la madre del caudillo abandonó la celda. Era una menuda sombra envuelta en reconcentrado silencio, avanzando por los pasillos inhóspitos donde su hijo, antes presidente, era ya sólo un convicto.

Chema Pino Suárez y Felipe Ángeles fueron reingresados al

calabozo para encontrarse a Madero llorando por la muerte de su hermano. No gemía ni se quejaba, sólo dejaba las lágrimas inundar su traje. Les contó a sus compañeros de infortunio que Gustavo Adolfo estaba muerto:

—Le sacaron el ojo, le sacaron el ojo por mi culpa…

Pino Suárez y Ángeles no pudieron lograr que Madero reposara esa noche. El artillero, sin dudar que ellos serían los siguientes en la lista de asesinatos, se echó a dormir, desdeñando el peligro. Dolorosamente fatigado, el exvicepresidente se dormía pero a ratos despertaba para atisbar a su antiguo superior todavía bañado en llanto. Nunca pensó que el cuerpo humano pudiese soltar tanta agua. Cuando al fin pudo dormir, el jurista, además de mediano poeta, tuvo pesadillas con el cadáver sin ojos de Gustavo Adolfo Madero.



El sábado a las cinco de la tarde Villa estaba a punto de cerrar cuando llegó Carlos Jáuregui con otros paisanos a la carnicería. Se veían muy animados. Jáuregui sostenía, ufano, un periódico local del que leyó un párrafo al retirado guerrero:

> El martes 18 de febrero el presidente prometió a las legaciones diplomáticas el sometimiento de los rebeldes en veinticuatro horas. Destacó el desempeño eficaz de su comandante militar para luego ofrecer todas las garantías de paz, orden y respeto a las propiedades de extranjeros en la Ciudad de México. El honorable embajador de los Estados Unidos de América en México, Henry Lane Wilson, manifestó recibir con reserva las declaraciones del señor Madero, pero no ocultó su confianza en una pronta solución del conflicto. El miércoles, comentó el diplomático, con seguridad tendremos noticias de gran relevancia. Mientras tanto, los combates en las calles prosiguen causando destrucción y muertes de inocentes.

Jáuregui le palmeó la espalda a Villa, con gran cordialidad:

—¿Ya ve, coronel? Le dije que el carnicero Huerta, con perdón de los presentes, iba a hacer un baño de sangre con los amotinados. Mañana seguramente leeremos la matanza que hizo de Díaz y sus antiguos compadres.

Villa, observando al joven abogado con incredulidad, pero sin contradecirlo, respondió:

—Carlitos, ojalá que por una vez me dé gusto oír sobre las andanzas de ese perro del mal. Pero entre que son peras o son

manzanas, esto merece un trago. Vámonos a la cantina, yo invito: ¡a la salud del señor presidente Madero!



Sábado, 22 de febrero.

El sábado era un día idóneo para concluir pendientes. Temprano, Félix Díaz, Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet y Victoriano Huerta celebraron consejo en un altivo salón de Palacio. Al terminar, habían decidido que Madero, al igual que Pino Suárez, debían dejar de existir para que el gobierno marchara sin tropiezos. Esa ejecución, sin embargo, no podía ocurrir a la luz del día. Esperaron hasta las seis de la tarde para encomendar al mayor de rurales Francisco Cárdenas el traslado por la noche de los presos Francisco I. Madero y José María Pino Suárez a la penitenciaría de Lecumberri. Si en el camino alguien trataba de impedir el movimiento, lo autorizaban a usar todos los medios necesarios para evitar la fuga de los reos:

—Estos hombres no pueden quedar libres —insistieron Huerta y Mondragón al mismo tiempo.

Cárdenas sabía que en la celda también estaba Felipe Ángeles, hombre peligroso donde los hubiera. Les dijo preocupado a sus jefes:

—¿Qué hago con Ángeles, lo amarro?

Huerta lo atajó:

—A él lo dejas encerrado, llévate sólo a Panchito y a su compadre Chema.

Madero, Pino Suárez y Ángeles dormían en su celda cuan-do los despertó la guardia:

—¡Presos Madero y Pino, a la reja, se van a Lecumberri!

Mientras los dos civiles se quitaban todavía las lagañas, el alerta Ángeles reclamó:

—Falto yo. ¿No me van a llevar también?

—Usted se queda aquí, la orden es clara —lo atajaron.

Con rapidez, Madero y su colaborador juntaron sus pocas pertenencias, dispuestos a seguir a los guardias. En la puerta de la celda abrazaron con fuerza y tristeza a Ángeles, pensando que lo dejaban allí para ser asesinado sin testigos.

En el camino, Pino Suárez preguntó:

—¿Qué hora es?

—Diez cuarenta —contestó uno, consultando un reloj que miró y remiró antes de contestar. Se veía que no estaba acostumbrado al caro instrumento.

Salieron al patio solitario donde los esperaban dos automóviles, un Peerless reformado para que pareciera un Packard, junto a un Protos. No eran vehículos del gobierno sino coches prestados por particulares. Ni a Madero ni a Pino Suárez les gustó ese detalle.

—¿Y el automóvil presidencial? —inquirió Pino Suárez.

—Ése es para el señor presidente —dijo secamente Cárdenas.

—El presidente soy yo —intervino Madero.

—El señor presidente es el general Victoriano Huerta —lan-zó Cárdenas con actitud reprobatoria para los dos presos, quienes ahora se supieron don nada y don nadie.

—Ah, siendo así, subamos.

Madero lanzó una mirada fatalista a su amigo antes de introducirse en el Peerless. A Chema Pino Suárezlo vio subir al Protos. Los choferes de los automóviles eran también prestados por sus dueños: Ricardo Hernández era empleado de Ignacio de la Torre y Mier, otro paria de la familia de Porfirio Díaz, mientras que Ricardo Romero trabajaba para Alberto Murphy.

En la oscuridad de la noche avanzaron los autos. Sus faros eran la única luz en esa oscuridad sin luna ni estrellas: cuatro líneas de claridad abriendo un boquete en la tiniebla, a treinta kilómetros por hora. «Demasiado rápido», pensó Pino Suárez dentro del Protos. Le pareció ver pasar la mole de Lecumberri; entonces se preguntó si planeaban llevárselos a Veracruz de una vez. «Sería un viaje demasiado largo», se dijo, hasta que intuyó estar recorriendo los llanos de San Lázaro. De pronto, los dos automóviles se detuvieron en la noche. Los faros lanzaban sus haces hacia adelante pero nada se lograría divisar. En cada auto los guardias ordenaron a los prisioneros descender al enorme terreno solitario. En ambos vehículos los detenidos protestaron, pero Pino Suárez fue bajado a empellones para ser llevado a cierta distancia de los carros. Madero se mantuvo sentado en el Peerless:

—Aquí no se me ha perdido nada. Condúzcanos a la penitenciaría —le dijo con firmeza a Cárdenas, quien le abrió la puerta para ordenarle descender.

—Baje usted, ¡carajo!

El rural sacó la pistola. Poniéndole el cañón en la cara a Madero, lo jaló a tierra por las solapas del traje. Cuando el prisionero aún trastabillaba por el jalón, el rural, colocándose a su espalda, le disparó dos veces en la nuca. Madero, siguiendo el impulso adquirido, avanzó a tropezones; pasos adelante fue a estrellarse de cara en la tierra endurecida por el invierno.

Pino Suárez vio los fogonazos, escuchó las explosiones, el gemido

de Madero, luego el sordo golpe del cuerpo contra el suelo. Intentó correr. El vigilante Rafael Pimienta le disparó por la espalda. Ya caído el hombre al suelo, Pimienta, a quien acompañaban los guardias, le dio unos puntapiés antes de seguirle disparando. Lo acabaron con trece balazos.

Los choferes de los autos, muertos de miedo, seguían sentados frente a sus volantes. A mentadas de madre los rurales los hicieron bajar. Hernández y Romero temblaban. Al ver que los guardias cortaban cartucho, creyeron morir. Para su asombro, los verdugos dispararon contra las portezuelas, los vidrios, los cofres de los autos. Cárdenas encaró a los dos aterrados conductores:

—Ustedes son testigos de que fuimos atacados. En la re-friega murieron los reos. ¿O no fue así? —ambos empleados tan sólo asintieron con la cabeza—. Pos a manejar, cabrones, que pa’ eso los mandaron —concluyó Cárdenas.

Los esbirros cargaron los cadáveres en un coche, se subieron al otro. La fatal caravana volvió a Palacio Nacional. Mu-chos días después, cuando les dejaron llevarse los carros baleados, Hernández y Romero seguían pensando que esa noche no habían visto dos crímenes sino un milagro doble: su propia vuelta a la vida.



El domingo Villa amaneció con una ligera cruda por el mezcal compartido a regañadientes con sus amigos. Aunque sabían que el fornido carnicero no tomaba alcohol, Jáuregui y los otros le insistieron con todas las precauciones hasta hacerlo empinarse media botella más tres cervezas. Villa se despertó con esa peculiar lucidez distante inducida por el mezcal fronterizo, cuya provisión surtían contrabandistas afincados en Paso del Norte. Sintió el carnicero el regusto metálico del alcohol, se frotó la cara para despejarse la modorra, hundió la cabeza en una palangana de agua fría lista para él solo en su cuarto, se vistió, desayunó con desgano los chilaquiles bien picosos que Luz le dispuso en la mesa; después salió hacia su expendio.

El domingo amanecía con sol brillante, dañino para la cruda pero acaso anunciador de buenas noticias. Toda esa mañana Villa esperó en vano la visita de Carlos Jáuregui con sus periódicos en inglés. Por la tarde, Villa no salió a cabalgar. Se quedó tumbado en su butaca mirando el desierto, el ardor de sus arenas apaciguado por la claridad declinante del crepúsculo. Luz lo miraba ensombrecida.

«Ese Pancho, seguro anda planeando alguna chingadera», sospechó. «Dios quiera que no cause muchos muertos».



Domingo, 23 de febrero.

Victoriano Huerta convocó a la prensa en un salón de Palacio Nacional. Con el rostro inalterable leyó un papel en el que lamentaba la muerte de los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez durante el asalto de una banda que pretendía liberarlos. El presidente interino declaró con enfado bíblico que una comisión investigaba el caso para prender a los culpables. Francisco Cárdenas escuchaba, discretamente confundido entre los ayudantes de Palacio. Se preguntó a quién colgarían por eso. A él no. Le habían dado treinta mil pesos de premio.

John Kenneth Turner abandonó ese domingo su celda en la Ciudadela. Luego de muchas dudas, Félix Díaz decidió no en-tregarlo al pelotón de fusileros de Mondragón, tomando en cuenta la nacionalidad del escritor. Mondragón se cansó de mentarle la madre a Turner antes de ordenar a un sargento sacar a patadas al gringo. El subalterno cumplió a pie firme la orden del general; además, por su cuenta, añadió varios cachazos de su pistola en la espalda del exonerado mientras lo conducía a la calle. Al poner en la puerta del cuartel al periodista aun aturdido por la paliza, el sargento le dijo:

—Mi general te manda decir que la libraste por ser gringo, pero si valoras tu vida, jamás vuelvas a poner un pie en México. Quedas advertido, güero pendejo —la admonición fue acompañada de un último puntapié.

Turner rodó en la calzada a la vista de unos cuantos transeúntes, sorprendidos de que así saliera un ocupante del reducto. Luego de unos minutos de permanecer tirado en el suelo, durante los cuales esperaba ser masacrado, el reportero se incorporó. Sorprendido de estar con vida, en libertad, caminó por entre los edificios marcados por los tiroteos, entre basura o escombros aún abundantes en la vía pública. La desolación de la ciudad no lo tocó a él, cuya existencia acababa de reanudarse casi por milagro. Turner ni siquiera pensó en pasar por su embajada. Se apresuró a reunir sus cosas en su cuarto de hotel, se aseó sin perder tiempo, se afeitó, se puso ropa limpia. En cuestión de una hora estaba en la estación de trenes esperando la corrida a Veracruz. En ese puerto se demoró lo imprescindible para tomar sitio en el *Morro Castle* con rumbo a La Habana, para después embarcarse a Estados Unidos. Ya en su país, los días se le hicieron largos para narrar las torturas, las humillaciones sufridas en la Ciudadela junto con la traición del embajador Wilson. Con los años iba a insistir en denunciar las intervenciones clandestinas o manifiestas de Estados Unidos en la política mexicana, hasta su

muerte en 1948, olvidado por la nación en la cual fue reportero, revolucionario magonista, reo de muerte. Sólo hasta 1955 su *México bárbaro* circuló en español en el territorio donde Turner arriesgó tantas veces su vida.



TERCERA PARTE

JURARON TOMAR VENGANZA



PREFIRIERON INMOLARSE

Huerta gobernó mediante el miedo, acrecentándolo con la ayuda de sus secuaces más depravados. Pero el temor que ocasionaba la dictadura no acalló a todos. El abogado maderista Serapio Rendón Alcocer, diputado por Yucatán en 1913, fue el primero en demostrar su repudio al usurpador. El 22 de agosto se presentó en la cámara de legisladores para pronunciar un discurso contra el régimen de Huerta. Respaldó al disidente un senador por Chiapas, el cirujano Belisario Domínguez Palencia. Poco después, Aureliano Blanquet recibió la comisión de ganar a Rendón para el huertismo. Se le dio libertad para sobornar o intimidar al diputado, pero tras escuchar los ofrecimientos del general, el abogado fue terminante:

—El de Huerta es un gobierno de militares golpistas y usurpadores, no conocen más honor que el de las armas, son traidores a la patria y a la causa revolucionaria.

Aterrado, Blanquet fue a contarle al dictador lo que opinaba Rendón.

Por la noche, un automóvil se estacionó en el Paseo de la Reforma, cerca de la glorieta frente al monumento a Colón. Los ocupantes del auto vigilaban la casa del rico empresario alemán Hugo Scherer, que abarcaba los números del 80 al 86 en esa avenida. Era un llamativo palacete, construido menos de diez años atrás, donde se encontraba de visita Serapio Rendón. Los individuos del vehículo vieron salir de la mansión al abogado, a quien comenzaron a seguir por la avenida solitaria. En cuanto el perseguido estuvo lejos de la casona Scherer, el automóvil se detuvo a su lado; los hombres que transportaba saltaron a la banqueta para apresar al peatón, sometiéndolo a golpes. Se lo llevaron a la cárcel del palacio municipal de Tlalnepantla, donde lo declararon preso. Rendón entendió que lo harían pagar por su discurso contra Huerta. Protestó por su secuestro e intentó ir a su celda con tranquilidad, rodeado por cuatro soldados. En el camino, uno de sus custodios se atrevió a decirle:

—A ver si el zotaco de Madero te libra de ésta…

Aprovechando que tenía las manos libres, Rendón abofeteó al uniformado mientras le decía:

—¡Respeta a los difuntos, respétalos! —no pudo decir más porque

los otros guardias lo tundieron a culatazos con sus fusiles.

Cuando despertó magullado en una celda, con la cabeza rota en la que palpó sangre apelmazada, Serapio Rendón supo que no viviría mucho más. Llamó a un celador para pedirle, como última gracia, pluma, tinta y papel. Con estos instrumen-tos, se acomodó en su camastro lo mejor que pudo para escribir una despedida a su esposa. El sitio en que lo tenían encerrado era más un cuarto que un calabozo, iluminado por una claraboya que derramaba luz sobre el hombre. Apenas llevaba trazadas unas líneas de su misiva cuando escuchó un estruendo que le sacudió el cráneo. Desde la claraboya, el jefe de sus carceleros, Felipe Fortuño, le había disparado a la cabeza con un fusil. El cuerpo del abogado, con el impacto, fue arrojado contra la pared, la pluma saltó de su mano, el tintero se volcó sobre la carta inconclusa. Rápidamente, Fortuño ingresó a la improvisada celda para asestarle el tiro de gracia al cráneo destrozado de Rendón. Al día siguiente, Rafael Zubarán y Jorge Vera Estañol, amigos del jurista, averiguaron que había orden del general Aureliano Blanquet y del cirujano Aureliano Urrutia Sandoval, secretario de Gobernación, para matar al diputado. Al acudir a Urrutia con un salvoconducto de la embajada estadounidense para Rendón, los dos amigos del abogado escucharon al famoso cirujano excusarse:

—Lo siento mucho; no he tenido intervención en ese asunto, pero ya la cosa no tiene remedio.

Luego se hizo público que los celadores del palacio de Tlalnepantla sacaron el cadáver de Rendón para sepultarlo en un hoyanco mal cubierto con ramas, donde los despojos fueron encontrados poco después.

A la muerte de Rendón, Belisario Domínguez pudo haberse callado, ser más cauteloso, esperar a mejor ocasión para recriminarle al tirano este crimen. En cambio, aumentó sus críticas al huertismo, ya expresadas al poco tiempo de asumir la senaduría, cuando, en abril de 1913, se negó a darle un voto de confianza al régimen ante un amago del gobierno estadounidense.

Meses después, en la sesión solemne del Senado por el aniversario de la independencia, Domínguez formó parte de la co-misión que recibió al presidente Huerta en la entrada a la cámara alta. Ante la comitiva, el senador se negó a darle la ma-no al general. Huerta quiso ocultar el desaire apresurándose a ingresar al recinto, pero su apuro lo hizo trastabillar frente al altivo chiapaneco. A los siete días de ese reto, el 23 de septiembre, Domínguez presentó ante el presidente de la Cámara un discurso que planeaba dirigir al pleno. Se lo rechazaron porque pedía la renuncia de Huerta a la presidencia de la república. El cirujano lo volvió a proponer el 29 de septiembre, para recibir un

nuevo veto. Sin amilanarse, el médico hizo imprimir su discurso para distribuirlo al público. En éste declaraba:

> El pueblo mexicano no se puede resignar a tener por presidente de la república a Victoriano Huerta, soldado que se adueñó del poder por medio de la traición y cuyo primer acto al subir a la presidencia fue asesinar cobardemente al presidente y vicepresidente legalmente ungidos por el voto popular.

Huerta apenas pudo contenerse. El 7 de octubre ordenó al colega de Domínguez, el afamado cirujano Urrutia, acabar con el senador. A las once y media de la noche, cuatro sicarios entraron al hotel Jardín, donde se hospedaba Belisario Domínguez; lo sacaron a punta de pistola, lo colocaron en cautiverio en una vivienda de Tacubaya, lo torturaron. Gilberto Márquez, Alberto Quiroz, José Hernández Ramírez y Gabriel Huerta fueron los esbirros comisionados por el jefe de policía Bernardo Palado para cumplir el encargo de Urrutia. Al fin, los asesinos sacaron a su víctima de la casa; lo trasladaron al cementerio de Coyoacán, donde le dieron muerte para enseguida intentar quemar su cuerpo. Al fracasar la pira, los cuatro matones sepultaron el cadáver chamuscado en las afueras del cementerio, en una tumba tan inepta como la que había alojado el cuerpo de Serapio Rendón.

Al desparecer el senador Domínguez, la diputación chiapaneca exigió el 9 y el 10 de octubre una investigación del crimen. Huerta contaba con intimidar a los legisladores para que desecharan la petición, pero la mayoría refrendó la demanda. Huerta lanzó a sus ministros contra los diputados para obligarlos a cancelar la indagación. De los ciento diez integrantes de la cámara baja, noventa fueron encarcelados al negarse a complacer al dictador. El Congreso fue disuelto por «traición al Ejecutivo». La dictadura entró en completa ilegalidad. Por las calles comenzó a circular un rumor:

—El doctor Urrutia le cortó la lengua al cadáver de Belisario Domínguez para dársela a su compadre Huerta.

La atrocidad era dudosa, no así los demás asesinatos de Huerta, ejecutados por sus cómplices. Inclusive los crímenes no cometidos, como el que le achacaron a Aureliano Urrutia, fueron imborrables. Por eso, al perder el favor de su compadre pocos meses más tarde, el cirujano tuvo que salir huyendo a los Estados Unidos, a donde pasó de contrabando su inmensa fortuna. Instalado en Texas, hizo varios intentos por volver a México desde que en 1928 el presidente Emilio Portes Gil le concedió una amnistía. Los familiares de Belisario Domínguez hicieron tal escándalo al enterarse del perdón que Urrutia

se abstuvo de emplearlo. Se quedó ejerciendo la medicina en Texas, donde se hizo famoso por sus operaciones, sobre todo después de que separó a unas gemelas unidas por el tórax, logrando que una de ellas sobreviviese. Hasta los mexicanos que habían sido desahuciados en su país, acudían a la clínica estadounidense de Urrutia para curarse de graves padecimientos. Con su fama perfectamente establecida en 1938, el doctor mandó una súplica al presidente Cárdenas para que le dejase regresar. El general consideró la petición, pero las protestas que elevaron los parientes de Belisario Domínguez, lo convencieron para dejar la decisión a los tribunales, donde la causa del antiguo huertista estaba perdida. El exiliado esperó hasta 1944 para intentar de nuevo instalarse en la capital mexicana; ahí pasó algunos días, pero los hermanos del senador asesinado, con sus exigencias a la policía para que lo arrestara, de nueva cuenta lo obligaron a huir. Lo mismo sucedió en 1946 y 1948, cuando Urrutia participó en congresos y seminarios en Ciudad de México, donde sus alumnos e inclusive varios colegas intentaron cobijarlo. El último intento de Urrutia por reinstalarse en su tierra natal, Xochimilco, para abrir una escuela de medicina, acabó cuando el prestigiado galeno contestó el teléfono de su habitación en un hotel para escuchar: «Si se apersona en Xochimilco, lo matamos». El viejo cirujano hizo inmediatamente sus maletas, corrió al aeropuerto, tomó el avión a San Antonio e, intimidado en extremo, se resignó a vivir en el exilio por los años que le quedaban. Al morir a los ciento tres años de edad, en 1975, todavía le reclamaban a Aureliano Urrutia que le hubiese arrancado la lengua a Belisario Domínguez.

ESTRELLA DE CINE

Los revolucionarios volvieron a tomar las armas. Carranza desconoció al usurpador; pronto tuvo de su lado a Álvaro Obregón, a Plutarco Elías Calles y a Adolfo de la Huerta. Inclusive se le juntaron tipos que no quería en su ejército, como un tal Pancho Villa que, llegado de El Paso, pidió entrevistarse con él en el palacio de gobierno de Coahuila:

—Don Venus —le dijo el hombre—, yo quiero pelear. Junté dinero de unos negocios que tengo; me siguen doscientos valientes con sus armas: se los ofrezco para vengar el asesinato de mi amigo, el señor Madero.

Al gobernador de Coahuila no le agradó el modo del voluntario pero la oferta era tentadora. Aceptó al alzado por la fama de ganar batallas que lo precedía. Juárez había admitido a los *plateados* de Salomé Plasencia en la guerra contra Maximiliano, así que él podía admitir a los bandoleros de Villa en esta lucha. Lo que don Benito había cultivado, lo extirpó don Porfirio con sus rurales cuando los bandidos se pusieron insolentes. Carranza estaba dispuesto a cumplir él solo la tarea de Juárez más la de Díaz. Y pues, total, en la bola se moría mucha gente.

Un día de 1915, el joven Emeterio Medina fue al cine Alcázar. Él no se había ido a la bola, se quedó en Parral para ser uno de tantos que se enteraban de las batallas por los diarios o por chismes de toda procedencia. Allí en el cine se encontró con un cartel que le causó admiración. La Mutual Film Corporation, la misma que encumbraría a Charles Chaplin, anunciaba el estreno de una película enteramente dedicada a Pancho Villa, el revolucionario. Emeterio se asombró porque a ningún personaje de la contienda le habían dedicado una película. En el cartel había una foto de Villa cabalgando, o más bien, refrenando a su corcel como para encabritarlo, seguido por su tropa.

Años después le tocó a Emeterio ver más fotos de esa película, nunca proyectada en el cine. Se las enseñó Miguel Trillo en una de sus visitas a Parral, cuando Villa junto con sus más fieles Dorados se había establecido en la hacienda de Canutillo. Miguel, contándole a Emeterio sus andanzas con el general, se alargó particularmente en el relato de la película filmada por los gringos en las batallas de Ojinaga y Torreón.

—De esa película salieron los Dorados, porque el general se dio cuenta de que necesitaba aparecer como un militar con sus tropas, y no como lo que éramos, una banda con su jefe. Mira, así estábamos y así salimos de esas batallas —Trillo hizo a Emeterio comparar dos fotos: en una se veía a Villa y sus leales vestidos de cualquier manera, con ropas y sombreros rotos, con teguas de campesinos, con escopetas que tuvieron que esconder para que no se notara lo viejas que eran; en la otra imagen Villa y sus muchachos lucían todos uniforme, quepís militares, casacas bien abotonadas, botas que torturaban a más de uno —. El general hizo que los gringos mandaran los uniformes para unas escenas que hicimos de combate, luego les compró el ajuar para que nos vieran con respeto en acción.

—Por acá se decía que tuvieron que repetir la toma de Torreón para que la filmaran —dijo Emeterio.

—¡No, cómo crees! Esas cosas no se pueden repetir. Después de que vencimos no quedó nada en pie. Fue un relajo. Creo que se nos pasó la mano porque estábamos tan contentos de la victoria que casi acabamos con Torreón. Luego de esa batalla los gringos renunciaron en masa porque se cagaban de ver lo que hicimos con las muchachas o con los ricos que capturamos. Uno de esos de las películas hasta quiso reclamarle a mi general. Él que lo corta y le dice: «Mire, míster, andamos en guerra. Mis muchachitos arriesgan el pellejo y usté no tiene más que girar la manivela y callar. Porque si no le gusta lo que hacemos, el campo es muy ancho pa' que se largue. Así que ¡a rodar o a chingar a su madre!». El gringo salió espantadísimo. Después de él no tardaron en salir corriendo todos los demás, dizque por nuestro salvajismo.

—Pos esa película no la hemos visto aquí.

—Ah, es que los gringos culeros no cumplieron el trato que firmaron con mi general. Según que iban a filmar hasta la batalla de Zacatecas, pero después de Torreón cargaron sus chivas para regresarse a su país, muertos de miedo. ¡Cabrones! Mi general nos había prometido que nos íbamos a ver chulitos en la película, pero esos cámaras sin güevos se rajaron, se llevaron los rollos antes de poder verlos. Yo pude ojear algunas imágenes porque revelaron unos pedazos en el vagón que les cedimos como dormitorio. No quisieron seguir revelando quesque porque el agua estaba tan puerca que iba a echar a perder la cinta. Los dejamos mandar un paquete de bobinas a Nueva York, pero ya no supimos más. Estas fotos me las regaló un amigo de los de cámara fija antes de salir pitando pa' la frontera. Creo que pensó que lo iba a fusilar.

—En el cine de aquí vimos el anuncio de la película, pero todavía no la pasan.

—Ah, entonces sí la terminaron. Nosotros ya no pudimos pensar en eso. La bola nos llevó pa' todos lados, hasta a la capital. En Celaya nos cargó la chingada. Después nos fuimos contra Columbus; desde eso ya no quisieron más que filmarnos en una horca o ante un paredón. Pero cuando se calmen las cosas yo planeo ir a Nueva York a comprar una copia de la película. Al general le dará gusto acordarse de cuando ganamos Torreón, alueguito de Ojinaga. A todos nos quedó la curiosidad de vernos en el cine.

Once días duraron los combates ante Torreón, en los que chocaron doce mil soldados de la División del Norte contra nueve mil federales. Los combatientes morían por centenas en ambos bandos, no sólo a tiros o reventados por cañones, cartuchos de dinamita, granadas; también se recurría al envenenamiento del agua. A estos peligros se sumó una epidemia de cólera. Pero al fin los villistas triunfaron sobre los federales. Luego de la furia, de la euforia, de lamentaciones por los muertos, de la fatiga aplastante que se extendió sobre las pavesas entre los escombros, se encendió el horror: borracheras de días, celebraciones con harto escándalo pronto condujeron a fusilamientos masivos a toda hora, pillaje generalizado, violaciones por todas partes, plagios a capricho, encarcelamientos arbitrarios, vejaciones sin término para los habitantes. La revolución perdió todo mérito en esos días victoriosos de abril de 1914. Los periodistas abandonaron despavoridos el escenario de tantas muertes, abusos, locura. Los camarógrafos, lastrados por sus equipos, se sumaron a los fugitivos en cuanto pudieron resguardar sus cintas.

—Vamos a buscar agua química porque la de aquí perjudica el revelado, volvemos en dos semanas —les dijeron a los oficiales, que recelaban de sus preparativos.

Algunos de la tropa siguieron esperándolos hasta después de seis semanas. La huida de los camarógrafos permitió que el público de los cines conociera con toda prontitud las batallas iniciales de Villa. En vez de esperar los cuatro meses que faltaban para la toma de Zacatecas, los filmadores revelaron sin más, para editarlos, sus rollos de Ojinaga, Ciudad Guzmán, Torreón. Las primeras tomas habían salido oscurísimas por culpa del polvo que levantaba la caballería al atacar, pero al fin uno de los cámaras inventó un filtro para proteger las tomas de las polvaredas. Con ello, las imágenes de Torreón fueron un nítido inventario de horrores: cadáveres por todas partes, fusilamientos masivos, celebraciones demenciales.

Los generales de Villa, sus Dorados, aparecían en numerosas escenas, solos o en grupos: el caballeroso Felipe Ángeles, los salvajes Tomás Urbina, Rodolfo Fierro, Severiano Ceniceros, Eugenio Aguirre Benavides, Rosalío Hernández, Maclovio Herrera, José y Trinidad Rodríguez, e inclusive un sobreviviente de la Decena Trágica: Raúl

Madero, el hermano del presidente asesinado. La misma noche en que mataron al mandatario y a Gustavo, los esbirros de Victoriano Huerta fueron a buscar al tercero de los hermanos Madero. Pero Raúl había escapado sin avisar ni a su familia. Se unió más tarde a Villa para vengar la muerte de sus hermanos. El guerrillero lo recibió con un abrazo para ponerse luego a llorar por su amigo don Panchito, el de las remesas salvadoras. El propio Villa, en esa época, recién había perdido a su hija Luz Elena, envenenada con un postre que al general le habían aderezado sus enemigos.

En un cine de Ciudad de México, mientras las imágenes de la campaña militar fluían en pantalla, los espectadores se sobresaltaron por un grito en la sala:

—¡Raúl, mi hijo Raúl, no sabía que estaba peleando! —era Francisco Madero padre, quien había reconocido al único hijo que le quedaba, en cuclillas entre los generales villistas. Desde la huida de Raúl, en su familia lo creían oculto en el extranjero.

Como al sobreviviente Madero, el deseo de venganza im-pulsaba a Villa y a sus hombres en las acometidas contra los ejércitos de Victoriano Huerta. El jefe de la División del Norte nunca olvidó que su tocayo Panchito Madero lo había librado del pelotón de fusilamiento cuando el Chacal Huerta lo envió a México bajo pena de muerte. Villa no podía evitar recriminarse:

—El día que ese perro me acusó por el hurto del caballo, debí coserlo a balazos.

LA OBRA MAESTRA

En verdad hubiera sido un acontecimiento histórico si los camarógrafos de la Mutual hubiesen filmado la toma de Zacatecas. En esa ciudad se concentraron las últimas fuerzas de Victoriano Huerta en el intento desesperado de frenar a los vengadores de Francisco I. Madero. Ahí se fue Villa con su División del Norte después de arrasar Torreón.

Desde la madrugada del 18 de junio, aunque el agua calaba a todos los hombres, el jefe artillero y estratega Felipe Ángeles dispuso los cañones villistas en cinco trenes que comenzaron su marcha a las ocho en punto de la mañana. El sitio de preferencia lo ocupaba la pieza mayor, «el Niño» (Ángeles le puso ese nombre en recuerdo del primer cañón con el que contó José María Morelos para enfrentarse a las fuerzas realistas). La lluvia incesante no los desanimaba porque después de esta batalla el camino a la Ciudad de México quedaría libre para la fuerza que desde marzo se abría paso por el norte del país. Los uniformes obtenidos desde las filmaciones de Ojinaga, en algo protegían de la humedad y el frío a los villistas.

A la mañana siguiente los trenes se detuvieron a veinticinco kilómetros de la ciudad enemiga. Desde allí se divisaban claramente los cerros de la Bufa, el Grillo, la Sierpe, Loreto y la Tierra Negra, donde los huertistas se habían apostado para resistir el ataque. En el cerro de la Bufa los federales tenían montado un reflector enorme para iluminar Zacatecas. A partir del 19 de junio, no dejó de alumbrar las inmediaciones en busca de los villistas, de su artillería sobre todo. A veces iluminaban a un jinete paseándose tranquilamente con unos binoculares por zonas donde podían ocultarse tropas. Era el general Ángeles en despreocupada inspección del campo, haciendo sumamente ostensibles sus observaciones a través de los binoculares.

Felipe Ángeles estaba listo para comenzar el ataque pero lo contuvo hasta que Pancho Villa se presentara a cumplir su papel de general en jefe. Ese intervalo le sirvió también para esperar la llegada al sitio de todas las tropas y municiones que iba a necesitar para esta acción. El 22 de junio, por la tarde, llegó al fin Villa precedido por sus demás generales: Urbina, Fierro, Ceniceros, Aguirre Benavides, Madero, los Rodríguez, Hernández y Herrera. Villa determinó

comenzar el ataque al día siguiente a las diez de la mañana en punto.

—Cuando el cañón dé la señal —dijo a sus comandantes—, a esa hora se mueven todas las fuerzas juntas. Nadie entra un minuto antes ni un minuto después, ¿entendido?

Terminada la junta de guerra, Ángeles no se fue a dormir sino, bajo la lluvia, ordenó cambiar el emplazamiento de su batería, hasta colocarla muy cerca del enemigo, en sitios donde apenas podía éste divisarla.

Al amanecer del 23 de junio, el cielo estaba despejado; todo parecía claro para los oficiales cuyas tropas estaban por chocar. Cuando los observadores de Huerta comenzaron a reconocer el campo, se desencajaron al no ver las piezas de artillería villista donde habían estado durante los tres días anteriores.

Ángeles se despertó a las siete de la mañana pero no se dejó ver sino hasta las nueve, ya bañado, afeitado, seguramente bien comido, cuando montó su caballo para formarse junto con todo el ejército villista.

A las diez de la mañana los defensores de Zacatecas descubrieron dónde estaba uno de los cañones por la carga que soltó para anunciar el inicio de la batalla. A su aviso de muerte siguieron los de treinta y nueve bocas más descargando metralla, obuses. De los cuatro puntos cardinales brotó un clamor furioso enfilado hacia los cerros de la Bufa, el Grillo, la Sierpe, Loreto y la Tierra Negra. Veintidós mil hombres de Villa acometían al compás del cañoneo. Hasta entonces, los oficiales huertistas ubicaron con nitidez la artillería acosadora: veintiocho piezas al norte, doce al sur.

Ángeles, a caballo, sólo tenía vida para la batalla. Por sus binoculares pasaba la carga de villistas, la defensa ineficaz de los pelones. Por encima de él, por sus costados, frente a su caballo, estallaban granadas. Ángeles no escuchaba, se le iba el resuello en mirar, hasta que una posición a lo lejos volaba en pedazos para quedar luego quieta, humeante. Algunos cuerpos se perfilaban en llamas, sangrantes, en pedazos, igual de quietos. Entonces Ángeles volvía al mundo para apuntar sus cañones a otra parte hasta verla reventar. En ese fragor, el hormigueo de hombres matándose a tiros o a bayoneta calada le parecía una danza de atroz belleza.

Al fin, el general tuvo que moverse para seguir la matanza que se adentraba en Zacatecas. Yendo hacia Loreto contempló otra figura extasiada en la muerte que ganaba terreno: el general Villa, tan alegre como en una fiesta. En medio de esa exaltación, un estallido envolvió en humo y polvo a ambos jinetes. Ángeles se extrañó porque los cañonazos del enemigo o pasaban muy alto o reventaban mucho antes de aproximarse. Disipado el humo y revisado el tiradero de cadáveres,

un soldado con las ropas todavía chamuscándose, le reveló:

—Nicanor iba a tirar la granada pero le estalló en la mano.

Por ahí estaba el cuerpo de Nicanor con otros. Ángeles miró con piedad, con sobresalto, el cadáver cuyas manos, arrancadas por el estallido, dejaban ver los huesos de los antebrazos. La cabeza y el vientre de Nicanor fueron despedazados por la detonación pero el cuerpo conservaba las ropas tiznadas; la rigidez del despojo parecía de horas, aunque sólo habían transcurrido minutos desde su muerte. No lejos de él, un herido tenía la boca llena de un buche de sangre, cuyo hilo manaba por los labios entreabiertos al temblar el hombre de dolor. Apartando violentamente la vista de aquel moribundo, Ángelesdescubrió cómo se extendía el miedo en los hombres más próximos. La belleza atroz cuya imagen lo fascinaba, nadie más parecía poder descubrirla. Buscando conjurar el miedo de los otros, les dijo con voz tranquila:

—No ha pasado nada: algunos se tienen que morir. Para que no nos muramos nosotros, hay que matar al enemigo.

A fin de probárselos con el ejemplo, pidió una granada, la preparó sin prisas hasta lanzarla en el momento justo; a los pocos segundos todos la vieron o la escucharon detonar en el terreno enemigo, con su cuota consiguiente de muertos, de mutilados, de acobardados.

—Si lo hacen como se debe, el enemigo muere —corroboró Ángeles—. Si hacen pendejadas con esto, se mueren ustedes. No se maten, acaben a los pelones —concluyó, lanzando una granada más, cuyo elegante arco finalizó en explosión, seguida de alaridos o súplicas de los sobrevivientes.

La batalla continuó todo el día, con la incesante predominancia del ejército de Villa. Ángeles organizaba los tiros de cañón, conducía las andanadas, estudiaba los efectos en la ciudad bajo fuego. Entre las ruinas no asomaban los cadáveres, así que el artillero podía estimar los escombros como otros tantos aciertos en el plan de demolición trazado para esa batalla. A las 5:40 de la tarde, con la evidencia del ejército federal retirándose de la plaza, la mirada del estratega se adentró en el delirio artístico; en medio de esa acumulación de muerte y catástrofe sólo percibía, según escribió después, «el éxito de la labor hecha, de la obra maestra terminada». Para compartir con Villa este arrobamiento, empleó un lenguaje que el caudillo pudiese abarcar:

—¡Ya ganamos, mi general! —exclamó ante el complacido jefe, pese a que aún faltaban muchos tiros por disparar.

En el corazón de la urbe los pelones habían habilitado el Palacio Federal como polvorín, con incontables cartuchos, pólvora, fulminantes, más numerosas armas del ejército huertista. En él se quedó un joven oficial a esperar la entrada de los villistas. Cuando

pasó la tropa ante el depósito, el muchacho hizo estallar una granada en medio de los explosivos. El edificio voló en fragmentos matando a todos cuantos caminaban cerca del sitio o en sus alrededores. Tan sólo entre mujeres y niños, se recogieron trescientos cadáveres. El magnífico Teatro Calderón, casi junto al palacio reventado, perdió todos los vitrales que le habían colocado veinticinco años atrás, llenándose de llamas, de escombros. Hasta su interior fueron aventados trozos de cuerpos.

El sabotaje enardeció a los victoriosos villistas, aumentando sus ansias de sangre. Todo soldado federal sobreviviente fue exterminado por los vencedores, sin escasear quienes sufrieron tormento antes de morir. El saqueo se extendió a casas, oficinas, comercios. Los civiles también fueron absurdamente castigados por vivir en la ciudad donde el enemigo eligió pertrecharse. Violaciones y raptos, como en Torreón, abundaron. El camino de Zacatecas al pueblo de Guadalupe se volvió un sembradío de cadáveres, cuyo número descomunal imposibilitaba el avance de carruajes o automóviles. En esa batalla murieron ocho mil soldados: cinco mil huertistas, tres mil de las tropas de Villa. Centenas de prisioneros fallecerían a manos de los rabiosos sitiadores pero, luego de ver concluida la obra de arte letal, Felipe Ángeles recobró su humanidad para dedicarse a impedir las ejecuciones arbitrarias. Villa lo dejó hacer, que para eso había matado el artillero a tantos con sus cañones, marcando a sus muchachitos un camino de cuerpos mutilados, de ruinas.

EJECUTADO POR ACCIDENTE

A diferencia de Felipe Ángeles, Rodolfo Fierro era un hombre sin educación ni asomo de humanidad. Era famoso, no obstante, por su puntería, por su furia homicida con cuanto pelao se le pusiera enfrente, excepto con su gran amigo Pancho Villa, ante quien se mostraba dócil hasta la humillación. Durante la campaña contra Huerta, el periodista John Reed tuvo la oportunidad de ir a Chihuahua para escribir un reportaje sobre las fuerzas villistas estacionadas en la capital del estado. Tras los muchos excesos homicidas que relata en *México insurgente*, le dedicó un párrafo al sicario de Villa:

> Durante las dos semanas que estuve en Chihuahua, mató a sangre fría a quince ciudadanos inofensivos. Pero prevalecía una curiosa relación de él con Villa. Era el mejor amigo del general, quien lo quería como a un hijo, pues le perdonaba siempre sus crímenes.

No había que cruzársele en el camino a Fierro. Lo confirmaron incontables hombres caídos bajo sus balas, tan prontas como antojadizas. Para ganar una discusión, por ejemplo, sobre si los baleados caían hacia adelante o hacia atrás, el experto Fierro no halló mejor modo de probar su dicho que disparándole a un hombre totalmente ajeno a su polémica, un peatón que pasaba frente a quien refutaba al revolucionario en plena calle. Los impugnadores del pistolero, tras verlo desenfundar y seguir con la mirada su disparo, tuvieron que darle la razón al ver al desconocido, con el orificio rojo del balazo en la frente, irse de bruces hasta que su cara dio contra el suelo.

—¿No que pa' atrás? —fue el comentario triunfal de Fierro mientras enfundaba su Colt.

Ninguno de los que habían ocasionado esa muerte se molestó siquiera en preguntar por el difunto. Debatieron todavía un rato más en la calle sobre cuestiones letales, para irse poco después a seguir contradiciéndose en la cantina cercana.

Otro día, de visita en Torreón, Fierro andaba ya muy ebrio alejándose de otra cantina donde había pasado la tarde. Unos cuantos

parranderos lo seguían por la calle principal cuando se toparon con un elegante rubio que venía caminando hacia ellos. Fierro, al quedar frente a frente con el hombre de atildado atuendo, sacó la pistola ante el sorprendido personaje:

—Pinche fifí pendejo, vete a pasear a la chingada.

Alguno de los compinches reconoció al asaltado. Era Patrick O'Hea, el cónsul británico en la ciudad.

—Deja al güero en paz, Rodolfo. Es del gobierno inglés.

—¿Qué chingados hace el gobierno inglés en México? Le voy a enseñar a que no se meta con mi país. ¡A ver si tu reina te salva de ésta, pendejo!

O'Hea no podía ni balbucir ante el cañón de la pistola que le apuntaba. Escuchaba a aquel rufián gritándole sin poder entenderlo, ni a la chusma que también gritaba a su alrededor. Ante el británico se tambaleaba el pistolero mexicano con el Colt oscilando de la cara al pecho del inerme. Tras unos segundos entre el barullo, Fierro pudo mantener su arma apuntada al corazón del inglés. O'Hea, al ver que su agresor oprimía el gatillo, se echó hacia atrás con pavor. En vez del estruendo que esperaban, los borrachos sólo vieron al asesino encañonando a su víctima, como congelados en la acción. A Fierro se le había olvidado que su revólver, recién adquirido, tenía un seguro especial con el que necesitaba familiarizarse. Antes acostumbraba segar vidas con un Smith and Wesson. El beodo estuvo un rato sacudiendo el arma en el aire sin que saliera el tiro, inclusive se puso a mirar desconcertado el interior del cañón que apuntó hacia su cara, sin dejar de tirar del gatillo, hasta que sus acompañantes lo obligaron a guardar el revólver tras mucho insistirle en que matar al inglés ocasionaría un grave problema a todos. O'Hea, una vez que los mexicanos pusieron quieto a su líder, se alejó a paso veloz de la caterva.

Al día siguiente, el asaltado mandó un mensaje de protesta al cuartel de Chihuahua donde Pancho Villa conducía la campaña contra Huerta. Sin demora, O'Hea recibió una meticulosa disculpa del general, quien también le aseguraba que enviaría una comisión a investigar el asunto. Un par de semanas después, sin haber sabido de ninguna comisión que acudiese a Torreón, el cónsul halló en su correo una misiva de esmerada caligrafía firmada por el general Francisco Villa. En ella, informaba que había interrogado al culpable del ataque, para ponerlo enseguida a disposición de un tribunal militar, el cual dictaminó el cese del briago. Así, con una nueva disculpa, la carta le anticipaba al británico el riguroso castigo a su agresor.

En Chihuahua, Villa hizo comparecer a Fierro para soltarle una larga hora de mentadas de madre por haberse metido con el cónsul. El

culpable se limitó a escuchar en silencio, la cabeza baja, el mentón hundido contra su pecho. Cuando terminó su andanada de reproches, le exigió a Fierro que se explicara.

—¡Es que me cagan los gringos, mi general! —dijo el re-prendido.

Villa se le quedó mirando con impaciencia, como si tuviese que lidiar con un peón tarugo. Al fin el gesto se le serenó, resignado a los arranques de su capitán:

—Pos aprenda a distinguir, pendejo, porque ése era inglés, no gringo. Además, no ande con pistolas que desconoce; un día de éstos se lo van a madrugar con la fusca en la mano.

—Por eso no se apure, mi general, ya anduve practicando.

—Nomás no practique con los que van desarmados, cabrón. Para eso hay hartos pelones en las batallas.

—Pos sí, mi general, pero es que cuando el dedo pica, uno le rasca al gatillo sin pensar.

—Queda advertido, compadre. A los ingleses no les dispare. Ahora, de castigo, no se me para en Torreón hasta el año que viene. ¿Entendido?

—Sí, mi general. No vuelve a pasar.

A la noche Fierro ya estaba otra vez beodo en una cantina, a cuya salida mató a dos cristianos para mostrarles a sus compinches que el Colt ya no le fallaba. Como los muertitos eran paisanos, nadie se los reclamó.

Los líos de Fierro con los ingleses no iban a terminar con su intento de asesinar a O'Hea. En Chihuahua, cerca del pueblo de Santa Isabel, vivía en la hacienda de Los Remedios otro inglés a quien la mayoría de sus vecinos odiaba. Hacia 1880 William Benton había llegado de Escocia a explotar minas en territorio duranguense. Pasados unos años, en los cuales hizo fortuna a costa de las vidas de muchos mineros, el escocés conoció a Trinidad, la rica heredera de Los Remedios, prima de los Terrazas, con quien se casó en 1892. Propietario de la hacienda, Benton se dedicó a aumentar su extensión hasta dotarla de una superficie de ciento veintinueve mil hectáreas con valor de un millón de dólares, no pocas de ellas arrebatadas a sus vecinos mediante el cercado de potreros ajenos, clausura de fuentes de agua o, inclusive, el asesinato de los legítimos dueños. Con los pobladores de Santa Rosa y Santa María de Cuevas, sobre todo, Benton sostenía litigios interminables por esas confiscaciones. La protección del clan Terrazas-Creel le garantizaba al hacendado estas tropelías, así que, no contento con apoyar a los orozquistas, después a los huertistas, vociferaba su nostalgia por la dictadura de don Porfirio, cuyos rurales siempre estaban dispuestos a defender los expolios del escocés. Benton, en correspondencia, propalaba su enemistad con los

revolucionarios, sobre todo en forma de cartas a la prensa para quejarse de los bandidos que asediaban el territorio desde que Villa había entrado con sus fuerzas a Chihuahua.

Los villistas no tardaron en conocer el carácter despótico de Benton por boca de sus peones: «Somos esclavos en su hacienda, nos obliga a comprar más caro todo lo que necesitamos en su almacén, dice que odia nuestros ojos oscuros porque es la señal de que somos una raza inferior. Repite que si los escoceses vinieran a exterminarnos, prosperaría la tierra».

La primera vez que se cruzó su camino fue en 1911. Al antipático personaje los revolucionarios se apresuraron a exigirle un préstamo para gastos de guerra. El enviado villista, en compañía Cástulo Herrera, representante de Madero en la rebelión contra Díaz, llegó con esa demanda ante el extranjero. Benton se negó. La tropa le pidió entonces reses para alimentarse. El inglés, a quien rodeaban sus peones armados durante la áspera negociación, les dijo a los Herrera:

—Esperen un momento, voy por algo que sí les puedo dar.

Retornó con dos cananas cruzadas sobre su torso y un máuser en la mano.

—Si algo se van a llevar de mi hacienda, es una buena cantidad de balas. ¿Quién quiere ser el primero?

Cástulo Herrera, atendiendo a que podían entrar en guerra con una nación extranjera, contuvo a la tropa a duras penas. El enviado gritó que pronto su coronel Francisco Villa le quitaría al hacendado las balas, el rifle, además de sus reses. Luego dio orden de alejarse al galope, furioso, mientras Benton les gritaba.

—¡No le tengo miedo a nadie! —fanfarroneó—. ¡Voy a ver al tal Villa para decirle en su cara lo que pienso de ustedes, cuatreros!

El 16 de febrero de 1914, Benton cumplió su decisión de presentarse en la capital de Chihuahua. Vestido con su mejor traje, se presentó en el cuartel de la calle Lerdo a exigir que el general lo atendiera. Los guardias, cerrándole el paso, le ordenaron alejarse. Encolerizado, Benton fue a ver a un amigo yanqui que vivía en la capital chihuahuense, para quejarse con él del trato recibido por los villistas. Antes, en la habitación del hotel en que se había alojado, el atrabiliario latifundista se ajustó un atuendo color caqui, con sombrero tejano, más una pistola belga al cinto. Ya en presencia de su amigo, no tardó el escocés en arrastrarlo a una cantina. Estuvieron apurando güisqui tras güisqui hasta que Benton, animado por el alcohol, decidió volver al cuartel de Villa.

A la puerta del recinto, el extranjero le dijo a su amigo que lo esperase sentado en una banca donde la tropa ociosa mataba el tiempo. Aprovechando que sus ropas se confundían con un traje

militar, el escocés fingió ser un oficial del ejército estadounidense para colarse en el cuartel. Ya en los pasillos, averiguó dónde estaba Villa con su Estado Mayor e ingresó al privado del general.

Al caudillo lo acompañaban en su despacho su esposa Luz, su secretario Luis Aguirre Benavides, el hermano de éste, Eugenio, el abogado Carlos Jáuregui, Rodolfo Fierro, Hipólito Villa, un peluquero, el cocinero y un protegido de Villa, el jovencito Francisco Gil Piñón, a quien Jáuregui iba a conducir a El Paso para que estudiara en el Palmore Business College. Toda esta concurrencia presenció la entrada de Benton, quien sin más ceremonias dijo:

—¿Quién de ustedes es el general Villa?

El caudillo, de espaldas al intruso, sólo se volteó para encararlo:

—Yo soy, a sus órdenes.

—Soy William Benton, súbdito de la reina de Inglaterra. Vengo a que me dé un salvoconducto para sacar mi ganado de la hacienda de Los Remedios. Ya me cansé de que los revolucionarios me lo roben — el tono de Benton fue tan imperiosos como insolente.

La faz del caudillo enrojeció, su voz se endureció:

—No señor, porque ustedes los extranjeros se han enriquecido con el sudor de los mexicanos. Ya que usted vive aquí, tiene la obligación de sufrir, como ellos, las consecuencias de la guerra. Ahora salga inmediatamente de mi despacho.

Benton, en vez de obedecer, ladró:

—Yo no soy hombre que se deje robar por bandidos como ustedes.

Alarmados, los acompañantes de Villa vieron la mano del desconocido descender de su frente sudorosa hacia su cintura. El general, más rápido, sacó su pistola para acometerlo a tiros. Luz, quien estaba junto al Centauro, lo abrazó para estorbarle el movimiento, así que Benton sólo recibió un golpe del cañón, no un tiro que le deparaba el ofendido.

—¡Pancho, ’tate quieto! ¡Ayúdenme a apaciguarlo! ¡No dejen que mate a este inglés loco!

Rodolfo Fierro reaccionó antes que nadie. Se lanzó contra Benton, lo derribó e indicó a los demás que lo afianzaran para llevárselo prisionero. Villa trataba de apartarse del abrazo de Luz mientras le mentaba la madre al intruso, a su esposa, a todos. El adolescente Piñón lloraba de impotencia. Por fin, el jefe militar se libró de su esposa, aunque había perdido su arma en el forcejeo; Carlos Jáuregui sostenía el revólver, aguantando a duras penas un hormigueo en las manos que lo impulsaba a empuñarlo para disparar.

Benton gritaba:

—¡Sólo iba a sacar mi pañuelo! ¡Suéltenme, bandidos!

—¡Llévense preso a este hijo de puta! ¡Que le formen corte marcial! Rodolfo, tú me respondes de su vida. ¡Acuérdate, es inglés, no le dispares!

Fierro ya tenía en sus manos la pistola de Benton, apuntada hacia el preso. Con la desilusión torciéndole el gesto, empuñó la cacha sin tocar el gatillo para asestarle un golpe en la cabeza al extranjero.

—¡Ándale, cabrón, te vamos a fusilar en Paso del Norte por corte marcial! —iba exclamando mientras lo sacaba del cuarto.

Luz Corral se quedó serenando a su marido mientras los demás abandonaban el despacho de su jefe. En la calle, el amigo de Benton lo esperó durante más de tres horas. Hizo un inútil intento por averiguar sobre el escocés e, imaginando que la cosa iba para largo, se fue a esperar a su casa el regreso del hacendado. No supo más.

Al día siguiente, por la tarde, el general recibió, sorprendido, una urgente petición de Carlos Jáuregui para escuchar, de manera reservada, a Francisco Gil Piñón. A solas, Villa urgió a sus visitantes.

—A ver, Carlitos, ¿qué se traen usted y este muchacho?

—Mi general, como usted ordenó, ayer nos embarcamos en el tren para El Paso. Mi intención era cumplir su orden de inscribir a Francisco en el colegio de allá, pero en el camino pasó algo que debe usted saber enseguida, por eso tomamos en cuanto pudimos el expreso de vuelta. Aquí Paquito, que fue testigo, se lo contará.

—Ándale, tocayo, dime qué viste.

—General —comenzó el jovencito, abriendo mucho los ojos—, ayer andaba yo paseándome por el tren cuando se paró poco antes de la estación de Samalayuca. Bajé a orinar porque el tren se quedó parado mucho rato. Cuando estaba yo buscando un sitio, vi a tres hombres. Llevaban cargando un tapete amarrado con cuerdas o cordones. Se veía que les pesaba. Cuando se internaron tras unas matas, pude oír cómo dejaban caer el fardo. Como las ramas del matojo me ocultaban, me fui acercando para verlos mejor. Entonces oí un gemido, luego una voz muy quebrada, muy débil, dijo: «Fierrito, hagan el hoyo más grande, porque de aquí a la noche me sacan los coyotes». Escuché un como golpe, luego la voz ya no sonó. Un rato después vi pasar de vuelta a los tres hombres, uno de ellos llevando una pala igual a la que usan los fogoneros del tren. Los vi caminar hasta la locomotora, le dieron la pala a alguien que estaba en la máquina, luego retrocedieron hasta llegar al vagón principal, subieron al tren y poco después el silbato avisó que seguíamos camino. Uno de esos tres que vi era el capitán Fierro.

—Bueno, pero qué con eso. Ese pinche Rodolfo no deja de matar gente ni en el tren, ya lo sabemos.

—Es que la voz que oí… era la del señor que vino ayer a pe-learse

con usted.

Carlos Jáuregui no esperó más para intervenir.

—Gracias, Paquito. General, volvimos para informarle esto porque ese inglés, aunque lo agredió a usted, no debiera ser enterrado como animal en el campo. Creo que causará un incidente internacional. Ahora, con todo respeto, le pido instrucciones.

Villa los miró un rato, como implorándoles en silencio una solución al problema. Al fin, con gesto severo, les dijo:

—Muchas gracias por tomarse esta molestia. Haré buen uso de su información. Ahora cumplan la encomienda que les di: no paren hasta llegar a El Paso, hasta que usted, tocayito, no esté matriculado en la escuela, estudiando. Recuerde que lo que yo prometo lo cumplo.

Al quedarse solo, el general llamó a gritos a su ordenanza:

—Díganle a Fierro que se presente pero ya. Si tienen que sacarlo de una tumba no me interesa. Lo traen en este momento.

Villa tuvo que esperar a que volviera el tren de alguna estación cercana a la frontera. Al día siguiente, Fierro estaba rindiendo declaración ante Villa, junto con los dos hombres que lo habían acompañado en el ferrocarril.

—¿Qué hicieron con el inglés que te encomendé?

Fierro se cuadró, tieso como tabla.

—Le notifico, mi general, que murió en el camino.

—Se murió así nomás. Tú no tuviste que ver.

—Sí tuve que ver, pero no lo maté yo, se murió de un golpe.

—No me vengas con pendejadas. ¿Cómo que sí tuviste que ver pero no lo mataste? Ustedes, no lo encubran. ¿Lo ayudaron a matar al inglés?

—No, mi general —las dos voces al unísono, luego una so-la—: Ayudamos a enterrarlo, eso sí, pero se murió de un golpe.

—Pendejos, los voy a fusilar a los tres por mentirme. ¿Creen que me chupo el dedo?

—Mi general, con perdón, le explico. Es que usted me prohibió dispararles a los ingleses. Entonces, yo guardé mi fusca para no caer en tentación. Levábamos esposado a ese güero. De cuando en cuando le soltaba unas bofetadas porque iba muy insolente, pero nada de tiros. Iba hable que hable, mascullando quién sabe qué majaderías en inglés, pero en una de ésas clarito oí que dijo: «Perro Villa, ni su chingada virgen de Guadalupe lo va a salvar». Ahí no me pude contener porque los ofendió a usted y a la virgencita. Así que le azoté la cabeza contra la pared del vagón. Como siguió mascullando, le volví a dar un tope, pero para mala suerte, su cabeza se estrelló contra una pieza de fierro de la estructura. Le empezó a salir harta sangre de

la choya. Sólo vimos que se dobló, luego cayó al piso. Le taponamos la herida, lo tratamos de reanimar, pero no respondía. Estábamos cerca de Samalayuca, así que ordené parar el tren para enterrarlo junto a la vía. Lo bajamos envuelto en un petate que sacamos del vagón, le pedimos su pala al fogonero, cavamos un hoyo no muy profundo, por las prisas; luego lo cubrimos de tierra para poder seguir el viaje.

—¿Seguro que estaba bien muerto?

—Como que le dimos con la pala, mi general —soltó uno de los acompañantes de Fierro.

—¡¿Qué?!

—Este, empujamos un poco el cadáver con la herramienta, por si las dudas —enmendó Fierro—. Estaba bien difunto. Como le digo, se murió del golpe, yo no le disparé. Por la virgencita que cumplí la orden. Murió por accidente.

—¡Jijo de la gran puta, tú lo aporreaste!

—Fue un accidente que se atravesara el fierro ese. Se lo juro por el alma de mi Lucecita —exclamó el matón, mirando a Villa con ojos vidriosos.

El general, al oír el nombre de Lucecita, recordó que era una de las pocas cosas que el asesino de su compadre se tomaba a pecho: Luz Decens, la única mujer que Fierro había amado. Se decía que la muerte de la señora, al dar a luz a una niña, ha-bía trastornado al antiguo ferrocarrilero hasta convertirlo en el carnicero que todos temían. A Villa, conmovido por el acento del culpable, se le pasó la rabia pero no la preocupación. Comenzó a pasearse a zancadas por su despacho. Los dos compañeros de Fierro observaban a su jefe con rostros cenizos; el verdugo de Benton mantenía la vista en el suelo. Al fin, el caudillo se volvió a encararlos.

—Pinche compadre, ya nos metiste en un lío cabrón. Pero a lo hecho, güevos. Ahora se me van a El Paso hasta que yo los llame, pero calladitos. No quiero escándalos allá. Húndanse en una cueva o a ver qué chingaos hacen, pero les advierto: si llaman la atención de los gringos, no voy a salvarlos de que los horquen. ¿Está claro?

—Como la lumbre, mi general —dijo Fierro hablando por sus compinches.

—Pos búiganle, pero a la de ya. Rodolfo, dile al ordenanza que mande pa' acá a mi secretario.

Fierro y sus hombres se cuadraron, muy serios, antes de salir pitando. Villa se volvió hacia la ventana de su despacho. Escuchó la puerta cerrarse con suavidad. Al poco rato oyó unos golpecitos a su puerta. Era Luis Aguirre Benavides, con quien se encerró para planear lo que harían. La mañana los sorprendió discutiendo maniobras. Al día

siguiente, Villa fue importunado por una mujer que preguntaba por su marido, un inglés que había venido a la capital para entrevistarse con el general. Era la aún ignorante viuda de Benton. El caudillo la hizo pasar a su oficina, reunió a la gente que podía dar cuenta de lo que hizo el escocés y le dio la noticia a la hacendada, quien se soltó a llorar.

—¡Le dije que tuviera cuidado, se lo dije!

—Lamento mucho lo sucedido, señora, pero el consejo de guerra lo condenó al fusilamiento. Yo lo hubiese perdonado pero una sentencia militar es inapelable. La orden se ejecutó desde antier.

—Ahora sólo puedo pedirle que me entreguen el cuerpo para velarlo, general —la mujer sollozaba al hablar, luego su llanto fue copioso.

—Lo siento mucho, señora. Ya ha sido enterrado. Le puedo mostrar la tumba pero no entregarle el cuerpo.

—General, no sea inhumano. Mi marido está muerto. Quiero que sus restos descansen en nuestra casa.

—Lo lamento, señora. No es posible. El ejército se hizo cargo del funeral.

Deshecha, la viuda salió del cuartel para ir a quejarse con su cónsul en Chihuahua. El legado buscó el apoyo de los estadounidenses, quienes le encomendaron a su agente consular en El Paso, George C. Carothers, negociar con el general Villa la entrega del cuerpo. El revolucionario siguió negándose, así que Carothers procedió a denunciar a los periódicos el fusilamiento de un súbdito inglés no beligerante por soldados mexicanos. «Los extranjeros son neutrales en el conflicto que sostienen las facciones en México», fulminó el agente consular.

De nuevo, Villa se encerró con su amanuense Aguirre. El 21 de febrero, por la mañana, al fin mandó a Venustiano Carranza un telegrama urgente:

> Martes 16 del corriente, inglés William S. Benton trató asesinarme en Ciudad Juárez. Debido a la violencia con que obré pude desarmarlo personalmente. Lo entregué a un consejo de guerra que lo juzgó y condenó a muerte. Con este motivo prensa enemiga en Estados Unidos está haciendo gran escándalo. El citado Benton, además del atentado contra mi persona, ha cometido varios crímenes amparado por Terrazas. Creo sinceramente que fallo jurado fue absolutamente justificado. Lo comunico a usted para que no se deje sorprender por falsas informaciones. Salúdolo respetuosamente.

Carranza, a quien no le cuadraba el general exbandolero, se olió enseguida la mentira. Además, el mismo día 21 recibió informes telegráficos de su agente confidencial en Washington, Roberto Pesqueira:

> Fusilamiento Benton ha producido terrible impresión aquí. Prensa toda publica alarmantísimas versiones encaminadas levantar indignación pública. Suceso tanto más deplorable cuanto que en estos días anunciábase cambio política inglesa con llegada México del nuevo ministro Hohler. Es indudable gobierno inglés aprovechará esta circunstancia para hacer presión sobre Washington, orillando a acción concertada potencias. Urge tomar medidas para tratar contrarrestar mala impresión, dándoseme toda la información necesaria para demostrar fusilamiento fue enteramente justificado. Asunto es en extremo delicado y requiere inmediata atención.

A partir de los escasos datos con que contaba, Carranza apeló a su inteligencia táctica para trazar su plan de acción. Entendió que en aquel momento le urgía ser reconocido por los Estados Unidos no sólo como comandante supremo de la nación, sino como su máximo dirigente político. Con el reconocimiento gringo, no tardaría en llegar el europeo. Durante meses, sus agentes diplomáticos Luis Cabrera, Isidro Fabela Pesqueira, habían maniobrado para obtener aquel refrendo. Los tres legados sentían que estaban a punto de lograr el objetivo cuando el malhadado asunto de Benton irritó a los ingleses, quienes buscaron que Estados Unidos pusiera en orden a los mexicanos. Carranza confiaba en que el presidente Woodrow Wilson, quien demostraba abierto favor hacia los revolucionarios, presionaría a los británicos para obligarlos a cesar relaciones con Huerta, de modo que reconocieran al gobierno carrancista. El jefe máximo estaba convencido de que era imposible castigar a Villa si resultaba culpable de asesinar a Benton; así, se negó a permitir que una comisión internacional investigara el caso, como exigían los británicos. Desoyó el consejo de Cabrera, a quien se sumó Pesqueira, de que si Inglaterra participaba en la comisión junto con Estados Unidos, ambos países tendrían que aceptar tratos diplomáticos con el régimen de Carranza. Cabrera, considerando que sus opiniones eran desairadas, exigió que no le consultaran sobre aquellos asuntos, pues le correspondían a Fabela. Pesqueira escribió al mismo Fabela para reclamarle que sus esfuerzos para atraer a los estadounidenses fuesen puestos en riesgo por no hacer caso de sus recomendaciones sobre el caso Benton.

A todo esto, Villa enredaba más el caso. Había informado al cónsul de Chihuahua, Marion Letcher, que él mismo ordenó la ejecución de

Benton, aunque a Venustiano Carranza le escribió que un consejo de guerra ordenó el fusilamiento del escocés. Luego, hizo enterrar el cuerpo del hacendado en Villa Ahumada, no sin deliberar antes la conveniencia de pegarle de tiros para ocultar la verdadera causa de muerte. Dos médicos le indicaron que sería inútil porque el examen forense revelaría los disparos póstumos. Así, el cuerpo quedó tal cual en su segunda tumba.

A todo esto, los encargados de la política interna mexicana prefirieron sostener la posición de Carranza sobre la necesidad de obligar a los europeos a tratar directamente sus reclamaciones con el gobierno revolucionario, en vez de buscar la mediación de los gringos. Como el presidente Wilson apoyaba la revolución, su viejo líder se acomidió a ofrecer, ahora sí, que una comisión exclusivamente mexicana investigara la muerte de Benton. Ese gesto no hizo más que fomentar la irritación británica, puesto que al principio el gobierno mexicano se negó a toda indagatoria. Los ingleses, sin embargo, temían que una acción contra México los privara del precioso petróleo que por entonces comenzaban a consumir sus navíos de guerra, además de que Estados Unidos condicionó a los europeos el paso por el Canal de Panamá a cambio de no exaltar a los mexicanos. Jugando un riesgoso estira y afloja, luego de varios meses, Carranza consiguió acomodar el asunto a su conveniencia: evadió la investigación, mantuvo impune a Villa, se desentendió de las reclamaciones inglesas e inclinó definitivamente a su favor las actuaciones de Woodrow Wilson. Su ministro del exterior, Isidro Fabela, resumió así los triunfos en esta jugada del futuro presidente:

> Primero, que la cancillería de Washington concediera una mayor personería internacional al gobierno constitucionalista que presidía el señor Carranza; y, segundo, que los gobiernos europeos fueran poco a poco dejando la costumbre de considerar a los Estados Unidos como un poder regulador en las dificultades que tuvieran con las naciones latinoamericanas, y en especial con México.

Cuando Carranza tuvo que encarar la rendición de cuentas de su general por estos malabares diplomáticos, no le fue tan bien. Como estaba en Hermosillo cuando el asunto Benton quedó finiquitado, pasó a Chihuahua para reprender a Villa por su imprudencia. El Centauro no acudió a recibir al Jefe Máximo en la capital chihuahuense la mañana en que don Venus hizo su arribo, pero sí irrumpió ante el líder revolucionario una noche, intempestivo, para exigir que le entregaran al gobernador y comandante militar Manuel Chao, a quien había mandado encarcelar. Negada esta petición, Carranza obtuvo la

liberación de Chao. El ultrajado mandatario pidió enseguida, sin éxito, que le permitieran fusilar a Villa. Tras malquistarse con ambos bandos chihuahuenses, don Venustiano comprendió que ni su comitiva ni él estaban seguros en Chihuahua. Ordenó salir hacia Torreón, de donde pasó a Saltillo sin apenas descanso. En ese incidente comenzó a quedar claro que Carranza nunca podría congeniar con Villa.

Ajena a las peripecias revolucionarias, Trinidad viuda de Benton siguió reclamando los restos de su esposo en Villa Ahumada. Cuando se los entregaron al fin, pasados meses del asesinato, eran puros huesos requemados, pues le dijeron que para evitar contagios habían tenido que incinerar el cadáver exhumado. La viuda hizo colocar esa osamenta en una caja de mármol negro, preparó una fosa enfrente de la casa grande de Los Remedios e hizo enterrar el reducido sarcófago allí, para poder contemplar el sepulcro desde la ventana de su sala. Nadie pondría en duda su amor hacia el abusivo Benton.

NADIE LLORÓ SU MUERTE

Los combates de Torreón y Zacatecas nada le valieron a Villa para congraciarse con Venustiano Carranza, caudillo empeñado en rodearse de hombres dóciles a sus deseos, buenos para la negociación política. La División del Norte proveía tipos feroces como su jefe o estrategas como Felipe Ángeles, al que Villa soñaba en la presidencia de la república. Carranza, ya Jefe Máximo de la revolución, no admitiría competidores. En vez de premiar a Ángeles por sus hazañas, le mandó mensaje de que le retiraba su confianza. Los villistas consideraron esa humillación dirigida a cada uno de ellos.

Don Venus era soberbio, terco. Comprendiendo muy bien los defectos del Jefe Máximo, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles a todo le decían «sí, señor»; cuando el caudillo de larga barba negaba, entonces violentamente coincidía Obregón con Calles en decir «no, señor». Al triunfo de Villa, aquellos síes o noes de los sonorenses se volvieron «sí, señor Presidente», o «no, señor Presidente». Don Venus, al escucharlos, preveía para sí un mandato de quince, veinte años. ¿Por qué no de treinta, como el de don Porfirio?

Apenas era julio de 1914. El usurpador Huerta ya abandonaba el país para irse a esconder en Estados Unidos, donde fue a conspirar con Orozco y, por mala ocurrencia, con los alemanes. Ellos le ofrecieron armas para volver a sublevar México; luego iba a apoderarse de Estados Unidos; después, de Europa. Los antiguos patronos de Huerta, enterados de estas conjuras delirantes, lo mandaron a la cárcel, junto con Orozco, en 1915. A Huerta lo soltaron casi enseguida porque la cirrosis hepática lo estaba consumiendo, pero al fugarse Orozco de la prisión, Huerta fue de nuevo encarcelado. Apenas lo dejaron salir de la celda para permitir le practicaran con toda torpeza una operación que lo dejó frío en enero de 1916. Salvo sus hijos, nadie más fue a llorar al Indio Huerta al cementerio La Concordia, donde quedó sepultado. Con los años tuvieron que mover sus restos al vecino panteón de Evergreen, donde lo colocaron en 1932 entre miles de tumbas iguales para que nadie pudiera ubicarla con facilidad, pues el túmulo que le habían erigido en La Concordia, lo convirtieron en cagadero, meadero o tiradero de inmundicias los mexicanos conocedores de sus infamias, pese a la vigilancia de los encargados del

panteón. Sólo hasta 1999 las autoridades de El Paso colocaron en la tumba del dictador una lápida en la que reseñan su ignominia, de modo que el sepulcro es una curiosidad para turistas.

De los implicados en el asesinato de Madero y Pino Suárez, el más prominente, Francisco Cárdenas, abandonó el país por la frontera sur para refugiarse en Guatemala desde 1914. Creyó poder librarse en esa nación centroamericana de una merecida condena en México.

Mucho antes, Enrique Cepeda («Cepedilla», lo apodaban) había recibido castigo por su vileza. Al mes de que Huerta lo nombró gobernador del Distrito Federal, Cepeda salió de farra a un domicilio particular la noche del 26 de marzo de 1913. De la casa donde comenzó la parranda, el gobernador capitalino decidió seguirla en el restaurante Sylvain. Horas más tarde, a las dos de la mañana, el gobernador reunió a un pelotón de treinta y un gendarmes para lanzarse contra las cárceles de la capital. Llegado a Lecumberri, Cepeda exigió que le entregaran a varios presos políticos, entre ellos, a Rafael Zepeda, gobernador depuesto de San Luis Potosí; pero el director del penal, Octaviano Liceaga, rehusó admitir al beodo. Iracundo, Cepeda se apersonó con su escolta a la cárcel de Belén. Ahí forzó su entrada hasta la celda donde estaba preso el general maderista Gabriel M. Hernández, de treinta y cinco años de edad, convaleciente aún de las heridas que recibiera en las acciones de la Ciudadela. Tras insultar al reo, Cepeda hizo que lo llevaran al paredón, ante el cual dirigió el fusilamiento de Hernández.

La muerte del opositor, lejos de calmar al vesánico ingeniero, lo enardeció. Mandó traer leña que amontonó personalmente alrededor del cadáver. Enseguida, ordenó regar petróleo sobre el cuerpo, los leños, el piso. Antes de que los espantados esbirros supieran qué pasaba, Cepeda sacó de su bolsillo una caja de fósforos. Intentó extraer de sus ropas un cigarro que no pudo hallar, maldijo al cadáver, gritó a sus esbirros que le consiguieran cigarros, maldijo de nuevo al muerto, rechazó los cigarros de hoja que se apresuraron a ofrecerle los del pelotón. El enloquecido gobernador encendió súbitamente un cerillo, el cual sostuvo unos segundos frente a sus ojos vidriosos antes de lanzarlo sobre el difunto. La llamarada que soltó el combustible casi alcanzó al iracundo gobernador, quien permaneció mirando la pira hasta que se consumió. Alrededor, los gendarmes seguían de pie, en silencio, aterrados por la saña de su jefe. A los dos meses de este asesinato, la protesta popular obligó a Victoriano Huerta a destituir a Cepeda. A fin de impedir el fusilamiento del ingeniero, Huerta ordenó un juicio en el cual el juez declaró demente al exgobernador. Acabó sus días en el manicomio de La Castañeda, antes de cumplir un año de encierro.

LA CONVENCIÓN

Villa era el vencedor de la campaña contra el Chacal, pero don Venus reservó todas las aclamaciones para Álvaro Obregón, a quien durante las batallas contra Huerta mandó a negociar diferentes posiciones ocupadas por el guerrero duranguense.

Al huir el usurpador, los norteños tomaron el poder: Carran-za, Obregón, Calles, Benjamín Hill. Faltaba entre ellos el único hombre del pueblo, Pancho Villa. Los sureños eran en su mayoría campesinos, obreros; no iban a dejarles la nación a los fifíes.

En el estira y afloja por el mando, Carranza comisionó a Obregón para apaciguar a Villa. La encomienda era multiplicar los ardides para debilitar al guerrillero. En cuanto se dio cuenta de la treta (le garantizaban alianza pero enseguida lo mandaban bloquear militarmente para impedir su arribo a la capital de la república), Villa quiso fusilar al enviado de Carranza el día en que Obregón llegó a presenciar el excesivo desfile militar con que el antiguo abigeo celebró el aniversario de la independencia. Durante toda la tarde del 16 de septiembre de 1914, rabioso, Villa estuvo insultando al carrancista, intimidándolo con promesas de fusilamiento. Obregón no se inmutó. Le dijo a Villa:

—Yo no perdería nada si usted me manda fusilar, porque estoy en la revolución para morir; pero usted, general, perdería el honor militar si fusila a un compañero de armas.

—¡A mi honor no lo manchará el fusilamiento de un traidor, tú no eres mi compañero, hijo de tu chingada madre y del Barbas de chivo!

Villa tuvo que apaciguarse en ese momento al entrar su esposa, Luz, a suplicarle por sus hijos dejara en paz al agente de Carranza. Al día siguiente Villa volvió a enfurecerse con Obregón y su comitiva. De nuevo puso bajo arresto al sonorense, en solitario; a sus dos acompañantes, Carlos Robinson y Francisco R. Serrano, Villa los recluyó en la habitación contigua a la de Obregón, dejando la puerta abierta con centinela a la vista. Villa se salió de la casa mentando madres. Juró dar muerte a los tres emisarios de Carranza. Después de una hora, inopinadamente retornó a confrontarse con Robinson.

—¡Si no quiere morirse hoy, dígale a su jefe que saque a Hill y a Calles de Sonora!

Robinson se quedó sin habla. Serrano, hasta entonces sentado sin intervenir, se puso de pie para aproximarse a Villa, clavando sus ojos verdes en el caudillo. El general enfurecido lo increpó:

—¿Y usted quién es, cabrón?

—General, soy Roque Serrano. Es momento de que tenga con usted una plática como los hombres, si me permite.

El ojiverde le arrimó su silla al colérico jefe que le ofrecía el paredón. Villa aceptó sentarse ante las palabras del joven militar de cabeza alargada. El asistente de Obregón, manteniéndose en pie, le dijo al guerrillero:

—Nos aconsejó mucha gente evitar este encuentro, pero sin escucharla decidimos hacer el viaje, con la seguridad de que en cualquier circunstancia usted nos iba a respetar.

—¿De dónde carajos les sale esa seguridad? —respondió Villa—. ¡Aquí yo hago lo que se me pega la rechingada gana! ¡Los fusilo si se me hinchan los güevos! ¿Lo oye?

Serrano siguió hablando en tono doctoral:

—Nunca se ha registrado un solo caso en la historia del mundo en que un hombre valiente hasta la temeridad, como usted, haya sido un asesino o no haya sabido respetar la vida de sus huéspedes… Yo sé muy bien que usted quisiera con el alma, ¡con toda el alma!, ver a mi general frente a sus tropas para ir a ponerse usted frente a las suyas y combatir hasta el exterminio, como dos grandes hombres. Pero de ninguna manera faltaría usted a las leyes del honor que hacen intocable la persona de un huésped mientras se halle en su casa, bajo su techo, compartiendo su afecto y su mesa. ¿No es así, mi general?

Villa quedó aturdido con la palabrería de Serrano. Lo miró con desconcierto; Serrano le devolvió una expresión de confianza. Antes de salir, la mirada iracunda de Villa se disolvió en una de sensatez repentina, de cierta sorpresa ante una revelación admirable.

—Vea que estos señores estén cómodos —le dijo al centinela—. Ustedes, pérenme un rato.

A la noche, arrepentido, el duranguense no sólo les perdonó la vida a los perfumados; los invitó al baile, con especial cordialidad hacia Serrano. Los villistas que ya se prometían una madrugada con paredón u horca, tuvieron que admirar a Obregón toda la noche, infatigable bailador, vuelto a la vida para sorpresa de todos. Ninguno de ellos tuvo el buen sentido de buscarle pleito en medio de la borrachera para tronarlo con seis tiros.

En Aguascalientes los revolucionarios triunfantes celebraron una convención cuyos acuerdos, instigados por Obregón, fueron desconocer la jefatura de Carranza y demandar a Villa la entrega del

mando de su División del Norte. En respuesta, don Venus se fue a Veracruz, donde los cañonazos del norte iban a tardar en llegarle. Villa resolvió su problema de un golpe: ocupó Aguascalientes con sus tropas e impuso a Eulalio Gutiérrez como presidente de la Convención, es decir, del país. Ya dueño del campo, el guerrillero marchó a Ciudad de México para reunirse con los zapatistas a disponer de la nación.

Villa estuvo en la capital desde el 3 de diciembre, cuando acompañó a Eulalio Gutiérrez hasta la entrada de Palacio Nacional para *instalarlo* en la presidencia. No quiso el guerrillero subir hasta las oficinas presidenciales porque, se empeñó en alegar, tenía que hacerlo junto con Emiliano Zapata. Así que fue el vencedor de Torreón a esperar al Caudillo del Sur en Xochimilco, por entonces todavía un pueblo lejano a la capital. En ese entorno de milperos, de chinampas, los dos caudillos se juntaron para conferenciar. Estuvieron incómodos, casi mudos, durante dos horas, sin saber qué decirse, hasta que Villa comentó:

—Qué descarado es don Venustiano.

—Yo siempre se los dije, ese Carranza es un canalla.

A Zapata se le soltó la lengua y, entre mentadas de madre a don Venus, los dos jefes de la chusma acordaron quiénes gobernarían México: Eulalio Gutiérrez y un grupo de villistas, más el zapatista (eso creían) Antonio Díaz Soto y Gama. En algún momento, ya distendidos, Villa le preguntó a Zapata cómo encontraba la capital.

—Nomás puras banquetas… Yo lo digo por mío: de que ando en una banqueta, hasta me quiero caer —confesó Zapata.

—Sí, ¿verdá? Ese rancho está muy grande pa nosotros —lo confortó Villa.

El 6 de diciembre los habitantes de la Ciudad de México presenciaron con pavor la llegada del ejército convencionista, a las órdenes de los salvajes más temidos durante la revolución: Zapata y Villa. Las tropas no desmintieron la fama de inopia o extravagancia que les precedía: los del sur con ropa de man-ta, huaraches en los pies; los del norte en uniforme caqui mal ceñido. Mientras el general suriano se ataviaba a lo charro —con sombrerazo, los dedos cargados de anillos de oro, a la usanza de los patrones que se suponía odiaba—, el general norteño portaba uniforme de gala azul con quepí. Los capitalinos imaginaron que aquellos Atilas arrasarían la ciudad. Pero si unos cuantos robaban, abusaban, asesinaban, muchos se sentían asustados ante los palacios, andaban perdidos buscando qué comer, pidiendo por caridad un poco de agua, casa por casa.

Los fotógrafos de la capital se solazaron los primeros días de la ocupación convencionista: retrataron a Villa con Zapata, flanqueando

ambos a Eulalio Gutiérrez en una comida en Palacio Nacional. Allí, al ver una silla con cimera de águila en el respaldo, que le dijeron era la presidencial, Villa se empecinó en arrellanarse «pa' ver qué se siente». Jaló a Zapata invitándolo a tomarse juntos una foto, en medio de sus leales, hasta con algunos niños. En las fotos el general Pancho aparece echando relajo, ajeno a la lente, junto a un general Emiliano aferrado a su enorme sombrero y al bigote, lleno de desconfianza hacia el aparato que le apunta. Nunca más hombres del pueblo han vuelto a ocupar esos sitiales en semejante modo.

OCASO EN GUANAJUATO

Con la huida de Carranza empezó otra guerra de facciones. Obregón con sus norteños contra villistas y zapatistas. Los cambios de bando de generales, las delaciones o traiciones de diferentes hombres de confianza, las torpezas entreveradas con golpes de astucia, iban determinando el curso de la contienda en el norte como en el sur.

A mediados de marzo de 1915, Villa dictó a su secretario una carta para Emiliano Zapata. El Centauro recibía informes tan buenos de sus generales en diversos frentes, que le prometía al caudillo suriano concluir la guerra en menos de un mes. Al enterarse del avance de Obregón hacia Irapuato, Villa enfiló sus fuerzas para esa ciudad guanajuatense. Desde el noroeste, donde conducía un frente contra el carrancismo, Felipe Ángeles desaconsejó ese movimiento: le recomendaba a Villa concentrar sus fuerzas en Chihuahua de modo que Obregón se viese obligado a acudir a un territorio hostil donde sería aniquilado poco a poco. Impaciente, Villa prefirió ir al encuentro del perfumado. Desgastó a sus tropas en marchas forzadas, confiado en la superioridad numérica: tenía veintidós mil soldados contra sólo once mil de Obregón.

El sonorense esperó con preocupación esa acometida descomunal. En tiempos de don Porfirio, las cargas de caballería eran el más temible recurso de un ejército; pero desde 1914, la Primera Guerra Mundial enseñó a los generales que la guerra de trincheras podía anular a los jinetes. Obregón se atuvo a esas lecciones venidas de Europa para afrontar a los Dorados de Villa. En Celaya los dos ejércitos chocaron el 6 de abril, con grandes pérdidas iniciales para los obregonistas. Al día siguiente, cuatro regimientos sonorenses que se quedaron sin municiones empezaron a retirarse; los villistas se lanzaron sin mucho orden a perseguirlos. Obregón supo que estaba perdido si le abrían brecha; envió más soldados a ese punto para cortar la retirada con un reaprovisionamiento de balas. Además, mandó a su corneta, un niño de diez años, tocar diana como si estuvieran ganando. La reactivación de los cuatro regimientos, más la confusión que generó entre los villistas el sonido de la diana, le permitió al sonorense no sólo frenarlos, sino obligarlos a la retirada. Ahora fueron sus hombres los que persiguieron al enemigo. En el

campo quedaron muertos mil ochocientos villistas, otros quinientos quedaron prisioneros, tres mil más escaparon heridos. Las bajas de los obregonistas no llegaron a mil, contando quinientos sesenta muertos más trescientos sesenta y cinco heridos.

Enterado de la derrota, Felipe Ángeles envió un nuevo mensaje recomendando el repliegue de las fuerzas convencionistas. Villa, a cubierto en Salamanca para reponer fuerzas, se empecinó en acabar con Obregón. Desoyó el consejo de su estratega a fin de preparar una acometida aún más rabiosa de la caballería contra las trincheras. No había presenciado los combates en la Ciudadela; de otra manera hubiese entendido lo inútil de su despliegue. Obregón, además de asegurar su confianza en la estrategia que diseñó, obtuvo de Carranza el refuerzo de cuatro mil hombres, más suficiente parque. Por si las dudas, el sonorense ordenó a su Estado Mayor estudiar los movimientos de tropa que desde el 11 de abril emprendieron los villistas, para conocer las variaciones en el plan del segundo ataque contra Celaya. Con sorpresa, con alborozo, Obregón escuchó los datos indudables sobre una carga de caballería idéntica a la previamente fracasada. La maniobra de su ejército debía perfeccionarse para concluir de una vez por todas con la necedad de Villa.

El 13 de abril, a las cinco de la tarde, el guerrillero ordenó una segunda carga de su caballería contra las defensas de Obregón. La batalla se extendió por tres días, en los que cada carga costaba a Villa cientos de hombres. Obregón y sus generales reservaban a su caballería compuesta por ocho mil jinetes, mientras oponían a las acometidas de Villa sus trece cañones más cien ametralladoras dispuestos en las trincheras, alimentados por el aguante de la infantería. El día 15, con los villistas cansados por la continua refriega, el general sonorense ordenó a su propia caballería un ataque masivo. Su oponente no esperaba esta resistencia, con la cual fue barrido en todos los sectores. Al fin, la División del Norte abandonó el campo con cinco mil heridos. En el terreno quedaron cinco mil muertos más, todos villistas. Obregón no podía creer su victoria. De sus efectivos, sólo ciento treinta y ocho habían muerto, apenas veintiséis quedaron lesionados. Ya sólo necesitaba continuar con el impulso adquirido hasta someter a Villa. Pero el 3 de junio, en la población de Santa Ana, una granada cayó junto a Obregón, arrancándole un brazo. Aturdido pero sin desanimarse ante la imposibilidad de hallar su brazo, el general mandó recuperarlo a como diese lugar. Ofreció por el miembro cercenado un azteca de oro. Después juró haber aventado al suelo la moneda, hasta la cual llegó arrastrándose el miembro amputado; así pudo confiar su conservación a un recipiente lleno de formol.

Al dejar los campos de batalla, Obregón encomendó a Benjamín

Hill y Francisco Murguía acabar con Villa. Los dos generales acosaron al duranguense hasta su derrota casi total en León, Guanajuato. A partir de ahí, Villa tuvo que resignarse a volver a ser el bandolero perseguido por las fuerzas federales.

INFIERNILLO EN COLUMBUS

Villa veía en los estadounidenses a sus aliados naturales desde su fuga con Carlos Jáuregui en 1912. Le habían los gringos librado de las acechanzas de Victoriano Huerta. Le habían permitido hacer negocios. Al fin, lo habían proveído de armamento de 1913 a 1915, contra Huerta de inicio, luego contra Venustiano Carranza. Hasta lo habían vuelto actor de cine. Pero a partir de las derrotas en Guanajuato le volvieron la espalda sus apreciados güeros. Replegado en el norte, Villa quiso reactivar sus negocios para financiar una nueva campaña, pero ahora los gringos lo proscribían. Su ejército, sin fondos, se fue desperdigando. Los Dorados que no desertaron se fueron al exilio, como Ángeles, o se le murieron en el camino, como Rodolfo Fierro, tragado por el lodo de una ciénaga.

El general de los Dorados volvió a ser el abigeo, el cuatrero, el bandido Doroteo Arango Arámbula, alias Pancho Villa. Para colmo, un gringo lo estafó. Samuel Ravel, un comerciante judío que poseía almacenes en la ciudad de Columbus, Texas, le había vendido armas durante varios años. En 1916 Ravel le recibió un anticipo para proveer a Villa de rifles, pero luego le dijo que no entregaría las armas ni devolvería el dinero. El traficante alegó que su proveedor, «un sueco», había fallado en suministrar la mercancía.

—¡No es culpa mía, es de ese Holmdahl, que nos hace perder a los dos! —clamaba Ravel, mostrando las manos vacías. Luego de gritar esto durante un rato, se metió en su local, azotando la puerta en las narices del enviado mexicano que le reclamaba.

Villa se encolerizó. No recordaba haber oído antes el nombre de aquel sueco, tal vez porque el único «Jómdal» que le venía a la memoria era el teniente gringo de Viljoen, hacía años, y que seguro estaría más muerto que el señor Benton. Además, desconfiaba plenamente del judío. Con el medio millar de jinetes que lo seguían, planeó un ataque contra el almacén de Ravel. Debía ser un ataque sorpresivo; sin embargo, en los solitarios caminos de la frontera quinientos hombres a caballo, con sus armas al cinto, al hombro, en los cinchos de las sillas, no podían ocultarse.

El 8 de marzo de ese año, temprano, el caporal de un rancho próximo a Columbus llegó a informarle al coronel Herbert Slocum,

comandante del 13º Destacamento de Caballería en Columbus, que Villa con su tropa merodeaba cerca del caserío de Palomas, a sólo diez kilómetros de distancia. Slocum desestimó la denuncia.

Villa sí andaba cerca, en la localidad de Punta Pacheco, al otro lado de la frontera, según informó con insistencia el agente aduanal y espía Zach Lamar Cobb a sus superiores en Washington, ciudad hacia la cual creyó que el guerrillero se encaminaba. Uno de sus muchos telegramas sobre este asunto advertía: «Villa dejó Punta Pacheco, cerca de Madera, con trescientos hombres rumbo a Columbus, Nuevo México. Intenta cruzar los Estados Unidos con el plan de llegar a Washington». Mientras estos mensajes se extraviaban en la distancia, así como en el desinterés de los servicios de inteligencia en la lejana capital estadounidense, Villa, desde la hacienda San Jerónimo, donde había establecido su cuartel, no muy distante del poblado de Bachíniva en Chihuahua, mandó a un par de espías a Columbus que le reportaron una guarnición de un par de cientos de soldados.

En realidad, había trescientos treinta jinetes del destacamento de caballería, perfectamente armados, en alerta continua, pues a partir de enero de 1915 comenzó en la frontera una fantástica conjura guerrillera de mexicanos establecidos en Estados Unidos. Con la pretensión de sumar a la población afroamericana a su causa, los mexicanos comenzaron a asediar la frontera del río Bravo, apegándose a las medidas de un pacto secreto bautizado como Plan de San Diego. El plan incluía el asesinato de cuanto estadounidense rebasara los dieciséis años de edad. A los nueve firmantes del plan los instigaban agentes alemanes, cuyo afán era provocar una guerra de México con su vecino del norte, pues creían, con razón, que así frenarían los preparativos de Woodrow Wilson para lanzar a su nación a la Primera Guerra Mundial. Como Huerta, al igual que Orozco, estaba ya preso, después de su fallida campaña antiamericana, los alemanes se volvieron hacia otros focos de descontento en el interior o en las proximidades del país que surgía como una amenaza para la Europa monárquica.

Luis de la Rosa y Aniceto Pizaña eran promotores del Plan de San Diego. Comenzaron en julio de 1915 a organizar ataques en la frontera estadounidense-mexicana. Como el caos se había extendido por México en ese momento, los ataques de Pizaña y De la Rosa fueron confundidos con incursiones de bandidos. Con este disfraz, los conjurados intensificaron sus ataques hasta que el gobierno de Wilson reconoció al de Carranza en octubre de 1915. El Plan de San Diego entró en receso, pero los alemanes no desistieron de avivar en México otras posibles fuentes de conflicto internacional. Ahí estaba Pancho Villa rondando por el desierto chihuahuense, furioso por la pérdida del favor gringo, a quien los germanos podían abastecer de armas para

que siguiera desafiando a su odiado Carranza; con pólvora y cartuchos insuficientes, con fusiles y revólveres que no alcanzaban para todos sus forajidos, ese rabioso guerrillero podía dar pie, por imprudencia, a una guerra entre su país y el de los ingratos güeros. Era extremadamente difícil, por decir lo menos, transportar armas desde Alemania hasta México; sin embargo, los americanos facilitaron las cosas con su desmedido amor al dinero. Las armas que Alemania no podía enviar, las conseguía con dólares. Eso pidieron los agentes destacados en la frontera de México: una remesa para comprar armas que los propios americanos se encargaron de hacerle llegar a Villa.

Uno de esos traficantes era el mercenario Emil Lewis Holm-dahl, rechazado por el ejército de su país a causa de su comercio letal. Para regocijo de los alemanes, cuando Villa quiso hacer un nuevo trato con Ravel, el deshonesto traficante propició el ataque anhelado por los espías. Los alemanes contrataron al sueco Holmdahl para engolosinar al judío con la promesa de armas a buen precio, las cuales denegó el espía a su debido tiempo. La avaricia de Ravel hizo el resto, pues sólo había pagado un adelanto; sin embargo, no quiso devolverle un peso a su cliente mexicano.

A las cuatro de la tarde Villa dio la orden de cabalgar a sus cuatrocientos ochenta y cinco jinetes para aproximarse lo más posible a Columbus. Ocultos como pudieron en un terreno donde era muy difícil disimular su amplio número, los villistas aguardaron hasta las cuatro de la mañana para lanzarse sobre la ciudad con su famoso grito de guerra: «¡Viva Villa!». Quince minutos después sonaron los primeros disparos dentro del pueblo, despertando a los guardias del destacamento. Sobresaltado por los tiros, el teniente James P. Castleman, oficial de guardia ese día, corrió desde su tienda hasta el puesto de centinelas para poner a sus hombres en formación contra el ataque producido desde dos direcciones.

El jefe de artillería ligera, teniente John P. Lucas, dormía luego de participar en los partidos de polo que el regimiento organizó en El Paso el día previo. Se había apeado del tren a la medianoche para acostarse en cuanto alcanzó el lecho, pero algunas horas después, ganó en minutos la lucidez suficiente para abrir el depósito de ametralladoras Benét-Mercié, disponiendo a sus tiradores contra los atacantes. Apenas podían ver sombras en la ausente claridad, pero soltaron sus rondas hacia los gritos en español. Aunque las máquinas se encasquillaban por momentos, los cuatro equipos de artilleros consiguieron abrumar con veinte mil balas a los atacantes.

Los soldados de caballería se movían bastante aturdidos por la balacera en la oscuridad. Los villistas, en cambio, se daban gusto disparando sin que los sorprendidos pobladores pudieran apreciar cuántos individuos los acometían en realidad. Pero los mexicanos iban

por una venganza precisa: al ubicar el almacén de Sam Ravel, no sólo dispararon a mansalva, sino le prendieron fuego. El incendio se convirtió en una enorme luminaria, muy útil para el destacamento de caballería en su contraofensiva. Todavía debieron de esperar algo así como hora y media para poder apuntar sin vacilaciones. A las 6:30 de la mañana, con el sol en contra, Villa comenzó a llamar a la retirada. Ya había sesenta y siete de sus hombres muertos, pero nadie estaba contando aún los cadáveres.

A las 7:30, los atacantes habían salido del pueblo. Cinco de ellos quedaron presos en el cuartel de caballería. Trece más, heridos, se fueron muriendo en el camino hacia México. De todas maneras, la huida de los invasores no era desesperada. Cuando el mayor Frank Tompkins salió a acometerlos con una tropa de jinetes al galope, las descargas de treinta francotiradores, que Villa colocó en una colina al sureste del pueblo, frenaron a los perseguidores. La patrulla de Tompkins pudo librarse de ese tiroteo ocultándose en esos hoyos que el viento excava a capricho en el suelo del desierto.

Tras la conmoción, los militares hicieron recuento de sus pérdidas. Ocho soldados muertos, además de diez civiles. Había también ocho heridos; seis de ellos, del regimiento. Toda una cuadra del pueblo quedó reducida a escombros por el incendio, principalmente el hotel Comercial, propiedad de Ravel.

Cundieron versiones de que Villa había consumado una masacre en Columbus. Los diarios hablaban de bajas incontables, de todo el pueblo arrasado. El general Frederick Funston, comandante del Departamento del Sur afincado en San Antonio, Texas, se creyó en la obligación de publicar un informe ese año para desmentir tales versiones. Funston escribió que «una fuerza de quinientos a setecientos hombres atacó a un destacamento de trescientos treinta soldados en lo profundo de la noche»; afirmó que la escaramuza duró poco más de una hora, que los uniformados persiguieron a los asaltantes a más de treinta kilómetros de distancia, que con sólo diez bajas lograron acabar con «casi doscientos mexicanos en una actuación muy acreditada de las tropas».

Visto está que el informe exageraba, el destacamento estadounidense dejó sin vida a menos de setenta villistas; capturó a cinco vivos, aunque en una fotografía publicada en la prensa aparecían doce individuos muy astrosos identificados como «bandits of Pancho Villa». Los vecinos mantendrían luego que la intención de Villa era robarse el centenar de caballos y mulas en los establos del ejército, junto con rifles, ametralladoras, cartuchos e instrumentos de guerra acumulados en la armería del destacamento.

Woodrow Wilson no tardó en exigir al gobierno de Ca-rranza

permiso ilimitado para perseguir a Villa hasta exterminarlo. El presidente mexicano envió a su agente Álvaro Obregón a firmar un permiso sin fecha límite, pero don Venustiano se abstuvo de firmar él mismo aquel papel deshonroso. Fue suficiente ese documento, sin embargo, para que el general John J. Pershing cruzara la frontera por el pueblo de Palomas, en Chihuahua, con cinco mil ochocientos hombres en busca del guerrillero. Cuando Emil Holmdahl supo de la misión que acometía su antiguo jefe, fue a mostrarle todas sus infructuosas cartas al ejército yanqui. Se presentó al general como experto rastreador del territorio mexicano. Pershing apenas reconoció al mercenario sabueso. Antes de internarse en el desierto mexicano, con renuencia, el jefe de la expedición le encomendó el puesto de avanzada a Emil. Guiado por el contrabandista, el con-tingente pasó casi un año entero persiguiendo inútilmente a Villa; en una escaramuza, la tropa logró inclusive herir al degradado general revolucionario, hasta obligarlo a refugiarse en una cueva, no obstante la persecución fue infructuosa: los estadounidenses pasaron frente al escondite de Villa sin descubrirlo. Holmdahl, el experto, no supo discernir entre las rocas la covacha donde el guerrillero estaba tirado con una bala en la pierna.

En el folclor popular mexicano, esta fallida aventura militar representa un triunfo del astuto Villa sobre el odiado ejército gringo. En realidad, fue un embrollo político en el que se vio atrapado Woodrow Wilson, no menos que Venustiano Carranza. Ambos intentaron mostrarse como líderes que no dudaban en llamar a la guerra si el honor del país lo demandaba; sin embargo, ese conflicto entre Estados Unidos y México era justo lo que ninguno de estos gobernantes quería. Carranza previó una segura derrota si se lanzaba contra su vecino, mientras Wilson temía que los alemanes, aprovechando el incidente, se instalaran en México para atacar desde allí a la nación anglosajona, casi lista a embarcarse en la Primera Guerra Mundial.

Villa vio aumentar su decaída popularidad todo el tiempo que los gringos se mantuvieron en territorio mexicano. Sus cuatrocientos seguidores sobrevivientes del ataque a Columbus pronto recibieron más apoyos, hasta llegar a bordear los diez mil efectivos. Con esta fuerza, Villa podía aplicar a gran escala su guerra de guerrillas, traer a los güeros de aquí para allá, transmitiéndoles el opresivo sentimiento de enfrentarse a un fantasma, con el grito de «¡Aquí está su padre Pancho Villa!» resonando en los cuatro puntos cardinales.

Incluso los carrancistas se negaron a colaborar con los estadounidenses para capturar o siquiera delatar a Villa. Wilson vio muy comprometida la situación de su gobierno por dos batallas en que los expedicionarios de Pershing llevaron la peor parte. El 12 de abril

de ese año, cuando apenas había pasado un mes del asalto a Columbus, el mayor Frank Tomp-kins, con cien jinetes, quiso abastecerse de provisiones en Hidalgo del Parral, donde Villa tenía muchos simpatizantes. Los extranjeros estaban parlamentando con las autoridades para obtener víveres antes de retirarse, cuando los habitantes del pueblo hicieron llover piedras, junto con algunos proyectiles más peligrosos, sobre el destacamento. Los conducía Elisa Griensen, una mujer joven y muy bella, de ascendencia austriaca, cuya negra cabellera contrastaba con la blancura de su piel, a los gritos de «¡Viva México, viva Villa!». La tropa foránea huyó, perseguida por la multitud azuzada por Elisa. El general Pershing averiguó más tarde que detrás de aquella acometida contra sus tropas bien podría haber estado el agente consular alemán Alberto Stallforth, pero debió admitir la valentía de quien llevó a efecto el esquema del germano: la joven Griensen.

Al oficial George S. Patton, cuyo nombre se haría célebre tres décadas más tarde durante la Segunda Guerra Mundial, le fue mejor en una escaramuza contra un jefe villista. El 14 de mayo, el teniente Patton encabezaba un pelotón forrajero cuyos transportes eran dos automóviles Dodge. Lo acompañaban el explorador Emil Holmdahl más unos cuantos soldados. A un centenar de kilómetros de su campamento en Namiquipa, se enteraron de que muy cerca estaba el refugio de Julio Cárdenas, hombre muy apegado a Villa. El sueco trazó con celeridad una ruta para caerle por sorpresa a Cárdenas. Patton ideó un movimiento para cerrarle cualquier salida al mexicano. Con esto, rodearon la casa donde el villista estaba desprevenido. Lo hallaron en compañía de otros dos hombres, quienes, al ser intimados a la rendición, comenzaron a disparar a los gringos. Patton buscaba la manera de anular a los mexicanos cuando vio a Holmdahl adelantarse hacia la casa de los acorralados. De pronto, el fuego contra el pelotón yanqui decreció. Patton no esperó más para saltar disparando hacia la cabaña sitiada. A saltos alcanzó una hondonada en la que Holmdahl se había colocado para disparar contra sus enemigos. Juntos, lograron acertar con sus revólveres a los tres hombres que desde la casa les oponían resistencia. En cuanto dejaron de sonar los tiros de los mexicanos, Holmdahl saltó para alcanzar a la carrera la cabaña acribillada. Patton vaciló medio minuto antes de correr hacia el parapeto de sus rivales. Llegó a tiempo de ver cómo Holmdahl remataba a Cárdenas de un solo tiro. Los otros dos villistas, despatarrados en el piso, no se movían. Patton ordenó a sus soldados colocar los tres cadáveres sobre el cofre y la cajuela de sus autos. Con ese trofeo siniestro, el teniente retornó a Namiquipa, donde los de la expedición lo recibieron como a un héroe. Enseguida lo empezaron a llamar «Sangre y Agallas». El oficial recibía las felicitaciones con aire

de perdonavidas. Con ostentación, a la vista de sus celebrantes, talló con un cuchillo dos muescas en la cacha de su Smith and Wesson. Los periodistas que andaban buscando reportajes en el campamento de los invasores pronto difundieron la excelente puntería de Patton. Uno de sus reportajes se ufanaba: «Cómo maté a dos Dorados: George Patton». Holmdahl observó aquellas fanfarronadas en silencio. Se abstuvo de informar quién había acabado realmente con Julio Cárdenas, pero pasados unos días fue a ver a Patton para pedirle que copiara y redactara un parte militar que decía:

> Cuartel de las tropas estadounidenses
> En alguna parte de México
> 20 de mayo de 1916
>
> A quien corresponda:
>
> Por la presente certifico que el Sr. E. L. Holm-dahl fue el explorador gubernamental entre las tropas a mi mando, en un enfrentamiento con facinerosos villistas en el rancho San Miguel, Chihuahua, México, el 14 de mayo. Altamente recomiendo al explorador Holmdahl por su sangre fría, valor y eficiencia pues, bajo fuego, personalmente eliminó a Julio Cárdenas y al coronel Gildardo López, en un duelo a pistola. En esa ocasión Holmdahl luchó al descubierto, sin protección de ninguna clase, disparó con gran tino y deliberación, con la actitud de un hombre en una práctica de tiro. También deseo recomendarlo a cualquier hermano oficial que desee un elemento que esté muy familiarizado con México y su gente o en cualquier posición de confianza, ya que es muy capaz y un buen soldado.
>
> Geo. Patton
> Teniente Primero del Décimo de Caballería
> A. D. C. General Pershing

Dos meses más tarde, el 21 de junio, el capitán Charles T. Boyd llegó al pueblo de El Carrizal al frente de dos escuadrones. Venían fatigados, sedientos, hambreados por el cruce del desierto; para sorpresa de los perseguidores, una brigada mexicana les cerró el paso. Félix U. Gómez, general al mando de los doscientos sesenta elementos de la brigada Canales, exigió a Boyd retirarse con sus hombres por donde habían venido, cumpliendo órdenes del presidente Carranza. El capitán desdeñó la demanda del general e intentó continuar su camino. Eran las siete de la mañana. Las siguientes dos horas ambas tropas se las pasaron matándose entre sí hasta rendirse los

estadounidenses. El general Gómez, el capitán Francisco Rodríguez, los tenientes Daniel García y Evaristo Martínez, el subteniente Juan Lerdo así como veintiséis soldados de la república mexicana quedaron muertos en el campo. De los yanquis, Boyd mismo quedó tendido en el desierto junto con trece de sus jinetes; otros diecisiete de la punitiva fueron presos en El Carrizal. Con ingratitud, en la cual no está ausente el miedo a los vecinos del norte, los mexicanos echan a olvido esa brava acción militar de la brigada Canales conducida por su comandante Félix Gómez contra la expedición punitiva.

Enterado de esta nueva derrota, Wilson quiso culpar a los mexicanos de haber iniciado el enfrentamiento, pero las noticias alarmantes llegadas en demasía del frente europeo lo determinaron a aceptar la versión de que sus tropas habían tenido la culpa en el incidente. Apenas el 7 de mayo un submarino alemán había torpedeado hasta hundirlo al vapor *Lusitania*, cuya carga incluía ciento veintitrés estadounidenses (más cuatrocientos millones de balas vendidas a los aliados).

A fines de julio, Emil Holmdahl fue despedido de su puesto en la expedición punitiva. La carta vergonzante que había obligado a firmar a Patton, ahora aparecía como un cargo en contra del sueco. Se conserva un memorándum de 1916 dictado por el general Pershing en el que dice de su explorador:

> La información provista por el Sr. Holmdahl fue en su mayor parte de carácter vago e indefinido. Sus servicios como explorador no fueron de particular valía; Holmdahl resultó un hombre muy difícil de manejar debido a su deseo de combatir a los mexicanos en cualquier momento y abrir fuego contra ellos sin considerar las consecuencias…

El lunes 5 de febrero de 1917, al fin, la Expedición Punitiva salió de México por donde había entrado: el pueblito de Palomas, con varios soldados menos. Se fue como había llegado: sin Pancho Villa. De todas maneras, Black Jack Pershing recibió con sus hombres trato de héroes, antes de ser enviados el 14 de junio de ese año al frente europeo junto con dos millones ochocientos mil efectivos del ejército estadounidense.

Holmdahl, despedido medio año antes en términos vejatorios, no fue requerido en los contingentes que partieron entre vítores. Al traficante útil en los desiertos mexicanos no le correspondía la gloria en la Gran Guerra. Así, el alto mercenario se libró de las mutilaciones, de la tribulación, de la muerte quizá, que sus compatriotas hallaron en el frente europeo. Ese día, con amargura, Holmdahl tuvo que mirar desde el muelle cómo se alejaban los buques de guerra

estadounidenses, enfilados sin saberlo hacia la destrucción de las trincheras, del gas mostaza, de los tanques, de los submarinos, de las minas explosivas, de todas las novedosas maneras para asesinar que los norteamericanos fueron a padecer en sitios cuyos nombres ni sabían pronunciar.

ASPIRINAS DE PLOMO

Don Venus, en Palacio Nacional, se pasó los dedos cuidadosamente por el peto de su uniforme caqui perfectamente planchado, a fin de que ninguna arruga deformara la elegancia de su porte. En la capital de Querétaro, el 5 de febrero de 1917, había clausurado el congreso constituyente para promulgar la nueva Constitución política de la república. Con ésta aprobada, se preparó para una muy larga temporada en el poder. Respaldado en la ley, teniendo a los gringos ocupados en la guerra con Alemania, el presidente mexicano pudo dedicarse a perseguir a sus enemigos o a reducirlos a la obediencia.

Desde diciembre de 1918, el general Felipe Ángeles había llegado de Estados Unidos para sumarse en el norte a los problemas que ya ocasionaba Villa en la zona, más los que Zapata con su rebeldía generaba en Morelos. Para combatirlos, don Venus contaba con sus excelentes generales sonorenses listos a decirle a todo que sí: Obregón, Calles, Benjamín Hill, Arnulfo R. Gómez, Francisco R. Serrano; inclusive, el civil Adolfo de la Huerta. Pero esto no era suficiente para hacer feliz al tozudo cuanto autoritario presidente; él quería al México de un solo hombre que don Porfirio había hecho posible. En su caso, don Venus avizoraba una presidencia acotada por la Constitución, con un mandato formal de sólo cuatro años; eso no era grave si un poder por encima de la norma (el Maximato) le permitía seguir controlando el país al dejar en la silla presidencial a su candidato para el periodo 1920-1924. Había mucha tela de donde cortar para eso: muchos militares, más no pocos civiles. Pero eso era el futuro. El presente no dejaba de causar molestias con el rebelde Zapata, el malcontentadizo Ángeles (ahora no sólo opositor sino marxista, para colmo) o el bandolero Villa, glorificado por las vanas correrías de Pershing. Nadie estaba dispuesto a reconocer que los dos fracasos mayores de la Expedición Punitiva se debieron a que don Venus ordenó resistir la intervención extranjera a los vasallos (corrigió mentalmente: a las tropas).

Con el consejo de sus sonorenses, Carranza esperó días propicios que llegaron al fin en 1919. Entre marzo y abril, el general Pablo González Garza arregló con el coronel Jesús Guajardo Martínez una emboscada para Zapata, en la hacienda de San Juan Chinameca. El 10

de abril llegó el Caudillo del Sur a la hacienda para una comida en la que Guajardo le declararía su adhesión. Hasta un buen caballo alazán de nombre As de Oros le envió a Zapata el militar carrancista para asegurar su llegada a la reunión.

En el patio de la hacienda, una banda de guerra estridente, toda desafinada pero briosa, saludaba a tamborazos, trompetazos e inclusive pitidos la visita del líder campesino. Apenas entraba con su escolta a la hacienda el guerrero, sus oídos golpeteados por los discordantes acordes, cuando la banda se transformó en pelotón de fusilamiento. Los ejecutantes de la primera fila, de improviso, soltaron sus instrumentos, hincaron una rodilla en tierra, jalaron los fusiles que tenían ocultos tras sus pies para, alzando los cañones de su armas, abrir fuego contra los recién llegados; detrás, la segunda fila de encubiertos permaneció de pie, tomaron sin volverse los rifles de unos soportes que escondían a sus espaldas, apuntaron al frente e hicieron fuego. Había, además, francotiradores con rifles o ametralladoras distribuidos en las azoteas de la hacienda; hasta en cerros próximos estaban apostados. Todos apretaron los gatillos hasta agotar sus cargas contra los zapatistas. El caudillo, con sus leales, murió en el acto, aunque tuvo tiempo para llevar la mano a la pistola antes de caer del caballo con siete impactos mortales por necesidad, más varios que le rajaron el torso, la cara, los brazos, como avispones de plomo.

Guajardo envió el cadáver de Miliano a Cuautla para que Pablo González lo exhibiera durante algunos días. Henchido de satisfacción tras examinar la foto del difunto, Carranza envió un largo telegrama de felicitación al general González, con la noticia de que ascendería a Guajardo junto con «los demás jefes y oficiales que a sus órdenes operaron en este *encuentro*». El asesinato a traición lo definió así don Venus: «encuentro». Villa, lamentando la muerte de su antiguo aliado, debió redoblar sus pertrechos para encuevarse con mayor recelo en sus escondites de Chihuahua.

Casi todo ese año aciago, en el norte, Felipe Ángeles lo de-dicó a promover un alzamiento contra Carranza. La mayoría de los disidentes no le hizo caso, mientras los escasos convencidos por él eran gente sin disciplina ni deseo alguno de cumplir las órdenes meticulosamente diseñadas por el general. Llegó noviembre sin ningún adelanto en la revuelta, salvo por algunos individuos a quienes alarmó la iniciativa de Ángeles. Estos sujetos lo delataron para enseguida entregarlo a los carrancistas, cuya recepción fue un consejo de guerra contra el más inteligente e íntegro de los revolucionarios mexicanos. El juicio sumario culminó con sentencia de muerte, ejecutada el 19 de noviembre de 1919, un día antes de celebrar el aniversario del inicio de la revolución. Junto con Ángeles fueron fusilados Enciso Arce y Antonio Trillo, el muchacho de Parral cuyo hermano, Miguel, lo

cargaba de su hogar a la escuela y de vuelta hasta que terminó por transportarlo a la revolución. Villa sintió en el alma el exterminio del general Ángeles, a quien él soñaba como presidente de la república. Ya no había más hombres dignos de compartir con él la buscada venganza contra los carranclanes, contra los perfumados.

Don Venus, el Barbas de chivo, estaba exultante. Por fin, dos enemigos menos, de los mayores. A los otros los veía disminuidos, insignificantes. Sólo Villa seguía siendo un dolor de cabeza, pero esos dolores, bien sabía, podía curarlos con aspirinas de plomo.

EL JEFE MÁXIMO

El año 1920 llegó con signos auspiciosos. Los gringos seguían tranquilos pese a la nueva constitución mexicana, invento muy lamentable para ellos. Zapata estaba quietecito en su tumba. De Ángeles, ni quien se acordara. Otros alzados no asomaban la cabeza tras del escarmiento sentado en Chinameca. La república estaba en paz, el corazón de don Venus latía con buen ritmo a sus sesenta años de existencia, todo marchaba con garbo marcial. Las vestiduras del Jefe Máximo de la nación relumbraban de limpias, sin las arrugas que menudeaban en su cara. Y el buen Ignacio Bonillas, ministro de Relaciones Exteriores, resultó un gran negociador. Era el candidato natural a suceder a don Venus: civil muy culto, muy hábil; ante todo, carente de tropas, ese fermento de cuanta algarada pudiera pasarle por la cabeza. Don Venus decidió que tenía a su candidato, o mejor, que la presidencia tenía ya hombre y nombre.

Don Venus olvidaba que allá en Sonora un joven general en aparente retiro, cultivaba garbanzos para vender sus cosechas, en espera del llamado a la candidatura presidencial. Álvaro Obregón, el aquiescente negociador de casos imposibles, el vencedor de Villa al precio de su brazo mismo, miraba crecer los garbanzos para distraerse de la única cosecha que realmente le importaba: la presidencia de la república, prometida por don Venus. Pero el anuente Alvarito tenía el defecto de ser general, como el tío Pablo, como Plutarco, como varios más. A él ni tampoco a otro militar convenía cederle la presidencia, porque los demás se alzarían en armas, según conjeturaba Carranza. El país necesitaba un civil cuyo refinamiento guiara políticas complejas, negocios mayúsculos, finas estratagemas en un periodo de complicaciones mundiales. Además, para militar, Carranza se bastaba solo.

Alvarito no era dócil por naturaleza. Con paciencia, arrojo, mucha astucia sobre todo, se había compuesto un historial digno de un presidente, mejor aún, de un soberano. Los gringos lo estimaban, los ferrocarrileros a la par que los yaquis lo adoraban, el ejército entero reconocía su valor sólo comparable a su inteligencia. Los pocos que no lo festejaron estaban muertos o prófugos. Sólo faltaba que el viejo lo llamara a la presidencia. Hasta había tenido la humildad de retirarse a

su hacienda cuando concluyó sus funciones como secretario de Guerra, sin pedir la recompensa debida a sus servicios.

Don Venus estaba demasiado ufano por su designación de Bonillas para acordarse de Alvarito, el Manco de Celaya. Tampoco estaba el viejo caudillo para acordarse de González, el tío Pablo, ni porque le había entregado el cadáver de Zapata. El numeroso grupo sonorense, en cambio, no olvidaba los méritos de cada uno de sus miembros, sobre todo frente al inerme Bonillas, quien, aunque fuera de Hermosillo, no pertenecía a la manada. Al diplomático ingeniero empezaron a llamarlo «Flor de Té». Los carrancistas concentraron en ese apodo su desprecio hacia el ungido por el Jefe Máximo. Pero el terco presidente no escuchó a los que se atrevieron a exponerle el sentir de sus sostenedores. Creyó conducir a un rebaño, cuando en verdad estaba azuzando a una jauría.

EL PROBLEMA YAQUI

Obregón, harto de esperar, se movió desde sus cultivos de garbanzo. Le mandó a don Venus un documento con su plan de campaña, sin cuidarse de omitir los párrafos —numerosos— con críticas al gobierno constitucionalista. Pablo González, en Puebla, primero se negó a sumarse a la candidatura de Bonillas; más tarde, también amoscó al patriarca lanzando su propia candidatura a la presidencia. «Conque no quieren civiles», pensó el mandatario, sin preocuparse por atemperar su cólera ascendente.

Para castigar a los partidarios de Obregón, Carranza co-menzó a hostigar al gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, visible patrocinador de los obregonistas junto con Plutarco Elías Calles. Primero, Carranza saboteó el tratado de paz que De la Huerta había logrado con las tribus yaquis. En vez de ratificar el acuerdo, el presidente mandó a Sonora un contingente de dos mil soldados, más una cuadrilla de aeroplanos, para provocar a los indígenas. Poco después, a mediados de diciembre de 1919, los chinos que vivían en Hermosillo fueron atacados por manifestantes que nadie podía explicarse de dónde salían o por qué estaban inconformes. Carranza mandaba mensajes al gobernador para exigirle resolver el problema yaqui a la par que el movimiento anti chino.

De la Huerta le escribió al mandatario en los días finales de ese año: «Tenemos un gran número de chinos en el estado, dedicados al comercio, que probablemente han causado un cierto resentimiento entre parte de nuestra gente. Éste es un elemento que debe ser considerado si queremos detener a los agitadores».

Carranza, despreciando explicaciones, respondió de vuelta: «Gobernador, si usted no puede detener estas manifestaciones anti chinas, yo lo haré». A la medianoche del 1 de enero de 1920, el Jefe Máximo de la revolución envió por telegrama al comandante de la guarnición federal en Sonora, Juan Torres, una orden terminante: arrestar a De la Huerta por desobediencia a las instrucciones del gobierno de la república. El taquígrafo de la Jefatura de Operaciones Militares del estado que recibió este mensaje lo comunicó sin demora a Adolfo de la Huerta.

El gobernador se dispuso desde temprano el 2 de enero a recibir al

general Juan Torres. Al tener frente a sí al militar, el revolucionario, de pie tras su escritorio, se extrañó de verlo solo, sin el piquete de soldados que podría arrestarlo en su propia oficina. Quizás esperaban a la puerta para prenderlo. Reservándose su curiosidad, De la Huerta saludó a Torres con impasible cortesía:

—Buenos días, señor general. Supongo que un asunto im-portante lo trae aquí tan temprano en esta fecha. Estoy a su disposición.

—Si es necesario, podemos tratar ese asunto afuera —dijo el gobernador mirando fijamente al general.

—De ninguna manera, señor. Esto sólo le concierne a usted. Sentémonos, se lo ruego. Me resulta muy vergonzoso informarle que esta medianoche me llegó una orden de la presidencia de la república para aprehenderlo a usted.

—Bueno, ya lo dijo. ¿A dónde debo acompañarlo? Si necesita guardias…

—Por favor, don Adolfo, no me malinterprete. Debo decirle que mi postura es no seguir esas órdenes, por su ilega-lidad. Usted es el gobernador legítimo, elegido por el pueblo de Sonora. El presidente Carranza, con todo respeto, no tiene derecho a interferir en los asuntos del estado. Así que he preparado esta repuesta para mandarla a la capital —Torres le alargó un papel trazado con letra firme.

De la Huerta leyó:

> Excelentísimo Señor Presidente:
>
> Lamento manifestarle mi sorpresa por la orden de todo punto ilegal que pretende obligarme a ejecutar. De ninguna manera faltaré a mi honor militar para cometer una violación a la soberanía del estado que me honro en resguardar. Me pongo a su disposición para reiterarle personalmente mi negativa a profanar la encomienda que me dio usted de proteger el orden y la legalidad en esta tierra. Sería execrable deshonrar mi uniforme de ese modo.
>
> Atentamente, General Juan Torres S.

—General Torres, amigo —dijo De la Huerta con los ojos brillantes —, permítame primero manifestarle mi gratitud por su valentía. Es usted una honra para nuestro ejército. Me causa un gran placer ponerme más que nunca a su amable disposición. Por lo mismo, me preocupa que esta misiva pueda causarle un problema mayúsculo con el presidente. Si me permite un momento, quisiera sugerirle algunas modificaciones a su mensaje, para empezar.

El gobernador miró con reconcentrada atención la hoja que le

había alcanzado el general. Tomó de su escritorio una pluma fuente de color negro que sostuvo entre sus dedos por un rato, acariciando con movimiento involuntario la pulida superficie de baquelita. Contemplaba con intensidad un punto inubicable frente a sus ojos, hasta que al fin separó una hoja en blanco de la resma que tenía sobre el escritorio. Rápidamente, el mandatario escribió unas líneas que enseguida ofreció a su visitante. Al hacerlo, le dijo:

—General, todos estamos indignados con el proceder del señor Carranza. Personalmente, creo que sus acciones son perversas. Pero debemos tener en cuenta que él es nuestro presidente y su investidura, más que la persona, merece nuestro respeto. Yo le rogaría formular en otros términos su muy valerosa respuesta. De todas maneras, su negativa será un golpe a las maquinaciones de ese provecto señor.

—Ese viejo ladino, dirá usted. Déjeme ver su propuesta.

El papel decía:

> Distinguido Señor Presidente de la república:
>
> Quedo enterado de sus apreciables órdenes. Le informo asimismo de la negativa al acatamiento de dichas instrucciones. Es necesario señalar a usted que el Jefe de las Operaciones Militares no se prestará por ningún motivo a violar la soberanía del Estado de Sonora. Respetuosamente me pongo a su disposición.
>
> General Juan Torres S.

Juan Torres leyó con cierta decepción la respuesta que redactó De la Huerta, pero acabó por aceptarla. Sin abandonar aún el despacho del mandatario, acordaron enviar este mensaje a Carranza. Un ujier lo entregó al mismo taquígrafo que había advertido al gobernador de la orden madrugadora del presidente, para transmitir la negativa al tozudo Jefe Máximo.

—Señor De la Huerta, le agradezco que me facilite el medio para objetar las canalladas de Carranza. Hicimos la revolución para librarnos de la dictadura de don Porfirio; volvimos a tomar las armas para librarnos del usurpador Huerta. Por eso no me resigno a que el viejo quiera comportarse como los dos que ya eliminamos. Ahora sólo queda esperar su desquite.

—Amigo, lamento estar de acuerdo con usted. A mí tampoco me gustan los dictadores. Sin embargo, también me siento culpable, porque cuando mi amigo Álvaro quiso ser presidente, yo lo convencí para no interponerse en el camino de don Venustiano. Pero quizás esta negativa suya, tan honorable, haga recapacitar a nuestro presidente.

Se dará cuenta de que ya no estamos en la época en que las leyes podían torcerse a capricho de un solo hombre.

—Yo no le tengo ni tantita confianza al Barbas de chivo.

—Es nuestro presidente, general. Respetemos la investidura, ya que no a la persona —dijo con suavidad De la Huerta.

La contestación de Torres encolerizó a Carranza. No tardó en llegar a Hermosillo la orden de que el general se trasladara a México, arrestado. Aunque De la Huerta ofreció a su aliado las facilidades para huir, el militar se negó.

—Cumplí con mi deber al negarme a una orden injusta. Esta condena que me asignan también es injusta, pero mi deber es presentarme a sostener mi negativa ante la superioridad. Quizá muera por eso, pero habré cumplido mi deber. Le encargo a mi familia, señor gobernador.

De la Huerta estaba emocionado. Abrazó al general con fuerza.

—Le prometo que haré lo posible por usted, para empezar. Si no hay más remedio, cuente usted con un protector para los suyos, mi general.

Torres salió del despacho gubernamental para reunirse con sus tropas. Cerca de cuatro mil soldados sonorenses se congregaban en el cuartel hacia las cinco de la tarde. Torres, colocándose ante ellos, sobre su caballo, les explicó rápidamente que debía trasladarse a México, les advirtió que podría ser que no volviera.

—Oficiales, soldados, yo iré preso por defender a nuestro estado soberano. Les pido que ustedes no desistan de la obligación que tenemos con nuestro jefe supremo, el gobernador Adolfo de la Huerta. No permitan que la soberanía sonorense sea amenazada. Defiéndanla con sus vidas si es necesario, que yo les doy el ejemplo. Si están de acuerdo, juren por nuestro estado.

Cuatro mil voces resonaron como una sola en el patio de maniobras del cuartel: «¡Sí, lo juro!». Satisfecho, Juan Torres se despidió de sus tropas. Abordó el tren hacia Ciudad de México esa misma noche. Cuando llegó a la capital del país lo detuvieron en cuanto se presentó en Palacio Nacional, lo sometieron a consejo de guerra por desobediencia, e inmediatamente lo encerraron en la prisión militar de Santiago.

En Hermosillo, De la Huerta nombró como sustituto de Torres al general Francisco R. Manzo, con el encargo de reunir a dos mil hombres que conformaran la milicia estatal.

—Debemos prepararnos para lo peor, general Manzo. Arme usted a la milicia, entrene a los reclutas para el combate. Prevéngase para una guerra. Mientras tanto, yo trataré de hacer las paces con el señor

presidente.

Carranza no escuchó razones del gobernador. Le mandó al general Juan José Ríos como jefe de Operaciones Militares, con la consigna de reanudar la guerra contra los yaquis, apaciguados por entonces. Ríos intentó cumplir la encomienda pero descubrió que las tropas no obedecían su estrategia de realizar sigilosamente movimientos envolventes contra el enemigo. Algún oficial se atrevió a reclamarle que actuara contra el acuerdo de paz establecido por el gobernador De la Huerta. Encolerizado, el general Ríos fue al palacio de gobierno para exigirle al mandatario cesar sus intromisiones. En su oficina, De la Huerta encaró a Ríos:

—Me dicen que insiste usted en hostigar a nuestros conciudadanos yaquis, general.

—¿Hostigar? Tengo órdenes de someter a esos salvajes sediciosos.

—¿Quién le dio esa orden? Me he tardado meses en lograr la paz con estos pueblos, como lo informé al señor presidente. ¿De dónde saca usted que deseamos hacerles daño?

—El mejor indio es el indio muerto, gobernador.

—Pues no se vaya usted a «mejorar» pronto, mi señor. No se crea que esos guerreros pueden ser molestados impunemente. Hombres más capaces que usted no han podido resistir una carga yaqui.

—Me ofende usted. Mida sus palabras.

—Por aquí anduvo Victoriano Huerta ufanándose de haber exterminado a los yaquis. Ese cabrón de veras que hizo una carnicería, pero ni él pudo acabar con nuestros conciudadanos. Yo pelee contra Huerta, sé qué clase de bestia feroz era. Déjeme decirle que usted no está a la altura de ese usurpador. Para empezar, a Huerta lo obedecían sus tropas.

Enrojeciendo, el general Ríos sintió ganas de sacar la pistola para vaciársela al gobernador. Lo contuvo descubrir que aquel hombre ya había quitado la trabilla a la funda donde portaba su Smith and Wesson, sobre cuya culata había posado su mano.

—Muy bien, gobernador. Si tanto le importan esos indios, ahí se los dejo. Pero no venga luego a decirme que lo ayude cuando se levanten contra usted.

—Los que somos de aquí, general, nunca hemos pedido ayuda para lidiar con los yaquis. Yo los he convencido para mantenerse en paz. Le pido que respete ese esfuerzo, que me auxilie a mantener la tranquilidad, como se lo pedí al presidente Carranza.

—Mi general Carranza no hace tratos con indios.

—Pues lamento decirle que hace muy mal. En este país, quien más, quien menos, tiene algo de indio. Usted mismo, ¿se cree de sangre

azul?

—No me quiera confundir ni insultar —se encrespó Ríos—. Usted tendrá la sangre que pueda, pero yo, indio, ni pensarlo.

—No lo piense. Mírese al espejo, general. Se va usted a llevar una sorpresa.

Ríos mantenía la vista fija en la mano del gobernador sobre la cacha de la Smith and Wesson. Decidió no arriesgarse a comprobar si De la Huerta manejaría la pistola con la misma seguridad que barajaba esas cosas de indios. Irguiéndose para mantener su dignidad, le anunció al mandatario:

—Pues ya que usted no me necesita, con su permiso me iré a Guaymas para inspeccionar nuestras posiciones en ese puerto.

—Me parece bien, general. No necesita usted pararse en el Valle del Yaqui, se lo garantizo. Espero que le informe usted al presidente Carranza de ese hecho.

—No dude usted que mi general Carranza tendrá noticias de lo que hemos hablado, señor gobernador.

—No dude usted de que sostendré lo que le he dicho, general. Por cierto, yo nací en Guaymas. Le encargo que trate con miramiento a mis paisanos.

Ríos lo miró atónito. Sin embargo, no varió sus planes, se fue al puerto para pedir a Carranza con urgencia el envío de ochocientos infantes con los cuales hacer frente a la desobediencia de las tropas sonorenses. Carranza, leyendo que la guarnición insumisa en el estado era de cuatro mil efectivos, decidió prescindir de Ríos. Para ocupar su puesto, mando a otro de sus generales, Manuel M. Diéguez, al mando de doscientos dragones, con un nuevo mensaje intimidatorio para De la Huerta. El enviado de don Venustiano se presentó en el palacio de gobierno con sus doscientos jinetes como si fuera a tomar un territorio enemigo. De la Huerta lo recibió con un despliegue de dos mil milicianos, advirtiéndole a Diéguez que tenía otros cuatro mil hombres en diferentes puntos alrededor del regimiento montado. Aprovechó el gobernador para protestar contra la intromisión federal en territorio estatal soberano.

—Señor gobernador —expuso Diéguez, ya con tono conciliador—, éste es un movimiento de rutina. Usted mismo, señor De la Huerta, se dará cuenta de que, frente a sus fuerzas, somos un cuerpo muy reducido. Nuestro interés es garantizar la paz en el territorio, dado que tiene usted el problema de los yaquis.

—¿Problema? No hay tal. Como le expliqué al presidente y a su enviado Ríos; como le repito a usted, el único problema sería que sus hombres molestaran a nuestros conciudadanos yaquis.

—¿Qué saben esos de ciudadanías?

—Le sorprendería enterarse de lo que sabe la población de Sonora, general. Sólo le insisto en que, aquí, la paz está asegurada. Ayúdeme a mantenerla así, dé aviso a nuestro presidente, ayúdeme a que el estado prospere en vez de embarcarnos en una guerra insensata. Sus hombres serían muy útiles en tareas de vigilancia fronteriza, por ejemplo.

Diéguez se hizo cargo de la indirecta, mirando con seriedad al hombre que lo amenazaba con tal cortesía.

—Gobernador, estoy a sus órdenes. Sólo permítame explicarle al presidente Carranza lo que usted me ha expuesto, antes de que mi caballería se traslade a la frontera.

—No hay que precipitarnos, general. Ésa es una tarea entre muchas que sus hombres podrían realizar. Preferiría que antes de hacer cualquier movimiento de tropas, platicara usted con uno de nuestros ciudadanos más destacados: el general Plutarco Elías Calles.

—¿Con él? ¡Pero si le renunció en forma desconsiderada al señor presidente a principios de año!

—El general Calles consideró que era más urgente atender asuntos de su tierra natal que los que amablemente le confió nuestro mandatario en la Secretaría de Comercio e Industria. Ahora él encabeza el comité de campaña del general Obregón. Me encantaría que ambos platicaran para que tenga usted un panorama amplio de lo que sucede en Sonora.

—Informaré al general Carranza de su petición, señor gobernador. Mientras tanto, le agradeceré tenga la bondad de concertar una entrevista con el general Calles y un servidor. Seguramente podré recabar información útil en ese encuentro. Ahora, con su permiso, me retiro a verificar las condiciones de mis hombres.

—Vaya sin cuidado. Donde caben cuatro mil guerreros, caben otros doscientos con todo y monturas. Si puedo serle útil para acomodar a su tropa, no dude en hacérmelo saber.

Diéguez se le cuadró con apresuramiento a De la Huerta. El gobernador contempló la figura del militar darse la vuelta, salir a paso firme de la oficina, perderse en los corredores del palacio gubernamental. Escuchó el sonido de sus pasos rebotar por las paredes. Pasado un rato, de pie, se dio cuenta de que su mano seguía aún posada sobre la cacha del revólver, el dedo índice hormigueándole en pos del gatillo. Entrecruzando los dedos de las manos, se los tronó un par de veces. Luego pulsó un timbre. En segundos, un ujier se puso a su disposición.

—Cite usted al general Elías Calles para mañana. Dígale que nos veremos en el Casino para conocer a un enviado del presidente

Carranza. Ah, por favor obsérvele que yo preferiría que acuda a la cita sin armas.

El encuentro de Manuel M. Diéguez con Calles no sirvió para lograr acuerdo alguno, sino para consumar la ruptura de relaciones de la presidencia con el gobierno estatal. Tras recibir el informe de su general, Carranza dijo a su Estado Mayor:

—Este cabrón De la Huerta se olvida que ya despaché a la chingada al otro de su mismo apellido. Ya no toleraré más desafíos de esos sonorenses. A ver, ordenanza: mande un telegrama al general Ignacio Pesqueira. Apunte: «Designo a usted gobernador militar de Sonora. Capture a Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles y asociados. Vivos o muertos. Traslade regimientos de Chihuahua por el este y de Sinaloa por el sur».

Con la orden presidencial, ocho mil efectivos federales cruzaron por Chihuahua y Sinaloa para envolver a las fuerzas sonorenses. Enterado de esta acometida, De la Huerta intentó evitar el choque de los ejércitos. Como recurso final, después de incontables llamados a detener la invasión, el gobernador depuesto le escribió al presidente:

> Por favor detenga sus tropas. Llegaré a la Ciudad de México y me rendiré. Me puede usted matar, pero si usted permite que esas tropas avancen sobre Sonora, defenderé la soberanía de mi estado hasta el final.

La respuesta de Carranza fue tajante:

> Yo no detendré a las tropas. Venga a México si quiere.

DE AGUA PRIETA A TLAXCALANTONGO

Al candidato Álvaro Obregón, mientras hacía su exitosa campaña en el norte del país, Carranza lo hizo acudir a la capital mediante la perentoria citación del juez militar que procesaba al general felicista Roberto F. Cejudo. Acusado de sedición, el militar reaccionario señaló al Manco de Celaya entre sus partidarios. Obregón acudió pese al peligro, para comprobar las asechanzas de don Venus: un coche de la policía vigilaba todos sus movimientos. En la Corte militar, aclamado hasta por los centinelas yaquis, Obregón fue tratado por los jueces como cómplice del reo, no como testigo de cargo. Se le mandó salir de la sala para presentarse al día siguiente, puesto que tenía tantos seguidores en ese momento. Obregón, en la casa de su amigo Miguel Alessio Robles, donde se alojaba, fue advertido por Rafael Zubarán Capmany, Eduardo Neri y su anfitrión de que intentarían atentar contra él camino a los juzgados.

—Si tratas de presentarte al juicio —le previno Zubarán—, acabarás en prisión o, inclusive, muerto.

A la mañana siguiente Obregón, acompañado por sus tres amigos, se introdujo en un automóvil con rumbo a la corte militar. Mientras avanzaban, notaron que los seguían cinco motociclistas. Eso decidió el siguiente paso que Obregón debía dar. Dentro del vehículo, el general cambió de sombrero con Rafael Zubarán para descender en un sitio acordado la noche anterior. Allí lo esperaba otro coche que lo condujo a la estación de trenes, donde el ferroviario Margarito Ramírez lo ayudó a disfrazarse de obrero de las vías. Así vestido, con un capote colgado de su hombro derecho para ocultar la falta del brazo, el Manco se embarcó en un tren hacia Guerrero, sustrayéndose a la argucia de Carranza.

A salvo de don Venus, Obregón se unió en Chilpancingo a sus seguidores para combatir al patriarca. A petición de Calles, el plan del levantamiento tomó nombre de un sitio donde los sonorenses habían derrotado a Pancho Villa: «Agua Prieta». Era el 11 de abril de 1920, un año y un día después del asesinato de Zapata. Con pasmosa velocidad, la rebelión cobró empuje. Demasiados comandantes

militares en todo el país sostenían agravios contra don Venus, comenzó a entender el patriarca. Para el 7 de mayo la situación parecía demasiado ominosa. Carranza decidió buscar refugio en Veracruz, como en los tiempos de la Convención. Ordenó preparar una caravana que lo condujese a territorio leal, pero su idea de escapatoria era harto disparatada. Introdujo en el larguísimo convoy a miles de empleados e incontables amigos, con sus familias. Sumaban de ocho a diez mil pasajeros. Además llevaba los bienes de todos ellos, archivos del gobierno, equipo militar, once millones de pesos oro sacados de la Tesorería de la nación, más los cuños de la Casa de Moneda. En el descomunal equipaje nadie incluyó a suficiencia dos provisiones vitales: agua y medicamentos.

El convoy partió apenas a tiempo de que llegaran los regimientos de Pablo González y Jacinto B. Treviño para capturar a Carranza. Sin embargo, el flamante general Jesús Guajardo, ascendido hacía pocos meses por el Jefe Máximo, llegó a tiempo de cortar el paso a la mitad de la comitiva lanzando una locomotora cargada de dinamita a embestir los trenes. El descarrilamiento causado por las maniobras de Guajardo mató a decenas en los vagones; los heridos, junto con los sobrevivientes ilesos, emprendieron la fuga a pie con rumbo a Puebla. En el camino, los perseguidores asesinaron niños a tiros, violaron a muchas mujeres, torturaron a sus maridos, novios o familiares. Nadie supo contar las víctimas de esa masacre.

En la población de Aljibes, Puebla, los vagones presidenciales llegaron al fin de su viaje. Los rieles estaban levantados para detener el convoy, se acabó el agua para el vapor de la maquinaria, los rebeldes atacaron con encarnizamiento a los prófugos. Al día siguiente los insurrectos descargaron un nuevo ataque abrumador contra los seguidores de Carranza. El presidente optó por salir de allí con un séquito menor a cien adeptos, a caballo todos. Las noticias que fueron recabando en el camino los desalentaban. Guadalupe Sánchez, el comandante militar de Veracruz, había aceptado secundar a Obregón. En pleno territorio del enemigo Pablo González, Carranza ya no tenía a donde ir. Licenció a su guardia de setenta cadetes de caballería para continuar camino con una escolta de sólo doce leales, entre ellos Ignacio Bonillas, Luis Cabrera, los generales Francisco Murguía y Francisco L. Urquizo, más los pocos militares y funcionarios aún adictos a su depuesto régimen.

El 20 de mayo llegaron a Patla, donde los recibió el general Francisco Mariel, leal al presidente fugitivo. Entre los oficiales de Mariel estaba el general Rodolfo Herrero, rebelde afiliado días antes al carrancismo. El flamante partidario pidió a Mariel permiso para conducir a la comitiva presidencial hasta el caserío de Tlaxcalantongo, donde les aseguró que hallarían alojamiento para los hombres, forraje

para las monturas, tranquilidad para todos. En el nublado Patla, cerca del ocaso, Mariel juzgó prudente alejar a su jefe de la zona en que los obregonistas pudieran hacer más daños. Así, puso a Carranza con sus doce acompañantes bajo la protección de Herrero, encomendándole resguardar al grupo en lo que se le unían más partidarios.

A la luz incierta del atardecer se encaminaron Carranza y sus doce leales, mezclados entre la tropilla de Herrero, hacia Tlaxcalantongo. Llovía intensamente cuando llegaron al paraje, compuesto por una iglesia derruida más unas cuantas cabañas, emblemas de la miseria. En las casuchas de paja con palos no había moradores ni muebles ni comida. Se acomodaron los miembros de la comitiva en las chozas para esperar novedades. Un mensajero llegó de pronto a decirle a Rodolfo Herrero que su hermano Hermilo estaba herido en Patla, luego de una pelea. El militar se disculpó antes de salir a atender esa emergencia.

—Por ahora, éste es el palacio nacional —le dijo a Carranza.

El viejo autócrata, mirando esa desolación, mirándose a sí mismo sucio, con un traje apelmazado por la mugre, se acordó de sus lecturas en Coahuila. Suetonio pintaba la huida final del depuesto emperador Nerón en un escenario mísero; perseguido por la guardia pretoriana, el atribulado césar sólo hallaba en el camino un charco del cual beber agua, por lo que exclamaba: «Éstos son los refrescos de Nerón». Carranza pensó en la ironía que encerraba la observación de Herrero. No pudo evitar decirse: «Éstos son los palacios de Venus». Para alumbrarse sólo tenían un cabo de vela. El presidente ordenó apagarlo, de modo que pudieran iluminar el sitio antes del amanecer siguiente. Sin embargo, poco después encendieron de nuevo la bujía porque llegó un indio con un mensaje: Lindoro Hernández, general apegado a Carranza, les anunciaba que temprano por la mañana acudiría a resguardarlos.

—Ahora podemos descansar —dijo el viejo autócrata, reanimado.

La vela fue apagada. Sólo rayos atronadores interrumpían por segundos la oscuridad de la noche, la sorda letanía del aguacero.

Hacia las cuatro de la mañana, el capitán Ignacio Suárez, asistente de Carranza, estaba profundamente dormido, rumiando en sueños por un tren descarrilado. Unos gritos procedentes de afuera lo despertaron. Clamores, galopes, golpes. ¿Llegaba el general Hernández tan pronto? Suárez sintió que cerca de él se levantaba el presidente y, despierto por completo, pudo escuchar indistintamente: «¡Muera Carranza!». Enseguida, a través de las frágiles paredes de palos llovió una andanada de tiros. La balacera fue especialmente intensa contra la cabaña de don Venus, con descargas dirigidas hacia el suelo en la parte en que Herrero había dejado acostado al presidente. Los que

pudieron, abandonaron corriendo las chozas para descolgarse en la barranca próxima. Carranza, mordido por varios proyectiles, gritó a sus compañeros:

—¡Tengo rota una pierna, no me puedo levantar! ¡Escápense!

El capitán Suárez se quedó tirado cerca de su jefe para dolerse, acaso para morir con él mientras le vociferaba frases de pesar al anciano agonizante. No tardó Carranza en quedar sin sentido, desangrándose. Minutos después cesó el tiroteo, mas no la agitación. Rodolfo Herrero, su sobrino Ernesto, su hermano Hermilo, junto con la tropa de asesinos, entraron a las chozas para contar a los muertos, hacer prisioneros, llevarse lo que pudieran. Sacaron a todos los sobrevivientes de las chozas. Ateridos bajo la lluvia, los reos escucharon varias detonaciones de revólver dentro de la casucha donde estaba tendido don Venus. Luego supieron que al difunto barbón sus asaltantes le carrancearon todo lo que traía: el reloj, los lentes, la pistola, un fuete (¿quién duerme con un fuete?), el sombrero, la chaqueta, las polainas. Una máquina de escribir portátil que estaba cerca del cadáver también fue robada por los verdugos. Más tarde, sin alimentos para los prisioneros en su poder, Herrero dudaba si matarlos. Le entró miedo por lo que había perpetrado. Se le ocurrió un ardid: obligó al secretario Aguirre Berlanga, de Gobernación, y al secretario presidencial, Gil Farías, a firmar un documento redactado por ellos mismos en que atestaban cómo Carranza se suicidó al darse cuenta de que la huida era impracticable. Con ese testimonio en su poder, Herrero dejó libres a ambos cautivos, a los que de todas maneras no quería darles de comer ni arrearlos por el camino. El general Mariel, enterado de la traición a su caudillo, perseguía ya a la pequeña tropa del sicario.

Rodolfo Herrero, desviándose hasta llegar a Papantla, en Veracruz, logró burlar al destacamento de Mariel. En suelo veracruzano el traidor se entregó a Lázaro Cárdenas, general a los veinticinco años, comandante de la zona. Herrero le entregó al joven oficial la «confesión» de Aguirre y Gil tras contarle su versión de los hechos, con lo que obtuvo la custodia de Cárdenas hasta la Ciudad de México atravesando un territorio en el que debieron desviarse varias veces a fin de evitar a los partidarios de Carranza, ansiosos de ajusticiar a los asesinos del patriarca. Cárdenas inclusive libró a Herrero del permiso que Obregón emitió para matarlo mediante un telegrama que el custodio recibió en una estación pero rehusó dar por bueno. En él, Obregón le manifestaba: «Enterado intento de fuga con muerte de prisionero. Preséntese a rendir parte». Cárdenas no tomó ventaja del *error* obregonista: mantuvo a salvo a su cautivo tras enseñarle el cable del caudillo sonorense, hasta alcanzar la capital, donde Herrero fue meticulosamente interrogado. A Lázaro Cárdenas no le informaron

mayor cosa de esta pesquisa; lo mandaron de vuelta, ya no a Veracruz, sino a su estado natal, Michoacán, con nombramiento de gobernador, además del de comandante militar. Era el primer premio que otorgaban los nuevos dueños del país a un hombre desprevenido ante su fortuna.

Aunque el asesinato de Carranza les otorgó la presidencia, Obregón, Calles, De la Huerta y el grupo de generales sonorenses se abstuvieron de celebrar al jefe de los victimarios. Algo habían aprendido en su lucha contra Victoriano Huerta: los asesinos de presidentes no inspiran simpatía. Para su fortuna, Carranza no era Madero, además de que a varios testigos imparciales les constaba que hicieron lo posible por otorgar una salida segura al coahuilense antes de lanzarse contra él. Los llantos por Carranza duraron más de lo que hubiesen deseado los sonorenses, pues inclusive generales del grupo, como Jesús B. Treviño, lamentaban en público el artero ataque en Tlaxcalantongo.

En vista del escándalo, Obregón le ordenó a Calles procesar a Herrero, dándolo de baja por haber utilizado ametralladoras al atacar a la inerme comitiva. Algún tiempo después reincorporaron en el ejército al asesino, en 1922, para mandarlo a combatir a Lindoro Hernández, el carrancista que llegó demasiado tarde para proteger a su líder. Herrero también sirvió al ejército federal combatiendo a los rebeldes delahuertistas en 1924. Cuando Obregón cayó a su vez en La Bombilla bajo el revólver de José de León Toral, en 1928, Calles se hizo de la vista gorda para dejar a Herrero en la corporación que deshonraba, encomendándole enfrentarse a los rebeldes capitaneados por Gonzalo Escobar. Hasta que Lázaro Cárdenas se convirtió en presidente en 1934, el asesino de Venustiano Carranza fue expulsado en definitiva del ejército. Rodolfo Herrero, convertido en ambiguo villano por la historia oficial, vivió hasta 1964.

EL INTERINO Y EL GUERRILLERO

Para suplir a Carranza, los generales sonorenses designaron a Adolfo de la Huerta presidente interino de la república. Las medrosas cámaras de senadores y diputados confirmaron esa decisión en medio de los aspavientos sin decoro llamados «protocolo legal». Pese a la farsa montada por los políticos dóciles a la amenaza de las armas, De la Huerta, en los seis meses que ocupó el cargo, hizo lo que muy pocos presidentes mexicanos: gobernar con justicia, con generosidad, con buen sentido administrativo. Su honradez fue tanta que dejó a su salida un erario público, no un tesoro saqueado. El expresidente carecía de una gran fortuna cuando aceptó el cargo en 1920; al dejarlo, tenía casi la misma cantidad de bienes. En privado, esa honestidad inducía a carcajadas a los militares rapaces, pero en público los obligaba a referirse con enorme respeto hacia el presidente interino. Al mandatario De la Huerta las risas no le preocupaban, sí el decoro exigido por su cargo. Por otra parte, era un hombre de cualidades inesperadas. En su juventud había querido ser cantante de ópera; durante el resto de su vida conservó una notable habilidad para interpretar famosas piezas. Quizás esa característica lo orientaba a resolver los problemas con buenas maneras antes que con balas, pues al vencer a enemigos insolentes les deparó enseguida la magnanimidad de su trato.

No todos, sin embargo, pudieron felicitarse de sobrevivir a rebeliones contra De la Huerta. Pablo González Garza y Jesús Guajardo, los asesinos de Zapata, hallaron su destino en una de esas asonadas. A finales de junio de ese mismo año de 1920, Guajardo, bajo las órdenes del general Joaquín Amaro, fue enviado por Plutarco Elías Calles a combatir a los guerrilleros de Villa. Con dos mil hombres bajo su mando, el asesino de Zapata prefirió levantarse en armas el 2 de julio contra la presidencia de Adolfo de la Huerta. Jesús Guajardo intentó hacer frente al gobierno en La Hediondilla, Coahuila, pero parte de su tropa desertó, por lo que el resto no tardó en ser vencido. Algunos alzados, como Antonio Cano, muy amigo de Guajardo, se entregaron para evitar la pena de muerte. A su líder no pudieron prenderlo; pensaron que se había ido a Coahuila, pero en realidad se dirigió a Monterrey a pedirle a Cano, libre después de su rendición, un

escondrijo en casa de su esposa. Antonio Cano apenas lo pensó antes de delatar al general prófugo ante el jefe de policía local. Al escondite de su protegido llegaron soldados por un lado, gendarmes por el otro, para hacerlo cautivo después de rodear la residencia. Juzgado en corte marcial, Jesús Guajardo acabó sus días sin gloria el 18 de julio ante el pelotón de fusilamiento de Antonio Ríos Zertuche.

Días más tarde, el 21 de julio, Pablo González fue hallado en el sótano de su domicilio en Monterrey, después de fracasar su tentativa de alzamiento. Lo trasladaron a la Ciudad de México para someterlo a consejo de guerra. Como sus abogados protestaron porque no lo juzgaban sus iguales sino militares de menor rango que el general, lo enviaron de vuelta a Monterrey para procesarlo de nuevo en un teatro lleno de sus paisanos. La corte marcial, hallándolo culpable de sedición, lo condenó a muerte. Algunos personajes influyentes como Miguel Alessio Robles apelaron a Calles para perdonarle la vida al rebelde, pues su idea de asesinar a Zapata resultó muy útil para los sonorenses. Calles consultó con De la Huerta, quien perdonó al enemigo para enviarlo con una buena cantidad de pesos al exilio en Estados Unidos. En el destierro, González se hizo banquero con buenos ingresos hasta la crisis de 1929, en la cual se arruinó el tío Pablo. Tras liquidar sus deudas hasta quedarse sin caudales, González retornó a México en 1940. El planeador del atentado contra Zapata sobrevivió empobrecido diez años más, pues murió en 1950.

Otro conspirador que intentó reintegrarse a la vida nacional fue Félix Díaz Prieto. Inspirador de un pronunciamiento contra Carranza desde 1917, sólo hasta 1920 logró alguna atención para sus guerrilleros, autonombrados Ejército Reorganizador Nacional. Si bien la enésima revuelta felicista fue admitida al combate por los sonorenses, el líder nunca pudo sumarse a sus seguidores. Hasta 1941 permaneció exiliado en Estados Unidos. Septuagenario a su vuelta, el sobrino de don Porfirio sólo aguantó unos cuantos años en la nación que había ambicionado sojuzgar, para morirse al fin en 1945.

Luego de las revueltas de Guajardo, González, más varias otras, De la Huerta deseaba entregar un país en paz. Se lo impedían muy pocos, entre ellos, el imbatible Pancho Villa. Los compañeros del presidente interino lo instaban a madrugar al guerrillero, pero era más fácil desearlo que conseguirlo. En 1920, el gobernador de Chihuahua, Ignacio C. Enríquez, había intentado tantear a Villa citándolo para una conferencia de paz; en cuanto Villa olió una trampa, desalojó su campamento dejando sólo fingidas señales de su tropa; cuando Enríquez acometió el vivac, descubrió sus intenciones al guerrillero. Desde entonces, Villa se la pasaba desquitándose con diferentes asaltos o escaramuzas en la zona de Parral, chocando con el general Eugenio Martínez, jefe militar de Coahuila y Chihuahua. De la Huerta ordenó a

Martínez cesar las hostilidades contra Villa para buscar atraerlo a la legalidad. El perseguidor temía que Villa lo matara por haberle hecho frente, pero negociando con la intermediación del ingeniero Elías L. Torres, De la Huerta logró asegurar garantías para ambos rivales hasta juntarlos a conferenciar en la población de Sabinas, Coahuila.

El 28 de julio de 1920 Francisco Villa firmó su rendición ante el general Martínez. A cambio, el guerrillero podría licenciar a sus casi mil soldados con un año de paga más el título de propiedad del terreno que eligiesen para cultivar; Villa podría conservar una escolta de cincuenta guardias costeados por la nación; además, recibiría la hacienda de Canutillo, cotizada en seiscientos mil pesos, para retirarse a la vida privada. Otros oficiales suyos también recibieron haciendas para asegurarles el sustento. De la Huerta ordenó a Pascual Ortiz Rubio, secretario de Comunicaciones, que sacara de los Ferrocarriles Nacionales el pago del estudio que sirvió para seleccionar Canutillo como su obsequio a Villa. Azuzado por los generales que hubiesen preferido muerto a Villa, Ortiz Rubio se negó a respaldar el pago, para disgusto del interino, quien tuvo que apelar a otros fondos.

Obregón y Calles rabiaban por exterminar a su antiguo rival. El arreglo con Villa les indignó, pero De la Huerta estaba encantado de tener contento, en paz al fin, al temido asaltante de Columbus. Obregón le recordó ese delito internacional a De la Huerta, pero no consiguió indisponer al mandatario interino contra el famoso oponente. Villa se quedó tranquilo administrando su hacienda; De la Huerta continuó gobernando con acciones conciliadoras o magnánimas. A fines de su periodo, sin embargo, el fugaz mandatario convenció al gobierno de Guatemala para repatriar a Francisco Cárdenas, asesino de Madero y Pino Suárez. De la Huerta quería ajusticiar a Cárdenas por el doble crimen, pero el antiguo rural, sin esperar al trámite de su deportación, se suicidó el 30 de noviembre de 1920.

Entretanto, Obregón se mantuvo haciendo campaña a costa de la nación, para convertirse en presidente de México antes de que finalizara el año, el primero de diciembre.

LA PRESIDENCIA DEL TAIMADO

Obregón venció a sus débiles opositores —como se acostumbra desde entonces— con todo el poder del Estado, pese a las exigencias de Adolfo de la Huerta para conducir las elecciones sin trampas, amenazas o despojos. El opositor más destacado, Alfredo Robles Domínguez, al exigir un recuento de votos im-parcial, puso en apuros a De la Huerta para contener los fraudes organizados por los sonorenses en los diversos estados que controlaban. Hubo no menos de tres estados donde la oposición no obtuvo ni un voto, evidencia elocuente del despojo. Al fin, luego de un conteo excesivamente dilatado, Obregón obtuvo la presidencia con un millón ciento treinta y un mil setecientos cincuenta y un votos contra sólo cuarenta y siete mil cuatrocientos cuarenta y uno de Robles. Otros candidatos minoritarios obtuvieron entre todos dos mil trescientos cincuenta y seis votos. Más o menos mil de esos sufragios favorecían a don Nicolás Zúñiga y Miranda, el excéntrico que desde 1892 (protestando contra la ausente democracia durante el Porfiriato) se hacía llamar «presidente legítimo de México».

El Manco de Celaya inauguró con su presidencia el nuevo régimen constitucional de México tras de la Carta magna promulgada por Carranza en 1917. Obregón comenzó su administración con Calles como secretario de Gobernación, De la Huerta en Hacienda, Hill en Guerra y Marina. Con el tiempo, el antiguo cosechador de garbanzo movería a estos ministros, menos a Calles, cuyas maniobras políticas incluían secuestros, emboscadas o asesinatos cometidos con sinuosa eficacia. Obregón condujo un régimen progresista, aunque nunca cumpliría muchas de las demandas campesinas u obreras que le plantearon sin cesar sus antiguos partidarios.

En un detalle se distinguió la presidencia obregonista, al otorgar a la educación en esos años enorme impulso, bajo la conducción del primer secretario del ramo, José Vasconcelos. El pensador no sólo convirtió el libro, junto con la imprenta, en uno de los instrumentos más destacados de la educación revolucionaria. Dispuso crear un modelo original de cultura mexicana mediante la acción del voluminoso contingente de creadores que contrató. Vasconcelos quería todo nuevo en pintura, escultura, música, danza, literatura: un arte

nacionalista, cuya orientación respondió a utopías socialistas en cuyo fondo yacían los modelos totalitarios tanto de la Unión Soviética como de Italia o de Alemania. El resultado no fue inmediato, pero se reflejó durante décadas en México.

Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros cubrían de murales los edificios públicos con imágenes mexicanas pero técnicas cubistas, expresionistas o renacentistas; Joaquín Beristáin organizaría la naciente danza nacional, con numerosos festivales al aire libre donde se ejecutaría hasta el hartazgo el *Jarabe tapatío* y música folclórica de toda índole, la cual abrió paso, una década después, a las composiciones de Silvestre Revueltas, Blas Galindo y Pablo Moncayo, la nueva música nacionalista cuyos acordes llenaron salas de conciertos, parques, plazas y estadios, donde danzaban miles de bailarines, hasta extenderse a las películas; en fotografía, los extranjeros Hugo Brehme, Edward Weston y Tina Modotti marcaron un camino a los mexicanos Manuel y Lola Álvarez Bravo, Gabriel Figueroa, Nacho López; el cine se desarrolló una década más tarde, pero todas las enseñanzas del nacionalismo fueron absorbidas en las películas de Emilio «el Indio» Fernández o Fernando de Fuentes. Muchas, muchos más, llenaron los espacios públicos de México con obsesivas celebraciones de la revolución.

Tal fue la persistencia del ideal vasconcelista, que incluso a la sombra de la grandilocuencia del socialismo, en décadas posteriores un grupo de artífices intimistas o innovadores dejaría obras más inquietantes, que iban a tardar décadas en ser valoradas: la pintura de Rufino Tamayo, Manuel Rodríguez Lozano, Agustín Lazo, María Izquierdo, Frida Kahlo, Leonora Carrington, Remedios Varo, Wolfgang Paalen; el teatro de Rodolfo Usigli. No pocos tuvieron que desarrollarse desdeñados, vistos con sospecha, inclusive perseguidos. Fueron los años consagrados al muralismo, no al caballete en la pintura; a la música más la danza nacionalistas, no a la experimentación melódica; a la «literatura viril» de Mariano Azuela o Francisco L. Urquizo, no a la de «invertidos sexuales» como la que promoverían los autores del grupo Contemporáneos en los años treinta; fue la época del teatro de tesis que se convertía en pura argumentación casi carente de drama; del cine con tomas copiadas a Eisenstein en las que todos los mexicanos cantaban o festejaban, en un país ilusorio donde los pobres eran muy buenos frente a los ricos sumamente malos.

Obregón también impulsó a Alberto J. Pani como secretario de Relaciones Exteriores para conseguir el reconocimiento de Estados Unidos a su gobierno. El medio dispuesto por Pani fueron los Tratados de Bucareli, un embrollado conjunto de negociaciones, acuerdos y compromisos denunciados por Adolfo de la Huerta como el

instrumento para aceptar la injerencia política de Estados Unidos en asuntos internos de México, que hasta la fecha son asunto de debate.

En 1923, al acercarse el año de la nueva elección presidencial, Obregón dominaba a México. Sus compañeros de grupo barajaban nombres: Antonio I. Villarreal, Salvador Alvarado, inclusive Raúl Madero. Hasta el licenciado Roque Estrada sonaba entre los aspirantes, aunque Obregón había optado ya por Plutarco Elías Calles, su letal secretario de Gobernación, con cuya asistencia arregló la eliminación de los opositores molestos. Por ejemplo, Lucio Blanco, carrancista que conspiraba con Francisco Murguía para un levantamiento, estaba en Texas en 1922 esperando el momento propicio cuando fue invitado a Nuevo Laredo por el coronel Aurelio Martínez y Ramón García, agente encubierto del gobierno mexicano. Lucio Blanco accedió a cruzar en barco el río Bravo; apenas estaba abordando cuando García le tendió la mano como para ayudarlo; en cuanto aferró el brazo del sublevado, García le enganchó la muñeca con el aro de unas esposas, cuya segunda anilla sujetó a su propio brazo; Martínez hizo lo mismo con la otra extremidad del disidente. Al otro lado del río esperaba un destacamento de veinte tiradores al mando de Jesús Anaya.

—Lucio, te me quedas del otro lado; ahi te esperan, pero no creas que vas a pasear mucho —le dijo Martínez con sorna.

—Bueno pues, ahí nos vemos, cabrones, pero antes voy a echarme una nadadita —dijo Blanco.

Con un esfuerzo inesperado el cautivo se arrojó al agua jalando con su peso a los dos captores. Como Anaya tenía orden de acabar con Blanco, apremió a sus tiradores a disparar, sin importarle los esbirros encadenados al rival. Los tiros hirieron de gravedad a García y a Martínez, cuyo peso arrastró por fin a su detenido. Más tarde, los cadáveres de los tres flotaron en el Bravo. No tardó el propio líder de la revancha carrancista, Francisco Murguía, en ser capturado a traición. Fue fusilado tras de un simulacro de corte marcial el primer día de noviembre de 1922.

Meses después de esos asesinatos, Álvaro Obregón invitó a Adolfo de la Huerta y a Plutarco Elías Calles a dar un paseo en automóvil por el bosque de Chapultepec. El expresidente interino iba sentado a la izquierda del mandatario; el secretario de Gobernación, a la diestra. Mientras veían pasar los árboles a los lados del camino, Obregón comentó, volteando hacia Calles:

—Tú y yo, Plutarco, no debemos dejar la política, porque nos moriríamos de hambre; en cambio, Adolfo sabe cantar, dar clases de solfeo. Así que —volteó a decirle al sorprendido Fito—, ¿quién crees tú que debe seguir después de mí en la presidencia?

Calles se quedó silencioso. De la Huerta contestó luego de un momento:

—Es claro, después de ti debe seguir Plutarco.

—Es lo que yo decía —sonrió ampliamente Obregón, con una dentadura de lobo.

Calles no sonrió pero su gesto fue de satisfecho alivio. Ninguno imaginó que en cosa de un año Fito iba a estar sublevado contra Álvaro y Plutarco. Para 1924, el expresidente interino estaría exiliado en Estados Unidos, dando clases de canto en Hollywood a alumnos que luego serían reconocidos en el medio operístico: Roberto Guzmán Esparza, Jesús Preciado, Cosme Echevarría, Leonor Rosas o Luis de Ibargüen; cantantes malogrados por muerte prematura como Guty Cárdenas o Miguel Fleta, o cantantes que perdieron la voz y la recobraron con el «método De la Huerta», como Andrés Perelló, Elfrieda Wynne, Eva Grippon, Olive Moore o Ana Fitzu, e inclusive casos excéntricos como el de Enrique Caruso hijo, quien pasó dos años estudiando en su academia para luego cantar con éxito en varias películas, si bien terminó cambiando el canto por un empleo como vendedor de medias.

BANDIDO CON LATIFUNDIO

Un patrón de hacienda es un patrón en donde quiera. Por más conocimiento que tenga de las penurias, por más peligros que haya librado junto con hombres sin tierra, por más abusos que ha-ya sufrido cuando era mediero, el patrón olvida su procedencia, se vuelve igual que los hombres despóticos a los que antes detestaba. Pancho Villa como hacendado no fue distinto a muchos patrones. Se preocupaba, sí, por mandar a los muchachos a la escuela, porque «si uno sólo sabe de burros, no tarda en volverse burro también», pero en otros manejos era tan arbitrario o abusivo como aquel Agustín López Negrete al que le disparó porque le metió mano a su hermana Martina.

A los ricos de Parral, a corta distancia de Canutillo, el ha-cendado Pancho los hostigaba o amenazaba para obtener desde dinero hasta muebles. Así lo hizo con Melitón Lozoya, dueño anterior de Canutillo, propietario de la hacienda Cochineras, en Durango. Después de perder una apuesta en los gallos con Lozoya, el nuevo hacendado le dio plazo de un mes para devolverle los muebles de la propiedad, vendidos por los señores Jurado antes de que Lozoya les comprara la hacienda. A sus medieros, Villa los obligaba a venderle cosechas a bajo precio, «o los fusilo».

Villa se ocupaba asimismo de remozar su deteriorada hacienda. Mandó comprar mucho equipo nuevo que les presumió a Regino Hernández Llergo y Fernando Sosa, reportero y fotógrafo de *El Universal* enviados a Canutillo a entrevistarlo en su nueva vida. Encantado, Hernández Llergo escribió:

> Vista desde la fila de árboles que circunda el casco, la hacienda presenta, en primer término, la ancha puerta de entrada a la casa del propietario; a la derecha, la iglesia en ruinas y unas construcciones nuevas para las oficinas federales del telégrafo y el correo. Adelante, dos filas largas de casas recientemente edificadas forman una calle. Por la izquierda asoma la huerta con florecientes plantas…

—Sí, amigos —comentaba el ufano amnistiado—, la mis-ma tenacidad que tuve para la guerra, la tengo ahora para el trabajo. Yo soy agricultor, soldado, ingeniero, carpintero, me-cánico —añadió,

contando sus dedos—, ¡hasta albañil!… Ah, y también estudio —comentó antes de mostrarles la Escuela Felipe Ángeles que había construido, donde doscientos cincuenta de sus chamacos aprendían con maestros de las misiones culturales de Vasconcelos, conducidos por Jesús Coello Avendaño. A la sombra de ese edificio Villa afirmó—: México será una nación más grande y digna el día que los maestros cobren más que los generales.

Con esto, Villa condujo a los reporteros a su biblioteca para enseñarles lo que leía, despacio, aclaró, porque no era sencillo leer a Salgari o biografías de Alejandro Magno o Napoleón. A Villa le gustaba el *Tesoro de la Juventud* con sus grabados bien puestos a cada historia interesante o edificante, las cuales recomendaba a sus protegidos para animarlos a llevar una vida distinta a la suya.

—Es para que se porten bien —subrayó—. De todos modos, les tengo advertido: al que robe algo, lo fusilo.

—¿Y ha fusilado a alguien? —preguntó Hernández Llergo.

El antiguo proscrito asintió:

—Pos mire que no faltan los desobedientes ni los mañosos…

Reportero y fotógrafo contemplaban con admiración las instalaciones de la hacienda, el contraste de las máquinas nuevas con las paredes deterioradas. Su euforia ante los indicios de renovación no les impidió notar la cantidad de armas que también había, no sólo en las paredes de Canutillo, sino en las manos de docenas de guardias, muchos más que los cincuenta a que Villa se había comprometido a limitarse en el Tratado de Sabinas:

—Uy, y son retepoquitos mis muchachitos —dijo el hacendado quitando importancia a su fuerza armada—. Yo ahora trabajo para la paz, pero ustedes no han olvidado cuántos peligros hay todavía en esta zona.

Hernández lo sondeó:

—¿Cree que pueda haber muchos alzados, general?

—Pos de eso no llevo cuenta, pero hay gente que a mi llamado puede hacer de Chihuahua el estado más pacífico de México —sentenció Villa.

—¿Como su guardias? —insistió el reportero.

Villa le restó importancia a su milicia:

—Eso no es nada. Yo calculo que si hiciera falta, podría reu-nir a cuarenta mil muchachitos en el momento en que la paz peligre. Por eso son necesarias las armas. Es más, les voy a mostrar unas chuladas —los llevó a donde guardaba un par de ametralladoras—. Éstas me las regaló Álvaro Obregón. Creo que me quiso presumir del buen equipo que tiene. Me hubiera abrazado, pero ya ven que no tiene con qué —

nerviosamente, los periodistas sonrieron ante la alusión burlona al Manco de Celaya.

Hernández hizo al fin la pregunta para la que estaba en la hacienda del temido guerrero:

—En política, general, ¿qué planes tiene?

Villa fue categórico:

—De política, nada. Yo me dedico al progreso de la nación. Se lo prometí al señor De la Huerta.

—Para las elecciones del año próximo —indagó el periodista—, ¿tiene alguna preferencia? El general Calles suena muy fuerte.

Villa miró a Hernández con sorna:

—Pos será… Yo en ese señor no pienso mucho —el pacificado se detuvo bajo la sombra de un árbol. Miró a lo lejos, en silencio, durante unos momentos, caviloso. De pronto su semblante adquirió un gesto de determinación—: Yo, si tuviera que apoyar a alguien, lo haría con el señor Fito. ¡Ése sí es un buen gallo para la presidencia!

—¿Aunque ya haya sido presidente? Ustedes pelearon todo este tiempo por el lema de Madero: «Sufragio efectivo, no reelección» —atajó Hernández.

Villa no titubeó:

—Fueron sólo seis meses que don Fito estuvo en la presidencia como interino. El cargo debe ser por cuatro años; no es lo mismo que ser presidente electo, ¿verdad?

SE MADRUGARON A VILLA

Mientras pasaba el mes que Villa le había dado de plazo para devolverle *sus* muebles, Melitón Lozoya ya se veía balaceado por el guerrillero. En esta angustia buscó a sus parientes, a sus amigos, rancheros como él, para pedirles apoyo contra el hostigador. José Barraza escuchó el llamado de auxilio: fue a contárselo a su pariente Jesús Salas Barraza, diputado por Durango, enemigo de Villa por muchos agravios. El diputado le dijo a Lozoya:

—La única solución es matar a Villa. Hay que madrugarlo antes de que te mate a ti.

—Pero cómo lo hacemos —se descorazonó el emplazado.

—Como le hicieron a Zapata. Cuando menos se lo espere, lo llenamos de plomo. Yo pongo las balas, armas, lana. Tú ocúpate de conseguir tiradores. Ah, busca al general Amaro. Explícale la jugada, dile que yo le pido… consejo.

Joaquín Amaro debía de haber acabado con Villa antes de que el presidente interino pactara su rendición. Villa, a merced de francotiradores o sicarios fallidos, había convertido a Amaro en la burla del grupo sonorense, en cuyos corrillos no faltaba quien le espetara:

—Te dijimos que a ése lo tronaras con cañonazos de veras, pero dejaste que Fito le acomodara uno de seiscientos mil pesos. Ya ni la chingas, mano.

Ahora, como jefe de la guarnición de Parral, Amaro ya no podía cazar al rival; para peor, se veía obligado a dar protección a Villa, continuo blanco de emboscadas. Por eso, Amaro recibió con gran cortesía a Lozoya, acompañado de Salas, cuando fueron a comentarle el plan para lidiar con ese temible hacendado, tan dispuesto a mandar a Lozoya al otro mundo por unos tristes muebles. Después de escuchar la queja, o más bien, el pretexto para el asesinato, Amaro consultó con el secretario de Gobernación Calles. El ministro favorito de Obregón le envió al general instrucciones de apoyarse en el gobernador de Durango, Jesús Agustín Castro, «en caso de problemas mayores». A la zona limítrofe entre Durango y Chihuahua llegó, por si fuera menester, el general Eugenio Martínez, enviado de la presidencia de la república, con la encomienda de vigilar los movimientos de Villa e

informar cuanto aconteciera en el enfrentamiento del guerrillero con sus desesperados enemigos.

Emeterio Medina Márquez se habituó a la presencia de Pancho Villa en Hidalgo del Parral, muy cercana a Canutillo. En la ciudad chihuahuense, Villa era dueño del hotel Hidalgo, donde recalaba con frecuencia para ver a algunas señoras o para divertirse con sus amigos de cuando vendía caballos ajenos como propios. Muchos lo recordaban aún como el verdugo de Rosendo Ramírez y Claro Reza, pero al igual que Emeterio o varios otros, preferían saludarlo como el ocurrente jefe de los Dorados.

El 20 de julio de 1923, a mediodía, Emeterio Medina e Isaías Álvarez, sobrino de Villa y miembro del primer escuadrón de su escolta, estaban en la capital de Chihuahua, realizando algunos trámites en el palacio de gobierno. Desde el fondo de un corredor, Isaías se fijó en un hombre que venía a su encuentro. Con gesto de fastidio, le dijo a Emeterio:

—Ahi viene ese pinche viejo a hacerme la barba. Ah, cómo me persiguen esas ladillas.

—¿Quién es?

—Un bueno para nada que nomás me ve y empieza a babear. Como soy sobrino del general, cree que puede sacarme algún puesto.

—¿Y por qué no le dices a tu tío?

—Porque yo no soy su único sobrino. Hay como treinta más. Ya sabes que mi tío con todas se casa.

—¿Y nadie le ha dicho nunca al general que eso se llama bigamia y es ilegal?

—Bi… ¿qué?

—Bigamia es tener dos esposas.

—Ah, no creo que mi tío tenga bigamia. Lo suyo ha de ser chingamia, porque tiene un chingo de mujeres… Ya está aquí este lambiscón, fíjate cómo se va a poner a echarme flores.

El hombre, pese a lo que esperaba Isaías, no se mostró servil. Tenía el semblante desencajado. Al tener a los dos visitantes enfrente, abrazó a Isaías:

—Capitán Álvarez, mi más sentido pésame. No sabe usted cuánto lo siento.

Isaías aceptó su abrazo con total desconcierto:

—Ah, chirrión, ¿pues quién se murió?

El postulante dio un respingo. Enseguida se compuso para mirar con lástima a Isaías:

—¿Cómo, no se ha enterado usted?

—¿De qué? —inquirió el militar.

—Corre la voz de que su tío fue asesinado en Parral… Lo lamento muchísimo —explicó el servil.

—No puede ser. Esas son habladas. Mi tío está perfectamente —se indignó Isaías.

—Si usted lo dice, espero que el general goce de magnífica salud. Es sólo que… Bueno, todos están hablando de eso en palacio. Pregúntele usted al gobernador —recomendó el advenedizo.

—Eso haremos, le agradezco su preocupación —gruñó el sobrino de Villa.

Isaías y Emeterio comenzaron a buscar a sus conocidos en palacio. Nadie les quiso decir sí o no, pero todos miraban incómodos a Isaías. Los dos amigos fueron a la oficina de Telégrafos Nacionales para pedir una conferencia con el coronel Ernesto Ríos, en Canutillo, ansiosos de saber qué pasaba. En telégrafos les dijeron que estaba obstruida toda comunicación con la hacienda.

—¿El motivo? No sabemos. Puede ser una caída de las líneas.

Con un mal presentimiento, Isaías y Emeterio se fueron a dormir. Temprano por la mañana tomaron el tren de las 8:20 a Parral. Al llegar, hacia las cinco de la tarde, se fueron sin demora para el hotel Hidalgo. Ahí los recibieron cinco camas de latón sobre las que reposaban los increíbles muertos: Pancho Villa, Miguel Trillo, Daniel Tamayo, Rosalío Corrales, Claro Hurtado. Estaban destrozados porque las demasiadas balas que les dispararon en la emboscada eran expansivas. Los asesinos se aseguraron de no fallar. Había dos sobrevivientes gravemente heridos a los que atendían en el Hospital del Rayo: Ramón Contreras y Rafael Medrano. Este último murió al fin.

Contreras no podía declarar por el momento; al caer del auto baleado, se arrastró por debajo del Puente Guanajuato, en la calle Gabino Barreda; así pudo salvar su vida, pero las balas le habían destrozado una muñeca: fue inevitable amputarle la mano. Siguió en peligro de muerte una temporada. Después se recuperó para vivir hasta 1944 en el ejido Cerro de Santiago donde, en sus frecuentes borracheras, se aparejaba con una escoba o un palo para «dispararles» a los asesinos de Villa.

En el hotel, desde el mismo 20 de julio, se había organizado el velorio. Allí estaba Hipólito Villa Arámbula con su esposa Mabel, estadounidense cuyo nombre mal pronunciaban todos a la inglesa: «Méibol»; los hermanos José María y Ángel Jaurrieta, de la escolta de Villa; también estaban otros cercanos villistas; con ellos, Alfredo Trillo, hermano del recién fallecido Miguel y del anteriormente difunto Antonio. Emeterio Medina, al ver al único sobreviviente de los

Trillo, se acordaba de Antonio encaramado sobre Miguel camino de la escuela. «Miguel ya no podrá nunca ir a Nueva York a conseguir la película de Ojinaga que me platicó», pensó Emeterio.

Mientras los dolientes lloraban a Villa y sus compañeros acribillados, Isaías Álvarez, asistido por Emeterio Medina, dedicó días (acumulados hasta ser semanas) a investigar qué había sucedido. Como la muerte de Villa se convirtió en un espectáculo para la prensa, hubo muchas fotografías que se sacaron del automóvil Dodge Brothers con los cadáveres adentro; muchas placas, también, de los difuntos colocados sobre las camas de latón donde Villa había gozado noches nada fúnebres. Isaías, ayudado por Emeterio, recabó copias del informe forense para ponerse a estudiar estos documentos, además de fijarse con más detenimiento en las heridas de los cadáveres. Habituado a la violencia, experto en dictaminar muertes por bala de todo tipo, Álvarez descubría detalles inadvertidos por otras miradas.

Al leer el informe forense, Álvarez y Medina desconfiaron. Ese papel insistía en que los hombres fueron heridos por la espalda, al hacerles fuego desde la casa marcada con el número 115 de la calle Juárez. Examinando las fotografías, los dos improvisados forenses pudieron ver que los impactos de bala eran de forma normal en el pecho y el estómago del cadáver de Villa, igual que en el de Trillo.

El capitán Álvarez le explicó a Emeterio:

—Si los proyectiles les hubieran entrado por la espalda, los cuerpos tuvieran al frente orificios de salida como boquetes; ese destrozo hacen las balas al estallar dentro de los cuerpos.

Isaías y Emeterio se apersonaron al sitio de la balacera para salir de dudas. Al considerar la ubicación de las huertas de Rafael Botello y José N. Murillo, sospecharon que ahí estaban ocultos los tiradores. También comprobaron que, en efecto, se habían hecho disparos desde la casa número 115. Al preguntar, los vecinos les revelaron que sí, en las huertas de Botello y Murillo se habían escondido tiradores el día 20 de julio. Después de la matanza, los sicarios fueron vistos rumbo a Estación Zenzontle, probablemente en dirección a Rosario. Medina le recordó a Álvarez, meses más tarde, que por ahí quedaba Cochineras, el rancho del cual era dueño Lozoya.

Álvarez y Medina volvieron a revisar las copias de los certificados de las autopsias. Los consiguieron gracias a Mabel de Villa, quien le pagó al doctor Manuel F. Villaraus para obtenerlos. Por esos documentos pudieron conocer que la trayectoria de entrada de las balas era de izquierda a derecha, de frente. Villa tenía un balazo en el corazón. Él iba manejando el automóvil, con Trillo en el asiento del copiloto. Sentados en la butaca abatible, anexa al asiento frontal (con la espalda vuelta hacia el conductor y el copiloto), iban Claro Hurtado

y Ramón Contreras. Sus cuerpos presentaban varios balazos con entrada por la espalda, así como por el frente. Álvarez confirmó así las sospechas que le confió a Medina: en la emboscada hubo más tiradores que los admitidos por el parte oficial. Los primeros disparos —dedujo— los hicieron individuos al asecho en las huertas Botello y Murillo; los disparos, cuya entrada se veía por el frente de los cuerpos de Hurtado y Contreras, salieron de la casa número 115. Más tarde confirmaron que allí se apostó Melitón Lozoya con varios cómplices.

Por las fotografías del auto balaceado, Isaías y Emeterio pudieron averiguar que Miguel Trillo, mientras recibía once tiros en el pecho, intentó saltar para salir del automóvil, pero el empuje de los proyectiles lo dejó atravesado en la portezuela del lado derecho. Si Villa trató de salir también, se lo impidió lo tupido de los disparos que le llovieron desde las huertas. Con testimonios recabados después, además de las fotos examinadas, Álvarez y Medina sacaron en claro que el coronel Rosalío Rosales iba parado en la salpicadera del lado derecho del automóvil cuando recibió la lluvia de balazos en el costado izquierdo del cuerpo; fue aventado por los impactos hasta caer de cabeza en el río de Parral.

Isaías Álvarez y Emeterio Medina tuvieron que acudir a muchos conocidos para armar la narración del atentado. Varios datos se los dieron bajo el agua sus amigos Jesús Páez B., juez de primera instancia del distrito, y Jesús J. Anaya, agente del Ministerio Público. Pedro Ignacio Chacón, jefe de la comisión investigadora enviada por el Senado de la República, les dijo a los dos pesquisantes, en secreto, que en este asunto andaban metidas las manos de Obregón, al igual que las de Calles, en complicidad con los gobernadores Jesús Agustín Castro e Ignacio Enríquez. El jefe de la zona militar, Joaquín Amaro, también supo de la maniobra, porque justo ese día mandó al comandante de la guarnición militar de Parral, Félix Lara, llevarse a sus cientos de soldados a Maturana, diez kilómetros al sur de la ciudad, «para realizar ejercicios militares con motivo del desfile del 16 de septiembre». Fue la primera y única vez que esos ensayos se hicieron en julio.

Estas intervenciones las sospechaban los deudos del general asesinado. Les sorprendió un poco, sin embargo, enterarse de otras complicidades, como la de Jesús y Celia Herrera, sobrinos del difunto Maclovio Herrera. No era inexplicable su odio, pues Maclovio había militado con Villa hasta que el general se enemistó con Carranza, y Herrera prefirió seguir al presidente. Como Maclovio murió por error bajo las balas de sus propios soldados en 1915, Villa le guardó resentimiento a la familia hasta que tres años después pudo asesinar al padre de los Herrera, José de la Luz, junto con sus hijos Melchor y Zeferino, los tres atados de manos por haberse enrolado en la defensa

social, un cuerpo de civiles armados que intentó defender para el carrancismo la ciudad de Parral.

Patrocinadores de la emboscada contra Villa fueron también Ricardo Michel, Eduardo Ricaud, Gabriel Chávez, Felipe Santiesteban: ricos de Parral señalados por las hermanas Soledad y Nicolasa Seáñez, esposa de Villa la primera, amasia de su cuñado la segunda. Inclusive los entonces coroneles Manuel N. López y Júpiter Ramírez fueron denunciados como parte de la conjura, porque los nombraron generales al poco tiempo de la muerte de Villa y de sus hombres.

Fueron las hermanas Seáñez quienes informaron a Isaías y Emeterio que habían visto a los francotiradores ocultos en las huertas de Botello y Murillo, pues ellas vivían en los terrenos adyacentes a esos predios. La sospecha de complicidad por parte de Rafael Botello y José N. Murillo quedó probada para los villistas cuando el primero, con demasiada rapidez, obtuvo un puesto en la Tesorería General del estado, mientras Murillo fue designado Oficial Mayor del Congreso.

Andando el tiempo se pudo averiguar cómo había sido la emboscada. El 20 de julio de 1923, pasadas las siete de la mañana, Villa y sus hombres llegaron a la ciudad de Parral en el Dodge del general, que él mismo iba manejando. Al acercarse al entronque de las calles Gabino Barreda y Juárez, Villa frenó un poco porque había una zanja abierta que angostaba la calle, además de varios charcos. En la calle estaba al acecho Juan López Sáenz Pardo, uno de los conjurados, cuya señal esperaban los demás, ocultos en las huertas de Botello, de Murillo y en la casa de Juárez 115: Melitón Lozoya; Librado Martínez, tartamudo de cuarenta y cinco años; Ruperto y José Vara, campesinos de Amador, Durango; José Sáenz Pardo, medio hermano de López Sáenz; José Guerra con su hermano Román, y José Barraza.

Desde el mes de abril Melitón Lozoya, acompañado de su grupo, comenzó a recorrer Parral con el fin de alquilar varios mesones o cuartuchos, en los cuales prepararon la emboscada. Emplearon la propiedad de Mariano Espinoza, luego la casa de Manuel Vargas, después el Mesón de Jesús en el Barrio del Rayo, más tarde el Mesón de San Nicolás; poco antes del atentado, alquilaron unos establos propiedad de Jesús Corral.

López Sáenz, en la banqueta de la calle Juárez, tenía la encomienda de avisar a los tiradores si Villa venía manejando el automóvil. El vigía previó dar la señal quitándose el sombrero para saludar al conductor, pero no pudo completar el gesto porque, al dar vuelta en esa calle, el Dodge se pegó demasiado a la banqueta para evitar la zanja, obligando a López Sáenz a repegarse a la pared de la casa donde esperaban su indicación los tiradores. Así, el vigía se les perdió de vista a los sicarios por segundos. Para cuando el centinela

dio la instrucción de fuego, gritando «¡Viva Villa!», el automóvil ya había pasado la casa de la calle Juárez. Dentro de ese domicilio estaban Lozoya, el Tartamudo Martínez y Barraza. Al notar que la presa se alejaba, Lozoya entró en pánico:

—¡Ya pasó, se nos va, se nos va, chingaos!

Barraza estaba al frente del grupo pero temblaba sin control, no podía apuntar su arma. Al fin, Librado Martínez tuvo que apartarlo en un movimiento que hubiese movido a risa de no ser por su determinación criminal.

—Qui… quí-quí-quí-tate. Ni-ni dispa-paras ni de-de-jas ti-ti-ti-rar.

Pero en las huertas ya los demás tiradores estaban frenando el auto con una andanada tras otra de balas expansivas. Al pegar contra los vidrios, contra metal o hueso, los proyectiles estallaban, destrozando todo lo que tocaban, sobre todo órganos de los baleados. Los orificios de entrada eran limpios, los de salida, desastrados. Así pudieron Isaías Álvarez y Emeterio Medina reconstruir la forma en que acabaron Villa y su gente. Las armas usadas fueron pistolas calibre 45, además de rifles 30-30 y 30-40. Desde la bodega de pasturas de la calle Gabino Barreda se dispararon alrededor de ciento cincuenta tiros, más los tiros de gracia que todavía les descerrajaron a varios de los cuerpos acribillados. Tras completar su tarea, el grupo armado salió del crucero a caballo, llegó a la esquina de La Bajadita y de ahí atravesó el río en medio de carcajadas. Algunos iban fumando, dijeron testigos que identificaron las monturas pero no las caras de los sicarios: dos caballos colorados, dos tordillos, un bayo, un alazán y un palomo. Tomaron el rumbo de Cochineras, al rancho de Melitón Lozoya. José Barraza permaneció en Parral para cubrir la retirada.

El coronel Contreras quedó herido en el coche baleado. Allí estaba tratando de incorporarse cuando vio venir a Román Guerra listo para rematar a los heridos. Con rabia, el coronel alzó el brazo que le quedaba sano con su pistola en la mano. Guerra, que venía más ocupado en correr que en apuntar, recibió dos tiros del coronel, quien lo vio rodar, muerto, junto al Dodge. Malherido, Contreras se salió del coche para esconderse debajo del Puente Guanajuato en la calle Gabino Barreda. También logró escapar del automóvil Claro Hurtado, con una bala en el estómago. Caminó hasta que tuvo que sentarse frente a una casa, apretándose la panza. Luego siguió trastabillando para ocultarse bajo el puente, a donde había ido a meterse Ramón Contreras. Al no hallar cobijo, Hurtado tuvo que salir a la calle de nuevo. Ahí lo atajaron Juan López Sáenz y Librado Martínez para rematar al Dorado. Antes de morir, Hurtado pudo ver a José Barraza que salía disparando con su rifle hasta situarse frente al cuerpo de Villa. Junto al caudillo, el rifle de Barraza se encasquilló; temblando

de rabia y miedo, el asesino sacó la pistola para disparar cuatro tiros a la cabeza del conductor inmóvil. Hurtado ya no vivió para enterarse, pero sólo una bala de las cuatro que disparó Barraza pasó rozando la cabeza de Villa: tanto le tembló la mano al ejecutor.

El expediente en torno al asesinato de Francisco Villa, Miguel Trillo, Daniel Tamayo, Rosalío Corrales, Claro Hurtado y Rafael Medrano, levantado por el agente del Ministerio Público de Parral, fue requerido sin demora en la capital del estado por el procurador general de justicia, Jesús Mucharraz. El agente Jesús J. Amaya transportó a Chihuahua los folios del documento, pero allí, para su indignación, hubo de renunciar a recuperarlo, pues en cuanto recibió los papeles Mucharraz cesó a Amaya sin mediar explicaciones. Interrogado más tarde sobre esa documentación, el procurador explicó:

—Pos mire usté la cantidad de papeles que tenemos de casos criminales —señalaba un altero tras otro de hojas en diferentes tonos de amarillamiento—. Viera que mis subordinados todavía no son capaces de ubicar el legajo preciso en que constan los datos sobre la muerte de Villa… Lo que pasa es que ahorita estamos ocupados en la democracia: no le damos más importancia a un asunto que a otro.

A otros interesados que llegaron desde la capital de la nación a averiguar sobre el caso, el procurador no les dio más explicación que enseñarles una cubeta medio llena de gris ceniza. Una vez que sus visitantes asintieron ante el balde, el funcionario ordenó tirar los residuos a la basura.

Sobrevivieron, pese a todo, algunos papeles que dejan conocer parte de la conjura contra Villa. En el Archivo Histórico de Parral se conserva una carta del general Eugenio Martínez dirigida al agente del Ministerio Público local. En esa carta, Martínez reprodujo un anónimo que llegó a sus manos. El papel sin firma ni remitente denunciaba a un joven de veinte o veintidós años de edad llamado José Vara:

> El día del atentado contra el general Villa, yo vide al José Vara salir furtivamente de un corral que está muy cerca del crucero donde ocurrió el crimen, con una carabina en la mano. El individuo vive en esta ciudad en casa de su madre la señora Petra Vara, quien fue persona muy cercana al difunto general e inclusive vivió en la hacienda de Canutillo durante una temporada antes de establecerse en Parral. Declaro esto por ser mi deber como gente respetuosa de la ley, pero debo hacerlo en secreto para no exponerme a represalias por lo que estoy revelando. Puede usted comprender el temor que siento a que los mismos endividuos que asesinaron a don Francisco Villa o alguno de los muchos

enemigos de mi general se desquiten con una servidora por este testimonio.

Otro expediente salvado de los extravíos en el Archivo Histórico de Parral, detalla la relación de Villa con una familia Vara desde varios años antes del atentado. El proceso contra Pancho Villa integrado en 1910, poco antes de comenzar la revolución, incluye una carta escrita de su puño y letra el 11 de abril de 1910 dirigida a Jesús Vara. Trae referencias sobre un negocio de caballos y añade un saludo a su destinatario, a quien le manifiesta aprecio como si fuera su hermano. En realidad, Jesús Vara era cuñado de Villa, pues Petra, hermana de Jesús, era entonces pareja del futuro general. El anónimo que recibió Eugenio Martínez después del atentado comenta que la señora de apellido Vara había vivido en la hacienda de Canutillo.

Muchos años después del asesinato, en la década de 1960, el periodista Víctor Ceja Reyes entrevistó a tres de los hombres que mataron a Villa: José Sáenz Pardo, Librado Martínez y José Guerra. Con los datos que obtuvo integró una lista completa de los emboscados. Entre ellos había uno llamado Ruperto Vara, quien pudo ser hermano del José Vara inculpado en el anónimo remitido por Eugenio Martínez al Ministerio Público.

Un testimonio más, presente asimismo en el Archivo Histórico de Parral, es la carta que envió Mario G. Ochoa al director del diario *El Mañana*, Pedro Flores González, el 16 de agosto de 1923. En ella exponía al diputado Jesús Salas Barraza no como un asesino inflexible, sino como «un afeminado» que se prestó a montar un ardid de las autoridades para desviar la atención. Ochoa apuntaba a que los responsables directos serían tres sobresalientes figuras del gobierno que pasaron por Parral tiempo antes. Además, el autor de la misiva alude al pago de mil doscientos pesos que el gobernador Jesús Agustín Castro hizo «al mariquita Salas».

Si el pago por el asesinato de Villa fue tan mísero, la benevolencia que el sistema penal otorgó al confeso autor intelectual del crimen fue invaluable: sentenciado a setenta años de cárcel, Salas Barraza estuvo cautivo sólo tres meses. En 1924 lo indultaron. Salió de su celda para llegar a ser un personaje importante del gobierno de Durango. En 1929, Salas Barraza se sumó a la rebelión de José Gonzalo Escobar, derrotada poco después. El que apareció como principal asesino de Villa se exilió en Estados Unidos hasta que la amnistía de Manuel Ávila Camacho en 1943 le permitió regresar a Durango, donde murió en 1956.

Una carta de Jesús Salas Barraza dirigida a Joaquín Amaro —hallada en el archivo de Parral— confirma la intervención de Salas con sus secuaces en el atentado contra Villa. En esa misiva el diputado

pidió protección para sus cómplices, abrumados por los pobladores de Parral. Salas solicitó asimismo la opinión de Amaro y de «nuestro amigo el de las cercanías». Esta frase quizás alude a Plutarco Elías Calles, quien «por motivos de enfermedad» se recluyó en la hacienda Soledad de la Mota, en Nuevo León, desde julio de 1923, poco después del atentado contra Villa. En otros documentos hay asomos de la protección que ofreció a Salas el gobierno federal: el 14 de septiembre de 1923 se expidió una cédula para notificar al abogado defensor de Jesús Salas, Alberto López Hermosa, el fallo contra el acusado. La cédula indica que como parte de las pruebas para esclarecer el caso, se decomisó la pistola del reo, «instrumento de delito». Meses más tarde, la noche del 12 de enero de 1924, una fuga masiva en la prisión de Parral ocasionó la sustracción de varias armas en las oficinas del juzgado. La pistola de Salas Barraza convenientemente desapareció en ese motín.

En los días que siguieron a la sublevación delahuertista, en 1924, participó como rebelde en Jalisco el general Rafael Buelna, famoso por su oposición a Porfirio Díaz, luego a Victoriano Huerta en el ejército de Villa. Buelna —alguna vez el general más joven de la revolución, mas paralítico por sus heridas— halló su destino en la estación Palo Verde, próxima a Morelia. Agonizante en el hospital, Buelna avisó a quienes lo visitaban:

—En este mismo sanatorio están atendiéndose de lesiones los generales Manuel López y Júpiter Ramírez, cómplices del atentado contra Villa.

En cuanto el mensaje de Buelna alcanzó la calle, los médicos no tardaron en observar que un oficial del ejército ingresó a la clínica. Minutos después atronaron de seis a diez balazos en alguna parte del hospital. Luego de la confusión, el alboroto, la zozobra causada por las detonaciones, algunos médicos se atrevieron a inspeccionar. López y Ramírez estaban tendidos en las camas donde pretendían curarlos, ya sin remedio. Ramón Contreras, «el Mocho», único sobreviviente del atentado contra Villa, aseveró más tarde a Emeterio Medina que ese oficial era su hijo. Si declaró esa anécdota tratando de disparar con una escoba, nada al respecto dijo Medina.

En Parral había ese año más de quince mil pobladores: campesinos, obreros, ganaderos, comerciantes. Todos estaban ansiosos de paz, de estabilidad. Algunos ricos empezaban a regresar del extranjero, las minas reanudaron su producción, los rebeldes se iban desarmando para insertarse en actividades agrícolas u obreras. El atentado contra Villa fue visto por bastante gente como la eliminación de una amenaza. Esa gente insistió en evitar protestas, venganzas o grandes manifestaciones de dolor. De todas maneras, el gobierno canceló planes para llevar el cadáver de Villa a la Ciudad de México; les

amedrentó que se formara un contingente de campesinos en seguimiento del líder asesinado hasta la capital.

Meses después, en Parral, surgió un chiste amargo que los villistas repetían:

—¿Saben quién mandó matar a Villa? —soltaba sin alborozo un socarrón.

Enseguida otro conminaba:

—Calles'n la boca, no vaya a ser'n que los oya'n.

EL HOMBRE SIN CABEZA

El 6 de febrero de 1926, Juan Amparán, vigilante del panteón en Parral, llegó a las seis de la mañana a cumplir con sus deberes. Estuvo sacando agua de un pozo para regar las tumbas cuyos deudos se las encomendaban, en especial la de Panchito Pistolas, venadeado tres años antes por cobardes que no se atrevieron a matarse con él de frente. «Si lo hubieran hecho, muy posiblemente Villa se los hubiese quebrado», pensaba Amparán. Por ahí andaba la sepultura de uno de ellos, Román Guerra, derribado de un balazo cuando estaba por darles tiros de gracia al general y sus amigos.

Amparán llevaba un balde para echar agua a la tumba del guerrero, pero cuando llegó ante el sepulcro el recipiente se le fue de las manos; con un plañido de agua derramada y metal, la cubeta rodó formando un lodo escaso alrededor del vigilante, alarmado porque veía abierta la tumba del revolucionario. Muchos le habían encargado en broma cuidar esa fosa, no se fuera a salir el muertito. Ahora, la frase no le causaba a Amparán ninguna risa. Se acercó al hoyo con enorme precaución, sin querer anticipar lo que vería. Al acercarse al borde de la tumba sintió alivio al descubrir los pies, o más bien, los zapatos del cadáver, derrumbados junto a los bajos de los pantalones dentro del ataúd sin tapa. En ese instante Amparán se indignó: ¿Quién chingados habrá venido a escarbar en la tumba?, se dijo. Ya temía el robo de algún objeto valioso con el que hubieran sepultado a Villa.

Con mirada atenta Amparán examinó los restos. No se veía mayor alteración, aunque el ataúd roto estuviera abierto. Ningún signo de que hubiesen retirado algún tesoro o cosa de valor… De pronto, el cadáver le pareció raro, estaba completo pero algo en él se veía… No se veía, más bien. ¿Y la cabeza? ¿Dónde quedó la cabeza? ¿Se habría hecho polvo ya? El cuerpo aún estaba descomponiéndose. Amparán se quedó pasmado: alguien había rajado de noche esa tumba que él dejó llana la tarde anterior; el profanador se llevó la cabeza de Pancho Villa. No muy lejos estaba tirada la tapa del féretro, sin las aplicaciones de bronce que la habían adornado. Examinando en torno de la sepultura, Amparán vio una botella tirada, llena de un líquido transparente. ¿Tequila, mezcal? La olfateó: algo agresivo contenía el recipiente. Se sorprendió más cuando halló tirados algunos trozos de

algodón estrujados. Uno de ellos estaba embebido en sangre ya seca, con característico tinte marrón.

El cuidador del cementerio salió corriendo hacia el palacio municipal después de cerrar con gran cuidado la única puerta de entrada al panteón, que de todos modos no tenía candado ni cerradura. Ese día, más tarde, Amparán tuvo que ir a comprar un candado para la puerta.

Al rato pululaban en el sitio autoridades, policías, sobre todo desocupados que se multiplicaron en cuanto corrió la noticia: ¡descabezaron a Pancho Villa! De boca en boca se propalaban chismes, delirios, chistes: fue Melitón Lozoya fue Jesús Salas fue Satanás fue su amante Petrita fueron los Herrera fue Carranza fueron los gringos fue para hacer tacos de cabeza… A todo esto, no faltarían los que intentaron llevarse un trozo de ropa o algún hueso del cadáver para trabajos de brujería, pero los gendarmes llegaron a apartar a todos a empujones, a mentadas de madre, con absurda solicitud:

—¡Órale, jijos de la chingada, cuidado con dañar al muerto! ¡Si lo lastiman se van a la cárcel!

En la comandancia de policía la alarma condujo a un dilatado debate sobre la identidad del profanador. Excepto por la puntada sobre los tacos de cabeza, todos los nombres que zumbaban en el cementerio minutos antes fueron evocados, junto con algunos más: Obregón, Calles, Amaro. Nadie recordaba que el día anterior se cumplía el aniversario de la salida de Pershing y su Expedición Punitiva de México. Los detectives repasaban sospechosos junto con los gendarmes, los periodistas, los desocupados. No tardaron algunos en decidirse por merodeadores cuya captura sería fácil.

Al mediodía del mismo 6 de febrero, un grupo de policías esperaba con disimulo a las puertas del hotel Casa Fuentes en Parral. Cuando un auto ocupado por dos tripulantes se estacionó ante el hotel, los gendarmes sacaron a toda velocidad pistolas, hasta algún máuser para arrestar a los recién llegados. Zarandeados, recibiendo golpes en la cabeza, en la espalda o en ambas zonas, inclusive algunas patadas, los dos presos fueron encerrados en una celda mientras les aullaban:

—¡Hijos de la chingada, los vamos a colgar!

No mucho tiempo después, a la entrada de la cárcel se agolpó una multitud dispuesta a linchar a los detenidos. Los cinco guardias a cargo de las celdas pusieron cara de comprensión ante los gritos iracundos, mientras volteaban a ver con repugnancia a los reos, un gringo llamado Emil Lewis Holmdahl y un mexicano de nombre Alberto Corral. Uno de los custodios les dijo:

—Si nos dicen dónde pusieron la cabeza, les damos un tiro antes de que entren los pelaos, o si no, les van a cortar los güevos antes de

colgarlos. Hay como dos mil cabrones allá afuera.

Corral se puso a temblar, a suplicar:

—Por su madrecita, les juro que no sé de qué están ha-blando.

Holmdahl, habituado a las rudezas de las campañas militares, los miró con frialdad al hablarles en trabajoso español:

—Okay, pero antes que maten a mí, les digo que ustedes ser cómplices, para que corten a todos sus güevos de ustedes.

Los guardias se quedaron dudosos. El gringo volvió a hablar:

—Si afuera hay dos mil, cuando entren matan a ustedes antes a nosotros. Mejor llamen tropa o morimos todos hoy noche.

Uno de los guardias se escurrió para pedir ayuda, por si el gringo estaba en lo cierto. Al observar desde una ventana disimulada, vio a los indignados acumulando furia; supo que el gringo tenía razón. No tardó en lanzar al aire un cohetón que indicaba: «Urge ayuda, motín en proceso». Al rato llegó a apostarse frente a la cárcel una tropa armada que dispersó a la multitud con algunos tiros al aire. Estableciendo un cerco en torno a de la prisión, el destacamento sostuvo una tensa espera durante la noche.

Dentro de sus celdas, Holmdahl y Corral fueron apercibidos:

—Ya nos vigila un destacamento militar, pero no crean que la van a librar, gringos putos.

—Yo no soy gringo —gimió Corral.

Un celador lo calló:

—Pues doblemente puto, ¿qué haces ayudando a los pinches gringos?

—Alberto, mejor dormir —Holmdahl intervino con despectivo tono de mando—. Mañana aclaremos lío. Esta noche es perdida.

El alto aventurero se tendió en su camastro con ostensible despreocupación. El preso mexicano se acurrucó en el rincón de la celda más alejado de la calle. Estuvo temblando toda la noche, sin dormir.

Al amanecer, la pareja de reos fue sacada de la celda a golpes para llevarlos al patio de la cárcel. En la mañana gris, gélida, los recibió una pegajosa neblina. Había un grupo de hombres con carabinas mirándolos como si fueran sacos o pacas de forraje. A empujones, los celadores que los conducían los colocaron de espaldas a una pared con demasiados huecos. Uno de ellos les dijo:

—Confiesen que ustedes fueron o los fusilamos aquí mero.

Corral comenzó a llorar. Holmdahl se adelantó hasta donde los soldados podían coserlo a balazos para plantarse, firme:

—¿Tienen cigarro? —nadie le hizo caso; habló de nuevo—: No

sabe nada de lo que dicen, somos mineros, estuvimos en desierto, buscando cobre. Yo y él inocentes. Ahora disparen a mí o dejen libre.

El güero alto, delgado, de cabeza alongada, se quedó firme, el pecho adelantado, la mirada fija en las caras de los soldados, no en sus armas. Los del pelotón creyeron ver en sus ojos un desafío; les entraron enormes ganas de dispararle, pero su gesto airado los frenaba. Al fin, el jefe de la tropa dijo:

—Pelotón, armas al hombro, marchen, ya.

Se fueron quién sabe a dónde. Corral seguía llorando, el gringo se mantuvo firme; tan sólo giró la cabeza para seguir con la vista a los fusileros. Los guardias se acercaron a ellos para tomarlos de los brazos, llevándoselos a jalones. Corral cesó el llanto para mirar con asombro el camino de regreso a la celda. Holmdahl no cambió su expresión indignada ni cuando estuvo ya sentado tras las rejas. Pasado un rato se inclinó ante Corral para hablarle con el rostro muy cerca del mexicano:

—Alberto, no más llanto. Lloras otra vez, fusilan a ti y a mí.

Corral se apresuró a secarse las lágrimas. Más tarde ambos presos fueron conducidos a la comandancia de policía. Ahí, el comandante en persona les mostró cosas confiscadas de su automóvil: una botella con un líquido que, les dijo, parecía formol, un hacha manchada de sangre, un cuchillo muy largo, parecido a un machete, una pala. El oficial les dijo:

—Esto lo sacamos de su coche, ¿qué hacen con estas armas?

—Son *her-ramientas*, general. ¿Y las *bar-ras* de oro? — respondió Holmdahl.

El comandante se quedó extrañado:

—¿Qué barras?

—Las que estaban en mi *car-ro*, general —insistió el rubio como si preguntara por sacos de maíz.

—Sólo fueron halladas estas armas… —se incomodó el comandante.

—*Her-ramientas*, general —corrigió el extranjero.

—¿Qué anda haciendo usted en Parral, míster Jóndal? —se impacientó el comandante.

—Busco depósitos de cobre en la montaña para mi compañía, American Smelting and Refining —explicó, no sin parsimonia, el estadounidense.

—Y anoche, ¿dónde estaba usted? —el comandante clavó su mirada en el güero impasible.

—Anoche estaba con amigos, paseando en *car-ro*, visitando cantinas.

—¿No estuvo usted anoche en el cementerio violando la tumba de Francisco Villa? —el comandante apenas se molestó en esperar respuesta, creyendo tener al gringo atrapado.

—No conozco Francisco Villa, no estuve en cementerio, estuve en cantinas, pregunten, *please* —insistió el hombre alto.

Un policía se adelantó con la botella mostrada al inicio; casi se la plantó en las narices a Holmdahl.

—¿Qué hace usted con ese líquido para embalsamar? —le disparó el comandante.

—No embalse, agua mineral, *just that*, tengo dolor de riñones, debo tomar agua para el dolor, medicina para mí —respondió Holmdahl con indignación.

El comandante lo miró con sorna; enseguida ordenó al gendarme:

—Llévese esa «medicina», saque de aquí a este par.

—¿Y mis *bar-ras* de oro? —preguntó tranquilamente el extranjero.

El comandante se paró furioso; con dos zancadas acercó su cara a la del güero:

—No me venga con chingaderas o le aplico la ley fuga… ¡Fuera de mi vista!

Otra vez en la celda, Holmdahl recibió la visita de un ingeniero de minas, Bryan Brown. Su plática fue breve, angustiosa por parte de Brown, relajada en voz del preso. El ingeniero insistió en que el prospector debía confesar si era culpable, pues los mexicanos no perdonaban ahora un ataque contra Villa. Brown estaba empavorecido ante las implicaciones del nuevo atentado. Antes de marcharse, el ingeniero de minas ofreció ayuda.

—*How can I be of help? Please, ask whatever is needed*.

Holmdahl se acercó a su amigo, lo atrajo colocando una mano en su hombro derecho hasta que pudo decirle en voz baja pero firme:

—*Don't worry. I don't have the head and I'm fully protected*.

Brown salió de la celda intrigado por las palabras del detenido. ¿Que no tenía la cabeza y estaba protegido? Dejó a su compatriota muy sosegado en la celda. Por el contrario, el mexicano encerrado junto con el mercenario estaba descompuesto, su cara reflejaba pánico, a punto del llanto.

A la mañana siguiente los dos presos fueron introducidos en el juzgado de Parral. El agente del ministerio público los presentó como dos repugnantes ladrones de tumbas, mostrando el hacha manchada de sangre: el instrumento probablemente empleado para cortar la cabeza del cadáver. La pala sacada del coche, dijo, fue la herramienta con que violaron la tumba y, para aumentar los elementos adversos a los acusados, hubo testimonios de personas que vieron el automóvil de

Holmdahl hacia las nueve de la noche rondando en las cercanías del cementerio el 5 de febrero.

El acusado objetó sin dificultad las dos primeras acusaciones.

—Si el hacha hubiese cortado la cabeza de un cuerpo muer-to desde hacía tres años —dijo—, es imposible mancharla con sangre de ese cadáver. Pero yo y mi amigo, mientras buscábamos yacimientos en las montañas, matamos un ciervo al que hicimos cuartos con hacha. Después lo cocinamos. *Of course*, comimos, pero no puedo mostrar huesos, lo siento. El cuchillo también nos sirvió para cortar carne.

En cuanto a la pala, el extranjero explicó el lodo que la cubría con un simple accidente: el automóvil había caído en una zanja; usaron la pala para liberar la llanta atascada. En cuanto al vehículo mismo, dijo que probablemente la ruta desde el depósito minero los había acercado al camposanto.

Sin mayor atención escuchaba el juez las teorías del acusador contra las explicaciones del acusado. De pronto, el agente del ministerio público puso a la vista del magistrado la botella con el líquido misterioso. Alzando triunfal el envase, el acusador preguntó a Holmdahl por qué llevaba en su auto fluido para embalsamar. Teatral, el acusador colocó el recipiente en una mesa frente al juez.

Holmdahl se levantó como si lo hubiesen pinchado. Reclamando la atención del juez, dijo con voz muy alterada en claro español:

—Si me permite, señor juez, repito que es sólo agua mineral. Tengo que tomarla por mi hígado enfermo de tanto beber tequila —súbito, el extranjero tomó a todos por sorpresa, se colocó de dos zancadas ante la mesa donde reposaba la botella, mientras decía—: Si esto es líquido para embalsamar y lo bebo, muero.

Antes de que alguien se lo impidiese, aferró la botella, se la llevó a la boca, la bebió entera con rápidos tragos. Luego, regresó con toda calma a su sitio para arrellanarse en el asiento antes de hablar:

—Es verdad, *I'm not guilty*. Y no me han dicho qué hicieron con mis *bar-ras* de oro.

Admirado ante la demostración de Holmdahl, el juez cedió a la evidencia de que las pruebas nada demostraban. Sin demorarse más, golpeó su estrado con el martillo de su oficio para declarar:

—Caso cerrado, el acusado queda libre.

A muchos, la bravata del güero no los convenció. ¿Y si algún custodio vendido cambió el líquido de la botella por simple agua? A lo mejor para eso había usado las tales barras de oro. Por eso, el juez llamó a Holmdahl y a Corral a su oficina, donde les advirtió:

—Me preocupa la seguridad de ustedes dos. Allá afuera, en la calle, andan muchos seguidores de Villa. Les ofrezco la protección de un

destacamento de soldados que los escolte.

—Muchas gracias, señor juez, pero la escolta nos dispararía por la espalda —le respondió el gringo temerario—. Sólo devuélvanos nuestras pistolas para que podamos salir de aquí.

El juez se los concedió. Ambos sospechosos salieron del juzgado con las pistolas a la vista en sus cintos, las manos ostensiblemente cerca de las cachas; cruzaron por entre la multitud adoptando sonrisas demasiado amplias; se metieron a su hotel; empacaron sus cosas, dejaron el alojamiento para acomodar sus equipajes en el automóvil con apresuramiento; enseguida salieron de Parral a toda velocidad rumbo a Paso del Norte. En el camino los esperaban unos cuantos tiradores emboscados. Holmdahl intercambió disparos con ellos, sin consecuencias. En Paso del Norte cruzaron veloces a El Paso para ponerse a salvo.

Mucho tiempo después, Holmdahl contaba que Plutarco Elías Calles había ordenado la decapitación del cadáver para atraer a antiguos seguidores de Villa que planeaban una revuelta; el sacrilegio debía concentrarlos a todos en Parral, donde Calles planeaba desaparecerlos. Nadie hizo caso a este relato.

Tras la fallida Expedición Punitiva de Pershing a México, Holmdahl ya no siguió a su general a los campos de batalla europeos durante la Gran Guerra, ni asistió a la conclusión del conflicto en 1918. El mercenario persistió dos años más en sus intentos de reingresar al ejército estadounidense. A partir de 1920 se internó en territorio mexicano «para encontrar el tesoro de Pancho Villa», según él enterrado en algún punto del desierto en Chihuahua. La supuesta búsqueda casi con seguridad encubría el tráfico de armamento al que el aventurero era tan apegado. En ese negocio lo sorprendió, en 1923, el arresto por la profanación del sepulcro de Pancho Villa.

Toda su vida negó Holmdahl haber robado la cabeza de Villa, pero testimonios diversos recopilados por el autor Douglas V. Meed en el volumen *Soldier of Fortune* lo relacionan con ese despojo. La señora Gene Ernest, por ejemplo, dijo al diario *Los Angeles Times* que en 1926 conoció al mercenario en El Paso; sospechó que Holmdahl escondía algo de gran valor en su habitación de hotel, pues cuando él salía dejaba vigilando a su guía yaqui, algo inusual en la forma de vida del mercenario.

Ben F. Williams, ganadero y comerciante en El Paso, escribió en sus memorias que durante una borrachera en marzo de 1926, Holmdahl le dijo:

—Yo me llevé la cabeza; me pagaron veinticinco mil dólares más gastos por el trabajo.

Años más tarde, Williams fue a visitar a su amigo Frank Brophy;

éste le contó que cuatro amigos suyos y él mismo habían contratado a Holmdahl por veinticinco mil dólares para que les consiguiera la cabeza, la cual colocaron como un trofeo en la sede de la fraternidad universitaria Skull and Bones («Calavera y Huesos»), en Yale. Todos los contratantes pertenecían a esa fraternidad.

L. M. Shadbolt, otro amigo del mercenario, contó que en 1928 se encontró con Holmdahl en El Paso. Shadbolt asegura que Holmdahl fue a verlo al hotel Sheldon con un envoltorio de periódicos. Al cerrar la puerta de la habitación, el soldado de fortuna abrió el paquete sobre la cama y quedó a la vista una cabeza humana.

—¡Voy a conseguir cinco mil dólares por ella! —presumió el mercenario. Si algo sacó de esta macabra comisión, Holmdahl no fue disuadido por sus ganancias de continuar en el saqueo, la busca de tesoros u otros riesgos.

En 1932, el historiador Larry A. Harris difundió que Tracy Richardson, compañero de batallas del mercenario, cruzó el río Bravo con la cabeza de Villa hasta llegar a El Paso. Richardson dijo tener la esperanza de cobrar diez mil dólares por la macabra reliquia, pero la enterró en las montañas Franklin, donde nunca más pudo recobrarla. Al saberse este rumor, no pocos ambiciosos excavaron en esa zona durante semanas, sin conseguir ningún resultado. Richardson leyó en los periódicos la noticia, revisando algunas frases un par de veces. De pronto soltó una carcajada, mientras doblaba un diario como si fuera el más valioso legajo.

Otro rumor acusaba a los pobladores de Columbus de haber ofrecido una recompensa de cincuenta mil dólares por la cabeza de Villa. Algunas autoridades prestaron oídos a esa denuncia e investigaron discretamente a la comunidad asaltada por Villa en 1916. Con la misma discreción, la pesquisa fue desechada cuando quedó claro que, entre todos, los habitantes de Columbus no podrían juntar ni cinco mil dólares.

En 1988, cuando George Herbert Bush competía por la pre-sidencia de Estados Unidos, lo acusaron de jugar con la cabeza de Pancho Villa en las reuniones secretas de la fraternidad universitaria Skull and Bones, en Yale. Antes, el padre de George Herbert, Prescott Bush, fue acusado de haber adquirido con una fuerte suma la cabeza del jefe rebelde apache Gerónimo para la misma pandilla universitaria. El futuro presidente negó todo conocimiento del asunto. Para la estirpe Bush, sin embargo, comprar cabezas de guerreros famosos no dejaría de ser un pasatiempo plausible. La degeneración de la familia evidenciada por George Walker Bush durante los años en la presidencia que su padre le obsequió, permite adivinar toda clase de indulgencias tan desaforadas como tétricas.

Friedrich Katz, el historiador que acuciosamente ha desentrañado la vida de Villa, no desecha la divergente opinión de Elías L. Torres, el amigo del guerrillero que negoció su rendición ante Adolfo de la Huerta. Torres contó en un libro suyo que la noche del 5 de febrero de 1926 un avión misterioso aterrizó por la tarde, casi al anochecer, en un campo cercano a Parral. Ahí, horas después, un paquete no menos misterioso, con recio embalaje, fue entregado a un pasajero de ese avión. En cuanto recibió el contenedor, el pasajero ordenó al piloto de la aeronave despegar sin reparos en aquellas condiciones desfavorables (la oscuridad, la falta de señales confiables sobre el terreno o alrededor de él). El aeroplano echó a girar sus hélices, carreteó lo necesario en el amplio terreno, con sus luces como única guía, hasta que en el silencio de la noche norteña el audaz despegue culminó sin accidentes. Al perderse en la noche, el avión se convirtió en una mancha, luego en una luz, enseguida en un punto. Después la tiniebla volvió a su perfecta inescrutabilidad. Para este viaje tan arriesgado se requerían nervios de acero, sobre todo porque, apuntó Elías Torres, el paquete en cuestión era la cabeza de Pancho Villa recién extraída de su tumba.

DEL BRAZO A LA CABEZA

En Parral, casi un siglo después de aquella noche, hubo una reu-nión de viejas familias. Entre los concurrentes estaba una bisnieta de Celia Herrera. Un par de curiosos impertinentes admitidos a la reunión bebieron de más los dicharacheros tequilas o los conversadores vinos que a mano había. La sobrada elocuencia provista por aquellas bebidas a los huéspedes, se descargó de pronto en la descendiente de los Herrera, mujer de airosa narrativa, cuyo negro cabello daba cima a su sobresaliente porte. Los impertinentes comenzaron a asediarla:

—¿Sabe usted algo sobre el decapitado?

—Perdón, creo que escuché mal.

—El hombre sin cabeza, Pancho Villa.

—Ah, pensé que estaban hablando de alguien actual.

—Su familia, los Herrera, odiaban a Pancho Villa.

—Eso me han dicho. Es que ese individuo era muy cruel, ¿saben? Una vez, durante la guerra contra Victoriano Huerta, mandó quemar a noventa soldaderas de los huertistas en Ciudad Camargo, no muy lejos de aquí, porque se cansaron de insultarlo. ¿Les parece una conducta digna de un ser humano? Es un vulgar bandido crecido por la historia.

Alrededor de la señora Herrera y sus inopinados acompañantes comenzaron a formar corro otros invitados. Algunas mujeres, apercibidas de la intoxicación de los fuereños, mandaron a sus maridos para que discretamente escudasen a la señora Herrera. Ella estaba respondiendo con desenvoltura a cuanto le decían el par de exaltados.

—Esa enemistad con Villa tiene tanto tiempo que me asombra su persistencia en la memoria de la gente. A lo mejor ustedes han leído algún escrito de mi primo Daniel. Todavía se empeña él en fustigar a Villa. Nosotros, la verdad, ya no nos ocupamos de eso. Fue hace tanto tiempo.

—¿No tienen atavismos?

—Espero que no. A lo mejor mi abuela todavía se acordaba de esos pleitos, pero ahora nosotros… No quiero sonar irrespetuosa, pero tenemos vidas propias.

—No me diga…

—¿Puede usted creerlo? Pero ahora que me acuerdo, precisamente mi abuela nos contó algo una vez… No había vuelto a acordarme de eso, creo que les va a interesar.

—Cuente, cuente.

—Mi abuela era una muchacha cuando pasó lo de Villa. Me refiero a la decapitación. Por eso tenía muy vivo el recuerdo. Resulta que un general del ejército llegó en un avión a Parral. Se llamaba Francisco Durazo. Me acuerdo por aquel jefe de policía siniestro de hace algunos años…

—El Negro Durazo…

—Ése mero. Este Durazo vino de la Ciudad de México…

—Como el otro…

—… a Parral por encargo de Álvaro Obregón. Llegó por un paquete que le entregaron en el mismo sitio donde aterrizó su avión. Era de noche. Recibió el paquete y no quiso esperar más. Aunque en esos tiempos no se volaba de noche, se fue enseguida a la capital para entregarle el paquete a Obregón. Era la cabeza de Pancho Villa, nos han dicho. Obregón la colocó en una habitación reservada luego de ordenar que la limpiaran bien con sosa cáustica para tenerla como trofeo, cerca de su propio brazo preservado en una caja de vidrio llena de formol. Hasta que lo mataron, Obregón iba a esa habitación secreta para regodearse mirando la cabeza de su peor enemigo. Supongo que se jactaba de tener al alcance de su brazo arrancado la calavera de su rival. Lo gracioso es que esa cabeza no era de Villa. Les encargaron a unos gringos que la robaran, pero ellos hicieron trampa: descabezaron dos cuerpos, uno de alguien desconocido, luego el de Villa. Para cubrirse dejaron abierta la tumba de Villa pero volvieron a tapar la otra. En el cementerio de Parral hay cuando menos dos muertos sin cabeza, pero sólo se sabe con certeza de uno. A Durazo le dieron la cabeza de don Nadie; los gringos esperaban vender la verdadera a una sociedad secreta o algo así. La cosa fue que al ser perseguido el ladrón, su cómplice se asustó. No se le ocurrió más que enterrar la cabeza en algún lugar cercano a Parral, pero ya nadie conoce ese sitio.

—¿Y cómo sabía su abuela ese cuento?

—Como han dicho, la familia Herrera odiaba a Villa entonces. Mi bisabuela Celia fue la encargada de pagar al gringo para sacar la cabeza. Conocía a ese aventurero de cuando militó con Maclovio Herrera. Luego le dijo al saqueador que podía hacer lo que quisiera con ella. El ladrón hizo negocio con la gente de Obregón y, si no lo hubieran puesto en la cárcel enseguida, creo que hubiese hecho trato con sus paisanos. Pero ya ve, la tal cabeza acabó tirada por ahí. Dudo que el cómplice del gringo se preocupase en sepultarla.

—Es difícil creer tanto odio hacia un cadáver.

—Bueno, ustedes saben cómo era la vida entonces.

—No, no sabemos.

—Ah, pensé que estaban enterados. Déjenme platicarles. Resulta que en Durango, a una legua de San Juan del Río, la Hacienda de Santa Isabel de Berros era enorme en 1878…

EL PROFANADOR

En su amplia casa de Van Nuys, cerca de Los Ángeles, Emil Lewis Holmdahl no se permitía demasiado tiempo de reposo. A sus setenta y nueve años de edad obtuvo un contrato para u-bicar mantos de petróleo en territorio yaqui, en México, para una compañía sin nacionalidad. Aún alto, fornido, Holmdahl no podía ocultar su edad: el pelo completamente blanco, gran parte de la frente despejada por la calvicie. En sus ojos brillaba la determinación rapaz del traficante. Con esa mirada recibió las protestas de su hermano, luego las de su sobrino, cuando les anunció el viaje que emprendería a tierras mexicanas el 8 de abril de 1963.

Su sobrino Gordon estaba particularmente consternado. Aunque había crecido oyendo con fascinación los riesgos que venció en sus aventuras el antiguo militar, no concebía a su tío, ya rozando los ochenta años, al asilo de una tienda o en una cueva, en el remoto territorio al que se dirigía para trabajar incomunicado. Holmdahl no hizo caso a ruegos ni advertencias que Gordon le expuso.

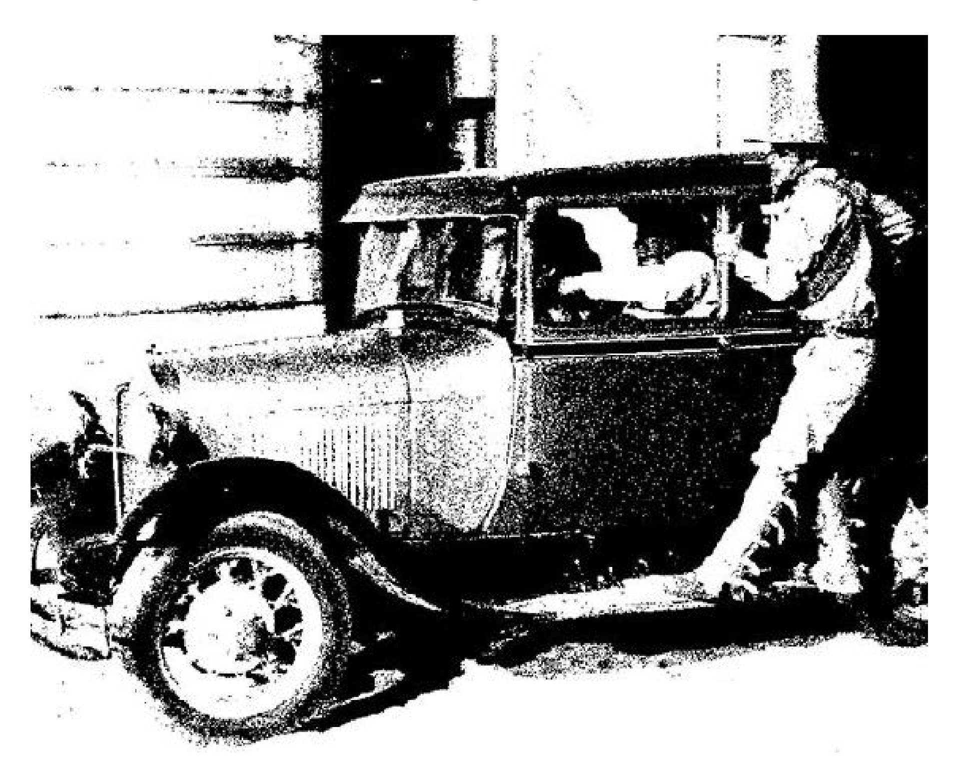
La mañana del 8 de abril, en la cochera de su casa, embalaba sus herramientas de prospección para irlas cargando en su automóvil. Estaba a punto de depositar una maleta llena de instrumentos en la cajuela cuando sintió adormecérsele el brazo izquierdo. El fardo se soltó de sus dedos, golpeando con ruido metálico en la defensa del auto antes de azotarse en el suelo; enseguida, una punzada subió de la mano súbitamente inútil hasta el pecho del viejo. Una descarga de agujas heladas mordió su carne alrededor del corazón. No tuvo tiempo de sentir miedo, sólo rabia. El dolor lo empujó de espaldas al piso, donde su cabeza se azotó. Pasaron muchos minutos. Holmdahl tenía la boca contraída por el dolor, no podía articular palabra. Las puntas que se clavaban en su tórax, surgidas de quién sabe dónde, lo tenían convulsionándose en el suelo.

Pasó quizás una hora sin que el anciano pudiera levantarse. Su sobrino llegó a la cochera para recomendarle llevar algunas medicinas. Encontró al tío en el piso, con los brazos agarrotados, la boca chueca, entreabierta, escurriendo baba. El sobrino pidió ayuda a gritos, con la vista fija en la boca contorsionada del anciano. Llegó la familia a ayudar a Gordon en el levantamiento del caído, a sobarle el

pecho al convulso, a tratar de enderezarle la boca o al menos cerrársela. Cuando consiguieron colocar al anciano en su cama, no podían reconocer al mercenario, al antiguo militar, al aventurero sin escrúpulos. Tiesos los miembros, con la cabeza torcida hacia la izquierda, parecía que una mano invisible hubiese aferrado sus cabellos igual de enhiestos para jalarlo hacia los infiernos, donde ya estaría esperándolo Pancho Villa.

EPÍLOGO

YO FUI UNO DE AQUELLOS DORADOS



Estoy aquí esperando a que venga por mí alguien del gobierno, dizque porque soy famoso. Pero sé que les valgo madre, sólo soy una pinche rareza a la que quieren exhibir porque debiera estar muerto, pero no, aquí sigo respirando tan campante, aunque casi no veo por las cataratas, pero pa' vivir no se necesita ver, además, desde hace mucho vi todo lo que necesitaba, desde mil novecientos treinta y tantos, lo demás ha sido ganancia, demasiada, ya me anda por acabar esta vida que a nadie le sirve, pero ¿cómo deja uno de cumplir años cuando pasa de los cien? Tengo ciento cuatro, sí, ¿no? Nací en 1898, creo, aunque me cuesta hacer esas cuentas, no recuerdo bien, puede que digan que mi gran memoria, que envidian mi lucidez, pero sé que soy un viejo, peor, un fenómeno al que buscan exhibir con el pretexto de homenajes, como ahora que estoy esperando a que vengan a llevarme al teatro Hidalgo para… ¿para qué? Ah, sí, el homenaje, pinche homenaje, mejor debieran llevarme al paredón, a la horca, a una silla eléctrica, que me lleve pronto con poco dolor, estoy cansado de ver el sol desde temprano, ver la oscuridad que se abalanza, no ver más, dormitar, volver a ver la madrugada hasta que al sol se le antoja salir para que el velo que tengo en los ojos se coloree un poco, para pasarme el día echado en un sillón viendo sombras, destellos, hasta que vuelve la noche, me duermo, despierto, me duermo, no sé, hasta que el sol vuelve a colarse entre mis lagañas, sólo me distraigo cuando llegan los biznietos, a lo mejor los tataranietos para pedir que les cuente, que les cuente…, qué les voy a contar a esos chamacos si nada de cuanto recuerdo existe, sólo Parral con sus calles que parecen de otro país u otro planeta, no son las calles polvosas que amaba, yo las buscaba para correr, jugar, echar desmadre, llevar gallo, llevar putas, llevar ataúdes que no faltaban hace ¿noventa, ochenta años?, no es más Parral la ciudad que vi crecer, creció junto conmigo, igual se marchitó. Ahora, cuando cuento el miedo que nos daba la revolución los nietos dicen: No fue nada, vieras los cárteles, me gimotean, vieras los narcos, me insisten, vieras…, qué voy a ver, si tengo los ojos ahogados en lagañas, jodidos, pero ni así los nietos me dejan en paz, vieras los zetas, me redarguyen, de todos modos les replico: vieran a mi general Villa, ese daba miedo de veras, daba tanto miedo que se juntaron diez hombres para matarlo a traición, pero eso no lo quieren oír, es tan lejano, hace más de un siglo, dicen, yo sé que menos, pero da igual, cien años, setenta, a estos jóvenes qué les puede decir medio siglo si ni a los treinta años llegan. «Buenos días, don Emeterio, venimos por usted para la ceremonia», escucho que me dice una

sombra. «Vamos, pues», le digo a la sombra, trae un perfume muy intenso, mi nariz ya casi no sirve para husmear, pero este individuo se bañó con loción levantamuertos, ha de ser joto o padrote, ni modo, así es ahora, parecen gabachos ocultando su olor, yo no, huelo a viejo, no hay colonia que se lleve ese hedor a rancio, a carne que está por enfriarse, debiera estar tieso, pero Dios me maldijo, cien años, más cuatro, y nada que se acaba esta vida, hasta homenajes me hacen, me llevan y me traen perfumados como este que me toma del brazo, me carga casi para meterme a dónde, un auto, un auto raro, tiene estribo como los de hace mucho. «Con cuidado, don Emeterio —me dice—, estamos entrando en un Dodge 1922, nos dijeron que buscáramos un transporte de su época». «Pues hubieran conseguido un Mercedes, un Porsche», les reclamo; no veo su cara pero imagino su desconcierto, su vergüenza por la estupidez que me ha dicho. «Perdón, el auto es propiedad de don Óscar Ignacio Flores», me balbucea el perfumado, suena como un niño regañado, lo distraigo con una pregunta a sabiendas equivocada: «¿Don Óscar el gobernador?». «No, su nieto; el señor Flores murió hace tiempo», me responde, sé que está pensando. «Murió como debía haber muerto usted, viejo, hace tiempo», ya sé, soy un fenómeno, algo que da lástima, horror, la gente no debe vivir tanto, pero no es mi culpa, yo no iba, por ejemplo, en el Dodge que acabó con doscientos balazos en la esquina de Barreda con Juárez cuando se madrugaron a Villa, no me tocaba, qué le vamos a hacer, no ha de faltarme tanto, ¿verdad? Ciento cuatro años ya, dudo llegar al próximo. «¿Vausted cómodo, señor Medina?», me dice este perfumado. «Cómo no —le contesto—, igualito que Pancho Villa», me río. «Qué bueno que le hayamos atinado, no sabe, padecimos para hallar este modelo», dice el pendejo, no entendió el chiste, qué va a entender si soy el único que recuerda ese día, no queda nadie en el mundo para compartir ese recuerdo…

El ronroneo del motor tranquilizó al joven enfundado en el traje blanquísimo que le causaba gran incomodidad. Además, el sombrero *vintage* elegido para la ocasión le pesaba; se preguntó si había exagerado, quiso ponerse a tono con el festejado pero el tejano sobre su coronilla acaso hubiera sido más propio de un carnaval. Mirando al anciano apaciguado en el asiento, el muchacho se atrevió a llamar su atención.

—Disculpe, don Emeterio, es que nos dijeron que ver este auto le daría gusto, por eso se lo pedimos prestado al nieto del difunto gobernador Flores.

—Pues tanto como gusto no diría, pero sí me sorprende ver de nuevo uno de éstos. Así era el carro que él estaba manejando cuando lo llenaron de balas —dijo Emeterio mirando hacia el techo como si

pudiera ver a través.

El joven quiso preguntar algo pero Emeterio siguió ha-blando:

—¿Le cambiaron el motor, verdad? Los Dodge de veras hacían un ruidazo, además había que darles cran… Eso le dieron a él, le dieron cran, pero no con la palanca, sino con doscientos tiros, sólo así pudieron frenarlo, si no, se los hubiera comido de dos bocados a ese montón de pendejos, mira que fallarle hasta pa'l tiro de gracia. Pero no los culpo, todos le teníamos pavor al general, ni el más hombre de Parral se le hu-biese puesto enfrente para matarse a tiros con él, había que vena-dearlo.

De pronto el viejecito calló, para quedarse con la vista fija al frente, hacia donde la calle avanzaba al ritmo del motor apenas perceptible. El joven vestido de blanco, con su sombrero pasado de moda incómodamente sostenido entre las manos, aprovechó para interrogarlo:

—¿De quién habla, don Emeterio, de algún familiar? Perdón si soy indiscreto.

—Hablo de su familia, huerco —respondió con un dejo de ironía Emeterio.

—¿Cómo, quién…? —balbuceó el muchacho.

—De Villa, que es su padre, ¿qué, no sabe? —en los labios de Emeterio se asomó una sonrisa que fue creciendo hasta esta-llar en una risa que sacudió el cuerpo centenario.

—Perdón, pero no entiendo —el joven pensó que el anciano desvariaba.

—Mira, m'ijo, en un carro como éste mataron a Pancho Villa en el veintitrés, una banda de cobardes con carabinas, fusiles, revólveres; él mismo iba manejando cuando le llovieron las balas desde tres o cuatro sitios distintos, por detrás, por delante, yo creo que hasta desde arriba, ahí mero donde va el chofer sentado se quedó clavado por los tiros. Yo anduve averiguando esa emboscada junto con su sobrino Isaías. Lo escribí en un informe, en el setenta y nueve.

—No me diga, don Emeterio, nunca lo hubiera imaginado, usted anduvo con Pancho Villa —en los ojos del joven brillaba la sorpresa, la idea de que junto a él se había sentado un coloso de antaño.

—Tanto como andar con él, pos no, ¡vieras cómo me hubie-se gustado!, pero sí lo traté cuando venía a Parral, traté a sus Do-rados, a ese Isaías que te digo, su sobrino. Por eso cuando lo mataron ayudé a investigar el atentado, aunque nadie nos hizo caso. Calles, Obregón, todos mandaron echarle tierra al asunto. Esa tierra es la más pesada que he visto. Estuvo sin moverse tres años, hasta que algún demente fue a quitarle la cabeza.

El paseo en Dodge duró todavía quince minutos por las calles de Parral. El anciano, mientras tanto, removía sus recuerdos; volvió a los días en que admiraba no sin algún estremecimiento al general, cuyo dorado Miguel Trillo era su amigo. Se acordó entonces de que nunca había visto la película de la toma de Ojinaga que Miguel le contara. Con alguna tristeza comprendió que muy difícilmente vería esa cinta, pero ya qué, si a sus años tenía los ojos cargados de tantas cosas. Un siglo, un siglo en el que nunca había olvidado a Pancho Villa, su cadáver en la cama de latón, su funeral donde imperó la rabia, no el llanto; luego el circo aquel por su cabeza. El automóvil se detuvo. El joven a su lado lo jaló suavemente de un brazo diciéndole:

—Ya llegamos.

Con el mismo cuidado con que lo había ayudado a sentarse lo condujo fuera del Dodge, con igual solicitud lo escoltó para entrar con él al centro cultural Bicentenario, donde le harían un homenaje por su siglo y pico de existencia. Sólo por eso, pensó Emeterio, no por mis batallas o por mis tanates, pero la vida no mira a quién le hace estas cosas.

—Señor Medina, lo dejo aquí un momento, por favor siéntese aquí, aquí, con cuidado, así, ¿ya está usted acomodado? Disculpe mi ausencia, me dijeron que habría una comitiva aguardando, creo que entramos mal, voy a buscarlos, usted espere aquí, ¿sí me hace ese favor? —en el asiento, Emeterio dirigió sus ojos añublados hacia el sonido de pasos alejándose.

… perfumado bueno para nada, parece que el ciego es él, no yo, cómo vamos a entrar mal, si yo conozco este sitio, no hay por donde perderse, el frente es de puro cristal, aquí guardan mi informe sobre el atentado contra Pancho Villa, aquí guardan las cartas anónimas que delataban a los asesinos, estuve aquí en el setenta y nueve para entregar mi informe, ni un niño se pierde en este sitio, puedo oír un grupo de gente afuera, ésos han de ser la tal comitiva, bueno, a esperar sentadito, ni a dónde ir tengo, ya quiero que esto termine, ir a mi casa, sentarme en mi silla con un buen güisquito, un coñaquito, de los de antes, los que tomaba Huerta, no el general Villa, ése no sabía de alcoholes, apenas en las fiestas se tomaba una cerveza, tepache, mezcal, pero bien poquito, mientras los demás inflaban hasta reventar, de nada le valió, acabó muerto muy joven, luego, sin cabeza…, dónde habrán puesto su cabeza, no podré averiguarlo, fue hace tanto tiempo, todos los muertos tienen cien años, como yo, que debiera ya estar muerto. Pero no tardaré en ir allá. Me pregunto si volveré a ver a Miguel, a Antonio, a Claro chico, a su papá. Me pregunto si volveré a ver al general. Cuando lo encuentre, aunque me arrugue, tengo a

fuerza que preguntarle dónde fue a parar su cabeza.

Emeterio iba a continuar divagando pero escuchó unos pasos firmes acercándose a la sala. Irguió su rostro para intentar distinguir a quién correspondían esos pasos, curiosamente familiares. Un caminar marcial, pesado, como el de un cuerpo macizo que va cargado con los pertrechos para la batalla. Hacía decenios que no escuchaba ese andar, tan habitual cuando era joven.

—Ya volvió usted. ¿Encontró a la comitiva? —pero nadie le respondió mientras los pasos avanzaban hacia su silla, contundentes—. Permítame ponerme de pie, ¿es hora? Hace mucho que tenía pendiente esta reunión, necesito preguntarle algo que me ha tenido intrigado durante años, ya se imagina usted qué es, ¿verdad? Espero no ser indiscreto.

El anciano se irguió apoyándose sobre los brazos de la silla. De pie, ligeramente tembloroso, trataba de ubicar el sitio donde los pasos resonantes se detendrían. La luz que entraba a raudales por las paredes de cristal proyectaba la sombra de Emeterio en las inmaculadas losas del recinto, donde nadie se movía.

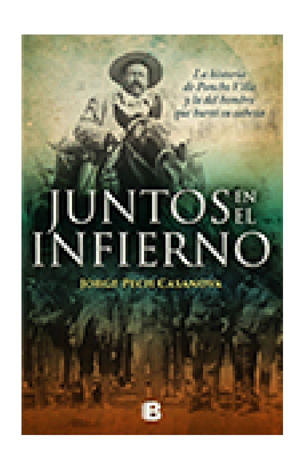
AGRADECIMIENTOS

Entre las diversas fuentes que consulté para escribir este libro, me fueron de inapreciable utilidad las obras de John W. F. Dulles, *Ayer en México. Un crónica de la Revolución (1919-1936)* (1977); Pedro A. Vives, *Pancho Villa* (1987); Douglas V. Meed, *Soldier of fortune: Adventuring in Latin America and Mexico with Emil Lewis Holmdahl* (2003); Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930, Vivir de Sueños Volumen I* (1983), y desde luego, el informe de Emeterio Medina Márquez, *Mi versión con relación al asesinato del general Francisco Villa*, que se conserva desde 1979 en la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, así como la enorme investigación de Paco Ignacio Taibo II, *Pancho Villa: una biografía narrativa* (2006), además de los artículos sobre personajes y episodios de la Revolución del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Mi agradecimiento a Manuel Matus Manzo por sus observaciones a la primera versión de este libro y su valiosa información sobre el destino final del dictador Huerta, así como a Gerardo de la Cruz por su paciente trabajo de edición del manuscrito, sus puntuales correcciones y recomendaciones para darle la forma definitiva a esta novela.

A mi hija Siena Sofía y a su madre Ariadna Lartigue les agradezco la paciencia que tuvieron conmigo durante los tres años que me llevó darle forma a este libro. Y mi gratitud a Ivonne Lartigue, a Celia Pedrero, a Fernando Solana Olivares y a Rafael Pérez y Pérez por sus entusiastas comentarios, que me decidieron a no dejar este texto arrumbado entre otros materiales que conservo inéditos.

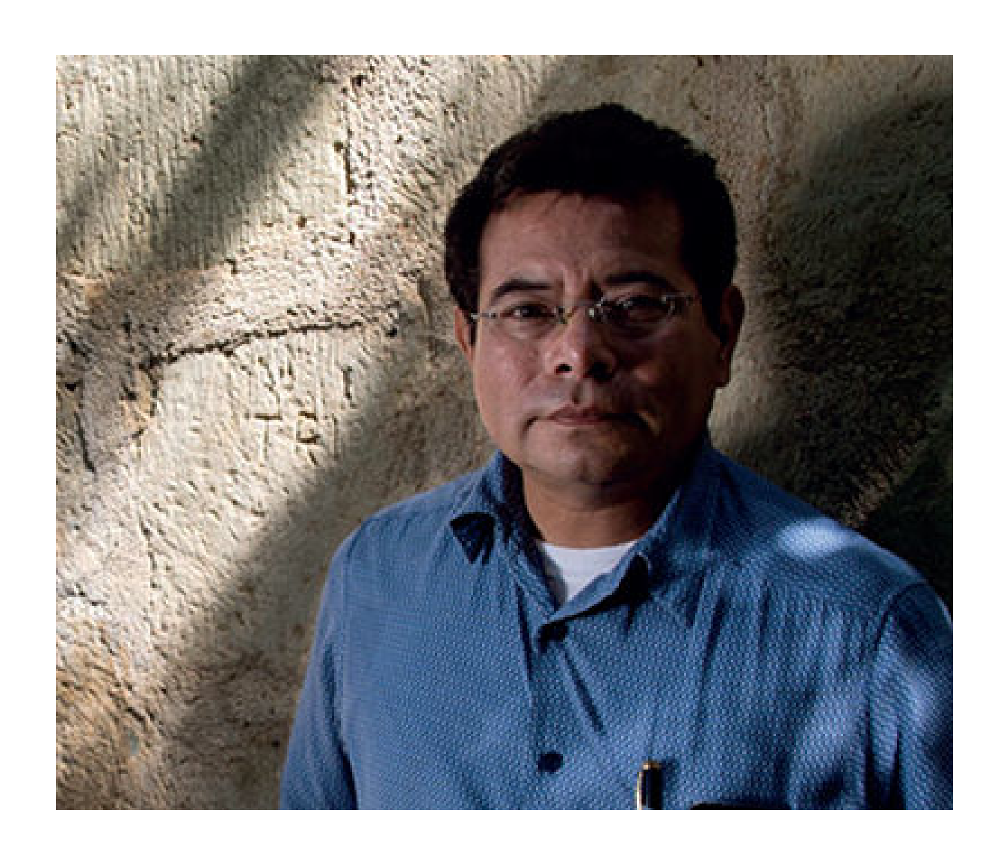
Juntos en el infierno de Jorge Pech Casanova
se terminó de imprimir y encuadernar en febrero de 2017
en los talleres de Diversidad Gráfica, S. A. de C.V.,
Privada de Avenida 11, 4-5 | Col. El Vergel | CDMX | 09880 | MX



Tres veces se cruzaron los destinos de Francisco Villa y un tal Emil Holmdahl, mercenario estadounidense. La primera, cuando ambos se pusieron al servicio de la revolución maderista, Villa en las filas de Pascual Orozco, y Holmdahl en un comando extranjero. La segunda, cuando el Centauro del Norte arrasó Columbus y el ejército de los Estados Unidos rastreó su huella, sin éxito. La última, el 6 de febrero de 1926, cuando supuestamente Holmdahl profanó la tumba de Pancho Villa para sustraer su cabeza y vendérsela a una fraternidad de la Universidad de Yale.

Este hecho insólito en la historia de México, da pie al autor para reconstruir los episodios más relevantes de la vida de uno de los héroes más carismáticos del siglo XX. La biografía de Pancho Villa se convierte a lo largo de esta novela en una descarnada crónica de infamias y canalladas cometidas por los principales protagonistas de ese infierno que fue la Revolución mexicana.

SOBRE EL AUTOR



JORGE PECH CASANOVA nació en la Ciudad de Mérida, Yucatán, en 1966. Poeta, cronista y crítico de arte, su bisabuelo fue condecorado en la campaña del ejército federal contra los mayas rebeldes y su abuelo militó en las filas revolucionarias. Desde su infancia, escuchó en su familia relatos contradictorios sobre la Revolución, lo cual lo condujo a una larga investigación sobre ese proceso de la historia mexicana, convirtiéndose en la base de muchos de sus trabajos recientes. En *Juntos en el infierno* construye una interesante y bien documentada ficción histórica sobre la Revolución, a partir de la biografía de Doroteo Arango, el general Francisco Villa.

Juntos en el infierno

Primera edición digital: octubre de 2017

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

ISBN: 978-607-316-698-0

ÍNDICE